Seix Barral

Elena Medel

Todos mis pecados y la mitad de mi dolor



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Segunda sesión del seminario del catedrático Don Jesús Guzmán Espinosa

1. Septiembre de 2003

Dramatis personae

2. Octubre de 2003

3. Noviembre de 2003

4. Diciembre de 2003

5. Enero de 2004

6. Febrero de 2004

La carpeta del narrador

7. Marzo de 2004

8. Abril de 2004

9. Mayo de 2004

10. Junio de 2004

Décima y última sesión del seminario del catedrático Don Jesús Guzmán Espinosa

Agradecimientos

Créditos

Todos mis pecados y la mitad de mi dolor

Elena Medel

Seix Barral

Para Juan

Quién no se ha preguntado: ¿soy un monstruo o esto es ser una persona?

CLARICE LISPECTOR

SEGUNDA SESIÓN DEL SEMINARIO DEL CATEDRÁTICO DON JESÚS GUZMÁN ESPINOSA

30 DE OCTUBRE DE 2003

Lo contrario de la muerte es el deseo. La respuesta sencilla —la evidente— nos colmaría la boca sin mentir: la vida es lo contrario de la muerte. Pero yo he deseado. Un labio que se muerde hasta que brota la sangre de la piel rota, la rasgadura del deseo que se clava contra el pecho: feroz deseo —feroz— quebrando el velo que guarda las costillas, doblegándome hasta sustituirme, inexistente yo. Me refiero al hambre y a la urgencia. También he conocido el deseo de lo que me faltaba a mí, un objeto valioso y su advertencia, no olvides que eres por cuanto otros fueron; o algo hermoso sin más, con una gracia distinta a todo aquello de lo que dispongo. He deseado también cuanto se me escapaba: no una risa o un gesto sino una posición, alguien que se sienta a esperar cuanto se le ha concedido, alguien que ofrece las palmas de sus manos vacías para que se las rebosen. He deseado al alcance de mi tacto, y he deseado algo que se me escaparía de poseerlo. Lujuria o impudicia, lascivia, envidia y rencor: deseo. Porque el aire me ha colmado el pecho hasta que no respirase, porque la muerte y la vida se han confundido en mí, no escribo sobre la batalla: escribo sobre el alimento.

Una pregunta sencilla: lo contrario de la muerte. La formuló el catedrático Jesús Guzmán Espinosa en la segunda sesión —jueves 30 de octubre de 2003— de su seminario sobre literatura romántica inglesa: el último con ese formato y al amparo de la universidad, inviable la prórroga de su plaza por su jubilación, setenta años

cumplidos a finales del junio siguiente. A la presentación asistieron algunos históricos de la facultad, incluso el catedrático Luis Sánchez Rueda —Doctor Némesis, le apodó Guzmán Espinosa en alguna discusión por el reparto del presupuesto o de las horas lectivas—, todos alrededor de la mesa en la que don Jesús profundizó en el contexto de escritura de *El infiel*, *The Giaour*, uno de los cuentos turcos en verso con los que lord Byron huyó del éxito de *Childe Harold*. Pero hoy: hoy Guzmán Espinosa había planteado algo. ¿Lo contrario de la muerte? La vida, respondieron varias de las alumnas maquilladas para salir por la noche, después del seminario, estudiantes de licenciatura confiadas en que su presencia afianzaría la nota de junio. La vida, asintió un hombre que ya había cumplido los cincuenta, con un traje de viscosa —abogado, sabía yo—, en una de las sillas de tijera que Rosa desplegaba al ocuparse las de la sala de reuniones, y la vida, asintió una mujer de edad similar —o no, sabía yo— junto a las estudiantes; una de las *alumni*, profesora de instituto, que resistían edición tras edición. Pero ni las estudiantes —salvo una— ni los adeptos nos interesan: no vale la pena otorgarles unos rasgos definidos, porque cuando aparezcan en esta historia servirán como ruido de fondo; poco importará quiénes eran entonces, quiénes serán hoy.

La muerte misma, puntualizó el profesor Jose Antonio Fernández Cortés, discípulo de Guzmán Espinosa, encadenando una beca posdoctoral con un contrato de asociado con una plaza de colaborador en situación alegal; la muerte misma, insistió, porque la muerte del alma no coincide siempre con la paulatina del cuerpo, que ocupa un nivel diferente al del espíritu, y el catedrático se felicitó por la perspicacia de su criatura. Pero Jose, en este poema la confrontación vida-muerte no se sostiene, interrumpió la profesora Raquel Tapia Navarro, discípula también de Guzmán Espinosa, tres

años mayor que Fernández Cortés, ya profesora titular. No se sostiene porque el asesinato de Leila por parte de Hassan desencadena la venganza del infiel, a quien ya sabemos muerto; es decir, que la muerte primero de Leila y luego de Hassan posibilitan la vida del infiel, provocan el regreso del no muerto a este plano de la realidad, el de los sí vivos, o a un tercero. No se anulan sino que se nutren, en cierto modo se necesitan. El catedrático se fijó en Raquel desafiante, se fijó en Jose desafiado: un trabajo impecable.

Presidía la mesa Guzmán Espinosa. A su izquierda, Raquel; a su derecha, Jose. En torno a ellos algunas alumnas, la profesora de instituto, más alumnas —una de ellas, gruesa raya negra en los párpados, ocupaba por accidente el otro extremo, se situaba frente al catedrático—, un chico de treinta y pocos que nos acompañaría hasta noviembre, y en las sillas ante los armarios el abogado, otros dos veteranos —Alfonso y Federico—, yo. Rosa, la administrativa, llamaba a la puerta con docilidad o con temor, interrumpiendo aunque evitase interrumpir, y dejaba sobre la mesa —cerca del catedrático— un montoncito de fotocopias, o las repartía entre los asistentes, o se cercioraba de que la jarra de agua contuviese al menos la mitad de líquido, y se marchaba otra vez. En la sala de reuniones del Departamento de Filología Inglesa cabíamos unas diez, doce personas: Guzmán Espinosa y sus apóstoles. Uno de ellos, debería haber pensado el catedrático, me traicionará.

¿Lo contrario de la muerte? La vida, la vida, la vida, la vida, la vida, la misma muerte, la imposibilidad de los opuestos, el deseo; esto, yo, pero callé. La pregunta de Guzmán Espinosa había generado una discusión entre sus dos pupilos: Raquel, la heredera por cronología, a quien el catedrático encomendó una tesis sobre el sesgo autobiográfico de *Glenarvon*, la novela de Caroline Lamb sobre su relación con Byron, y Jose, el heredero por actitud, con su

especialización en la influencia de los antihéroes byronianos en *El vampiro* de John William Polidori. Un partido de tenis: uno opina esto, una opina esto otro, Guzmán Espinosa azuzando la rabia con su silencio. Alfonso y Federico tomaban notas, yo tomaba notas, el abogado se cruzaba de brazos, la profesora resoplaba, las alumnas consultaban el reloj de la pared, ignorantes de que la fiesta había empezado nada más.

—A mí no me queda claro quién es quién.

Lo dijo la estudiante de la gruesa raya negra, sus pendientes de bolitas de plástico, su coleta larga, cerca de la comisura el agujero cerrándose de un piercing. Se había pintado los labios de color rosa brillante, y en el dedo corazón de la mano derecha lucía un anillo plateado, le supuse otro musgoso en la piel. Me fijé en las hojas desplegadas: fotocopias de las fotocopias que entregó Rosa el primer día, un juego emborronado con apuntes, otro con los versos que coloreó con fluorescentes, ignoraba yo si clasificándolos por métrica o tema o a saber. La chica no levantó la mano, aprovechó la pausa tras la intervención de Raquel, mientras Jose ganaba tiempo para su embestida.

—¿A qué se refiere, Sánchez López?

El catedrático la habría humillado por obviar la petición de turno, por la candidez de su pregunta, por la actitud con la que se sentaba o la manera de vestir. Cómo le va a quedar claro quién es quién, Sánchez López, si usted ignora incluso quién es usted misma, se habría burlado Guzmán Espinosa. En cursos anteriores, en ediciones anteriores del seminario —incluso en esta misma, en un futuro al que no me referiré—, el catedrático habría reaccionado con violencia ante una interrupción así. Sin embargo, con ella se mostró atento, comprensivo.

—A la función que se asigna a cada personaje. En el poema, quiero decir; no en esta conversación.

Nada tonta, pensé en la coda. Tampoco lista; o al menos no lo ha demostrado aún.

—Te tienes que leer el artículo de Eliot —la aconsejó Raquel—. El artículo de Eliot sobre Byron. La trama del poema es simple —Guzmán Espinosa, severísimo—, sencilla más bien —Guzmán Espinosa, relajándose—, pero el discurso se fragmenta y dificulta la comprensión.

En uno de los cuadernillos, aquel que había anotado con sus comentarios, la chica escribió: «artículo de Eliot».

—Don Jesús —Rosa golpeó delicadísima la puerta, no esperó a que nadie contestase, abrió.

—Ahora no. Aguardan en el desfiladero la esclava y el misterioso narrador. Un puñado de vidas subordinadas a su paciencia, ¿tan poco le conmueven?

La administrativa permaneció bajo el dintel. Se había acostumbrado al tono de Guzmán Espinosa, entre irónico y grosero, dudando siempre de si se reía de ella o exageraba la familiaridad. Don Jesús, repetía Rosa dejando atrás la puerta entornada, a cada paso la mujer más replegada sobre sí.

—¿Pero son griegos de los griegos o son una metáfora? —preguntó una de las alumnas.

—Niña —se escuchó a Federico desde el lateral—, aquí es todo una metáfora.

Rosa se inclinó hacia el catedrático y amainó el tono de la voz, pero el sosiego amplificó cada palabra.

—Don Jesús, disculpe que le moleste, pero es que está fuera su hijo.

Todos callamos.

—Y yo estoy aquí dentro.

—Que no se va hasta que no hable con usted —insistió Rosa.

El catedrático Guzmán Espinosa respiró hondo, inhaló el eco de las actas de reuniones, las publicaciones colectivas y los carteles de simposios internacionales que forraban las paredes. Mantuvo su posición, la mano izquierda agarrando la estilográfica por si algún matiz le interesaba, los codos sobre la mesa tal como le enseñó su madre:

—La sesión no acabará hasta dentro de hora y media, como poco. Hemos pautado dos, pero quizá nos extendamos. Y luego —buscó con la mirada al abogado, a la profesora, a Alfonso y Federico— siempre disfrutamos de un brindis, en este caso por el alma de la valiente esclava y el innominado guía que en este momento, por su imprudencia, Rosa, y por la de mi hijo, aguardan en el desfiladero, bajo el escollo del vuelo de los buitres. La última vez nos enzarzamos en una provechosa discusión sobre un soneto de Wordsworth que Alfonso había releído. ¡Nos cerraron el bar! De forma que primero me esperan Byron y el seminario, a continuación Wordsworth y mis buenos amigos... Cuéntale todo esto a mi hijo, y que sopese si le merece la pena, o si prefiere dedicarse a otros asuntos. —Pasos al otro lado, la puerta del departamento que se abría, un golpe al cierre—. Ha tardado poco en decidirse.

Nadie reaccionó. Guzmán Espinosa movió las hojas y nos zarandeó en su gesto.

—No abandonemos a la esclava —prosiguió Guzmán Espinosa—, pero antes, Sánchez López: se interesaba usted por la función que cada personaje cumple en el poema. Esta pregunta merecería una tarde completa de nuestro seminario... Les sugiero que piensen sobre ello, y que en efecto dediquemos al menos una hora a esa

cuestión, quizá más adelante. ¿Querría ocuparse usted misma de guiar esa conversación, ya que el tema le interesa tanto?

La alumna tragó saliva, asintió, subrayó la anotación previa, «artículo de Eliot».

—Entonces, ¿quién es el vampiro?

1

SEPTIEMBRE DE 2003

DRAMATIS PERSONAE

El vampiro.

El narrador.

LA CASA

Jesús Guzmán Espinosa (1934), también el Catedrático, pero también don Jesús, catedrático de Filología Inglesa, experto en literatura romántica y en la obra de lord Byron.

Isabel Guzmán Espinosa (1939), también la Tía Isabel, también Isabelita, también sor Isabel, monja que abandonó la clausura.

Encarni (?), la mujer que ayuda en casa.

George Gordon Byron (1788-1824), también lord Byron, escritor y autor de *The Giaour*.

Todos los fantasmas (véase «Los fantasmas»).

LA FACULTAD

Los discípulos

Jose Antonio Fernández Cortés (1967), también Jose, doctor en Literatura Inglesa, profesor asociado de Filología Inglesa, experto en literatura romántica y en la obra de John William Polidori.

Raquel Tapia Navarro (1964), profesora titular de Filología Inglesa, experta en literatura romántica y en la obra de Caroline Lamb.

La gran familia de Filología Inglesa

Luis Sánchez Rueda (1941), también Doctor Némesis, catedrático de Filología Inglesa, experto en literatura isabelina, casado con Angelines.

Trinidad Sánchez Rueda (1944), también Trini, hermana de Luis Sánchez Rueda, catedrática de Filología Inglesa, experta en fonética y fonología.

Antonio Cabrera Velasco (1943), también Mudito, esposo de Trinidad Sánchez Rueda, cuñado de Luis Sánchez Rueda, catedrático de Filología Inglesa, experto en morfología.

Sonia Cabrera Sánchez (1968), hija de Antonio Cabrera Velasco y Trinidad Sánchez Rueda, sobrina de Luis Sánchez Rueda, profesora titular de Filología Inglesa, experta en gramática.

Ruth Rey Sánchez (1977), sobrina de Luis Sánchez Rueda y Trinidad Sánchez Rueda, de Antonio Cabrera Velasco, prima de Sonia Cabrera Sánchez, doctoranda en Filología Inglesa adscrita al área de Lingüística.

Los errantes

Rosa Santiago Sanz (1955), administrativa del Departamento de Filología Inglesa.

Concepción Ramírez Rejano (1954), también Conchita o Conchi o Concha, profesora titular de Filología Inglesa, experta en narrativa contemporánea angloamericana, hija del inolvidable don Francisco Ramírez Aguayo.

Juan Pedro Rubio Rubio (1968), exmarido de Sonia Cabrera Sánchez, exyerno de Antonio Cabrera Velasco y Trinidad Sánchez Rueda, exsobrino político de Luis Sánchez Rueda, profesor titular de Filología Inglesa, experto en semántica.

Ignacio Valera Velasco (1948), catedrático de Historia Contemporánea, decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Ramón y Cajal.

Una grapadora metálica de mesa.

Un montón de catedráticos, profesores titulares y asociados, muchos de ellos pertenecientes a la misma familia, docentes en situación alegal, doctorandos, estudiantes que se convertirán en profesores de secundaria o trabajadores del sector de la hostelería, *alumni*, alguna esposa y cuñada, un niño que cayó de un árbol cuando lo trepaba.

El hijo

Jesús Guzmán de la Fuente (1964), también Jesús de la Fuente, también Chus, también Chusito, hijo de Jesús Guzmán Espinosa y escritor.

Algunas partes del cuerpo de Jesús Guzmán de la Fuente.

Lucía Casado Valera (1965), coordinadora de los servicios jurídicos de la diputación, esposa de Jesús Guzmán de la Fuente, sobrina de Ignacio Valera Velasco.

Basilio Velasco Hurtado (1928-2004), también el Viejo Basilio, autor de culto.

Manolo (?), también el Librero.

Miguel Bravo (1964), también Bravo, antes Miguelón, asesor de un concejal en el ayuntamiento.

Benjamín Escolano (1943), director de Ediciones Escolano, editor de la primera novela de Chus.

Antonio Morand (1967), escritor local, profesor de talleres de escritura.

La alumna

Estefanía Sánchez López (1985), también Estefa o Estefi o Fani, también Ford Fiesta, alumna de primero de Filología Inglesa, oyente de Literatura Inglesa B y asistente al seminario del catedrático.

Alberto Sánchez López (1987), también Alber, también Señor Moya, hermano mediano de Estefanía.

Carolina Sánchez López (1990), también Caro, también Caja Rural, hermana pequeña de Estefanía.

Sergio (1985-2065), novio de Estefanía, ayudante de un tío suyo en el taller mecánico.

Tamara (1985), amiga de Estefanía.

Un hombre apellidado Sánchez (1964).

Una mujer apellidada López (1965).

Los fantasmas

Pilar de la Fuente (1939-1968), también Piluca, también Pili, esposa de Jesús Guzmán Espinosa y madre de Jesús Guzmán de la Fuente.

Jesús Guzmán Moya (1898-1967), historiador y cronista oficial, padre de Jesús e Isabel Guzmán Espinosa.

Una mujer apellidada Espinosa (1915-1968), esposa de Jesús Guzmán Moya, madre de Jesús e Isabel Guzmán Espinosa.

Consolación (?), también Conso, la señora que ayudaba en la casa a la mujer apellidada Espinosa.

Jesús Guzmán Pascual (?), mecenas y donante, fundador del museo con su nombre, padre de Jesús Guzmán Moya, y del arquitecto Alfredo Guzmán Moya, y del poeta maldito Mariano Guzmán Moya.

Una mujer apellidada Moya (?), esposa de Jesús Guzmán Pascual, madre de Jesús Guzmán Moya, hermana de la acuarelista Victoria Moya de Ramos.

Muchos hombres llamados Jesús Guzmán, sus esposas, sus hijos y sus hijas, sus nueras y sus yernos.

Leila, protagonista de *The Giaour*, poema de George Gordon Byron.

Hassan, protagonista de *The Giaour*, poema de George Gordon Byron.

El vampiro, protagonista de *The Giaour*, poema de George Gordon Byron.

El vampiro.

Hasta tocar la campanilla, juntos el corazón y el índice: el pantocrátor se apoyó en la taza del váter y bendijo su resaca. La acidez de la saliva tras la arcada, mala noche la de anoche: primero el viejo Basilio le ofreció café con un chorrito de brandi, y luego Chus se planteó cenar con Lucía en casa, quizá escribir, pero se le cruzó Bravo. Ya esperaba en el bar de siempre, haciendo tiempo para quien le buscara; se acaba el verano, lloriqueó Bravo, odio las putas hojas secas. Una caña y otra y otra, el nombre de la mujer de Chus en la pantalla, un sms por si le esperaba para cenar. Tira tú, le contestó él, y Lucía abrió una bolsa de brotes deluxe, una lata de atún al natural, cortó en rodajas unos cherris. Una caña y otra y otra, algunos vinos, almendras y patatitas, una copa porque Bravo se empeñó, chupitos porque Bravo se empeñó, más copas, más chupitos, por fin Chus lo distinguió subiendo las escaleras de salida, acompañado, y ya libre se encaminó a casa, donde Lucía.

El hombre que intentaba provocarse el vómito se llamaba Jesús Guzmán de la Fuente: treinta y nueve años, no siempre tan ojeroso, a menudo con mal aliento, estatura media y todo el pelo aún. Había engordado; Lucía, discreta, compraba un par de camisas si las viejas empezaban a apretarle. Chus para los amigos, en público Jesús de la Fuente, el nombre familiar de la rama paterna y el primer apellido de su madre, con una prometedora trayectoria en la filología —tesis sobre Henry James— que abandonó para dedicarse a la creación: había publicado dos novelas, la primera con fortuna crítica y ventas

discretas, y la segunda con la nada. Para propiciar una tercera, Lucía había organizado el despacho al gusto de su marido: la mesa del escritorio pegada a la pared, varias estanterías a la espalda con libros que actuasen como talismán. La selección incluía aquellos libros que le protegían, James y Conrad, Nabokov, pero también los que confirmaban su talento: las novelas —la primera edición de ambas, y la reimpresión de la primera—, el ensayo que resultó de la tesis y la traducción al inglés en una editorial universitaria estadounidense. Allí se encerraba Chus cada noche. Se preparaban antes, Lucía desmaquillándose y él en la cocina pillando una cerveza, algo más fuerte dependiendo de la escena que hubiera planificado. En sincronía las puertas se cerraban. Encendía el ordenador, abría el procesador de textos, y durante minutos contemplaba la pantalla en blanco: a veces una frase, otras una palabra, dos o tres. ¿Mil caracteres, al menos? Un triunfo. Al rato —dependiendo de su paciencia, dos horas, media, quince minutos— asumía que no iba a conseguir nada. Saltaba de web en web, y en torno a las cinco de la mañana miraba algo de porno, se hacía una paja y se iba a dormir.

Directa la luz desde el costado derecho, aunque Chus lo ignoraba porque no resucitaba hasta las diez y mucho, once casi siempre, salvo que le zarandease una resaca como la de hoy, entonces. Desayunaba en la cocina, de pie, y se duchaba, y salía: siempre se cruzaba con alguien conocido, y de ahí a la primera cerveza, la visita a Manolo el librero o al viejo Basilio, un par de veces por semana a casa de su padre, más por su tía Isabel e incluso por Encarni. Si no, comía en el piso con Lucía. Dormían la siesta juntos, en el sofá o en la cama, y reanudaban la vida separados: Chus un rato en el despacho y a la calle, a alguna presentación o a alguna charla, y Lucía a la merienda, los bailes latinos, el cine con las amigas, un paseo con su madre. Si Chus no se entretenía con las cañas,

coincidían en la cena, y la narración se replegaba al punto de partida: cada noche, blablablá. Si no, Lucía ni siquiera se daba cuenta de que Chus volvía algo borracho y se tiraba en el sofá ante la tele, sin haberlo intentado.

Los fines de semana sí respetaban la tradición. Cenar juntos el viernes en algún restaurante, despertar el sábado al borde del mediodía, almorzar con la tía Isabel, por la tarde la deuda de Chus con su mujer: baile en Corazón Latino, aquella sesión en el sótano de un hotel al otro lado del río, donde el mirador. Los domingos con los padres de ella y sus cuatrocientos millones de hermanos y sobrinos. Ya en casa, Lucía le preparaba un café y se lo llevaba al despacho, no hablaban más. Al principio, cuando Chus entregó la segunda novela, unos meses antes de que se publicara, Lucía llamaba a la puerta con mansedumbre, y desde el otro lado preguntaba: ¿escribes? Le abrazaba cuando se metía en la cama, ¿has escrito? Ya no. Porque que Jesús de la Fuente no escribiera no suponía un problema tanto para el mundo, que no, como para el propio Jesús de la Fuente, aunque en realidad tampoco. Cada noche, en lugar de irse a la cama con Lucía, se separaba de ella y se encerraba en el despacho.

En ocasiones:

No he querido saberrrrrr

La caballería ya no tiene sentidoooo

Ninguna sensación distinta al aburrimiento y el desinterés. Lo había intentado con artículos de opinión, por si el compromiso de uno semanal activara su ritmo de escritura. ¿Se le ocurrió a Lucía? ¿Un café con la novia del jefe de publicidad antes de las clases de bachata? ¿Quedaron a la salida, notas de loto y lis y maderas frescas enmascarando el sudor? Chus sabía que una llamada de su padre le habría abierto las puertas del periódico local, pero sabía también que

Jesús Guzmán Espinosa —don Jesús, el catedrático: Chus se refería a su padre así, con sorna y desapego— no solía hacer esos esfuerzos más que por sí mismo o por alguien que le correspondiera en la medida justa. La cuestión es que recibió la propuesta, una columna sobre asuntos locales en las páginas de opinión, página par del domingo para un escritor de prestigio como él; y Jesús de la Fuente reflexionó sobre un vuelo que caía en el Pacífico, sobre el aplastamiento de nueve personas en un concierto en Dinamarca. Al principio Chus madrugaba, bajaba al quiosco, regresaba con un ejemplar y algo para el desayuno; Lucía leía la columna en voz alta, orgullosa, o le pedía a él que la declamase, igual que uno de los poemas que obsesionaban a su padre, y casi siempre ella prefería callar. El lunes comenzaba una nueva semana para el intrépido articulista, y Chus atendía a la radio, en el bar leía el periódico con el que colaboraba y alguno nacional, compró un cuaderno en el que anotaba ideas. Así también la noche del martes, cuando se sentaba frente al ordenador a copiar lo que emborronó:

El mal

Mal el mal

Lo humano conmovía a Chus, de qué manera. En los primeros meses todo merecía tres mil caracteres: un pájaro muerto en su balcón, su tía desempolvando un juguete suyo de la infancia. El miércoles reposaba. Se entregaba al ocio, se distraía, porque el arte se alimenta de la realidad. Si se encontraba con alguien —el viejo Basilio, Bravo—, quizá renunciase a su noche de escritura: una caña y otra y otra, algo de comer para que el alcohol no golpease el estómago vacío, las copas. El jueves, a zanganear; algunas veces tanto que se refrescaba y salía directo a casa de su padre, para gorronear algo a Encarni y evitar la bronca con Lucía. De ahí a repetir el circuito: actividad social, Basilio, cena, cerveza y cubatas,

silencio. El viernes por la mañana, con la cabeza a punto de explotar, recordaba el plazo de entrega, como mucho el sábado temprano, y con otra lata de cerveza se sentaba a teclear. A Hannah Arendt recurrió en varias ocasiones: la banalidad del mal le servía para un comando del Cáucaso, un adolescente parricida y el concursante de un programa de telerrealidad. No encajaba, pero le quedaban tres horas, dos horas, cuarenta minutos para la entrega. Falló varias semanas: Lucía telefoneó porque le había subido tanto la fiebre —mentira— que apenas le salía la voz del cuerpo, por un virus letal que casi les privaba de la gloriosa existencia de Jesús de la Fuente. Un día, tras enviar una columna sobre un terremoto en China, el redactor jefe le llamó: muy bien la prosa, pero sobre qué escribes, es que nuestros lectores quieren saber de sus vecinos. ¿Tú estás cómodo en opinión? ¿Quieres que te pasemos a cultura? La degradación alivió a Chus. Lucía trasladó su entusiasmo a los sábados, cuando la sección de cultura no incluía artículos y entrevistas, sino columnas en las que los colaboradores se sujetaban la cabeza con el puñito cerrado; sonaba la alarma un poco después que en los días laborables, y notaba cómo Lucía besaba su frente, salía en zapatillas de deporte a por el periódico y una revista del corazón; mientras Chus se despertaba o no, ella hojeaba el primero con desgana y la segunda con curiosidad, sorbiendo la infusión como si quemase demasiado, aunque se enfriase por esperar a su marido. Cuando Chus aparecía —en el salón o la cocina, dependiendo de la hora, porque Lucía buscaba el sol—, ella contestaba invariablemente:

—Muy bien hoy, muy bien.

Chus no sabía si creerla, pero al mismo tiempo sabía que lo decía de verdad.

Su experiencia como columnista se mantuvo de comienzos de enero de 2000 a noviembre de 2001 en opinión, y de noviembre de 2001 a julio de 2002 en cultura. Chus insistía en sus quejas cuando Lucía le preguntaba por el artículo: no encuentro temas, nada me motiva, cómo pensar la cultura ante la realidad que se impone, cómo pensar la cultura en este hoyo de banalidad que aúpa lo mediocre y silencia lo excelso por distinto. Se quejaba de que la colaboración no le servía para escribir más, sino que cuanto invertía en pensar, redactar y corregir se lo arrebataba a su obra. Ese librillo de uno de los adeptos de su padre, ¿para qué molestarse en hojearlo, siquiera? ¿Contendría un atisbo mínimo, precioso, de verdad? Lucía recapacitó: ¿cuántas posibles páginas había malgastado Chus? Lo de este año, calculó ella, equivaldría a la primera parte de la última novela; te faltarían los capítulos últimos, nada más.

—¿Por qué no lo dejas? —sugirió Lucía—. No sale a cuenta. No te pagan, tampoco lo disfrutas, no avanzas en el libro...

Chus aprovechó la pausa de agosto, y la primera semana de septiembre no envió su colaboración. La sustituyeron por una reflexión de un pintor local sobre su propia obra, que exponía en el Museo de Bellas Artes Jesús Guzmán Pascual como gran reclamo del otoño. Nadie reclamó su artículo, ni esa semana ni las siguientes, y a Chus le hirió aquella indiferencia: que prestasen a sus textos la misma atención que a los de Juanita Salcedo, asterisco junto a su nombre, asterisco al final de la columna, maestra y poetisa. Lucía no renunció a las costumbres de los sábados, el paseo para comprar una revista, hojearla entre el sillón y el sofá, despidiéndose del sol, mientras Chus remoloneaba en el dormitorio. Tampoco él: encerrarse en el despacho e intentar escribir sin conseguirlo. De rodillas ante la taza del váter, la mano izquierda en la boca y el brazo derecho

agarrado al inodoro, Chus intentó vomitar pero no lo consiguió, se limpió la baba sucia de la comisura de los labios, pensó en que algo tendría que hacer.

Para preservar el misterio ante sus alumnos, el catedrático se enredaba en la biblioteca o charlando con Rosa en el departamento; tras los minutos de cortesía, ruido seco de sus huellas sobre la madera vieja, de la puerta del aula a la tarima, y depositaba sobre la mesa una pila de libros y cartapacios. Estruendo por cinco segundos, cada vez más leve, cuatro, un carraspeo, tres, murmullo de bolígrafos sobre el pupitre, dos, silencio, uno, silencio, y arrancaba la misma presentación de década tras década, hasta cuatro.

—Un hombre enamorado nos habla desde un momento suspendido: nadie precisaría época ni fechas porque se aferra a anteayer, dos o cuatro o diez siglos atrás, en el origen mismo, allá cuando nacieron las historias. Un hombre enamorado: un hombre que vivió en la luz del deseo, que malvive en la tiniebla del dolor; un hombre que quizá no se arrepienta de sus actos, pero sí de sus efectos. ¿Qué pretende confesando? ¿El perdón del dios en el que cree, y de los dioses que lo amparan? ¿El de su confidente en el poema y de nosotros, sus lectores? Un hombre ha amado a una mujer, una mujer ha amado a un hombre, otro hombre se considera dueño de ella, y la mata, y arroja su cadáver al mar, y con el tiempo el hombre enamorado, ahora el hombre herido, asesina al asesino, y desde el monasterio en el que se refugia nos lo cuenta todo, en ese tiempo sin tiempo del recuerdo. A grandes rasgos, con bastantes matices, sobre esto trata *The Giaour*, uno de los poemas de George Gordon Byron que comentaremos en esta asignatura. Me llamo

Jesús Guzmán Espinosa, soy catedrático de esta universidad y experto en poesía romántica inglesa. Mi tesis versó sobre las tensiones entre vida y muerte en la obra de lord Byron. Cuando la leí, ustedes no habían nacido, quizá tampoco sus padres: todos formamos parte del sueño oscuro del lord, *«I had a dream, which was not all a dream»*. Ya la vida nos revelará si perecen ustedes en heroicas empresas, o se libran del maldito corazón grande y hermoso. Por desgracia, en estos meses me corresponderá guiar también otras lecturas que quizá despierten su interés.

Tomaba una de las carpetas y entregaba su contenido a quien se sentase en el extremo izquierdo de la primera fila: la programación del curso, dividida por unidades temáticas, la bibliografía obligatoria y la complementaria, los criterios de evaluación.

—Quédense con un pliego, y cedan el montón al compañero junto a ustedes. Estudiaremos los textos originales. Por cierto, coordino un seminario sobre literatura romántica inglesa. No los obligo a asistir, no se trata de una clase más, pero sí lo recomiendo. Nos reunimos cada mes, y nos centramos en un aspecto concreto que a mí me resulta estimulante, y que estimula también a quienes participan. En la última página del programa aparecen un horario de tutoría, un número de teléfono y un correo electrónico. El cable lo desconecté, la contraseña la he olvidado, pero en el despacho me encontrarán todo el día, a todas horas, mientras la facultad permanezca abierta. ¿Alguna duda?

El catedrático tomaba otra de las carpetas y entregaba su contenido a quien se sentara en el extremo izquierdo de la primera fila: quédense con un folio, y cedan el montón al compañero junto a ustedes.

—Por favor, cumplimenten esta cuartilla para la próxima semana: si la olvidaran o faltasen a clase, lo que no me incumbe porque son

adultos, entréguenla en el departamento a Rosa, nuestra secretaria. Así los identificaré. Peguen una fotografía de carné actualizada; nadie comprende mejor que yo la decadencia del cuerpo, pero entenderán que no les reconozca con los dientes de leche. Los datos, ya ven: nombre completo, fecha de nacimiento, teléfono, dirección de residencia y la familiar si no coinciden. Les llamaré por el primer apellido, añadiré el segundo si se repitiera: García, Rodríguez, González, Sánchez, tomen nota. Y a modo de curiosidad, por favor, cuéntenme qué esperan de la vida.

El esquema apenas había variado desde que el doctorando Guzmán Espinosa se encargase de la asignatura. A su director, don Francisco Ramírez Aguayo —fulminado por un infarto en el Cimitero degli Inglesi—, le bastaba con ofrecer una optativa sobre las *Baladas líricas* y dirigir la mitad de tesis del departamento. Jesús Guzmán Espinosa recitaba entonces a los alumnos de 3.º: *«what have we / Done, that we must be victims for a deed / Before our birth, or need have victims to / Atone for this mysterious, nameless sin— / If it be such a sin to seek for knowledge»*. La boca se le llenaba de aliteraciones. En cada promoción detectaba mayor extrañeza, los ojos entrecerrados, como si forzando la vista despertasen el resto de sentidos: Raquel, alumna entonces, se acercó al departamento para inscribirse en el seminario y avisar de que, salvo ella y el hijo del catedrático, nadie se había enterado de nada. La siguiente clase la impartió ya en español.

Pero ahora, entonces: don Jesús Guzmán Espinosa cumplió sesenta y nueve años el 24 de junio, se jubilará a final de este curso, no repetirá más la ceremonia en la que explica programa y metodología, identifica a quien bosteza y a quien apunta lo prescindible. Tras abandonar en la mesa de Rosa el fajo de programas sin repartir, el catedrático no se hundió en el asiento de

su despacho —qué cliché—, pero con el tedio de quien se hunde en el asiento, el cuerpo grueso y viejo y cansado sobre el cuero grueso y viejo y cansado, el catedrático se sentó, suspiró, cerró los ojos. Tanta popularidad logró en el pasado que no había septiembre en el que alguien no preguntase si podía asistir como oyente. Tú siéntate y escucha, respondía: siempre resulta bienvenido quien desea aprender. Se sentaron y escucharon tantos pasados del futuro: un director del museo que fundó su abuelo, una concejala de festejos, varios economistas de la caja de ahorros provincial, un candidato a la presidencia del gobierno de la región, hordas de seres grises. En ocasiones se cruzaba con alguien que reclamaba «¡profesor!», y él compensaba su olvido fingiendo la sonrisa. ¿En qué trabajas? ¿Cómo están tus padres? Casi todo el mundo trabaja, a casi todos les preocupa la artrosis de su madre. Acudían a sus conferencias o a sus cursos en el Ateneo: repetía un grupito de diez o quince adeptos, siempre que las programasen —Guzmán Espinosa lo procuraba— tras la salida del trabajo. Algunos se sumaban o desaparecían, según el costumbrismo: bodas y divorcios, nacimientos, mudanzas, un par de suicidas.

Un rato antes, una mirada como no se le había cruzado en cuarenta y tantos años de docencia. ¿Exageraba? Los ojos muy abiertos, no por servilismo ni modorra. ¿Alguna semejante? Acaso la de Jose. No la había detectado —la de Jose— hasta su primera tarea, un comentario sobre una carta de William Blake con el que don Jesús clasificaba a sus alumnos. Una tarea mecánica, la corrección, y sin embargo se solazó en aquellos dos folios mecanografiados con pulcritud, ese trasvase ingenuo de la sintaxis española a la inglesa, exponiendo con candor los fallos y el esfuerzo. Buscó su ficha: le costó distinguir el pelo crespo y los mofletes. Se fijó en su domicilio: no le sonaba el código postal. Dónde es esto,

gritó a la Rosa de entonces. Y la secretaria contestó: madre del amor hermoso, don Jesús. ¿Qué se le ha perdido ahí? Un alumno. ¿Ahí vive? Ahí vive, según la ficha. ¿Y ha llegado a este curso? Ha llegado. Pues será el primero que lo consigue. En la siguiente clase, Guzmán Espinosa inició su monserga sobre los libros proféticos y el sentido del símbolo, y descubrió a Jose en la penúltima fila, próximo al pasillo, cerca de la puerta. Fernández Cortés, me gustaría hablar con usted, fanfarria de sillas en la época gloriosa de los cien mil alumnos. ¿Tu primer Blake?, preguntó el catedrático. Sí analizándolo, pero no en la lectura; conozco algunos poemas por antologías. Muy agudo el comentario, elogió Guzmán Espinosa, aunque flojea el idioma. Invitó a Jose a unirse al seminario, el último jueves de cada mes, en un horario que no coincidía con las clases; no le resultaría posible, porque trabajaba, pero lo agradecía. En la siguiente reunión Jose ocupaba la butaquita de la esquina: me han despedido, explicó, vendré mientras no encuentre otra cosa. El catedrático le ofreció: qué le interesa, qué sabe usted hacer. Todo por lo que me paguen; si no, voy a tener que dejar la carrera. Eso no, muchacho. El catedrático posó su mano derecha en el hombro izquierdo de Jose, y Jose tomó por primera vez conciencia física de su maestro: las palmas anchas y bastas, el vello abundante en el dorso, gruesos los dedos breves. Un mes más tarde, en la siguiente sesión, el catedrático pronunció de nuevo sus apellidos: Fernández Cortés. Y Fernández Cortés no se movió de la butaquita mientras el resto se marchaba. Hay una beca del Ateneo, anunció el catedrático, para atender la biblioteca por las tardes. Soporífero, pero no le pagarán mal y podrá dedicarse a lo que desee mientras ningún erudito le perturbe. Suelen concederla a estudiantes de Española, pero siempre les entusiasman los jóvenes con ganas de aprender. Muchas gracias, don Jesús. ¿Qué tengo que hacer, cómo la echo? No te

preocupes, Jose; nos hemos encargado ya. A la semana siguiente, mientras el catedrático anotaba sus impresiones sobre el impacto de la revolución de 1789 en la nueva estética, Jose aporreó la puerta del despacho: que me han dado la beca, no sabe cuánto se lo agradezco. Es justo lo que ganaba en el almacén con las descargas, oyó el catedrático que Jose contaba a la secretaria. La mirada de Jose sonaba a estómago vacío, metáfora casi siempre, literal en ocasiones: el catedrático ignoraba que muchas mañanas el alumno se había presentado sin desayuno ni cena, porque no alcanzaba ese mes a su familia, o que para ahorrarse el autobús regresaba a pie desde la facultad a casa.

Esos ojos de nuestro presente observaban de otra forma al catedrático. Bullían las ganas, también, pero distintas. Le llamó la atención el maquillaje: la raya negra larga y gruesa, el grafito barato expandiéndose con las horas y el sudor. La piel con un tono más oscuro que el propio. El delineado rojo sangre de los labios, el interior refulgiendo. ¿Por qué se esforzaba en esconder quién era? Cuando el catedrático se transforme en señor Jesús, y Yulisa le sirva el puré de verduras, aquellos ojos le mirarán de nuevo en su memoria, y don Jesús recuperará al catedrático Guzmán Espinosa, experto en poesía romántica inglesa, principal estudioso de *The Giaour*, el misterioso cuento turco de Byron, que tras la segunda clase de su último curso aceleró el rumbo hacia el despacho y descartó fichas hasta reconocer a la chica de la primera fila: Estefanía Sánchez López, «1.º de Filología Inglesa, vengo como oyente», fecha de nacimiento, teléfono, dirección familiar, correo electrónico.

El catedrático había insistido en la pregunta: ¿qué esperan de la vida? «Todo», había respondido Estefanía, una cruz latina la primera letra, uróboros las vocales, primoroso el trazo de la d. Bullían las

ganas, también, pero distintas. No se trataba de hambre, tampoco de ambición.

Era el deseo.

A Estefanía la despertaba el tintineo cuando el padre abría la puerta para irse a la fábrica, el de su madre pocos minutos después, con el rumbo contrario. Ella se duchaba en el primer turno, rápido —la melena, para los sábados—, y frente al espejo del baño se cubría la piel del rostro con la base de maquillaje, aplicaba el corrector. Polvos para matificar, colorete. El olor de la cafetera desvaneciéndose, Estefanía dibujando con el lápiz negro una línea fina, paralela a la del párpado móvil, insistiendo en la parte exterior, hasta cubrir el borde y alinearse con el extremo de la ceja. Más tarde el rímel abundante, intentando que no quedasen grumos. Marcaba los labios con un delineador oscuro, aunque a veces pensaba que mejor no resaltar la boca, por los dientes montados y la cicatriz del piercing. Ya el miércoles o el jueves se recogía el pelo sucio con una coleta. Se ponía unos aros grandes, o unas bolitas de plástico —perlas falsas— que le regaló Sergio por un cumpleaños o un aniversario, no se acordaba ya.

Le seguía su hermano mediano, Alber, que se duchaba por las mañanas, y al rato Caro, su hermana pequeña, que apuraba el sueño. Estefanía preparaba el colacao de los tres: Caro mojaba las galletas y Alber se las comía de pie, un reguero de migas señalando el camino del dormitorio a la cocina, de la cocina al salón, del salón al dormitorio. El curso pasado salían los tres juntos, Estefi y Caro, Alber a distancia. A Estefanía en casa la llamaban Estefi, su novio y algunas amigas eligieron Fani: casi nadie utilizaba el nombre

completo. Su padre se divertía con apodos: Ford Fiesta para Estefi, porque la concibieron en uno; Señor Moya para Alberto, por el jefe de su madre, que con el sueldo les permitió el fin de semana en la playa donde ella se quedó embarazada; y Caja Rural para Carolina, por la hipoteca con la que compraron el piso. Estefi, Fani, Ford Fiesta, Estefanía Sánchez López, aspiraba a una vida diferente de la que le correspondía: lo había decidido aquel verano, cuando trabajó de chica para todo en el bazar del polígono. Tres sueldos completos, estimó el padre y asintió la madre: la segunda quincena de junio, todo julio y todo agosto, con fortuna también la primera quincena de septiembre. Se lo anunciaron un domingo de abril, mientras Alber saltaba la valla del colegio para jugar al fútbol y Caro miraba la tele donde la vecina y ella estudiaba en el dormitorio; estaría bien, ¿no?, que supieras lo que es el esfuerzo, y colaborases un poco, tus amigos trabajan ya todos. Mis amigos no estudian, amagó Estefanía, pero respondió que sí, que dónde. En los hoteles no, conjuró, y su madre ofreció: puedo preguntar en los hoteles. El padre la interrumpió: también puedes echar para el bazar del polígono, que no cierran en verano y tendrán que cubrir las vacaciones. Enumeraron: alguna cadena de supermercados, las tiendas del centro comercial nuevo.

Sus padres la ayudaron a preparar el currículum. Estefanía tecleó sus datos personales. En el apartado de experiencia laboral —vacío— se le ocurrió incluir que colaboraba en la revista del instituto, que había ganado algunos premios de redacción. El padre se negó. Los estudios sí, ¿no? Sí, los estudios sí, pero las notas no las pongas. «Actualmente cursando 2.º de Bachillerato de Humanidades», y se definió como una persona organizada, que aprendía rápido. Recortaron una fotografía de carné, y la pegó en el folio con la barra que Caro utilizaba para las tareas de Plástica. La noche anterior a la

entrevista escogió la ropa con su madre —los zapatos negros buenos, unos vaqueros lisos, oscuros, una camiseta azul celeste que le destapaba los tirantes del sujetador—, repasaron los autobuses hasta el polígono. En el bolso —se lo dejó su madre— guardó *La casa de Bernarda Alba*. Cuando terminara, debía esperar a su padre en el bar junto a la fábrica, para regresar juntos. Se sentó en el primer autobús, leyendo primero, más tarde fijándose en zonas de la ciudad que no conocía, identificando los bloques iguales a los de su barrio, como si alguien hubiese plantado esquejes de ladrillo rojo y toldo verde; en el segundo cedió el asiento a todas las personas, nadie más joven que ella. Se bajó en la parada del bazar. Dejó atrás la puerta principal y llamó a las oficinas; esperaban varias chicas como ella, sandalias oscuras, pantalones y camisetas sin brillos ni mensajes. A Estefanía le molestó el pintalabios: mientras no la llamaban, con un clínex se lo borró a toquecitos. Evitó mostrar el libro —su padre se lo había recordado—, así que se fijó en la pared, en sus competidoras, en la pared, en sus competidoras, hasta que la llamaron.

Estefanía Sánchez López, e intentó disimular su nerviosismo, abrió la puerta temblando, cerró la puerta temblando, se sentó forzando la espalda recta, las piernas cruzadas —pantorrilla contra pantorrilla— imitando a las presentadoras de televisión. Se fijó en el sudor del hombre: el ventilador sobre un fichero, las gotitas perlándole la calva, ciñéndole el rostro, salpicando los papeles. No sintió asco: lo conocía, igual, por su padre y sus tíos. Estefanía Sánchez López, repitió él, su camisa blanca de manga corta, un cerco húmedo señalando las axilas. Sí. No has trabajado nunca. No, estoy estudiando. ¿Vas a seguir? Es mi idea. Quieres un trabajo para el verano o para combinarlo, ¿no? Justo. El oficinista se desplazó de la

fotografía de currículum al rostro de Estefanía: el peinado, la raya de los párpados, la boca con o sin carmín, acaso metafísico.

—Queremos cubrir las vacaciones. Te puedo ofrecer julio y agosto nada más, y si rindes bien algo suelto cuando haya bajas. Es jornada intensiva y son 600 euros. Lo mismo tardes que mañanas, según necesitemos. Casi todos los de siempre prefieren las tardes, porque así no madrugan, y tenemos aire acondicionado. En la nave —bufó —, no aquí.

Estefanía sintió defraudar a sus padres; pensó que su currículum —estudiante de 2.º de Bachillerato de Humanidades, persona organizada que aprende rápido— apenas merecía ocho semanas reponiendo cajas, no los tres sueldos previstos. Estoy de acuerdo, anunció al oficinista, y él se despidió: la tendrían en cuenta. Estefanía distinguió cómo marcaba su nombre con una palomita, y no lo percibió como una victoria, sino como una humillación.

El mundo de su padre, reconoció mientras ignoraba la marquesina del autobús y se dirigía a la rotonda de la palmera. El cartel de la fábrica: Envasados Moreno, canturreaba su padre, viva el producto bueno, y se reía. Los hoteles en los que limpiaba su madre los conocía por fuera, de las excursiones a la catedral y el museo, también por alguna tarde escapándose con Sergio o con Tamara; del polígono sabía lo poco que contaba su padre: una empresa que cerraba y otra que abría, obras en las naves, robos y accidentes. Según le había explicado su padre para que no se perdiera, a Envasados Moreno lo envolvía una alambrada —es zona de guerra—, y al otro lado una empresa de distribución de textiles, y al otro —casi en la esquina de la siguiente rotonda— un edificio mínimo, dos plantas, la de arriba con las persianas sin subir, en la de abajo un bar. Tú me esperas ahí hasta que salga, y con un refresco vale, que no te mareen. Él comía de fiambrera en la fábrica, pero los

cumpleaños, las jubilaciones, los finales de contrato, los celebraban allí.

La niña de Sánchez, salió la mujer de la cocina, se sumó el hombre al otro lado de la barra; le llamó la atención la familiaridad con la que mencionaban a su padre, pero imaginó que habría insistido en que se preocuparan por ella. Sus padres los trataban como a bebés eternos, aunque Alberto rompiera la magia: ya tenemos pelitos, y se rascaba el pubis con tosquedad, mientras su padre le golpeaba con la palma de la mano en la cabeza, su madre chistaba y Caro repetía gilipollas. Estefi callaba, quizá para evitar el daño de su respuesta. Una cocacolita quieres que te ponga, preguntó el hombre; Estefanía dijo que sí. La mujer se sirvió un café, y se situó frente a ella. Habría preferido leer, entretenerse mirando el televisor, no desplegar su rutina ante aquellos desconocidos. Me ha dicho tu padre que vas a estudiar, contó la mujer, azúcar en la taza, eso quiero, Estefanía, la botella vaciándose en el vaso de tubo, si apruebo selectividad. Vas encaminada, ¿no? Parece: la media de las asignaturas la llevo bien, y Estefanía bebió un sorbo largo. Eso está estupendo, opinó un hombre desde una mesa, la papada ocultándole el cuello, el cenicero atiborrado de colillas, está estupendo porque esto es una mierda. Una mierda va a ser esto, reprochó el hombre tras la barra, a ver quién te pone un DYC cola por un euro con cincuenta, y el hombre que fumaba alzó su vaso largo, y zanjó: pues es verdad. Estefanía no le quitó razón. Al otro lado de la barra, el hombre y la mujer; en el bar ella, en un taburete alto, y el hombre que fumaba en la mesa, y otro hombre que fumaba en la máquina tragaperras, con una copa vacía de cerveza. De las paredes colgaban varios calendarios detenidos en mayo de 2003: uno con la patrona de la ciudad, otro con el equipo de fútbol, en otro la plantilla de Gráficas Almenara. A Estefanía la

distrajo la mezcla de olores: lejía, aceite ácido de tantos usos, vinagre del aliño de las tapas en el expositor, dulzor rancio del alcohol en la piel de los clientes. Nos ha dicho tu padre que venías a una entrevista en el bazar, la mujer la sacó de sus ensoñaciones, cogen a muchos jovencillos para los veranos, prosiguió el marido, pero tú sácate la carrera y hazte unas oposiciones, que tengas tu sueldo fijo. Eso quiero, admitió Estefanía, y por el programa que emitían calculó que faltaba media hora para que su padre la recogiera, y marcharan a casa. Sacó el libro del bolso, y retomó la lectura justo cuando Adela llora, y promete que vestirá de verde y saldrá a la calle. ¡La lista!, gritó el de la papada, y el hombre tras la barra lo mandó callar, sentenciando: deja en paz al futuro.

2

OCTUBRE DE 2003

Jesús Guzmán de la Fuente llamó al timbre de la casa de su padre. Se había marchado en cuanto Lucía aprobó la oposición y él empezó la tesis, pero regresaba a menudo con la excusa de comer con su tía Isabel. No descubriría nada excepcional si entraba sin aviso: su padre leyendo en la biblioteca de la planta baja o trabajando arriba, en su despacho; Encarni en la cocina, la tía en su habitación. Chus utilizaba la llave solo cuando nadie respondía, y como nadie respondió la introdujo en la cerradura y la movió hasta notar cómo encajaba la paleta. Entonces la giró del todo hacia la izquierda, mientras apoyaba el cuerpo en la madera para empujar la puerta con el peso. Venció la gravedad, sonó el chirrido, y Chus comprobó que el ritual funcionaba a duras penas. Si a él le costaba, con su maña y con su corpulencia, ¿qué ocurría con la tía o Encarni? Ya había planteado alguna vez que tocaba cambiar la cerradura por una más funcional, o incluso la puerta: el tiempo pasa, habría añadido si gozara de confianza con su padre.

—¿Es esta tu casa? —preguntó el catedrático Guzmán Espinosa tras escuchar su propuesta—. Espérate a que me muera, por lo menos.

La ciudad se desvanecería cuando sus calles no las pasease un Jesús Guzmán Nosequé: lo contaban las leyendas o las maldiciones, las casas resbalando las unas en las otras, precipitándose hacia el río. Si bien el azar había propiciado que cada generación contase con un primogénito varón, nada excepcional ocurriría cuando murieran el

catedrático Guzmán Espinosa, y su hijo Jesús Guzmán de la Fuente, y ya nadie caminara con su nombre. Pero hacía siglos —¡los tartesios, Roma, un puñado de bárbaros!— que su familia habitaba aquella casa en la que el hijo buscaba algo. Por la hora le extrañó que Encarni no hubiese vuelto del mercado, e incluso que su tía Isabel prolongase el café de la mañana hasta el aperitivo. A su padre lo imaginó en la facultad, atrincherado en su mesa, o en algún bar cerrando una subvención para un curso o un congreso. En todo caso: puerta de la calle abierta y puerta de la calle cerrada, zaguán —eufemismo: en unos pasos el paragüero, una percha para los abrigos, un taquillón sobre el que su tía había colocado varias figuritas de porcelana—, hacia la derecha, torcer a la derecha, recto hasta el aseo que utilizaba Encarni. También en ese piso el comedor, una sala en la que su tía se sentaba a ver la televisión, la biblioteca histórica, y una habitación cerrada que usaban como almacén, Lucía elucubraba que quizá allí conservasen los objetos de Piluca de la Fuente, más por deseo que por verosimilitud.

El tiempo había limado presencia a la casa familiar. En la fachada de piedra, sobre la puerta antigua, reinaba el escudo; la planta estrecha y honda en los tiempos antiguos, menos profunda conforme el dinero se agotaba. En una época abarcó tres veces la extensión de hoy: estancias para el Jesús Guzmán de turno, la esposa, la descendencia, los fantasmas. Sin embargo, algún Jesús Guzmán vendió una parte del terreno para afrontar sus deudas, el jardín, las habitaciones del servicio, y a otro le falló algún negocio, y sus fracasos legaron al último de su nombre —Jesús Guzmán de la Fuente, sacudiéndose la polla porque acababa de mear— aquella sombra de lo que habían sido. Recordaba Chus algunas visitas de su infancia, poco después de que la tía se instalara con ellos, cuando un historiador viudo la cortejó; la tía Isabel daba la bienvenida, por

educación, y subía a su dormitorio a oír música, con Encarni riendo en un segundo plano, mientras el pretendiente calculaba cuántos metros había perdido la casa desde qué siglo, por qué tragedias: este Jesús Guzmán sufrió tal imprevisto, y el historiador se empeñaba en salir a la calle para marcar cuánto muro les ganó el vecino; este Jesús Guzmán no calculó bien, y su padre y él subían la cuesta de la calle, con el historiador apuntando la marca de la derrota. El rechazo de la tía Isabel lo compensó humillando el legado de los Guzmán, aunque a cambio propuso a don Jesús entrar en la junta directiva del Ateneo; ya nunca la abandonaría. La casa, la casa: a Chus le gustaba el piso en el que vivía con Lucía, su dormitorio y el cuarto de escribir, el salón exterior, no en la parte antigua de la ciudad pero sí en el centro, cerca de todo aquello que le interesaba controlar. En todo caso, para que Chus heredase quedaba tiempo; sí, queda tiempo, le habría dado yo la razón, aunque no como piensas. La venderé, proyectó Chus, o la quemaré con todo dentro, a lo mejor conmigo incluido.

Chus: ¡padre, tía, Encarni! Nadie. Nada.

La casa sufrió su última transformación cuando murió la madre de Chus, y su padre cerró el patio. Chus daba por hecho que todo el mundo sabía qué había ocurrido con Piluca, y no especificaba: hubo una madre, enfermó, dejó de haberla. Una cuadrilla de albañiles añadió columnas y pilastras a las paredes, cambió el suelo —del enchinado a una solería de mármol— y construyó el techo, elevó una planta más. Con el patio cerrado, subieron al primer piso y transformaron el vacío en otra habitación. Su padre ocupaba el dormitorio principal; Chus, uno mediano; su tía, el pequeño que su madre proyectó para una chica de servicio. ¿Otro salón? ¿Una habitación de juegos? En la planta superior, Jesús Guzmán Espinosa instaló un despacho; a la inferior trasladó los ejemplares de todos

los libros que firmase un Jesús Guzmán Nosequé. La llamó la biblioteca histórica, la he mencionado ya: una copia de cada libro de su padre, el historiador y cronista Jesús Guzmán Moya, y los de su abuelo, Jesús Guzmán Pascual, que donó la colección familiar de arte al museo municipal; cuando ejecutó la última venta de la casa para compensar una mala inversión, su suegro —que se negó a ayudarle— le reprochó cuánto habría obtenido en una subasta en Madrid o Barcelona. Un cuaderno manuscrito en el que su bisabuelo, Jesús Guzmán Alcalá, ensayó su autobiografía; murió a los sesenta y tres años en la realidad, poco después de cumplir treinta en su relato. Y los del tío Mariano —«cumbre de la poesía local de posguerra», según el viejo Basilio—, algunos compuestos en pleno *delirium tremens*, y el catálogo de obras y proyectos del tío Alfredo que el ayuntamiento editó al concederle el título de Hijo Predilecto, en la primera legislatura de la democracia, y un catálogo de acuarelas de su tía abuela Victoria Moya de Ramos. Cuando Chus empezó a publicar, su tía Isabel compró un ejemplar de cada uno —novelas, ensayo—, y lo colocó en una balda que impuso para su sobrino. Esto somos, parecía decirse el catedrático cuando tomaba una monografía de su abuelo, un recopilatorio de artículos de su padre, incluso los poemitas del tío Mariano, y en esto nos hemos convertido.

Chus gritó de nuevo, y de nuevo percibió nada. En cambio, en la planta de arriba el padre reconoció la voz, a pasos largos y lentos para no delatarse avanzó desde la mesa hasta la puerta, se aseguró de que había echado el pestillo, regresó a su asiento a pasos lentos y largos, para no delatarse.

¿Dónde guardaba el catedrático sus libros? Su tesis, su ensayo sobre la refutación del concepto del viaje del héroe en *Childe Harold*, el estudio sobre las traducciones de Byron al español, los volúmenes

colectivos en los que participaba, prefería no mezclarlos con el resto. Nutrían el despacho en el que ahora se escondía de su hijo, una habitación a la que solamente se accedía desde su dormitorio. A mí lo que hay ahí no me interesa, le tranquilizaba la tía Isabel; traspellaba la puerta de su cuarto, sintonizaba Radio Clásica o reproducía algún vinilo, y envejecía en la mecedora desde joven. Cuando su padre no se recluía en su despacho de la facultad, o en el despacho del presidente del Ateneo, o en el despacho de alguien —también barra de bar, salita de restaurante— que le facilitara algo, el catedrático prefería el de su casa, con su obra y sus ediciones antiguas, sus toneladas de bibliografía y sus cuadernos con notas. Se servía la cena, besaba la frente de su hermana y subía las escaleras con su platito en una mano y su vaso de agua en la otra; abría la puerta del dormitorio, la cerraba, abría la puerta del despacho, se encerraba. En su infancia y en su adolescencia, Chus se alimentaba con lo que Encarni hubiese preparado a mediodía, sopas para recalentar, algo de verdura y de pescado, con el verano ensaladilla o huevos rellenos o emparedados de atún, como postre una pieza de la misma fruta que su tía mordisquease al otro lado de la mesa.

El árbol genealógico se quebraba con él, secándose, un tronco muerto cuyo cadáver arrastraba los de alrededor. Nadie se lo había reprochado, tan insignificante; ni su padre, a quien Chus se esforzaba por avergonzar. Sus novelas, el ensayo a partir de su tesis, los había firmado como Jesús de la Fuente; con el apellido de su madre, el nombre distinto al que utilizaban —Chus— quienes sentían algún aprecio por él. Ya cumplía su padre con la herencia familiar y los documentos oficiales, y se dirigía a él como Jesús. Jesús Guzmán Espinosa había preferido invertir su tiempo en lord Byron y no en su hijo Jesús, y Jesús Guzmán Moya había priorizado el pasado de la

ciudad frente al presente de su hijo Jesús, y Jesús Guzmán Pascual conoció la existencia de su hijo Jesús mucho peor que la del Greco, y un sinfín de intereses en los que un padre llamado Jesús Guzmán Nosequé alzaba su copa para brindar por un recién nacido llamado casi igual, y conforme los invitados se marchaban no subía al dormitorio con la puérpera y el neonato, sino que prolongaba la fiesta o regresaba a su cuartito, según tocase. Todos ellos se habían reproducido, su padre en él, su abuelo en su padre y en su tía, y la familia de Chus de la Fuente abarcaba tíos abuelos, medios tíos, niños muertos a las horas y a los días y a los meses de nacer, madres muertas a las horas y a los días y a los meses de parir, primos cuartos y séptimos, gente sin su apellido pero con las manos muy grandes, los dedos anchos y el vello negrísimo en las falanges proximales, los agujeritos vergonzantes cuando se trataba de una mujer e intuías que se arrancaba el pelo con las pinzas. La mano Guzmán, reía Chus de la Fuente para sí: por su parte, chimpún.

La mano Guzmán en la polla de Chus mientras pensaba en todo aquello, él todavía en el cuarto de baño, reflexionando sobre la inmortalidad tras mear.

Y de repente, en el piso de arriba, un ruido.

Aprendió a rezar porque le enseñó su madre; Isabel rezaba con ella, rezaba con la mujer que la cuidaba —Conso—, en el colegio y en misa. Agradecía el día por delante, y el día ya agotado; antes de un examen para garantizarse la suerte, y cuando recibía la nota. Cualquier gesto lo sustentaba una oración: Isabel repetía con tono mecánico sus frases al Altísimo o Jesucristo o a la Virgen o un miembro del santoral que le brindaría lo que deseaba. En el patio del colegio rogaba a san Alipio y san Posidio que sus amigas la escogieran para saltar a la comba. Santa Clara detenía la lluvia cuando le molestaba el repiqueteo contra los cristales. Pero casa, colegio, iglesia: cuanto se excluía de aquellos límites le aterraba. Los fines de semana paralizaban a Isabel; fingía dolores para evitarse el aperitivo en el Casino. Su hermano sí lo disfrutaba: se paseaba de grupo en grupo, arcaba las cejas cuando rondaba una chica de apellido importante. A Isabel los chicos no se le acercaban, por su falta de atractivo —más Guzmán que Espinosa— o por su timidez; con los años —doce, trece, catorce— dejaron de funcionar sus plegarias, porque las chicas consideraban que Isabel ahuyentaría a sus pretendientes, y se apiñaban para excluirla de las conversaciones. El malestar previo al Casino —estómago, cabeza— se intensificó. Pese a las quejas de la madre, su padre lo entendió, y permitió que los esperase sentada en la mecedora de su dormitorio.

Le aburría leer, y había probado con la acuarela en la academia de pintura: entre Bravos y Valeras, Isabel se excedía con el agua en la

que diluir el pigmento; sus pétalos las demás los confundían —y las burlas— con manchas. En cambio, le entusiasmaba la música que reconocía de la misa. Insistía a sus padres en cambiar, los domingos y las fiestas señaladas, la iglesia cerca de casa por la catedral: el órgano sustituía a la grabación, el coro profesional a las feligresas. Cuando su padre —Jesús Guzmán Moya, ya hablé sobre él— detectó que algo interesaba a su hija, convenció a la madre para que Isabel le acompañara en el estreno de un cuarteto de cuerda, un festivalito de música de cámara. En aquellos eventos se acentuó la impresión del padre sobre la hija: la apariencia no la camuflarían ni el gasto en modistas ni un buen corte de pelo; tampoco la aspereza, enriscada conforme la repelían. No distinguía en Isabel encanto ni belleza; la inteligencia la esperaba de su hijo. Lo que Isabel ya intuía lo confirmó una noche en la que oyó a sus padres: la tos ahogada de él —casi sesenta años, más joven que ella ahora— y la voz raspada de ella —algo más de cuarenta, poco más que su sobrino—, Isabel suponía el humo en el salón mientras ella abría el armarito de la cocina y llenaba un vaso. Ni es guapa ni simpática, lamentó su madre. Tampoco le podemos asegurar un buen partido, retomó su padre, a no ser que tu familia nos ayude. O tiramos con Jesús, prosiguió, que se está situando bien en la universidad, o nos quedamos a medias con los dos. Insistió su madre en que tenía diecisiete años, Isabel, y es una pena, porque no es tonta, solo diferente. ¿Un viudo, un perdido? ¿Algún Moya? Son cientos. No lo creo, rectificó el padre. Lo de que no sea tonta, digo, y en todo caso no voy a emparentar con un descarte, tengamos dignidad. Isabel rezaba por los pobres, el hambre —que se acabe— y las guerras —que se acaben—, Conso y el marido de Conso y los ocho niños de Conso, el hermano de Teresita que se resbaló trepando por un árbol y se partió la columna —que se cure o se muera: lo último, un

padrenuestro diario por seis meses—, su padre y su madre y su hermano, la macetita de geranios que plantó en su balcón. Sin embargo, Isabel nunca rogó que Dios interrumpiese su crecimiento —más alta que los muchachos de su edad, tan alta como su hermano—, que se le aclarase el vello de los brazos y se le cayera el del bigote y las patillas. Bastaba con que la dejasen en paz.

A la noche siguiente, cuando la sed suya y el tabaco de sus padres, Isabel tocó con vergüenza en la puerta del salón, pero no se enteraron; insistió, esperó el permiso —sí—, se ajustó el cinturón de la bata y anunció: me quiero meter a monja. Isabel previó silencio, y lo obtuvo; también previó su aceptación —había rezado antes de irse a dormir, al alba, en geografía y en labores, mientras Conso le explicaba el puchero—, y comprobó que ambos espiraban, la tensión y el aire y el humo de décadas hacia la madera vieja y el cuero viejo y la hija aliviada. Lo has pensado bien, preguntó su padre, más por compromiso que por apego, e Isabel respondió que sí; lo has hablado con tu confesor, quiso saber su madre, más por apariencia que por prevención, y ella respondió que sí, aunque no especificó que la conversación se había limitado a un intercambio de frases con la celosía de por medio. Prefieres terminar las clases, siguió su padre, y ella respondió que para qué, que en el convento no le iba a servir de mucho. En Santa Paula, interrumpió su padre; son jerónimas. Nuestra familia ha sido donante desde hace generaciones, y mi padre, tu abuelo, les compró una talla en momentos de necesidad, luego la devolvió. Se sentirán honradas de tenerte con ellas. Es clausura, su madre en un susurro. El padre: claro. Isabel: eso quiero.

El confesor ratificó sus aptitudes, e Isabel dirigió una carta a la madre superiora, expresando sus deseos de ingresar en la orden. «Venerable Madre», comenzó, y se regodeó en su experiencia de fe,

en su voluntad de penitencia para alcanzar la unión mística. Se despidió de Conso —eres buena, repetía Conso, y le besaba las manos—, de sus compañeras; lloró mucho Piluca de la Fuente, que no faltó a pesar de sus achaques. La noche anterior pidió Isabel cenar con la familia, su hermano se ausentó por los exámenes, y dar un último paseo por la ciudad, su padre se excusó por una conferencia que dictaría la tarde siguiente. A metros de casa, ni en la calle principal, su madre se quejó porque los tacones le dañaban; interrumpieron el camino. Isabel se fijó en aquel tramo breve, unas pocas fachadas hasta la de su familia; en diecisiete años había memorizado el granito y la cal, los escudos, los capiteles de caliza. Ya en su cama, bebido el vasito de agua y lavados los dientes y cepillada la melena, Isabel pensó que todo aquello tampoco le producía tanta curiosidad como para lamentar su pérdida. A la mañana siguiente preparó una maletita —algunas mudas por si las necesitaba, un vestido sencillo que no utilizaría jamás, un cuadernito, su ejemplar de la Biblia y su devocionario; también su juego de las llaves de la casa, por superstición—, y bajó cuando sus padres la avisaron.

Después, la nebulosa. Las jornadas idénticas: despertaba antes del amanecer, preparaba el desayuno, oraba, limpiaba los pasillos y las celdas, el claustro, el refectorio, las salas de trabajo, estudiaba, ayudaba en la cocina o servía, horneaba magdalenas y amasaba roscos, oraba hasta la cena. No distinguía a unas hermanas de otras, las mismas caras y los mismos cuerpos bajo los mismos hábitos. Demostraba su fe: postulante, novicia, juniora. Al arrodillarse en su celda, al entrelazar las manos salvaba las vidas de los niños pobres, enfermos, solos. Pedía por los hambrientos y los heridos, por sus hermanas y por sí misma, por Conso y su marido y su descendencia —si supiera: Conso sirviendo en la casa todavía, el marido muerto, la

mitad de hijos en Cataluña y la otra en Suiza—, y por sus padres y a veces por su hermano. Sor Isabel renovaba el voto de castidad, el de obediencia, el de pobreza. Poseía conciencia del tiempo porque los días se sucedían con sus noches, porque durante meses la lluvia las eximía de regar el cinamomo del patio. Porque, en el año de su profesión solemne, la madre superiora la llamó: la clausura lo impide, pero por deferencia hacia tu familia te comunico que tu padre ha muerto. No los había olvidado, la plaquita en la peana de la talla de santa Paula de Roma —«A don Jesús Guzmán Moya, donante de nuestro convento, hermano en la fe de Cristo»— le devolvía a su origen, pero la vida anterior la había reducido a unas pocas escenas: sus padres fumando en el salón, librándose del problema que suponía Isabel, o despidiéndose en el patio del convento, a un lado y otro la manita derecha, la izquierda de su madre enjugándose las lágrimas con el pañuelo, la izquierda de su padre hacia la cadera de su madre para que se apresurasen. Algo ridículo: en el archivo municipal, despeñado de la escalera al consultar unos expedientes. Se golpeó el cráneo con el borde de una mesa; cuando el asistente regresó con dos tacitas de café, distinguió la sangre sobre la baldosa, y al cronista ya cadáver. Tres meses después, justo, la superiora llamó a Isabel de nuevo: la clausura lo impide, pero por deferencia hacia tu familia te comunico que tu madre ha muerto. Como cada día desde el funeral de Jesús Guzmán Moya, su madre paseó hasta el cementerio. En el camino notó sudor y escalofríos, mareos, conforme se acercaba algunas náuseas —se escondió tras un mausoleo, por si vomitaba—, le faltó el aire al pronunciar ay, Jesús; un infarto. Apenas desplazaron el cadáver unos metros, del mundo de los vivos al panteón de los Guzmán. Ya huérfana de padre y madre, rogando cada noche por sus almas, sor Isabel se centró en los votos perpetuos, en el anillo nupcial. Que

esto quede en nosotras, aclaró la superiora; que no salga jamás de aquí. Por deferencia hacia mi familia, completó sor Isabel. Acompáñeme, pidió la superiora, y sor Isabel enlazó pasillos y escaleras que jamás había barrido. Reconoció aquella nuca como la suya, los hombros anchos del cuerpo que costaba encajar en el respaldo.

Lo siento mucho, saludó, y Jesús no comprendió. Ignoraría qué pensó él sobre ella, si pensó algo, pero a ella le llamó la atención el cambio en el rostro de su hermano: habían transcurrido once años. Jesús mantenía la altura, encorvado hacia delante; las manos enormes y peludas, el pelo cortado del cogote y abundando ya en la espalda, en los brazos y en las piernas, en el vientre, pero el cuerpo de hueso, y la piel transparentando las venas, azules las venas bajo la piel, azules las ojeras rompiendo el tono blanco. Pili se va a morir, anunció su hermano. Pero quién es Pili, Jesús, y el nombre de su hermano coincidió con el portazo de la superiora. Pili, mi mujer. Fue a clase contigo. Sor Isabel recordó a Piluca de la Fuente, la muchacha que lloró en su despedida; le estremeció imaginar a aquella chica frágil, piadosa, encerrada en la casa de los Guzmán. Pero cómo es eso de que se va a morir, Jesús. Tiene leucemia desde poco después de que naciera el niño. Hay un niño, reflexionó Isabel. Hemos ido a Madrid, pero ya nos han dicho que no hay solución. Lo siento mucho, hermano. El significado del silencio del uno y de la otra también lo desconocerían, pero sor Isabel lo rompió en su pensamiento: es la primera vez que hablamos. Ven con nosotros, Isabel. Hasta que yo sepa cómo organizarme con el niño. Aquella petición sonó a las oraciones de las que se había servido para conseguir sus deseos: Jesús Guzmán Espinosa, treinta y cuatro años, casado —viudo, casi— y padre de un hijo, rezaba a su hermana para que solucionase sus problemas. Yo no sé qué decirte,

Jesús. Silencio. Mi vida es otra y está aquí. Silencio. Tengo un compromiso con la fe y con mis hermanas. Silencio. Estoy a punto de tomar los votos perpetuos. Silencio. Su hermano se inclinó hacia ella. No es tan fácil salir de aquí, Jesús. Silencio. Tengo que hablar con mi superiora, solicitar una dispensa. Silencio. Puede tardar. Silencio. Pili está mal, insistió su hermano. Sor Isabel: cuánto. Su hermano: días. Isabel: lo pensaré y transmitiré mi respuesta a la madre superiora, y mientras tanto rezaré por Piluca y por ti, por vuestro hijo. ¿Hay más criaturas? Jesús negó. Sor Isabel: envíale por favor mi abrazo más sentido, y transmítele que Cristo está con ella, y Dios en su misericordiosa compañía. Jesús calló. Sor Isabel: siento mucho este año horrible. Jesús contestó: bueno, yo gané la cátedra.

Sor Isabel lo explicó a la superiora: cuestión de semanas o de un mes, para organizar la viudedad del hermano; nuestra madre murió, Pilar era hija única, y su madre si vive debe de ser ya mayor. La mujer de servicio se ha ido a Barcelona. Mi hermano no entiende estos asuntos... La superiora lo autorizó por deferencia, la placa en la peana, el único acierto de Jesús Guzmán Pascual antes de arruinar a las generaciones venideras. La dispensa la recibió tres días más tarde; abandonó el convento antes del amanecer, para no provocar algarabía. Despertarían, hervirían la leche, tostarían el pan, nadie la echaría en falta. En su ausencia debería mantener los votos, vestir el hábito, alimentar la llama espiritual en el rezo íntimo y en la parroquia a dos calles. No tardes más de lo conveniente, advirtió la superiora. ¿Cómo cifrarlo? En el altillo del armario de su celda había guardado su maletita: dentro un cuaderno en el que transcribía anécdotas de santos y de mártires, y un vestido doblado desde 1957, y las llaves de la casa familiar. No logró dormir. Más patio que cielo desde la ventana de su celda, pero en su aguardo escoltaba la noche. De noche le avisó la superiora, ya, y sor Isabel salió al

mundo, y el mundo que la recibió había cambiado tanto. El camino lo sabía, Isabel Guzmán Espinosa, de memoria: por entretenerse mientras se dormía, muchas de las noches de esos once años había recorrido el trayecto entre el convento y la casa de sus padres, había salido de sí calle arriba hasta el final, izquierda hasta la escalinata hacia la parte alta, escaleras arriba, ahora exhausta —nunca en su imaginación— al alcanzar las casas señoriales, algunas derruidas y transformadas en bloques bajos de pisos caros, en una plaza en la que jugaba de pequeña crecían los plátanos de sombra, atrás más calles, la plaza mayor, hacia la zona de la catedral, hacia su otra vida, la de antes: la misma puerta de roble. Giró la llave.

Al fondo del patio, en el peldaño más bajo de la escalera, aguardaba sentado un niño gordo. Había llorado; por la humedad del rostro, por la piel encendida, había llorado hasta poco antes, y ahora se entregaba a la duermevela del cansancio. Jesús, gritó Isabel, reclamando a su hermano, pero el niño agotado reaccionó al escuchar el nombre. Se llamaba así, por supuesto; no lo pensó Isabel, pero lo añado yo. El niño se incorporó y un paso y otro hacia ella, alto y gordo, el niño descalzo —tendrá frío, no lo pensó Isabel, pero lo añado yo—, con su pijama azul desordenado: los pantalones subidos hasta la mitad de la pantorrilla, la camisita mal remetida, al aire su barriga hinchada de bebé. Jesusito, consoló sor Isabel, extendiendo los brazos, y con el hábito le secó los mocos. Mi príncipe, estrechó contra sí al niño hipando solo. Al regresar del cementerio, su hermano se ocupó: llamó al obispado —conocía a alguien: Isabel aprendió pronto que Jesús siempre conocía a alguien —, visitó a la superiora y compensó la huida con una donación, y la promesa de que Isabel no quebraría en su fe ni en su compromiso con la Iglesia. Isabel Guzmán Espinosa obedeció los designios de su hermano y su sobrino, no gastó más de lo necesario —se organizaba

con el sobre que Jesús padre le entregaba el día dos de cada mes—y jamás sintió pulsión carnal. Asistió a misa cada día, o al menos lo intentó.

Si alguien hubiera pedido a Estefanía una descripción del catedrático, ella habría escogido un oxímoron: torpe y seguro. Evocaría el cuerpo exhausto para gestionar las extremidades largas y pesadas —puro hueso y grasa y pelo sobre los brazos y las piernas —, la barriga tapando el cinturón. A Estefanía le llamaba la atención el equilibrio tan frágil, la sensación constante de que don Jesús tropezaría con el cordón desatado del zapato. El catedrático —torpe y seguro— se movía en el despacho como si arrastrase más tiempo del que en realidad tenía, no setenta años en junio, sino al menos diez más, demorado cuando un paso se aproximaba más de la cuenta a una montaña de libros paralela a la mesa de trabajo. Los va a tirar, pensaba Estefanía; los va a tirar con la pierna, y va a pisar uno o dos, y se va a caer. Pero el catedrático se escoraba a la derecha, y evitaba el impacto, y terminaba de rodear la mesa, y se sentaba.

—Su ficha me ha despertado un interés enorme. La mayoría finge para impresionar. Preparan el terreno para una calificación decente, los menos ambiciosos, o que yo les proteja en su salto a la investigación. Esta es una facultad pequeña, una ciudad pequeña: cada cual se busca la vida como puede. Responden que Byron cambió su vida, que la filología cambió su vida, en realidad pretenden que una beca cambie su vida. Luego están los despreocupados, sin mayor interés que aprobar en junio o septiembre, y a otro asunto. Al final, permítame la confianza, nunca

olvidan mis clases: no esperaban nada, y se lo entrego todo. Pero la suya, su ficha de alumno, su respuesta a esa pregunta, me intrigó. Lo que espera de la vida. ¿A qué se refiere?

Se escuchó cierto jaleo afuera, en el departamento. Estefanía había acudido al despacho con una mezcla de curiosidad y orgullo: qué pretendería el catedrático. Al final de la tercera clase él pronunció sus apellidos, «Sánchez López», y la clase enmudeció porque no la ubicaban, y ella respondió sí desde la cuarta fila, yo, soy yo, y Guzmán Espinosa le pidió que se acercara. ¿Tiene usted clase ahora? Estefanía dijo que no, y faltó a Lengua Inglesa I: acompáñeme. Le siguió hacia el Departamento de Filología Inglesa. Ya en su despacho, Estefanía había escuchado con atención a don Jesús, y se había fijado en cada gesto: el discurso artificioso, el empeño en la palabra más alejada del uso cotidiano, barnizándola para que resplandeciese. Se inclinaba sobre el tablero y enfatizaba algunas ideas, para establecer una cercanía mayor con Estefanía —al otro lado, el bordecito de unas uñas rascándose las cutículas de otras, así calma los nervios—, o por agotamiento. Movía las manos de acá para allá, tomaba la estilográfica para acompañar unas frases y la soltaba al terminarlas. A qué se refiere, le había preguntado: Estefanía quiso revolverse en la silla, inquieta, nerviosa ante la posibilidad de equivocarse y desperdiciar la oportunidad, pero se controló y mantuvo el culo ocupando todo el asiento, en el respaldo la espalda rectísima, las dos piernas juntas rodilla con rodilla, las manos entrelazadas sobre su regazo.

—Pues todo, ¿no? Todo lo que se pueda ser.

—¿Sería tan amable de especificar qué?

—Me gustaría ser profesora. De instituto creo que no. Igual aquí, para gente a la que le interese lo que yo enseñe.

—Usted estudió secundaria, ¿cierto? Ya no BUP y COU. La carrera académica exige sacrificios, pero a cambio brinda la experiencia más deliciosa: la del conocimiento.

—No me importa renunciar a cosas.

El tono de la conversación entre Rosa y el hombre se había elevado afuera: conforme aumentaba el ruido, el catedrático sonaba más alto, más alta Estefanía. Rosa repetía que no, que don Jesús estaba reunido, que se trataba de algo importante; el hombre replicaba que lo suyo más. Algunos profesores habían tratado con respeto a Estefanía: doña Mariángeles, la de Inglés, que la animó a estudiar Filología; la orientadora, que le recomendó que estudiara algo con lo que opositar. En el despacho del catedrático, Estefanía se regodeaba en aquella sensación trascendental; en diez o veinte o treinta años recordaré esa conversación, pensó con ingenuidad, como si el catedrático no llevase más de media vida pronunciando uno o dos apellidos al final de una clase, sopesando si la apuesta merecía la pena o si no servía. Estefanía Sánchez López, 1.º de Filología Inglesa, ¿vale o no? Para qué perder el tiempo; en su último curso, Guzmán Espinosa prefería centrarse en dejarlo todo bien atado. Pero si funcionaba, ¿cómo usar su talento? Puede que a Jose le hiciera gracia ocuparse de alguien de su barrio, pero a su contrato le quedaban este curso y el siguiente, por el convenio con la fundación; Raquel no encajaba muy bien con las alumnas, y ya había terminado mal con aquella doctoranda. ¿Y Conchita? Preparaba ya el examen para la cátedra, no dejaba de ser la hija de su mentor, pero actuaba por su cuenta e ignoraba las jerarquías. ¿Y si Estefanía representaba un problema, más que una posibilidad?

—¿Por qué decidió asistir como oyente a mi asignatura? Contamos con alumnos de otras titulaciones, pero no es habitual que alguien adelante varios cursos.

—Mi profesora del instituto me habló de usted. Me dijo que era el mejor de la facultad. Pero cuando estaba echando la matrícula oí que se jubilaba este año, y pensé que si no no le podría ver las clases. Así que vine a preguntar si había alguna forma de ir a alguna, y la secretaria me dijo que claro, que entrase sin problema.

Un golpe contra la puerta: un puño brusco. Otro. Otro. La voz del hombre llamó: Jesús. Por favor. Soy Valera.

—Estoy ocupado, Ignacio. —Silencio—. El lunes es mejor día. —Pasos hacia la puerta del departamento—. Rosa, con su efectividad... ¿Puedo llamarla por su nombre, Estefanía? En público recurro a los apellidos, pero en este contexto me resulta impostado. Le hablaré de lo que llamo los dones. A mí la vida me brindó la literatura, por ejemplo. Coleridge, Keats. ¿Ha leído usted a Keats? —Estefanía negó, aunque le sonaba el nombre—. La obsesión de mi maestro. *«Who hath not seen thee oft amid thy store?»* La traducción de Valverde, creo, algo así: «¿Quién, entre tus tesoros, no te ha visto a menudo?». Y la guía luminosa del doctor Johnson. Y Byron, por supuesto... Existen más dones, claro; más tesoros. Una puesta de sol, la sonrisa de un niño. Pero a mí me interesan otras ofrendas. Una que nos interpela hoy: el talento. La capacidad para afrontar algo desde la genialidad, no por salir del paso, sino dejando una huella. Como todo lo hermoso que se nos otorga sin haberlo exigido, sin haberlo deseado, conlleva una exigencia; un castigo, si prefiere entenderlo así.

¿Cómo prefería entenderlo Estefanía? Ella estaba dispuesta, por supuesto; respondía todo, a esto también.

—Yo no sé si usted tiene talento. Puedo pensar que sí —continuó Guzmán Espinosa—, por su respuesta en la ficha de alumno, por esta conversación; después de tantos años, he aprendido a distinguir entre quienes fingen y quienes revelan. He vivido algunas

decepciones, pero la máscara cae y muestra el rostro verdadero del fingidor, *«reality's dark dream!»*, «¡el sombrío sueño de la realidad!». ¿Ha leído usted a Coleridge? —Estefanía negó, aunque le sonaba el nombre—. En breve.

—No entiendo muy bien qué me quiere decir.

—Usted tiene que estar a la altura de su talento. Eso implica un sacrificio: esfuerzo, trabajo. No le hablo de renuncias puntuales, sino de entregarse a su vocación, servirla. ¿Y cuál es? ¿La enseñanza? ¿La investigación? ¿O algo más allá, comprender que el estudio de la literatura es una religión, y consagrarse a ella? ¿Que para quien ama la literatura no existe una vida más allá? Su talento, ¿para qué quiere usarlo? He conocido a alumnos inteligentes cuya vida consiste en explicar a treinta zotes cómo identificar el sujeto y el predicado. Honorable, no lo dudo. Pero cuando pienso en ellos, en las ideas sobre las grandes obras que podrían haber desarrollado, y compartido, pienso en que tan fácil resulta elegir el camino correcto como el equivocado. ¿No todos alcanzan la meta? Por supuesto. Por este despacho, por mis clases, han desfilado personas sobresalientes; alumnos cuyos comentarios ansiaba y temía, porque ridiculizaban con su brillantez. ¿Dónde están? Trabajaron mucho, pero no lo suficiente. Cuatro años de tesis sobre *Lives of the English Poets* para no conseguir ninguna posdoctoral y vender imanes y postales frente a la catedral. Le da clase Fernández Cortés, ¿verdad? Fíjese en él: un ejemplo magnífico para alguien como usted.

Sabía de Fernández Cortés, su profesor de Introducción a las Literaturas en Inglés. Conocía de vista a su familia, del final del barrio, donde los bloques. No le había parecido el más inteligente, pero de todos los profesores era el que había explicado mejor qué hacer y cómo. ¿Soñaba Estefanía con parecerse a él, que estudió en su instituto y bebió cerveza en los mismos bancos que ella?

—El jueves por la tarde, ¿tiene clase? —Estefanía negó—. Inscríbase en el seminario: literatura romántica inglesa, una reunión cada mes para diseccionar un texto. Las clases despiertan el apetito, y los seminarios invitan a un almuerzo copioso, pausado. Empezamos en torno a las cinco y media, seis de la tarde; no es necesario que tramite nada. Prepare la lectura según las indicaciones que yo facilite para la sesión siguiente, y siéntese a escuchar y debatir. Este curso nos centraremos en el poema de lord Byron *The Giaour*. ¿Lo recuerda? Les hablé sobre él en la primera clase; hablo siempre sobre él en la primera clase. Llevo hablando sobre él toda mi vida, o casi. Una mesa de operaciones filológica. ¡Prepare su bata blanca, Estefanía!

Estefanía se levantó de la silla, la empujó para acercarla a la mesa y restaurar la disposición que había encontrado. Se despidió del catedrático, le agradeció su tiempo, y prometió que se inscribiría. En la sala de reuniones del departamento, justo donde el cartel del homenaje a Shakespeare, añadió Guzmán Espinosa; ahí será. Cuando la alumna salió del despacho, y cerró la puerta —cierro la puerta, preguntó—, el catedrático sonrió, se permitió la ternura, es una niña, ella por dentro se permitió la crudeza: es un cadáver.

De: Ignacio Valera Velasco <humhisivv@uryc.com>
Para: Jesús Guzmán Espinosa <humfiljge@uryc.com>
Copia: Rosa Santiago Sanz <humpasrss@uryc.com>
Fecha: 30 oct 2003, 12:06
Asunto: Esta mañana

Estimado Jesús:

En mis treinta años en la universidad no he vivido algo tan bochornoso como lo de hoy. Un catedrático que se atrinchera en su despacho y utiliza a una alumna para evitar recibir a su decano... Si no fuera por el respeto que siento por tu trayectoria, por el cariño hacia mi sobrina Lucía, y porque Rosa y la chica no tienen la culpa de nada, me habría comportado de otra forma.

Llevamos más de un mes de curso, y todavía no hemos podido hablar sobre tu jubilación y sus repercusiones en el departamento. Tenemos dos posibilidades: planificarlo contigo o sin ti. La primera parece la más lógica, porque estamos actuando así con los compañeros que se jubilaron en cursos anteriores, pero empiezas a no dejarme más que la segunda opción. Estoy seguro de que a Sánchez Rueda le encantará guiarme en el proceso.

Tanto Rosa como tú habéis insistido en que el lunes es el mejor día. He pedido ya en secretaría tu horario docente para asegurarme de que estás en el despacho. Resérvalo, por favor. Sé que no lees los mensajes de correo electrónico, pero por mi responsabilidad hacia la institución tengo que dejarlo todo por escrito, en caso de que la situación se complique.

Atentamente,
Ignacio Valera Velasco
Decano de la Facultad de Humanidades

Yo sabía que el catedrático actuaría de esa forma: que Rosa imprimiría el mensaje del decano, que llamaría a la puerta del despacho de Guzmán Espinosa —la mezcla de dulzura y temor a la que aludo siempre—, que no esperaría autorización y cerraría tras de sí y que declamaría el mensaje paródica en su afectación, y que el primer chiste lo lanzaría el catedrático ya desde el saludo; para cuando el decano mencionase a Sánchez Rueda, Rosa y él se partirían de la risa. «Estimado Jesús», jajajá, «en mis treinta años en la universidad no he vivido algo tan bochornoso como lo de hoy», y el catedrático arrellanado en la poltrona; la administrativa cerraba los ojos para retener la lagrimilla, se tapaba la boca abierta en carcajada con la mano, no obraba mal pero tampoco bien. Qué quiere usted que haga, preguntó Rosa, el catedrático sujetándose el vientre para que la mofa no desplazase la vesícula, el estómago, el apéndice, los intestinos: sangre, linfa, café solo con un sobrecito de azúcar, mollete con zurrapa de lomo salpicando el folio con el correo del decano. Conforme ascendía la risa del catedrático, fuera de sí, se desinflaba la de Rosa. Algo no marcha bien, y previno lo que ya observaba; o no marcha como de costumbre. Exagera el gesto y exagera el ruido.

Finge, concluyó Rosa. Está cagado de miedo.

Desde que solicitó el traslado al campus del centro, el trato con Guzmán Espinosa había centrado la jornada laboral de Rosa. Cómo lo llevas, le preguntaban la administrativa de Española y los de

secretaría de alumnado y las camareras que le servían el café, y ella no distinguía entre su estado y la forma de tratar al catedrático: lo llevo, respondía. Cuando estudió el cursillo de secretariado, y le asignaron las prácticas en una de las fábricas del polígono, Rosa tuvo claro que aspiraba a un sueldo para afrontar la hipoteca, alimentarse a sí misma y a sus futuros hijos, y pagarles la ropa y los estudios. La contrataron en gestión de una cadena local de electrodomésticos y se preparó la oposición cuando nació su segunda hija, aprovechando que construían nuevos edificios para la universidad: le asignaron un puesto en ciencias, a las afueras, al otro lado del polígono, pero eso le obligaba a trayectos largos de autobús o a desplazarse en coche, así que concursó en todos los traslados que la acercasen a su barrio. Primero languideció en la secretaría de alumnos de Derecho, y comprendió que nadie aguantase más de un par de cursos; luego solicitó la plaza en el Departamento de Filología Inglesa, cuya estabilidad se limitaba a un cuatrimestre. Rosa lo entendió cuando don Jesús la recibió a gritos desde el despacho, no su nombre sino el de la anterior administrativa: Ascensión, Ascensión, y Rosa no se dio por aludida hasta que el catedrático se incorporó, abrió la puerta con violencia, repitió Ascensión mirándola a los ojos. En septiembre escuchó: Rosa, sabía que te llamabas Rosa, pero como todas huyen tampoco quería encariñarme.

Nadie sueña con cuadrar presupuestos de hostales y menús del día, convertir los euros en pesetas para no confundirse, ejercer de madre de hombres de la edad de su padre y convencerlos de que ese viaje a ese congreso lo tendrían que cubrir de su bolsillo, porque la bolsa de este curso correspondía a la facción contraria. Rosa disfrutaba cuando la nómina se sumaba a su cuenta bancaria; benditos el horizonte de la jubilación, la seguridad de que regresaría

de vacaciones a la misma mesa, el marco dorado para la fotografía con su marido y sus dos hijas en el paseo marítimo, el pósit en la esquina de la pantalla de su ordenador —GIAOUR— que ella nunca retiró. Había aprendido que Guzmán Espinosa mostraba cordialidad cuando obedecías sus órdenes y rencor cuando no, que a Sánchez Rueda —Luis, no Trinidad— solo le importaban sus clases y sus doctorandos y situarse por encima de Guzmán Espinosa, que Conchi Ramírez Rejano actuaba por libre y siempre usaba por favor y gracias. A los nuevos, los alumnos que conseguían plaza de profesor, los doctorandos y los colaboradores, los moldeaban los catedráticos: Raquel heredó el menosprecio de Guzmán Espinosa por aquellos a quienes consideraba inferiores —todos salvo ella y su maestro—; Jose, su capacidad de manipulación. Toda la historia de Trinidad Sánchez Rueda, y su marido Antonio Cabrera Velasco, y su hija Sonia, y luego su yerno Juan Pedro y más tarde su exyerno Juan Pedro, y en unos cursos —ya preparaba la tesis— su sobrina Ruth, le había entretenido; pero para Rosa el misterio residía en el catedrático que fingía, cagado de miedo, que luego no sabría cómo actuar cuando se acumulasen las notificaciones del decanato y el rectorado, a quien se le acababa toda la vida que había conocido.

—A las nueve suele llegar usted. A las diez tiene clase los lunes, hasta las once y media. Venga un poco más tarde, vaya directo al aula. No se pare en la cafetería por si le busca ahí. Valera Velasco es el tío de su nuera, ¿verdad? No hable con su hijo. —Guzmán Espinosa se había deshinchado, los dedos de las manos envolviendo el apoyabrazos, la mirada perdida—. Bueno, ya sé que no suele hablar con él, pero evítelo. Tómese el café en casa o donde las tiendas de regalos, un poquito más arriba, no en la plaza. Valera Velasco me suena que este cuatrimestre se liberó, menos una optativa. Voy a acercarme a Historia a preguntar, para ver si da la

casualidad de que le toca el lunes, y tenemos también ese respiro. ¿Tiene alguna tutoría o alguna reunión cerrada para el lunes? —Guzmán Espinosa trataba de recuperar la calma—. ¿Me ha oído? ¿Le suena que tenga algo cerrado para el lunes? A ver la agenda. A ver... La agenda está vacía, pero es que está vacía todos los días. ¿No apunta nada en la agenda? No se preocupe. Pero apunte las cosas, por lo menos en estos meses. O dígamelo y se las voy apuntando yo. A ver que piense: quédese el lunes en casa, ¿le parece? Ya me inventaré yo algo: un catarro. Déjemelo a mí. Esta tarde tenemos el seminario. —Guzmán Espinosa se concentraba en las traviesas de las estanterías, los tiradores del archivador—. ¿Tiene algún compromiso para comer? —No—. ¿Iba a comer usted en la facultad? —Sí—. Igual no es buena idea que ande por aquí... Para no encontrarse con Valera Velasco. Si viene al departamento le puedo distraer, pero si usted baja al comedor de la cafetería va a ser imposible ayudarle. ¿Puede volver a casa? —Guzmán Espinosa negó con la cabeza—. Es verdad, en casa puede buscarle su hijo. Mire, no se preocupe. ¿Le importa comer en el despacho? —Guzmán Espinosa negó tres veces: a Rosa le costaba distinguir si respondía que no suponía un problema, o que no le apetecía—. Es mejor que se quede aquí, tranquilo, con sus cosas. ¿Un bocadillo quiere que le suba? —Guzmán Espinosa: sí—. Un bocadillo y una pieza de fruta. Quédese aquí, se lo traigo yo.

Rosa regresaría en cuánto, en poco: bajar a la cafetería, comprar el almuerzo, volver al despacho. No habrían empezado a servir los menús del profesorado, pero en la barra se acumularían los estudiantes; quizá, se plantearía Rosa en unos minutos, le costaría más tiempo del que pensaba. Encima de todo, se quejaría, me enteraría solamente yo, voy a llegar tarde a casa. Rosa subiría con la comida, se aseguraría de que el catedrático se encontraba bien, y

luego cerraría con llave según el horario del departamento; debía asegurarse de que Guzmán Espinosa tenía su copia consigo.

—Hombre —Rosa me distinguió, sentado en el banco frente a la escalera—. ¿Cómo estás, cariño? Vente conmigo a la cafetería. —Yo no dije nada, pero me incorporé, me aseguré de no olvidar mi carpeta, caminé junto a ella—. Me tiene harta, pero es su último curso. —Como yo nunca intervenía, a Rosa le gustaba hablar conmigo—. Está todo revuelto, aunque eso ya lo sabes mejor que yo, que no se te escapa nada. Tiene que poner en marcha su jubilación para que el departamento convoque una plaza, porque además el curso que viene cumple el contrato de Jose y las cosas van lentas. Cuanto más tarde va a ser peor. Y menos mal que apenas tiene ya docencia, que cómo me explicas tú que solamente tenga una asignatura, que a otros les falta pasar el mocho. —Dejamos atrás el acceso al patio en el que los estudiantes comían de fiambrera—. ¿Tú crees que Raquel va a querer cogerla? Bueno: que él va a querer dejársela a Raquel. Ya. Yo es que creo que él se ataría a la pizarra si pudiera. Me da pena por la hermana, lo que va a tener que soportar la pobre. —Ya en la cafetería, se cumplieron los presagios de Rosa: el comedor de menú casi vacío, reconocí a dos catedráticos de Española, pero estudiantes suficientes como para esperar quince minutos—. Yo desde luego no voy a hacer nada que no me corresponda. Esto es que me ha dado pena verlo así, tan nervioso. Esta gente está todo el rato entre libros pero no sabe nada de la vida: muy inteligentes, muy poco listos. —Una de las camareras la reconoció, Rosa, llamó del otro lado de la barra, y nos acercamos; pero mujer, no esperes, qué vas a querer—. ¿Tú qué crees que le va a gustar más? Es que no es para mí, es para el catedrático. Yo me voy a mi casa en cuanto pueda, que estoy fuera de hora. Los pimientos me ha dicho que le dan ardores. Lomo no,

que se mancha y ya para qué queremos más. —Lo más fácil va a ser la tortilla de patatas, aconsejó la camarera; le ponemos un sobrecito de kétchup y otro de mayonesa aparte—. Mala pinta no tiene, la verdad. ¿El pan está duro? Mejor chicloso a que se deje un diente. A ver, la fruta. ¿Le gustará el plátano? —Me encogí de hombros—. Es más fácil comerlo: le quitas la piel, y solucionado. Una manzana o una naranja la tiene que pelar. ¿Plátano tenéis? Y un botellín de agua. Gracias, cariño. Mañana me bajo un ratito y nos ponemos al día. —Rosa y yo esquivamos a estudiantes, serranito, palometa philadelphia, vegetal de pollo—. Tiro yo para arriba a llevarle esto. ¿Vas tú para tu casa? Dale un beso a tu madre de mi parte.

3

NOVIEMBRE DE 2003

—Entonces, ¿quién es el vampiro?

Lo oyó Chus con la puerta de la sala de reuniones cerrada, la puerta del departamento cerrada, el eco del desfiladero del poema de los cojones. Llevo mes y pico persiguiendo a mi padre, le contó al viejo Basilio: si voy a su casa está vacía, si vengo a la facultad no está o está en clase o está reunido, si llamo por teléfono nadie responde o Rosa me dice que no puede o mi tía o Encarni responden igual. Hace varias semanas estaba cerca de la casa y me meaba, al acabar noté como si alguien tropezara en el piso de arriba, y me subí como pude los calzoncillos y los pantalones, que por poco me pillo la polla con la bragueta. En esa casa hasta los vivos están muertos, musitó Basilio, borracho o trascendente.

Desde primero de carrera frecuentaba Chus la tertulia de Manolo, a quien todos llamaban por su oficio: el librero. A eso de las doce, doce y media, de lunes a sábado, el librero recibía a Basilio, a sus compañeros de grupo literario, a algunos profesores de la universidad. Nunca el padre de Chus, sí Luis Sánchez Rueda, varios de Española: aún soy el más joven, calculó Chus cuando se interesó por un habitual, ausente, y le explicaron que tardaría en reincorporarse lo que el ictus permitiera. Había quien probaba aquellos mediodías de vino blanco seco, ensayaba su futuro en el presente de los participantes, huía para no contagiarse del fracaso: solo Chus resistió. Una mañana —Jesús Guzmán de la Fuente, así lo llamaban todavía— se acercó para recoger un libro entre clase y

clase, y el librero le invitó a unirse, en vista de la hora. Tú eres el sobrino nieto de Mariano Guzmán Moya, nuestro último maldito, afirmó Basilio cuando el librero le presentó a Jesús, y Jesús respondió que sí, pero que no sabía mucho. La mano de Basilio en su pecho: «¡Corazón, el dolor que te atraviesa!», declamó. ¿Tienes que comer con papá?, le preguntó Basilio. No me van a echar en falta, contestó Chus. Quiero enseñarte algo, y Basilio le invitó a su apartamento, y le mostró varios publicados por la Imprenta Provincial: yo creo que los debió pagar Alfredo Moya, el abuelo de Mariano, que es tu... Mi tatarabuelo, completó la frase Chus, Jesús entonces, y Basilio se rio, mejor que tú no lo voy a saber yo, aunque un primo mío se casó con una Moya, que debe de ser algo tuyo; en fin, en esta ciudad compartimos sangre todos. A Jesús Guzmán de la Fuente le llamó la atención el caos del piso diminuto, más biblioteca que vivienda. Los libros del váter son tan malos, explicó Basilio, que ni el librero me los compra para segunda mano; en la cocina, los nutritivos. Vivía solo desde hacía año y pico, cuando aprobaron la Ley del Divorcio y su mujer se presentó donde Manolo con un abogado: como por casa no vienes, sabía que estarías aquí. Aprovechó un inmueble que su hermano pretendía convertir en oficina, y allí seguía el viejo Basilio, setenta y cinco años cumplidos y aparentando muchos más. Salvo los fines de semana, Chus intentaba visitarle a diario: si la chica preparaba algún guiso, le pedía que apartara una fiambrera más, y ya completaba él su almuerzo con algo de embutido o de postre, o compraba algo ligero en el supermercado. Se aseguraba de que Basilio comiera, y de que en su ausencia dispusiera de todo lo que necesitase: leche, café y azúcar, pan de molde, queso o paté, galletas, coñac y vino y cerveza.

En las dos décadas anteriores, Basilio y Chus habían hablado todo lo posible: desde aquel mediodía en el que le descubrió la existencia literaria de Mariano Guzmán Moya, cuyos libros de poesía se cubrían de polvo en la biblioteca histórica de los Guzmán, el viejo Basilio se había convertido en su maestro de vida y literatura. La primera novela se la dedicó Chus a Lucía, *«light of my life»*, pero la segunda fue para Basilio Velasco, «faro del intento». Lees lo que te dice tu padre, le reprochaba Basilio cuando Jesús mencionaba a los románticos; solo serás tú cuando te deshagas de él. Matar al padre, reclamó Basilio, y aquello no sonó muy bien a Jesús, criado con su madre muerta, pero quizá mereciera la pena obedecer a quien tanto confiaba en él. Escribes, afirmó uno de los primeros días, y Jesús respondió que no y Basilio calló, y precisó que sí, que ya, y Jesús se echó a reír, y al siguiente encuentro se presentó con un poema titulado «El dolor de tu mirada». Ni lo leas, amenazó Basilio: ese título daña la poesía. Salvo rarezas como su pasión por la obra de Mariano Guzmán Moya, una *boutade*, Chus debía a Basilio su educación literaria: los libros que tenía en casa y le prestaba, los libros que recordaba que podían gustarle —Basilio los leyó en su día, pero los había vendido— y que Jesús tomaba prestados de la biblioteca, el ejemplar de *Los papeles de Aspern* que le regaló por Navidad. Lord Byron nació y cojeó y murió para que Henry James escribiera esta obra maestra y para que tu padre encontrara un sentido a su existencia, le explicó Basilio. Tras aquel intento, Jesús —ya Chus— evitó compartir más textos con Basilio, hasta que en quinto de carrera le pidió permiso para leerle un relato, «Lenguaje de las sombras», en el que un joven estudiante español viajaba hasta un remoto pueblo inglés. Allí se encontraba con la viuda de su escritor favorito, con la que había iniciado una misteriosa relación epistolar a propósito de una investigación crítica. A Basilio le

incomodaron la diferencia de edad y el idioma abigarrado, pero le convencieron el tono del relato y la profundidad de los personajes: por aquí sí. Basilio leyó aquel cuento en algún momento de 1986 o 1987, y otros que Chus compartió cuando recuperó la confianza, y le apoyó cuando decidió hacer su tesis sobre *Los papeles de Aspern*; apartaron las botellas y las latas de la mesita baja del salón, en una cuartilla apuntaron los argumentos con los que Chus justificaría ante su padre que trabajaría con Pablo Martínez Maldonado, un paracaidista que había logrado su plaza por currículum, sí, pero que en cuanto acumuló méritos —siete u ocho cursos, lo justo para dirigir la tesis de Chus y la de Conchi Ramírez Rejano, y apadrinar dos promociones— se reincorporó a su *alma mater*. Con Basilio ensayó el discurso, pero nada ocurrió como pensaron. Su padre exageró el entusiasmo, se congratuló de que los Guzmán ampliaran el alcance de sus estudios sobre la literatura del siglo XIX, de los románticos a los victorianos, y le abrazó diciendo: se vienen conmigo Raquelita, que es la lista de tu promoción, y Rafael, que se lo he birlado a Sánchez Rueda.

Basilio descartó los primeros poemas de Chus y alabó sus primeros relatos. Le indicó qué leer y qué estudiar. Le preparó cubatas y bocadillos de embutido barato, le arropó en el sofá si el sueño le vencía. Cuando Chus mencionó que Raquel se uniría al viaje de fin de carrera —lo organizó el catedrático, don Jesús, Guzmán Espinosa, su padre: cuatro predoctorales en un congreso en la Universidad de York, libres para seguir donde quisieran—, Basilio le advirtió: no. Cuando Chus se enteró de que Lucía había aprobado a la primera la oposición para el cuerpo jurídico de la diputación, Basilio le aconsejó: sí. Junio de 1989, salón de casa de Basilio, una bolsa de frutos secos y dos tazas de coñac con un chorrito de café:

—Tú y yo hemos tenido una fortuna, Chus, y disculpa el jueguecito léxico, de la que no disponen otros: el dinero. Mi hermano con sus empresas, él sí que lo ha hecho bien: aquí me tiene recogidito, como un niño de Dickens. Eres hijo único, y cuando muera tu padre lo heredarás todo. Mientras tanto, ¿quieres la universidad? Haz tu tesis, publica tus artículos, dicta tus conferencias y que tu padre te arregle la plaza. ¿Quieres la literatura? Escribe, toma tus cuentos y arma un libro, ponte con una novela, envíalo a las editoriales. Quédate con Lucía, y deja la épica para la literatura.

Chus se casó con Lucía: a su tía Isabel, la madrina, intentó meterle mano Basilio en el baile posterior a la cena; también a la madre de Lucía, a Trinidad Sánchez Cuesta —invitada de su padre, igual que su marido y que su hermano— y a Juanita Salcedo, maestra y poetisa feminista, amiga de meriendas de la suegra de Chus. Chus tardó en acabar la tesis porque la compaginó con la escritura de su primera novela, *De sus labios*, que sumaba personajes y enredos al relato del estudiante y la viuda. Lo que ocurrió ya se conoce: *De sus labios* inauguró la colección literaria de una editorial académica, vendió en pocos meses una cantidad de ejemplares significativa para un sello tan modesto, alertó a varios críticos ajenos a la universidad, aparecieron reseñas elogiosas, sonaron los teléfonos; funcionó tan bien que Chus depositó, se doctoró y se encerró a trabajar en su segunda novela, *El sabio en el umbral*, que publicó con fanfarria en una editorial grande, y no interesó a nadie.

De manera que Chus abandonó la facultad —ayer, jueves 30 de octubre de 2003; hoy se regodeaba en el desprecio de su padre y el amor de su maestro—, se dirigió a casa del viejo Basilio y aprovechó que una vecina salía para entrar: Basilio no oía el portero automático, así que Chus recurrió a la llave escondida bajo la

maceta, se sirvió una copa de brandi y se sentó en el suelo, entre varias torres de libros.

—¿Te has muerto, Basilio? —preguntó Chus.

—Todavía no. ¿Me vas a escribir tú la necrológica?

—Ya la tengo preparada.

—Previenen los sabios y los impostores, y tú y yo tenemos mucho de ambos. Eso de tu padre, Chus... Ocurre desde que te conozco. ¿Te sorprende?

—No me sorprende que no me preste atención, Basilio. —Chus se acercó a la mesa baja del salón, tomó la botella, colmó la copa—. Incluso que me desprecie. Pero ya directamente me evita. No existo.

—Me contaste lo de la jubilación. ¿Crees que puede ser por eso?

—Puede —admitió—. Pero también puede que no. Con él nunca se sabe.

—Sí se sabe —retomó Basilio—. Otra cosa es que tú quieras darte por enterado... Quiero pensar que no es una mala persona, Chus. Pero nació con un destino que no encaja en los mandatos terrenales. Como tú, como yo. Nuestro tiempo, nuestra energía, deberíamos encauzarlo en el conocimiento. Pero acabamos claudicando...

—Me voy a ir a casa, Basilio. Ayer se me fue la hora, y quiero cenar hoy con Lucía... Intentar escribir un poco después. Había pensado en llevarme la llave, ¿te parece? La llave de la maceta. Para tenerla yo. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te deje la cena preparada?

—No te preocupes, Chus... Llévatela, claro. Así puedes entrar directamente cuando lo necesites. Me voy a tomar un poco de pan en un rato, no necesito más. Déjame la tele encendida, ¿vale? Y el mando cerca.

Chus se incorporó y devolvió la botella casi vacía a la mesa baja, y se acercó a Basilio: te subo mañana algo del librero, ¿quieres? No

hace falta, salvo que me pueda interesar. Dale un beso a Lucía de mi parte, y que tengas una noche inspirada; a ver si hoy sí. Chus llevó su copa a la cocina, la fregó, la dejó boca abajo en la encimera para que se secara, se asomó de nuevo al salón y contempló cómo al viejo se le deslizaba la cabeza al sueño.

A las siete menos diez, con la primera alarma, Lucía abría los ojos; se retiraba alguna legaña —siete menos cinco— con la segunda, y estiraba piernas, brazos, en punto saltaba de la cama, la tercera. Quince minutos de ducha y peinado, cinco para maquillarse, cinco para vestirse, otros quince de desayuno ligero. En torno a las ocho menos veinte abandonaba el edificio para incorporarse a su puesto como coordinadora de los servicios jurídicos de la diputación. Todo sucedía con Chus roncando en el lado izquierdo de la cama: habían compartido horarios hasta que un martes Lucía lo encontró en el sofá, llorando de alegría, porque su editor le había notificado un repunte —un goteo— de ventas en todo el país, y desde que un mes más tarde les despertarse el teléfono un sábado por la mañana, y entre los gritos de Benjamín Escolano, el editor, dedujera Chus que corriese al quiosco, porque los tres suplementos publicaban una crítica de su novela. Ahí cambió todo: la reunión con su director de tesis para zanjar esa etapa, los viajes a Madrid y Barcelona —a los primeros le acompañó Lucía: se aburría, y decidió quedarse en casa —, el encierro para acabar la segunda novela, el contrato con la nueva editorial, la espera hasta que algo sucediese, que nada sucediera.

Desde el reencuentro de Chus y Bravo, algunos jueves y viernes Lucía se despertaba molesta por los horarios de su marido, por su estado. El jueves pasado le había prometido que solo se acercaría a la facultad, por coincidir con su padre. Lucía esperó a Chus a las

ocho y media de la noche, y a las nueve, y prendió el televisor de la cocina para seguir el informativo mientras picoteaba unas nueces, y a las nueve y media tomó el móvil para enviarle un mensaje, pero decidió concederle una tregua: si a las diez no ha venido, le llamo. A las diez menos diez apareció Chus, con ese olor entre el metal de la cerveza y el empalague del licor barato. ¿Brandi? ¿No visitó a Basilio por la mañana, antes de comer? Qué quieres, le preguntó Lucía; qué hay, respondió Chus. Yo me iba a preparar una ensalada, pero lo mismo tú quieres algo más contundente. Chus asintió, y ella le siguió a la cocina: se adelantó, tomó la bolsa de lechuga y el cuenco con los tomatitos, la lata de atún y la de maíz. Cuando Lucía se retiró, Chus abrió el frigorífico: algo de grasa, suplicó mientras cogía un par de huevos, colmaba de agua un vaso grande, con el puño apuraba las nueces que a Lucía le faltaban por comer. Luci, ¿me haces una tortilla francesa? Borracho, se resignó Lucía, unas gotitas de aceite de oliva en la sartén, los huevos cascados en el plato hondo. ¿Hablaste con tu padre? Claro que no. ¿Y qué has hecho luego?, insistió Lucía, el metal del tenedor contra la cerámica. He pasado a ver a Basilio. ¿No fuiste esta mañana? También.

Cuánta lástima le había despertado Jesús Guzmán de la Fuente. Una tarde en el Casino, estrenando sombra de ojos o rímel o carmín, una de las primas de Lucía lo señaló —o no, porque a una chica como ella se le presupone la educación, la discreción hasta en el chisme, quizá recurriese al truco de las agujas del reloj: a tus dos y cuarto—, e informó: a ese se le murió la madre. Lucía había asistido al funeral de sus dos abuelos, y había acompañado a sus padres a misas en recuerdo de otros familiares; pero despedían a muertos en edad de morir, no a una madre con un hijo. Otra prima —¿Clara, Mercedes?— explicó que había muerto de cáncer cuando él era muy pequeño, con tres o cuatro o cinco años, y que el padre era

catedrático de la universidad —a tus seis menos veinte: un hombre alto y moreno, gordo, presagiando el cuerpo adulto del adolescente —, y que vivía con ellos una tía soltera —a tus dos y media, la de berenjena sentada junto al pianista—, pobrecito. Sus primas desplazaron la conversación hacia otros chicos, y sin embargo Lucía permaneció en Jesús; Chus a partir de ahora, en casi todas las menciones, para facilitarme la labor: a veces me aturullo. A Lucía no le interesaba Chus como sujeto partícipe de una acción en la que ella se implicara, tampoco como objeto de deseo, sino como concepto del que extraer un pensamiento. Con el ruido de fondo, la conversación de fondo —es tan guaaaaaaapo, y peligroooosssso—, las negociaciones de fondo —necesitan líquido, así que es el momento de aprovecharte y comprarles lo que quieras, al precio que les digas—, un vals de Chopin de fondo, Lucía examinaba sus hitos hasta entonces, y en todos se imponía su madre, Matilde, Mati para quien intercambiase con ella un saludo de cortesía. Cuando se tropezó jugando a servir la merienda, y se rajó el labio con la teterita de plástico al tropezar: Mati lo organizó todo desde el suelo —tú, un trapo mojado; tú, ve por el coche; cariño, cariño—, consolándola, manchándose el vestido. De aquel accidente Lucía conservaba una desviación mínima que salvaba al maquillarse, y la certeza de que nada debía temer con su madre cerca. Mati le había proporcionado medicación y bolsas de agua caliente mes tras mes; las diarreas, los desmayos y las náuseas, el desgarro al orinar, el cansancio y las ganas de aislarse, no aminoraba el dolor de la menstruación, pero Lucía al menos no se sentía sola. La invadieron unas ganas inmensas de llorar. Voy al baño, y ninguna de sus primas se inmutó; a la altura de los chicos, Lucía se acordó de la madre muerta de Chus, y no le importó aquella señora pero supuso que él se habría tropezado, y habría enfermado, sin ese amor puro que le reconfortara. Y se giró

hacia él, y le observó con una pena hondísima, y él le devolvió la mirada, los chicos gritaron, y ella aceleró el paso hacia el aseo. No interactuaron, aunque esa noche Lucía protagonizó una masturbación de Chus; en realidad, las pantorrillas que descubría el calor ya habían aparecido en algunas de sus fantasías. Lucía no contemplaba el placer, sino el dolor anticipado, la posibilidad de que Mati falleciera: que un coche la atropellase al salir a merendar, que aquel dolor de espalda escondiese un diagnóstico grave. Hasta que un domingo Lucía en el Casino sintió pasos tras los suyos, y se asustó, pero la calmaron: hola, guapa, me pareces muy guapa. Frente a ella Chus, tan alto y triste, y hasta hoy: veinticuatro años más tarde, una noche de octubre, casi de noviembre, Lucía cuajando el huevo. Qué haces ahora, se interesó ella aliñando la ensalada; intentaré escribir, Chus partiendo la tortilla con el tenedor.

Lucía madrugaba. Fichaba a la hora que indicaba su convenio. Deseaba buenos días a su secretaria, organizaba los pendientes, revisaba informes técnicos, atendía a las consultas de alcaldes y concejales. Sobre las once, si lo permitía el volumen de trabajo, se encontraba en la cafetería de la esquina con varias compañeras; las llamaba así para eludir su gradación de jefa y subalternas. Café con leche, más leche que café, y algo de sacarina, aunque en unos años —ya fuera de esta historia— cambiará la entera de vaca por bebida de soja. Intercambiaban datos superficiales sobre sus vidas —niños tosiendo, maridos estorbando—, se quejaban de cuestiones laborales: Fulanito se escaquea y me cae todo a mí, o a Menganito se le va la mano. Una pagaba lo de todas —se organizaban— y se dispersaban entre unos y otros despachos. Informes, peticiones cursadas por registro, boletines oficiales, nuevas leyes y edictos. A las tres, cuando su secretaria arrastraba la silla y recogía el bolso, Lucía la imitaba; en casa esperaba la comida preparada por la chica,

lista en un golpe de calor, y unas veces Chus, no siempre. Comía mirando la tele. Dormía la siesta en primavera y en verano; no en otoño —ahora, por ejemplo— ni en invierno, aunque si Chus se empeñaba ella fingía. Algunas tardes quedaba con amigas o primas, a veces en plural, a veces confundiéndose, y otras organizaba planes con su madre y sus sobrinos, y desde hacía algunos años todos los lunes y todos los miércoles asistía a la Academia Rico Son; se apuntó a bailes latinos con una amiga, por probar, pero ella lo dejó en el primer embarazo y Lucía mantuvo su afición. Los sábados por la tarde se reunían en el hotel al otro lado del río, los de todos los cursos, los de otras academias: Chus la acompañaba, por compartir un plan, y a veces ella le tomaba de la mano y él de la cintura, pero los dos se avergonzaban y Chus se refugiaba en la barra, con un libro.

Ocurrió la noche en la que Chus visitó a Basilio, y en casa pidió a Lucía que le preparase una tortilla francesa, y él se encerró en el despacho y ella se quedó en el sofá, cualquier película le entretendría; el viernes con la cena de pareja en una pizzería no lejos de casa, y el sábado almorzando con la tía Isabel un arroz, y en la sesión de baile mientras sonaba Juan Luis Guerra y Chus subrayaba una novela de Evelyn Waugh, y el domingo con sus padres, y sus hermanos, y sus sobrinos, y el lunes la rutina: diputación, cocido, Chus en casa, bachata, Chus en casa, martes otra vez, otra vez todo. Chus se despertó de la siesta y anunció a Lucía que un fotógrafo amigo organizaba una copa en su exposición, y que había pensado acercarse. Dónde es, se interesó, y a él le extrañó, quieres venir, y ella se excusó: no, por curiosidad, yo he quedado con Victoria. En la galería de los viejos, explicó Chus; la que hay cerca de la caja de ahorros, pero no es la de la caja. Que no tiene contactos, zanjó Lucía, y Chus no le quitó razón.

A Lucía le preocupó que los compromisos de Chus invadieran el comienzo de la semana, pero le alivió localizarlo durante el tiempo suficiente como para liberarse: veinte minutos entre su casa y la galería, más la hora larga de señores hablando y bebiendo —blanco y negro y alguna teta, auguró Lucía—, más la conversación en algún bar. Retocó el maquillaje, cambió el traje de chaqueta por unos vaqueros y una camisa blanca y un cárdigan turquesa, tomó el bolso pequeño, negro, y se despidió de Chus con un beso en la mejilla. Tomó el rumbo contrario: dejó atrás el centro de la ciudad, hacia el límite ya con los barrios, cerca del parque que evitaban los viernes por la noche. Cada martes anunciaba que quedaba con Victoria, Clara, Mercedes, y en realidad nunca se encontraba con Victoria —ocupada con sus hijos—, ni con Clara —ocupada con sus hijos—, ni con Mercedes —ocupada con sus hijos—, ni con otro nombre de su agenda o su memoria. En la cafetería de azulejos ocres, en la mesa del rincón, oculta del ventanal, a Lucía la recibió quien la esperaba.

La noche anterior había aguantado hasta las doce: felices dieciocho, su madre la abrazó, su padre le acarició la coronilla. Mi niña ya es mayor, y la letanía se dirigía a sí mismo, advirtiéndose: tú lo eres más. Su madre se retiró al dormitorio, Carolina —beso en la mejilla— al baño, el padre y Alberto se quedaron en el sofá. En la televisión un colaborador que amenazaba con golpear a otro, y su hermano reía y su padre le reprendía, riendo, y desde la puerta Estefanía —dieciocho años en pocas horas, su madre evocaría la facilidad del parto, el miedo de las primeras contracciones— los contemplaba antes de irse a dormir, con una sensación de la que entonces no sabía. ¿Quiénes eran ellos? ¿De dónde salía ella? ¿Qué le unía a aquel adulto y a aquel adolescente? Se despertó con el ruido de su padre y de su madre, recogió de la encimera un billete de diez euros —con un pósit: FELICIDADES, corazón, MAMÁ (Y PAPÁ) —, se arregló para marcharse a la universidad y preparó el desayuno a sus hermanos. Se aseguró de que Carolina y Alberto se despertasen, y caminó hasta la parada del autobús. En la facultad encadenó una asignatura con otra, prestó apuntes a una compañera que había faltado el viernes —tú sabes, se justificó— y se compró en la máquina un refresco para acompañar el bocadillo de mortadela con aceitunas. Como lloviznaba no salió al patio, sino que se lo comió en un banco de un pasillo con el tránsito justo, el de las escaleras de subida a los departamentos de Española, Inglesa y Latín. Lo sé porque lo sé, también porque se sentó junto a mí; me

saludó, desconfió al principio —como todos—, se relajó. No la felicité.

El resto: otra asignatura más —le tentó faltar, pero le preocupaba desconectar de la teoría—, una visita a la biblioteca para devolver un libro y que le prestasen dos, el autobús de regreso. Bajó dos paradas antes para comprar una tarta de chocolate en el supermercado. En casa la esperaba Carolina, pero no Alberto: dónde está Alber, preguntó a Caro, y Caro reprochó que no era su madre, y cuando Estefa se mordió los labios, Caro se anticipó: ha comido y se ha pirado, los platos los he lavado yo. Cinco años menos, pensó Estefanía, y mucho más inteligente; no debería preocuparme tanto, y con un paño repasó los vasos antes de colocarlos sobre el mueblecito de la cocina, con las velas —una de 1, una de 8— y los platos de cartón que sobraron del cumpleaños de su hermana. Se subió a una silla para colgar la guirnalda. En el bazar compró a principios de año unos banderines de colores, alternando los lisos con las letras, hasta completar el deseo —F-E-L-I-Z-C-U-M-P-L-E-A-Ñ-O-S—, y los reutilizaba siempre que lo exigía la ocasión. Alberto, Sergio, Tamara, Carolina, ahora ella, que interpretaba aquella merienda como un trámite: en cuanto se marcharan retomaría los apuntes del seminario; le tocaba el jueves, y aún no comprendía nada. Desplegó en la mesa del salón las fotocopias de la traducción del poema de Byron, y los folios sucios en los que tomaba notas, por aprovechar; le extrañó que su hermana hubiera terminado las tareas. La voz de Caro —ya las hice— se confundió con el bullicio de Tamara subiendo por las escaleras, la puerta de abajo mal cerrada, como siempre. Estefanía se adelantó a su amiga, y la esperó en el descansillo; Tamara le regaló una chaqueta deportiva con la cintura alta, que Estefanía agradeció, y que Carolina pidió prestada para ese

fin de semana. Antes se la tiene que poner tu hermana, y Estefanía: sí, este viernes, este viernes mismo.

Cómo te sientes, le preguntó Tamara en la cocina, antes de que llegase Sergio del taller. ¿A qué te refieres? ¿Por los dieciocho años? Sí. ¿Cómo te sentiste tú? Pues estaba currando en la tienda de ropa, recordó Tamara. Me pedí esa semana de mañanas para librar por la tarde. Me preparó mi madre hamburguesa con patatas para comer, y luego me vine aquí a merendar. Estuvo Rebeca, ¿no? Estefanía la interrumpió: con Rebeca he quedado el viernes; con ella, y con el resto. Ya, entendió Tamara; están todos en el trabajo, menos nosotras. Pero con lo de cómo te sientes, continuó, quería decir en la universidad. ¿Cómo es? El ambiente, bueno, todo; no me cuentas nada. Pues en realidad como el instituto, explicó Estefanía, pero más difícil. Se refería Estefanía a las materias: hasta entonces había logrado la máxima calificación en todas las asignaturas con un esfuerzo relativo; bastaba con organizarse, repasar a diario e insistir en época de exámenes, pero en la universidad había descubierto que su bagaje no servía, que casi todos sus compañeros —Carlota, Paula, Guillermo— partían de colegios bilingües, veranos en el extranjero, profesores particulares. La primera semana la desmoralizó: no comprendía nada. Cada palabra de los profesores la recibía en un idioma sin descodificación posible, situada en un punto de la oración que jamás hubiera esperado para un sustantivo o un complemento. ¿Cómo pronunciaban? ¿Cómo lo entendían? Levantó la mano para consultar una duda, y percibió un murmullo, burlas. Lloraba en el aseo tras las clases de Lingüística General y Lengua Inglesa I. Pensó: lo dejo. Trabajo durante este curso donde pille, el próximo me apunto a Española, Magisterio, qué sé yo. Al dejar el instituto, su profesora de Inglés le regaló un cuaderno para la facultad. En casa, Estefanía lo abrió y encontró una postal —una

mujer leyendo, por Jean-Honoré Fragonard— con un número de teléfono, y un nombre: Mariángeles. A comienzos de octubre la llamó: una emergencia, se disculpó. Te lo di porque confío en ti, le explicó su antigua profesora. Estefanía se sentía decepcionada consigo misma: soy mucho más tonta que el resto, más constatación que queja, y voy a quedarme atrás. ¿Tú qué quieres, Estefanía? Yo lo quería todo, profesora. Quiero dar clase, tener un buen trabajo; salir de aquí. Todo lo que pueda, lo quiero. Estefanía recibió el silencio, primero, y luego la voz de doña Mariángeles: pues sigue en ello. Te diría que la ambición exige sacrificios, pero eso ya lo sabes tú, aunque no seas consciente. ¿Te acuerdas de cómo se marchaban tus amigas, tu novio? Y ahí seguías, pese a todo. Estefanía calló, lo compensó la profesora: ¿te da clase Guzmán Espinosa? En tercero, explicó Estefanía, y se jubila este curso; pero voy a ir de oyente y me he apuntado a su seminario. Bien hecho, celebró doña Mariángeles. Aprende de él, apréndelo todo. Es el que parte el bacalao.

Pues en realidad como el instituto, reanudó Estefanía su conversación con Tamara, pero más difícil; me tengo que esforzar más. Fani había renunciado a salir los fines de semana por la noche, porque madrugaba para estudiar; toleraba un paseo con Sergio los viernes y los sábados, a la hora de la cena, y otro los domingos después de comer. Se había quejado él a Tamara, cuando Estefanía se marchaba y él enganchaba con algún grupo de amigos, y ambos coincidían en la plaza; esto va a ser siempre así, y Tamara daba un trago a la litrona, resignada. Trabajar no es tan malo, se reubicó Tamara en la tarde laborable, en la cocina del piso de los padres de su amiga: es una putada, mejor se está en la cama. Pero hay trabajos entretenidos, a mí me gustaron la juguetería y la tienda de ropa, y luego el dinero... Yo le daba la mitad a mi madre y la mitad

para mí, hasta ahorré. ¿Para qué quieres estudiar? Yo no sé qué te pasó en el bar aquel del polígono. ¿Te hicieron algo? ¿Me lo quieres contar? Estefanía se negó: no pasó nada, en realidad; me atendió el matrimonio este que conocía a mi padre, me tomé un refresco, estuve poquísimo tiempo allí. Pero luego no volviste cuando te cogieron en el bazar, insistió Tamara, que preferías irte en autobús. Prefería no depender de mi padre, no sé explicarme bien. Estefanía no mintió. Salió de la entrevista de trabajo, actuó tal como su padre le había indicado —una consumición, no más—, conversó con los encargados del bar y se mantuvo educada con los parroquianos; disimuló las arcadas —aceite quemado, tabaco de horas con la puerta cerrada, whisky barato— y calló ante las bromas de mal gusto. Su padre adelantó unos minutos la salida, intentó pagar el refresco y el matrimonio se revolvió: que tu hija nos lo pague cuando sea ministra. Sí que mintió Estefanía sobre su imprecisión. Tamara nunca lo comprendería; Estefanía misma no alcanzaba, por desconocimiento o por vergüenza, como si se le contagiaran las manchas en la piel de los borrachos del polígono. El escalofrío observando a su padre y a su hermano; el que la estremecía en los ratos con Sergio.

Y esto qué es, Tamara hojeó la traducción; a ver qué te ha gustado. No es lo que me ha gustado, explicó Estefanía, es lo que me parece importante para comprender mejor el poema. Tamara, en el sofá junto a Caro, con la gavilla de folios: ¿esto es de clase? No, de un seminario. ¿Lo de los curas? Es que el catedrático se reúne fuera de clase con gente interesada por los poetas que él estudia, y nos los explica un poco más. Tamara recitó: «Como el espacio / sin límites, al alma se aparece / el mal que ha de servir en la conciencia: / un segundo infinito, desventura / que no tiene esperanza ni termina». Estefanía la escuchó, aunque ya se sabía aquellos versos

—los había destacado con el fluorescente rosa—, y se acordó de la naturalidad con la que Tamara leía en voz alta; sin trastabillarse, deslizando la voz incluso cuando identificaba algo por primera vez.

—¿Quién lo ha escrito?

—Lord Byron. —Tamara esperaba más información—. ¿Te acuerdas de Espronceda? —Tamara negó—. El del pirata: «Con diez cañones por banda, / viento en popa a toda vela». —Sí, ahora sí: memorizaron algunas estrofas antes de que Tamara dejase el instituto—. Pues Byron es como Espronceda, pero en guapo.

—¿Y de qué va esto?

—Es un poema sobre un vampiro. Más o menos... Eso me ha parecido entender, porque hablan de temas que no están directamente en el poema. La mitad se la inventan. Hay una mujer que se llama Leila, y que forma parte del harén de un hombre, Hassan. Ella es la favorita. Hasta que tiene una aventura con otro, no se dice el nombre, aparece como giaour o el infiel, porque es cristiano y no musulmán. Hassan se entera y asesina a Leila, y luego el otro hombre, el giaour, mata a Hassan para vengarse. El giaour es un vampiro, se supone, no sé si de antes o porque al matar se queda entre los vivos y los muertos, de tanta pena y tanto dolor. Si el catedrático me escuchase, me echaría.

Qué ida de olla, zanjó Tamara, mientras Fani recogía las fotocopias para no mancharlas. Tu hermano no viene, preguntó Tamara, y Caro se adelantó: estará con los colegas, yo no lo voy a esperar. Bajo la cumbrera entre el salón y el pasillo, allí donde Estefanía cruzaba de una vida a otra, con la tarta en las manos y las velas en el bolsillo, esperando a Sergio que subía del taller, contemplar a su amiga y su hermana le trasladó a un futuro de diez o quince años: arqueología, restos de huesecillos a los que limpiar la tierra con un pincel, un objeto folclórico que exhibir en el museo de lo que esquivó.

El fondo de la barra le permitía controlar la situación, obtener una panorámica de sus competidores. Bravo ganaba a casi todos en edad, universitarios o soldaditos que se escapaban de la base militar. Ellos pretendían distraerse, beber, bailar un poco, conocer a alguna chica con la que pasar la noche, enamorarse, casarse, tener hijos; a él le bastaba con el primer y el cuarto punto. En qué consiste la vida: que suene el despertador, aguarden la ducha y el desayuno y el traje y el paseo hasta el despacho en el ayuntamiento, y un acto público en el que se inaugure algo, y un café con un periodista, y una reunión con un técnico, y una orden a su becaria o a un asesor de su asesor, y una comida con otros asesores o con el concejal o con el grupo político, y una siesta en el sofá de su jefe, y otro acto público en el que se inaugure algo, y una cerveza con un periodista, y dependiendo de la jornada convencer a alguien para que se tomara la última, regresar al apartamento vacío.

Bravo se había matriculado en Ciencias Económicas y Empresariales —en la privada, la católica— por consejo de su padre, que impartía allí Política Económica y Macroeconomía y Economía del Sector Público, pero abandonó la carrera en el primer cuatrimestre porque no se manejaba con los números, aunque le hubiesen aprobado todas; luego en Derecho —en la privada, la católica— por indicación de su madre, hija de juez, pero no completó primero porque no se entendía con las leyes. Probó con la música: aparcaba el coche frente a los locales de ensayo del polígono, se ofrecía como

cantante o guitarrista pero no memorizaba los acordes, en los conciertos —si no le echaban antes— le interesaban más las primeras filas que el escenario. Buscaba erasmus a las que follarse: prefería las centroeuropeas, rubias y lechosas. Para que reflexionase sobre su futuro, y evitar otro año en blanco, sus padres lo mandaron a Londres; allí intentó desenvolverse con el idioma y las drogas, dejó embarazada a una belga —le pagó el aborto: su madre le transfirió un extra para un intensivo sobre inglés de negocios— y se le ocurrió probar con el cine. Escribiría guiones y los dirigiría. El padre se negó: a tu hermana Maribel ya la han contratado en Arthur Andersen. Una cosa es poder, y otra apoyar todas las chorradas que se le ocurran. La tarde de la discusión Bravo anunció que le retiraba la palabra a su padre, y se marchó de cañas.

Sin cita ni rumbo, sin epifanías. Antes de Londres se había acostumbrado a entretenerse algunas semanas con algún chaval de la universidad, y aburrirse, y alargar las cervezas con algún tipo que le sonara de los bares, y aburrirse a las semanas, y enlazar con uno del barrio con el que no se hubiera peleado u otro del instituto que no le hubiera padecido, y vuelta a empezar. No envió cartas describiendo las fiestas en Camden, no llamó a propósito de un cumpleaños o una borrachera que despertase la nostalgia, nadie le visitó. La amistad requiere esfuerzo: no me refiero a cuestiones más prácticas, como el fingimiento —se comparten aficiones, se toleran los puntos débiles, se simpatiza con la familia o el resto de amigos —, sino a asuntos más sutiles y complejos. Muchas cuestiones al margen de las evidentes, esto lo descubriría Bravo en los años previos a esta historia, exigían esfuerzo, abnegación: la amistad y el amor, por lo tanto el sexo y el placer, la confianza, la suerte, etcétera. Para que la gracia te identificase entre los cientos de miles de cabezas que se devanaban en torno a la hipoteca y el trabajo y

las cacas de los hijos, y posase en ti sus dones, debías ofrecer algo a cambio. Sin cita ni rumbo, sin epifanías, Bravo se movería por los bares del centro, los de primera hora, y se acercaría hacia la catedral. Le apetecía beber, y le apetecía que ocurriese algo. Bravo probó con una rápida en una bar de la paralela a la calle principal; demasiada gente, poco sitio para abrirse paso. Caminó unos metros: paredes blancas, fotografías de toreros abrazados al hombre que le ofrecía una copa de vino, Bravo empeñado en la cerveza, no más conversación que la de un parroquiano de aire familiar. Basilio, insistía el camarero, estos jóvenes no saben qué es la vida. Basilio —la boca pastosa— se enredó en su perorata, el fulgor de la juventud, la dicha al desconocer y el asombro al descubrir; Bravo se aburrió, pagó y se marchó.

Se arrepentía cuando alguien le llamó: qué pasa, Miguelón. Desde la terraza de la heladería, en la plaza, una voz ancestral: salvo sus familiares y los compañeros de colegio, todos utilizaban su apellido. Bravo no reconoció a ese tipo algo mayor que él, veinticuatro o veinticinco por su ropa: las gafas de montura metálica y cristal redondo, la camisita de algodón azul vahído, la tarrina de helado de nata con trocitos de chocolate, la novia morenísima con un vestido suelto, naranja. En el avatar de yerno perfecto desentonaba el tabique ligeramente desviado de la nariz: no parecía alguien que se metiera en líos. Hostia: Josemari. El primer novio, fugaz, otro verano pero en su adolescencia, de su hermana Maribel. Aquella nariz se la debía a Bravo, y a una pelea en la que le defendió por insultar a alguien. Qué es de tu vida, Miguelón, y Bravo supuso que no le convenía la sinceridad: buscando mi sitio, ¿y tú? Josemari se explayó: había estudiado Derecho en la católica —lo sabía Bravo por su padre— y un MBA en Madrid; había regresado a la ciudad para trabajar en la empresa familiar, y por su implicación en el partido. El

partido, repitió Bravo; el partido, asintió Josemari. El partido. La suerte —aprendería Bravo— exigía esfuerzo, abnegación.

Se llama Cris, la presentó Josemari; nos hemos casado justo en marzo. No le sonaban Cris, ni el apellido, ni el padre del que lo había heredado, desconociendo que sus trajes, su apartamento, el dinero con el que pagaría los chupitos y las copas y las rayas, los debería a Bernardo Cobo, el suegro de Josemari, en ese momento concejal de la oposición, dos legislaturas más tarde portavoz de la oposición, desde el mes de mayo de nuestro presente —elecciones mediante— alcalde de la ciudad por mayoría absoluta. Bravo aceptó la propuesta de Josemari, se sentó con Cris y con él, y la iluminación le encajó el culo en el asiento: un examen. Nadie lo había previsto, ni la pareja cuando a él se le antojó pasear un rato antes de la cena, ni Bravo al identificar la nariz de Josemari con Josemari. El esfuerzo y la abnegación, la suerte de que Josemari y Maribel coincidieran en el Casino, y Maribel mezclara la curiosidad con el deseo, y al mes y pico de salir juntos les hubiese presentado, Miguelón, Josemari, y esa misma noche Josemari hubiese ofrecido su nariz en lugar de la de su cuñado, y siete veranos más tarde Miguelón se pelease con su padre, y huyera. Bravo pidió un granizado de limón y, cuando Josemari insistió en saber, adornó el último año de su vida: Londres, Londres, Londres, la cultura británica. ¿Cómo es la vida allí? ¿En qué sentido? Josemari miró de reojo a Cris, que con la cucharita de plástico arrancaba bocaditos de fresa. ¿Sigues viviendo con tus padres, Miguelón? Bravo asintió. ¿Tenéis el mismo teléfono? Bravo asintió. Te llamo mañana, prometió, y llamó al día siguiente. Cafés, granizados, cervezas y vinos, hasta que Josemari le sugirió que quizá necesitase a alguien que le ayudase en su carrera.

Ahí estaba él, Bravo, cuarenta años el próximo, al fondo de la barra del Debaser, cagándose en los muertos de Josemari porque le

había colocado una reunión el viernes a primera hora, mientras Chus frente a él, de espaldas a los chicos y las chicas, le explicaba que su vida era una putísima mierda, que nada de lo que había escrito tenía ningún valor, que odiaba a su padre y a su tía y a Lucía y a Raquel. Bravo había refinado la táctica para fingir interés en la otra persona, reconfortaba a su interlocutor y ese sosiego —el iris en el iris— permitía a Bravo repasar a las muchachas al otro extremo de la barra, la del pelo rizado que pide un ron con cocacola, por ejemplo. Cuando Chus calló, Bravo retomó: un androide, Chusito, eso eres. Te han programado para cumplir órdenes, una tras otra. Antes de hacer algo, ¿piensas qué haces, para qué? ¿Alguna vez te sales del guion? No te digo que lo dejes todo, o sí, pero improvisa, cambia, niégate a algo. Mira a Josemari, estoy acordándome de Josemari. No me olvido de él y su nariz torcida y su pelillo engominado ni un puto segundo de mi vida. Los boquerones en vinagre nos los han pagado Bernardo, Josemari, Cristina que le dijo que el chaval de la heladería le caía bien y a lo mejor le convenía tenerlo en cuenta, que parecía suelto. Y voy para veinte años llenándome hasta los codos de mierda, escondiéndole la basura debajo de la alfombra y levantando los teléfonos que hagan falta. ¿Tengo motivos para quejarme? No. Hablo con gente que a veces hasta me cae bien, me tomo mis cafés y mis cervecitas y mis copas, y a final de mes, pum, la nómina. Yo tengo mis inquietudes, no te rías, joder, estar aquí contigo, voy a muerte contigo, Chus, pero Josemari... Me acuerdo de una vez, estaba yo recién afiliado porque me insistió en que me convenía, y él todavía alternaba la diputación con la empresa del padre. ¿Las huelgas de Maravall, tú te acuerdas? En el 86, en el 87: por ahí. A tu padre le arrearon cuando intentó disolver un encierro. Estaba yo en el último intento de sacarme Derecho, y había un grupo de compañeros organizándose con los de la pública para protestar, una

panda de pijos creyendo que por compartir un tiempo y una ciudad se parecían a los otros, pero ahí estaban: organizando una asamblea en la católica. Eran cinco o seis, no más, pero hacían mucho ruido. Había un Moya, creo que Salvador, el que lleva la empresa de basuras. Yo era joven, ingenuo, mi madre me daba los viernes quinientas pesetas para el fin de semana, como un rey, y aquello me pareció no admirable, no es esa la idea: me pareció insólito. Gente con la vida resuelta, con una matrícula que nos pagaba papá, que tendría su buen trabajo en cuanto se licenciase, perdiendo el tiempo por gente que probablemente les odiara, y con motivo. Se lo comenté a Josemari llevándole a algún pueblo para alguna reunión, ya por entonces, sabes que transmite igual que un corcho blanco, y me miró muy serio, tanto como nunca. Me dijo que él no entendía la política como una herramienta para mejorar el mundo, sino para mantenerlo tal como lo conocía, porque así funcionaba y si una pieza se movía apenas un milímetro todo el engranaje se derrumbaría. Me acuerdo todavía de aquello. Tú eres un androide, Chusito, y Josemari es un muro de contención: los dos, a vuestra manera, cumplís sin pensar la función que os han asignado para que nada cambie, y mantener el orden. Joder, qué bajón, Chus. Yo que te había llamado para pasárnoslo bien esta noche. Me voy a mi casa a cortarme las venas, que a las nueve me esperan en Urbanismo. ¿Llegas bien solo, o te acerco en taxi?

No un bulto en la esquina de la plaza de la facultad, derrengado junto a la papelera, sino un hombre muy borracho en la esquina de la plaza de la facultad, derrengado junto a la papelera. Estefanía enfiló la calle que a la mitad se abría hacia el edificio antiguo, con sus aulas, y hacia otro bloque pequeño reformado, sede de no sé qué, y hacia una casa particular que con las décadas se transformaría en un hotel. Pero ahora permanecemos en nuestro presente, viernes 28 de noviembre de 2003, minutos para las ocho de la mañana, cuando Estefanía se dirigía a clase de Introducción a las Literaturas en Inglés, y torció a la derecha hasta la puerta de la facultad, y en la esquina contraria —diagonal, izquierda— se fijó en un borracho sentado en el suelo, la espalda contra la pared blanca de la casa, el lado derecho del cuerpo contra la papelera, las piernas de cualquier forma —hexágono de huesos y músculos y carne y piel y puntos negros y pantalón vaquero—, la cabeza baja. A ese hombre igual, pero distinto, lo había esquivado alguna noche al regresar a casa, doblado sobre sí en el portal —su vecino de abajo o de arriba —, y se había compadecido al pasar ante la iglesia y distinguirlo horizontal en los peldaños, y le había avergonzado cuando intentaba pagar un cartón de vino en el supermercado, sin acertar a sacar un euro del bolsillo. Está durmiendo la mona, se justificó Estefanía. Prefería no meterse en líos, y en todo caso a esa hora ya pasaban estudiantes y profesores, algunos turistas, ya abrían los bares para el desayuno, en una hora las tiendas.

El hombre estiró la pierna derecha. Luego movió el pie izquierdo con lentitud, en círculos, igual que en el calentamiento de educación física. Inmóvil otra vez. Buscaba la comodidad, un rato más de sueño. A Estefanía le sonaba ese tipo de hombre, pero no aquel hombre en concreto. La suela sin gastar de los zapatos, el forro que brillaba; refugiada ya en la entrada de la facultad, medio escondida tras la jamba, le parecía que el abrigo lo habían confeccionado en sarga de algodón. Era curiosa, solían decir de ella, no siempre como elogio; acumulaba información que quizá algún día le resultara útil, pero que de momento apenas le servía para reconocer —en un momento así— a alguien con dinero. Algunas tardes, para hacer tiempo entre clase y clase o entre clase y seminario o simplemente porque no le apetecía regresar al barrio y al piso y a sus hermanos y a Sergio, se aburría de estudiar y repasar y caminaba hasta los grandes almacenes, escogía una planta distinta: moda de mujer, moda de hombre, hogar y decoración, electrodomésticos. Lo compraría todo. Se fijaba en las etiquetas, acariciaba con deseo los jerséis de casimir, las bufandas de lana. Una dependienta —distinta cada vez— la vigilaba a cierta distancia: su raya negra en el ojo, sus aros, ahí y no en el centro comercial de las afueras.

Arqueó la espalda, el hombre, y a Estefanía le costó interpretar si empezaba a desperezarse o se preparaba para el vómito. No le apetecía verlo, pero al mismo tiempo le intrigaba el desenlace; se agarró con fuerza a la tira de la mochila, una sobre el hombro y otra suelta, y entrecerró los ojos por si acaso. Joder, escuchó tras ella; joder, pensó Estefanía al reconocer la voz de Fernández Cortés. Había llegado con tiempo a clase, y el borracho la había distraído. Fernández Cortés se asomó tras ella, utilizándola de parapeto, y preguntó: ¿sabes si lleva mucho ahí? Respondió la alumna: no sé, llegué hace unos minutos y ya estaba. El profesor guardó silencio, lo

quebró: anda y que lo recoja su padre. La alumna no entendió muy bien a qué se refería. Notó a Fernández Cortés marcharse, pero Estefanía se quedó observando aquel cuerpo desmadejado, huesos y músculos y carne y piel y puntos negros y pantalón vaquero y zapatos con forro de vaca y chaqueta de sarga de algodón, de cualquier forma contra la pared del futuro hotel y junto a la papelera. Que lo recoja su padre, había despreciado el profesor. ¿Hijo de quién?

De: Raquel Personal
Para: NO COGER
Fecha: 28 nov 2003, 09:14:07

la ultima vz me dijiste q no nos viesemos + y te dije q me parecia bien pero entoncs xra q vienes a las 5 qmas el porterillo gritas xq no te abro

De: Raquel Personal
Para: NO COGER
Fecha: 28 nov 2003, 09:14:31

asun la del 1 A no llamo a la policia xq te reconocio y le has dado pena piensa q quieres hacer con tu vida pero no jodas la d los dmas

4

DICIEMBRE DE 2003

Me pareció que se encaminaba a la biblioteca, que la hora libre pretendía aprovecharla para empezar el trabajo de Lingüística General; ocupar un puesto, desplegar sus apuntes, incorporarse a la clase siguiente. Cruzó Estefanía ante mi banco y se cruzó con ella Raquel, que evitaba mirarme, por vergüenza, y le preguntó si había comido ya. Me he traído un bocata, escuché a Estefanía; Raquel le contestó que nunca tenía hambre —mentira—, y que guardaba en el despacho siempre algo para matar la gusa. Sube y acompáñame, ofreció a Estefanía; aquí desconfié, hubiera advertido a Estefanía que no, que esa asignatura le costaba y necesitaba ganar tiempo. Estefanía aceptó la propuesta, y ambas igualaron su ritmo hasta el departamento, pie izquierdo, escalón arriba, derecho, escalón arriba, la distancia pese a todo. A Estefanía, que solía visitar el despacho de Guzmán Espinosa, y la sala de reuniones para el seminario, y la polivalente común para las tutorías de las asignaturas de Lengua Inglesa I, le llamó la atención que Raquel se conformara con la tercera parte del espacio del catedrático, una cabina con una mesa de oficina más pequeña que la de la administrativa, y una estantería con unos pocos libros ordenados, una balda para los trabajos pendientes de corrección. El caos de Guzmán Espinosa se transformaba con Raquel en fundas de plástico, archivadores negros, un tarrito de cristal para paté en el que guardaba clips de colores. Apoyada en los libros, la postal con el retrato de una mujer; el rostro envuelto en nubes que presagiaban la tormenta, las mejillas

coloreadas de rosa, los ojos oscuros, el pelo rizado y castaño recogido, algo de desafío y algo de indolencia.

—Es lady Caroline Lamb —explicó—. Mi tema de tesis, aunque luego he ampliado intereses, que es un eufemismo para explicar que doy tumbos según me lo pida el currículo. Estando casada tuvo una relación con lord Byron, Caroline Lamb. Se conocieron poco antes de que él escribiera *The Giaour*, justo, el poema del seminario. ¿La ha mencionado ya Guzmán Espinosa? Como me lo sé de memoria, a veces desconecto... El marido la envió a Irlanda unos meses, queriendo apartarla de Byron y de la maledicencia, y cuando ella volvió a Londres Byron se negó a continuar con la relación; tendría ya otras cuatro o cinco amantes más. Pero el deseo se transformó en literatura, y se escribían poemas con provocaciones y reproches, competían por ver quién trataba un asunto con mayor originalidad, con mayor brillantez... Por parte de él, ni idea; yo sobre Byron siempre pienso como Eliot, pero me interesa más el personaje. Por parte de ella se convirtió en un vínculo de dependencia, incluso consciente de cómo él la dañaba: sabía que la desdeñaba como escritora, que como mujer prefirió siempre al resto, e incluso así actuaba como si nada hubiese sucedido, siempre contestaba sus cartas, valoraba los poemas en los que él la insultaba. En uno la llama «demonio». ¡Demonio! ¡Byron, a cualquiera! Luego publicó una novela autobiográfica, Caroline Lamb, digo, *Glenarvon*, sin firmarla. —Raquel giró el rostro hacia la estantería y, sin moverse del asiento, alargó el brazo, marcó con las uñas el lomo de varios libros, y tomó uno de ellos—. Aprovechando la tesis la traduje y preparé la edición. Mucha nota al pie. En este libro, y en los alrededores, cuatro años enteros de mi vida: cómo la primera escritura del antihéroe byroniano fuera de la obra de Byron no deja de ser él mismo, igual que en sus poemas, porque se debe a Lamb y Lamb le retrata.

Fernández Cortés me niega y defiende que Polidori se le adelantó, pero las cuentas no salen. Hay aquí —Raquel tomó el libro, ya en las manos de Estefanía, y localizó una página al comienzo— un elogio precioso de Goethe. Merece la pena: la historia romántica, los ricos también lloran, el retrato de la sociedad... No tengo muchos ejemplares, así que no te lo puedo dar, pero sí prestártelo si lo quieres leer. ¿Y tú, qué?

Yo iba a aprovechar este rato para un trabajo de Lingüística General, habría contestado Estefanía. Quizá no hubiese aprendido demasiado sobre fonética o gramática, pero sí en cuanto a relaciones sociales: ante determinadas personas, la primera respuesta convenía callársela, y optar por la segunda.

—Es bonito el despacho —la tercera, en realidad.

—Lo que más me gusta es lo que se oye. —Estefanía pensó que quizá Tapia Navarro se refiriese a alguna conversación en el de Ramírez Rejano; espionaje entre facciones contrarias, me aventuraría yo, Raquel anotando las jornadas que Conchi había planificado para adelantarse al solicitar una ayuda, comentando con Guzmán Espinosa las reprimendas a sus doctorandos—. ¿Oyes cómo llueve?

Otra lección para Estefanía: un profesor imposta el discurso incluso en privado, rompiendo el precinto de una bolsita de almendras peladas. Toda la historia de Caroline Lamb le serviría para impresionar al catedrático en el seminario, o cuando se examinase dentro de dos cursos. Pero aquella perorata de Raquel sobre la lluvia mientras se llenaba la boca de frutos secos, a la alumna le incomodó.

—Sí, sí que lo oigo.

—¿No tienes hambre? —Y Raquel señaló la mochila—. ¿El bocata?

Estefanía sacó el panecillo envuelto en papel de plata, tres lonchas de jamón cocido y dos de queso, y lo mordisqueó ante la expectación de Raquel. ¿Comes muchos bocadillos?, preguntó la profesora. Primero la poesía, luego esto, se exasperó Estefanía; algo se le escapaba.

—Cuando tengo clases de mañana y de tarde me los traigo de casa. Hay siempre mucha cola en la cafetería.

No le explicaría que costaba menos, y que la fiambrera le robaba tiempo y comodidad. Qué mordiscos tan pequeños, se esforzó Estefanía; la mirada de Raquel hacia las miguitas en las comisuras y el jersey, tanta vergüenza la grasilla del jamón. Mientras tanto la profesora había partido una tortita de arroz en dos trozos, cada trozo en dos, y cada trozo en dos, de nuevo, y los devoraba tapándose la boca para evitar a Estefanía la imagen que ella sí le había ofrecido. ¿Dónde se te van a ti?, preguntó Raquel. ¿El qué? Los hidratos. No lo sé, se sorprendió Estefanía. Tengo las caderas anchas, y los muslos también, contestó la alumna. Eso ya lo sé, casi interrumpió Raquel, y sin embargo Estefanía no percibió que la menospreciara, sino algo más hondo, más vinculado a la propia Raquel; se lamentaba de sí. Siempre te salva que eres joven, ¿no?, y Raquel no frenó: pero con los años los problemas se transforman. La examinaba: no los conocimientos que Estefanía aportara sobre un asunto concreto —lady Caroline Lamb, la lluvia en la zona reformada de un edificio antiguo, bocadillos e hidratos—, sino lo que encarnaba; o más bien la expectativa, la promesa. ¿Se refería Raquel a su cuerpo, o se sustentaba en algo más? Yo mismo intuí sus pretensiones, pero me incomodaba la metodología: la saña, como si Raquel temiera algo de ella.

—Tú qué quieres hacer con tu vida.

Cien pesetas, Estefanía para sí, un euro por cada vez que alguien me planteara esto en el último año y pico: la primera respuesta. Un, dos, tres:

—Oposiciones a Secundaria —mintió con la segunda opción; por la sonrisa de Raquel, Estefanía supo que no la había convencido.

—Tienes un novio, ¿no? El de la moto, que te recoge a veces.

Sí, Sergio se llama, Sergio, explicó Estefanía. ¿Qué estudia? Trabaja con su tío, le echa una mano; tiene un taller en el barrio, su tío, y Sergio está aprendiendo. Ah, un obrero, puntualizó Raquel. A Estefanía le extrañó: ni siquiera mecánico. Primera respuesta: descartada. Segunda respuesta: a ti qué te importa. Tampoco. La tercera:

—Sí. —Y Raquel sonrió.

Estefanía envolvió las sobras y lo devolvió a la mochila; con disimulo —para qué— se quitó las miguitas de la boca, e interrumpió el gesto de sacudirse las del pecho, aunque quizá la hubiese mostrado ante Raquel más vulnerable. No hasta ese punto. Raquel, tras las almendras y las tortitas de arroz, comentó algunas vaguedades sobre la carrera —cada curso tenéis menos nivel, a mí todavía me hablaban en inglés desde la presentación—, el seminario —qué privilegio contemplar a Guzmán Espinosa diseccionando el poema de su vida, cada detalle y cada recurso con tanta erudición—, un congreso que preparaban ella y Fernández Cortés. Apúntate como colaboradora, sugirió; necesitamos a alguien que controle la hoja de firmas y nos ayude con los matriculados. Estefanía echó un vistazo a su muñeca: el reloj marcaba diez minutos para Francés. Se disculpó: tengo clase ahora, profesora. Vete, claro, se despidió Raquel: ha sido un gusto saber un poco más de ti. Estefanía bajó las escaleras con tanta urgencia que pensé que tropezaría y se caería; ahora me ignoró. Aunque fuera del despacho se había limpiado con

el dorso de la mano, con el puño del jersey, aún la marcaban los rastros de pan y jamón y queso. Y sin embargo se advirtió frente al espejo, en el aseo femenino de la planta baja de la facultad, lavándose las manos:

—Quería medirme, Raquel. Tendré que evitar las escaleras principales los martes, porque le toca Inglesa del XX en un aula de ese pasillo. Tendré que evitarla a ella, en general.

La profesora notó la suciedad. La intrigó el presente de Estefanía, la alertó su futuro: ¿he abierto mi despacho a la persona que me zancadilleará? Con mi edición de *Glenarvon*, ¿conocerá de mí más de lo que yo toleraría? Opinaba justo lo contrario que Guzmán Espinosa: si él defendía que el estudioso de la literatura debía atrincherarse en la objetividad, ella sentía que cualquier circunstancia personal terminaba colándose en una interpretación, en un apéndice; su labor no consistía en estudiar un texto ajeno, sino en limitarse a sí misma. La niñata esta me ha contado lo que cree que quiero que me cuente, dedujo; la parsimonia con la que reaccionaba, la humildad del bocadillo y el novio mecánico y las oposiciones, qué papelón. Raquel se sacudió la culpa: si quiere jugar, voy a jugar. Guardó prudencia por si en lugar de incorporarse a clase Estefanía se hubiese entretenido en el departamento —narrando, de cubículo en cubículo, su triste historia de vivienda de protección oficial y aspiraciones conformistas—, y llamó a la puerta del catedrático.

—Sánchez López —se limitó a anunciar, sin saludo previo—. Como me pidió. Una hora en el despacho, venga a preguntarle. De los nuestros solo Jose le da clase, ¿no? A ver qué opina él, pero a mí no me parece demasiado lista... Tampoco creo que haya margen de mejora, ni aunque se la oriente; ni para Conchi la veo, y eso que le gustan las causas perdidas. ¿Qué ha visto usted en ella?

Guzmán Espinosa regresó de un sueño soñado a finales del siglo XVIII, en el que un poeta durmió leyendo una biografía del Khan Kubla, y en la vida de la noche cantó a sus triunfos y riquezas; a la mañana siguiente se esforzó por transcribirlo, pero apenas recordó un centenar de versos. Cómo transmitir este embrujo a los chavales, se planteaba don Jesús antes de que sonase la madera; Raquel, a quien nadie prevenía con su misma arrogancia. Mientras Tapia Navarro pronunciaba Sánchez López, don Jesús se despertaba todavía con los versos primeros de *Kubla Khan*.

—*Down to a sunless sea*, Raquel... Bendito Coleridge —carraspeó.

Y en realidad al catedrático le atrajo la fiereza de Raquel, su odio hacia aquella estudiante; el interés del catedrático por Sánchez López no cedió.

Rosa llamó a la puerta del despacho de Luis Sánchez Rueda, algo más pequeño que el de Guzmán Espinosa, la mesa casi vacía, varias estanterías diferentes a las del mobiliario de la universidad que fabricaba con cajas de fruta. A Rosa le extrañó que apareciese un día con una vacía, con el logotipo de una marca de melocotones; a la semana siguiente, con otra de fresas. Están limpias, advirtió; es que me vienen de lujo. Algunas cajas las montaba sobre otras, para sumar almacenaje de libros y papeles, y otras las destinaba a las evaluaciones: en la temporada previa a los exámenes situaba una ante la puerta cerrada de su despacho, y cada mañana desfilaban los alumnos con sus trabajos; los dejaban allí, en la caja de madera, un puñado de folios con una grapa o en una funda de plástico. Al principio, Rosa ignoraba a quienes tomaban unos, arrancaban las portadas y colocaban las suyas: no le concernía. Pero cuando presenció los llantos de quienes habían suspendido por no presentarlo, y juraban haberlo dejado ahí, en la caja de fruta, y Sánchez Rueda les acusó de mentir, y los envió a septiembre, Rosa empezó a sermonear a quien descubría robando a otro. Con internet y el correo electrónico le convenció de cambiar el método de presentación, y el tránsito de cajas se limitó a las torres en el despacho de Sánchez Rueda, Luis, y de Sánchez Rueda, Trinidad, y al cuartito de Cabrera Sánchez, Sonia, y durante su matrimonio en el de Rubio Rubio, Juan Pedro, que las abandonó en los contenedores de la entrada cuando firmó el divorcio.

—Ha recibido usted el mensaje del decano.

—Esto de obligar al mundo a ponerse a su servicio... —Sánchez Rueda se frenó, Rosa asintió—. Tú cómo lo ves, lo de Jesús.

—¿En lo personal o en lo profesional?

—Lo personal me importa poco. Me provoca cierta lástima, lo de que no tenga una vida cuando esta se le acabe: su hermana... Fue al colegio con mi cuñada, la que falleció, y mi mujer le guarda mucho cariño. ¿Sabes que se salió del convento para cuidarle al hijo? Otra tarea para el decano: canonizar a esa mujer. —A Rosa le caía simpática Isabel, siempre educada, como salida de otra época: la actitud, el lenguaje, dos o tres siglos de edad—. En todo caso, lo de su jubilación es algo que le corresponde tratar a él con la universidad. En el gobierno están algo revueltos, pero a lo mejor puede tramitar una instancia con el ministro que toque, y que la estire varias décadas. Me importa el departamento, en todo caso. Y sobre todo me importa el tiempo que la cerrazón de Jesús y la buena fe del decano me van a hacer perder.

—Don Jesús no quiere ser emérito.

—Pues otra opción no tiene si quiere mantener el vínculo con la universidad, y que no le degraden a un titulito de colaborador externo. De todas formas, ¿no le queda el Ateneo? Los cursos estos que monta para entretenerse. Me cambiaría por él: ni por todo el poder del mundo aguanto aquí hasta los setenta... Pero lo dicho: me importa el departamento. A ver: director hasta que se jubile, bien; eso lo permite el reglamento, ¿no? —Rosa lo confirmó—. Por antigüedad me correspondería a mí —no tiene que ser por antigüedad, musitó Rosa; Sánchez Rueda la ignoró—, si nos atenemos al protocolo, pero no quiero responsabilidades. El siguiente es mi cuñado y luego mi hermana, lo que no convendría porque Ruth deposita la tesis en otoño, y si sale alguna plaza

desentonaría que uno de sus tíos dirigiese el departamento. En qué momento —bufó— me metí yo en todo esto.

Desplacémonos hasta otra rama del conocimiento: de la filología a la genealogía. La universidad —el hogar de Guzmán Espinosa, las cajas de fruta de Sánchez Rueda, Luis, el banco en el que consumía yo las horas— se fundó en el comienzo de la dictadura, aprovechando la existencia de una Escuela de la Tierra: muchachos de las provincias limítrofes se desplazaban para ahondar en los saberes de la agronomía. La Escuela dependía de una universidad histórica, la de la capital de la región, que amplió poco a poco su oferta en la ciudad: Veterinaria, Derecho, en los cincuenta Filosofía y Letras, con especializaciones en Historia, en Española; Jesús Guzmán Espinosa se matriculó en la segunda promoción que escogió Inglés. Para entonces ya disponían de un membrete, la Universidad Ramón y Cajal, y un claustro con quienes no habían conseguido una plaza en su *alma mater*: sin contactos, o tan limitados que ni el apellido compensaba. Aquellos profesores se marcharon conforme sus maestros se jubilaban o morían —Sánchez Rueda, Trinidad, explicaba que el de Fonética cayó fulminado ante la pizarra, enseñándoles a pronunciar /tʃ/, *choke*, repetía, método pedagógico extremo o ataque al corazón: esto último, dictaminó el forense—, y los sustituyeron unos pocos expulsados de la gran ciudad, con los Sánchez Rueda a la cabeza —Luis, Trinidad, su marido: Antonio Cabrera Velasco, Mudito para la comunidad universitaria; no por su costumbre de hablar menos de lo justo, sino por los ojos saltones y las orejas inmensas, sin un pelo, igual que el enanito—, y los primeros doctorandos locales, con Guzmán Espinosa marcando territorio. Don Jesús se esforzó en reivindicar sus méritos —leyendas, maldiciones, la ciudad desvaneciéndose sin alguien con su nombre y su apellido— y probar a sus discípulos, fracasados casi

todos, mientras los Sánchez Rueda —Mudito en la ecuación— se acreditaron, forjaron una red de colaboradores, obtuvieron sus cátedras, lograron la plaza para la hija de Trinidad y Antonio y su novio de entonces, se sentaron a aguardar la jubilación: Luis, en dos años; en cuatro, Antonio; en cinco, Trini.

—Igual entonces —sugirió Rosa— lo más fácil sea que se vote. ¿No? Que se presente quien quiera, y vote el resto.

—Qué aburrida la vida fácil... Si se vota antes de la jubilación, Guzmán Espinosa tiene derecho a participar, salvo que se presente alguna reclamación para evitarlo. Yo no me voy a manchar. Intentará utilizarlo en su beneficio y colocar a Raquel, porque no le queda nadie de su cuerda. Con Raquel se nos complica la plaza de Ruth. Se negarán mi hermana y mi cuñado, se negará su prima, y por la cuenta que me trae me negaré yo. Juan Pedro votará encantado.

—Queda Conchi.

—Siempre queda Conchi. No nos portamos bien con ella, ¿no? Mi sobrina me ha pedido que sea más amable. Un caballero su padre, el último de la vieja escuela, cuántas tesis de alumnos se escribió. En alguna de sus clases me colé, por ver si el entusiasmo de los estudiantes se justificaba, y era capaz de que quemases el Quijote y te pusieras a leer a Walter Scott.

—Con Conchi nunca se sabe.

—Y nos lo hemos ganado. Si se vota con Jesús, y Jesús tira de Raquel, nuestro bloque se niega. Usemos ya estos términos. Por la cuenta que nos trae intentaríamos hablar con Conchi, y que monte a cambio sus másteres de escritoras gritonas, y viva feliz. Pero existe la posibilidad de que se vote después de la jubilación. La ley cambia todo el rato. ¿Existe?

—No lo tengo tan claro. Según el calendario y la norma, sí. Pero la burocracia es lenta... Si no nos pilla Bolonia, nadie nos quita el año.

—Imaginemos que se vota con la plaza ya asignada, y un profesor nuevo, o una profesora nueva. Ruth no llega, y en todo caso es de Lingüística. Lo entrañable sería que saliera Rafalito.

Qué hijo de puta, Sánchez Rueda. Pero me lo merezco.

—La plaza de don Jesús —carraspeó Rosa— tendría que ir para Jose.

—Para Jose —Rosa notó cómo en el catedrático, el otro, Sánchez Rueda, se activaba un mecanismo en cuyo interior se situaban nombres, virtudes, deudas y exigencias, y por fuera procuraba mantener la calma: no resultó—. Sería lo justo. Le toca, ¿no? ¿Qué tiene, dos o tres años menos que Raquel?

—Tres. Se ha sacrificado mucho por este departamento.

—Es muy inteligente, muy inteligente. Recuerdo un trabajo que me presentó para subir nota: le faltaban unas décimas para la matrícula y yo en ese momento lo achaqué a la ambición, que le sobra, pero ignoraba lo que suponía para él ahorrarse un dinero al curso siguiente. A quien preguntaba le sugería tema libre: veinte páginas sobre algún punto del programa. Escogió *El rey Lear*. ¿Te suena? Una de las grandes tragedias de Shakespeare: conforme me hago viejo creo que lo contiene todo, o al menos todo lo que a mí me mueve. Lear, el rey de Britania, cerca ya de la muerte, reúne a sus tres hijas y para repartir su herencia les exige una prueba de amor. ¿Cuánto quieres a papá? La mayor y la mediana lo cubren de lisonjas, y la pequeña responde con honestidad: ama a su padre como una hija ama a su padre. Para mí no es poco, pero Lear la deshereda, y divide su parte entre las otras dos hermanas. Lear acaba traicionado por las hijas fingidoras, que le expulsan del trono, y se refugia en Francia con Cordelia, la pequeña. Acaba mal: claman venganza, mueren casi todos.

—Y qué pasa.

—Jose me presentó una lectura discutible, aunque tan bien argumentada... Reconocí en él el amor de Cordelia. Analizaba los arquetipos de la ambición personaje a personaje, desde quienes no aspiraban a más que a una vida en calma, hasta quienes lo deseaban todo, incluido el sacrificio del afán. Y el bufón. Shakespeare recurre al bufón, al loco, sitúa a alguien fuera de la lógica, le asigna las verdades más agrias porque puede decirlas. Le aceptamos lo que sonaría inverosímil en un príncipe o un campesino. Ese trabajo de Jose: qué bueno era. Me acuerdo todavía. Nunca ha sido un gran escritor, pero tiene ideas espléndidas.

—Y siempre ayuda.

—Lo de los grupos de investigación: que lo arregle Jesús, que los reparta según considere; el presupuesto interno no va a cambiar. Lo importante es que la plaza se cubra cuanto antes, y que la dirección del departamento se vote con él fuera. Esta Nochebuena ceno con mi hermana y mi cuñado, vendrá mi sobrina también. Lo hablo con ellos, ¿te parece? Forzar lo de Jose, lo de Conchi dirigiendo.

Se alivió Rosa por el cese de las batallitas, y porque alguien se disponía a mover ficha. A Guzmán Espinosa, cuando le preguntase por la opinión de Sánchez Rueda, le evitaría la ofensa: ya le contaré en cuanto me entere, prometería, mientras planificaba cómo exponerlo todo para que don Jesús se adjudicase el movimiento.

—¿No te parece triste esto, Rosa? Se supone que nos dedicamos a asuntos elevados, el conocimiento y la educación, la sabiduría, los clásicos de la literatura, las estructuras de la lengua que transmiten la vida y el arte, y aquí estoy repartiendo cargos y plazas según me conviene. No hay quien se libre de la picaresca. Igual tendría que haber estudiado Española.

El calendario marcaba, al fin, dos semanas para las vacaciones.

—¿Cuánto llevas sin ver a tu padre?

Chus mostró a Bravo la palma de la mano derecha, y asignó un mes a cada dedo: el meñique para septiembre, y lo bajaba, el anular para octubre, el corazón para noviembre, el índice para diciembre. Se habría apresurado para asignar el pulgar a enero, pero confiaba en que su padre cediera.

—Desde verano —explicó Chus—. A finales de agosto, cuando volvimos de Irlanda. Esa casa, la casa de mi padre, es un horno. Las casas antiguas respiran, pero al cerrar el patio mi padre lo estropeó. Lucía se empeñó en traerse a mi tía al piso, por el aire acondicionado.

—Menudo plan.

—Bueno, ella se sienta en el sofá y no hace ruido: lo que pongamos en el televisor le parece bien. Yo me quedé en el despacho, escribiendo —Bravo tecleó en el aire, la cerveza a punto de volcarla—, y Lucía se iba asomando por si necesitaba algo.

—¿Y tu padre rechazó el plan?

—Se quedó en calzoncillos leyendo a Wordsworth. Pero una tarde Lucía se empeñó en llevar a mi tía al centro comercial, la ayudamos con las bolsas, mi padre no nos esperaba, y allí nos vio.

—En calzoncillos, leyendo a Wordsworth.

—Camiseta de tirantes y bermudas. En la cocina, sirviéndose un gazpacho.

—¿Y cómo reaccionó?

—Fue violento para mí, y para mi tía, y para Lucía; para él, no sé. Acuérdate de la bronca de junio.

—Si vas a tirar tu vida a la basura...

—Arroja la bolsa al contenedor de una vez.

Chus no contaba con este desvío: el librero improvisó una última tertulia del año, bajó la persiana y se reunieron unos, otros, algo de vino, unas bolsas de patatas y unas latas de conservas, a última hora Antonio Morand, los delataba el jaleo y la luz. Chus se habría quedado allí hasta que el librero los expulsara del paraíso. A Basilio lo acomodaron en la butaca de Manolo —mi trono, anunció—, contó anécdotas de los primeros encuentros, se unieron otros veteranos, Morand se acercó a Chus para elogiar su novela; desconfió. Un sms de Lucía, cenas en casa, otro de Bravo, unos cubats, Lucía, voy cenando, Bravo, te bussssco. Aunque no respondió a nadie, su amigo lo encontró: LOS LITERATOS, gritó desde la calle, y Manolo reprendió a Chus, este mamarracho fuera. La última del año, suplicó Bravo; Chus rogó media horita, Basilio no escondió el desprecio. Vete si quieres, y Chus le aseguró que se quedaría hasta que a él le apeteciese, pero la borrachera atenuó la dulzura, y el librero intervino: tranquilo, que yo lo subo a casa.

Chus habría preferido un chato de vino malo con Basilio y los demás, pero Bravo le arrastró donde siempre: la soledad le interesaba por las noches tan poco como por las mañanas. En la primera ronda le llamaría la atención alguna chica, y él a ella, y en cuanto lo dejase encaminado retrocedería hasta donde Manolo, con suerte, o para casa, por desgracia.

—Máquina de tabaco —alertó Bravo—. Discreto. —Chus apoyó la espalda en la barra—. Pelitos rizados. ¿Bien?

—Es mona. ¿Pero no es muy pequeña?

—Medirá uno sesenta y cinco —detestaba muchos rasgos de Bravo, sobre todo su humor—. Ayúdame con la amiga.

—¿La choni gorda?

—Choni Gorda. Qué raras. Igual piensan lo mismo de nosotros.

Moisés en el cruce del mar Rojo; así Bravo con su vaso de tubo apartando a los estudiantes en la noche de jueves. Que le diga que sí, rogaba Chus, y se vayan pronto, o que le diga que no, y se humille. Cuanto más se acercaban, más se notaba la distancia.

—Esta —pelitos rizados— es Carlota. Esta es Estefanía.

Chus notó cómo se le dilataban las pupilas al fijarse en él: que no piense que quiero ligar, solo entretenerla, irme pronto de aquí. Carlota sí encajaba en el Debaser, la minifalda y los leotardos oscuros, el niqui de rayas horizontales; en cambio, la tal Estefanía: vaqueros de diario, camiseta negra con cortes en la espalda, deportivas, pendientes de plástico, raya gruesa del ojo.

—No te lo vas a creer, Chus —celebró Bravo—. Estudian Filología Inglesa. Chus estudió Filología Inglesa el siglo pasado —Carlota y Estefanía no comprendían—, el milenio pasado —silencio—, vale: no os hace gracia.

A Chus le inquietó Estefanía, el atrevimiento con el que lo observaba. ¿Le había reconocido? Su fotografía en el periódico o la solapa de los libros, los rasgos de su padre en los suyos. Estudias Inglesa. Sí, estoy en primero. ¿Y qué tal? Como todo: algunas cosas me gustan, otras no. ¿Tú? A mí igual: algunas cosas me gustaron, otras no. Vienes mucho por aquí, preguntó Chus, y se arrepintió: sonaba como si le importase. Es la primera vez. Estefanía calibraba el rumbo de la conversación: el borracho de la plaza de la facultad, digno de lástima, consideró Estefanía, y digno de rencor, maldijo Fernández Cortés. Se llamaba Chus, había estudiado Filología Inglesa. ¿Un antiguo compañero? ¿Fernández Cortés le arrebató algo

que Chus deseara, y arruinó su vida, y ahora Chus penaba los jueves por la noche buscando a jovencitas con su amigo ridículo? Alto, casi gordo, raleándole el pelo; magnetizaba la pena. En realidad, aunque Carlota había descrito con entusiasmo el ambiente, Estefanía prefería su barrio: la misma gente de su facultad, algunos tipos de la edad del borracho y el amigo, o un poco mayores, o un poco menores, por parejas o solos, en torno a la barra. No te gusta mucho este sitio, ¿verdad?, y Chus leyó su pensamiento. En realidad no, y Estefanía desobedeció su costumbre de la segunda o tercera respuesta: me parece tristísimo. ¿Tú en qué trabajas? En nada y en todo, divagó Chus; escribo. ¿Escribes? Escribo. El qué. Novelas. ¿Te gusta leer, Estefanía? Bastante. No me vas a conocer: me llamo Jesús de la Fuente. No, no te conozco. En realidad no conozco escritores vivos. Ahora leo casi solamente lo de la facultad. Estoy con un poema largo de lord Byron un poco difícil, que nos está explicando un catedrático experto.

De todas las estudiantes de todas las titulaciones de la universidad pública y de la universidad católica presentes en Debaser, maldijo Chus, el puto Bravo se encapricha de una cuya amiga es alumna de mi padre; recreó la escena, los discípulos en torno a la mesa de la sala de reuniones, Jesús Guzmán Espinosa presidiendo, Raquel y Jose en torno a él, Estefanía aguardando su turno. ¿Me miente? ¿Sabe quién soy? Cuéntame más, abandonó Chus su monólogo interior; cuéntame más del poema. Pues no gran cosa. Un triángulo amoroso. Dos asesinatos. El superviviente se refugia en un monasterio, y confiesa qué pasó. Pero lo interesante es lo que no se cuenta. ¿Tú no lo leíste en la carrera? No se había escrito cuando yo estudié. Estefanía no se aclaraba: ¿la engañaba el borracho? ¿Quería algo más de ella? No voy a beber más, se prometió; ni aunque me invite. ¿Te dio clase Guzmán Espinosa? Sí, me marcó la vida.

—Creo que a mí me ha pasado algo muy bueno, y a ti algo muy malo. —Chus cambió de tema—. Mi amigo y tu amiga se están besando. Eso significa que yo me puedo ir a casa, pero creo que tú te quedas en la calle. Encantado de conocerte, y éxito con Byron y la facultad.

A Estefanía le costó reaccionar: nada de esto lo había planeado. Antes de Lingüística General varias compañeras planearon tomar algo para despedirse al final del trimestre, y Carlota insistió: nunca vienes a nada; en voz baja: yo te invito. Estefanía se revolvió, porque jamás salía sin dinero, pero no le alcanzaría para más que un par de cervezas, sobre todo si quería comprar algún regalo de Navidad. Me niego a trabajar, me niego a trabajar, me niego a trabajar, repetía tres veces en el cuarto de baño, en el dormitorio, en el autobús, en la sala de estudio y en los baños de los grandes almacenes, invocando una extraña magia que deslizase un billetito en su monedero. No ocurría. A Carlota contestó que sí, que no hacía falta. Se tomó una cerveza, lenta; caliente, aguada al final, mientras sus compañeras las encadenaban. Insistieron en cenar, y ella en marcharse, pero Carlota y Lauri la animaron: nunca vienes a nada, eres majísima, nos estás cayendo genial; en voz baja, Carlota: yo te invito. Estefanía aceptó, porque no distinguió humillación en la propuesta, y así Carlota compensaba que le prestase cada semana los apuntes de Introducción a las Literaturas en Inglés. Cenaron unas tapas en el centro, entre la facultad y el parque del botellón, y compraron en un súper una botella de ron y dos de cocacola, y Lauri bajó de su piso algunos vasos de plástico. Mejor en el parque, aunque haga frío, razonó Carmina, porque así vemos el ambiente. Carlota le ofreció quedarse en su piso de estudiantes, Estefanía en el sofá, Carlota en su dormitorio, en las otras dos habitaciones una alemana de Ambientales y una de su pueblo que estudiaba Historia,

y Estefanía aceptó: a su madre le alegró que se integrara. Luego Carmina vomitó detrás de un seto, Lauri y otra amiga suya la acompañaron, Carlota la convenció para adelantarlas al Debaser.

—La tía esta me pide que llevemos a su amiga a casa —se quejó Bravo a Chus—. Que le había prometido que se quedaba con ella a dormir en su piso, y no la quiere dejar tirada. Yo tengo el coche aquí cerca. —Bravo se separó de Chus, se acercó a Estefanía—: te llevamos a casa.

—No hace falta. —Estefanía sintió el escalofrío—. Yo me las apaño.

—¿Tienes para un taxi? —Carlota gritaba, aunque con los labios le tocase las orejas—. Yo te puedo dar dos euros. Dos euros me quedan, pero te los doy.

No sé cuánto cuesta un taxi a mi casa, lamentó Estefanía para sí; nunca he cogido un taxi a mi casa. Poco más de la una de la madrugada; el puente, algunas zonas de su barrio, no se atrevía. Quizá sentarse en una plaza, esperar a que abriese la facultad, superar la mañana a base de café, dormir una siesta larga por la tarde.

—Que no, que yo te llevo. —Y Bravo agarró a Carlota por los hombros, y Chus caminó tras él, y Estefanía se colgó la mochila que arrastraba desde la mañana anterior, y fue tras ellos.

Vivo lejos, repetía ella; al otro lado del río, para que la dejasen en paz. Al otro lado del río hay muchas cosas, tranquilizó Chus, y ninguna buena, completó Bravo, y Carlota rio. Te llevo luego, Chus, y Chus aceptó. Habría tardado menos a pie, pero aquella chica —Estefanía, Choni Gorda, alumna de su padre— le despertaba curiosidad y compasión. Cerca del ayuntamiento Bravo elevó el tono, ya vais a ver dónde tengo yo el coche, y Carlota festejó vengaaaaaa, y Chus gruñó que donde siempre, y Estefanía calló; Chus se detuvo

y comprobó que no se trataba de silencio, sino de ausencia. Aprovechando que el resto había bebido más, Estefanía torció hacia uno u otro sitio, y se zafó del cortejo. En enero Estefanía soportaría los reproches de Carlota: fíjate que salió una noche con nosotras, se piró, esta tía tan rara.

Aquí está usted, ratificó el catedrático. Lo pensó, y escuché lo que pensaba. Yo sabía qué esperaba, él supongo que también, sin saludarme, a cierta distancia; respondí con atención y mutismo. Había superado yo el incidente de principios de curso, cuando la bibliotecaria nueva —primer destino, ternísima, exhalando todavía oposición— se negó a autorizarme un préstamo porque mi carné ya no era válido —es que usted no está matriculado desde el curso 88/89—, y la jefa le corrigió, apúntalo ahí, ya lo soluciono; no te preocupes, me tranquilizó Puri, y me marché con un tomo de ensayos sobre Sheridan Le Fanu que me habían prestado en decenas de ocasiones y casi me sabía de memoria, salvo el dato que necesitaba y que no lograba recordar. Con aquella victoria retomé algunas costumbres: bajar al depósito y escoger un libro, regresar a casa para almorzar con mi madre, algunas tardes quedarme con ella y otras salir a pasear, más cada vez, encaminarme a la facultad para participar en el seminario, reanudar mi investigación en la biblioteca, aguardar en un banco del pasillo, observar el tiempo transcurriendo por aquellos ante mí. Yo estaba ahí la tarde del 19 de diciembre de 2003, el último viernes lectivo del año: a la altura de secretaría me reconoció Guzmán Espinosa, percibí un asentimiento en su saludo, torció hacia el lado contrario, y lo perdí de vista. Salió del edificio no por la puerta principal, la de la plaza, sino por la de la ampliación reciente: frente a la cocina de un restaurante, las aulas pequeñas se impregnaban del olor a carne churruscada. Por ahí, por el rumbo

contrario a la catedral, abandonó la facultad hasta que se reanudaran las clases en enero. Pero no volvió a la casa familiar —quedaban algunos planes por cumplir—, aunque dejó su fachada atrás y enfiló hacia la calle de la librería de Manolo. ¿Se detendría allí? Si necesitaba algo, trataban en la facultad misma; nunca se había sentido a gusto entre fracasados y advenedizos, negociando para vender un libro regalado con el que pagarse los vinos de después.

¿Debería yo seguir al catedrático, o centrarme en los demás? La bibliotecaria nueva se llamaba Gema, y por Puri me enteré de que maldecía que la destinaran a esta facultad; los de ingeniería no piden tantos libros. De Puri, todo: nombre completo, fecha de nacimiento, estado civil, rasgos de su exmarido y sus hijos —orgullosa del mayor, piadosa del pequeño—, el sueño de comprarse un apartamento en la playa. Las camareras, algo también, siempre por Rosa: Glori acababa de superar una mala racha de salud, y Amelia contaba las semanas para que su nuera saliese de cuentas. Raquel, Jose: todos los detalles, con quién dormían y con quién no, a quién odiaban, de quién huían. Rosa, por supuesto; me conectaba con las administrativas, los enemigos del catedrático y quienes se situaban en tierra de nadie. De don Jesús Guzmán Espinosa no existía un detalle que no me intrigara, hasta aquellos que creía conocer.

Antes del catedrático, Estefanía: las ojeras oscuras por el cansancio o el maquillaje corrido. No sabía a qué atenerme: algo y lo contrario, brillante y torpe, arribista y torpe. En ella, en ese momento —anoche confió en varias compañeras de clase, y todas le fallaron; no tenía dinero para el taxi, así que se sentó en un banco de la plaza de la comisaría, e hizo tiempo hasta que abrió la facultad —, todo lo consideraba lícito. Cargaba en la mochila con un manual

que Raquel le había recomendado en el seminario: es muy básico, advirtió; como de secundaria, pero con el nivel que tienes ya te va bien. Arrastraba los pies por el pasillo, me saludó cuando nos cruzamos —añadió: felices fiestas— y dejó la facultad por la misma salida que el catedrático, aunque en el sentido contrario: las paradas de autobús de la avenida. Cruzó los cuatro carriles y se refugió bajo la marquesina, el cuerpo contra el acero, en sus dieciocho años y un mes jamás había deseado tanto que apareciese un vehículo de la línea 5 o de la 10 hacia el otro lado del río. Llegó. Estefanía picó su abono, se sentó en la última fila, el rostro contra el cristal sucio, y se esforzó por no desconectar antes de su parada: los edificios señoriales en paralelo a la arboleda, el puente industrial, y luego el barrio antes de su barrio, los baches en la carretera, los escaparates de las tiendas baratas, la gente como ella y su familia entrando y saliendo de las tiendas baratas, la parada que le correspondía, la torpeza al buscar las llaves y abrir el portal de casa y la puerta de casa, una nota de Caro —estoy con mis amigaaaaaaas—, programó la alarma para la cita con Sergio, se echó a dormir.

Sin saberlo, fuera de la marquesina de las líneas 5, 7, 10 y 12, en el extremo contrario al de Estefanía, se apoyaba también Jose Antonio Fernández Cortés, su profesor de Introducción a las Literaturas en Inglés. Habían coincidido en la primera clase del último día lectivo del año: consciente de que la mayoría de alumnos habrían regresado ya a sus hogares, de que un alto porcentaje se hallaría en una de las discotecas del polígono o en algún piso ajeno o en su dormitorio asentando el exceso de drogas y de alcohol, Fernández Cortés preparaba esa sesión con cariño exquisito. Asistían quienes sentían interés genuino por la materia: porque les hubiera transmitido su pasión por las introducidas literaturas en inglés, porque no se enterasen de nada y pensaran que una hora de menos

les alejaría del favor del docente, porque intentaban adularle, porque nadie les hubiese avisado para la fiesta del jueves. Alguien que madrugaba un viernes de diciembre, y a las ocho de la mañana —noche todavía— se sentaba frente a él, merecía su respeto. Les propuso bajar a la cafetería: sentaos en la mesa redonda y pedid lo que queráis. Ni se os ocurra pagar. Rosa aún no se había incorporado, pero reprografía subía pronto la persiana: pidió a José Luis —un saludo, compañero— cinco copias de un folio. Le esperaban, obedientes, sus alumnos: un botellín de agua, una cocacola, dos cafés con leche, un zumo de melocotón. Él pidió el tercer café, preguntó: ¿queréis tostadas, algo dulce? Invito yo. Glori les acercó un plato con mantecados, y Guillermo pidió una tostada con mantequilla y mermelada, y Estefanía una con tomate y jamón, y Andrés una pulga de tortilla, y ni Rosi ni Ana sintieron hambre. Él, Jose Antonio, sí: una tostada con fuagrás. Les preguntó por su experiencia en la facultad, si se acercaba a la idea previa con la que se matricularon, si algo les había decepcionado o les había sorprendido para bien. Yo pensaba, rompió el hielo Guillermo, que sería más fácil; el resto se unió. En lo que contaban sus alumnos reconoció Fernández Cortés sus inseguridades un diciembre de casi veinte años atrás; había aprendido a no mostrar de sí más de lo necesario en público, así que improvisó un discurso —convincente, si juzgamos la atención de los muchachos— sobre la perseverancia, la recompensa al esfuerzo. Salvo el propio Guillermo, hijo de un compañero de Historia y de una compañera de Española, el resto no tardaría en comprobar que el profesor había mentido. Un buen grupo, se felicitó mientras Rosi explicaba una anécdota, Andrés la completaba, Estefanía asentía, Ana también. Sonó la alarma del cambio de clase, y cayó en la cuenta de que no les había entregado las fotocopias: lectura para estas vacaciones, bromeó, y les deseó

feliz Navidad, y subió a su cubículo en el departamento, y releyó varios artículos para una propuesta de comunicación, y a primera hora de la tarde calculó que ya se merecía un descanso.

Estefanía subió a la línea 10, que se detenía a pocos metros de su casa, pero Fernández Cortés esperó a la 5, que frente al hotel —atrás el río, el río enfrente— tomaba un desvío hacia los últimos bloques del barrio, por lo tanto los últimos de la ciudad; si hubiesen disfrutado de terraza, desde allí se contemplarían la autovía, los secarrales, otro polígono industrial. Con la vista a la altura de la ventanita del baño de casa de sus padres, desde la trasera del edificio, Jose había orinado hasta los veintisiete años —cuando logró independizarse— con aquellas vistas; cuando un amante le envió una postal al regresar a Estados Unidos, un tutor de un programa de intercambio, él reconoció en el cuadro —*Christina's World*, de Andrew Wyeth, junto al logotipo del museo— el paisaje de sus meadas, cambiando la hierba por la tierra y el asfalto, la casa y el granero por el taller mecánico y el almacén de azulejos. Jose no solía visitar a su madre los viernes, pero su hermana cenaba con los de la fábrica, y sus sobrinos dormirían allí; así la descargaría un poco. Había guardado en su mochila un pijama, unos calzoncillos limpios, una novela para entretenerse si lograba que se distrajeran sin él. Cuando su hermana se despertase y los recogiera, Jose subiría a la línea 5 —de los barrios al otro lado del río, al centro, y de ahí al barrio cerca del centro—, y hasta el miércoles por la tarde, muy tarde, recuperaría su vida.

El catedrático insistió en su vagar por la ciudad —para mí, claro: él conocía su destino— y dejó atrás casi el centro, en las calles que marcaban el límite con los barrios. Una cafetería llamada Churros Marga, le habían indicado; a la altura de Churros Marga, tuerce a la izquierda, y luego en la segunda esquina a la derecha, y luego en la

tercera esquina a la izquierda, antes de la plaza donde la iglesia de San Cosme y San Damián. La casa de las ventanas llenas de macetas, el número 8: esa es. Guzmán Espinosa distinguió el letrero, Churros Marga: la barra metálica y el espejo cubriendo la pared tras ella, los azulejos ocres, el televisor en un rincón, en otro —oculto del ventanal, visible nada más que para Marga—, sin saberlo él, su hermana y su nuera. Es que siempre llegas tarde, había reprochado Isabel, y Lucía se excusó: estaba tontísimo Chus, y ya sabes que los viernes cenamos siempre juntos, me viene fatal hoy, me he tenido que inventar que había quedado con mi hermana para comprar unos regalos. ¿Y a tu hermana la has avisado? Sí, le he dicho que le ponía esa excusa a Chus para comprarle el regalo a él. Me parece que he visto a mi hermano, anunció Isabel cuando el catedrático torció a la izquierda, Churros Marga; nos habrá visto él, se preocupó Lucía, y la tranquilizó. No, desde fuera esta mesa no se distingue; ya me he asegurado. Marga les sirvió dos tazas de chocolate, una porra a cada una. Isabel tomó una servilleta, para no pringarse de aceite, y hundió la suya; se la llevó a la boca. Quemaba. No esperó: a ver, orden del día. Mi hermano está insoportable. Desde que empezó todo esto de la jubilación, Encarni y yo lo evitamos como si fuese un leproso. Isabel tomó la taza entre sus manos, y sopló. El otro día le llevé una fiambrera de cocido a la facultad, para que se la comiera en el despacho, y Rosa la secretaria me estuvo poniendo al día. ¿Le tuviste que llevar la comida?, interrumpió Lucía. Sí, hija: es que tu tío le persigue para que firme no sé qué de la jubilación, y le da miedo encontrárselo. Fuerte con los débiles, débil con los fuertes, mi hermano. ¿Te ha dicho algo a ti, él o tu madre? —Lucía lo negó; Isabel optó por no desconfiar—. Si oyes algo, ya sabes: me lo cuentas corriendo. Porra en la taza, porra a la boca. A ver. Yo en julio tengo a mi hermano metido en casa por los siglos de los siglos,

pero lo importante es qué va a pasar con su plaza. Sí, suspiró Lucía; lo de siempre. ¿Qué tiene pensado mi sobrino? ¿Sigue empeñado en escribir? Manchurrón de chocolate en el cárdigan de la tía. Todas las noches, Isabel; todas las noches se encierra hasta las tantas. ¿A escribir, Lucía? A escribir, Isabel. Sí, como este verano, que me asomé al despacho un par de veces y estaba jugando al solitario. Porra en la taza, porra a la boca. Así va a escribir una novela preciosa. A mí me parece, Lucía, que ya es hora de que se acabe el jueguecito. Lo ha intentado, no le ha salido. Porra en la taza, porra a la boca. No puede seguir viviendo de ti, que eres su mujer y no su madre, y nosotros no tenemos para que viva de nosotros, porque del sueldo de mi hermano sacamos para él, para mí y para pagar a Encarni, y en unos meses nos baja el presupuesto. Tos: porra en la garganta. O trabaja en una cosa, que no lo ha conseguido, o trabaja en otra, que habría sido lo más fácil. La plaza tendrán que convocarla en algún momento. Trago a la taza, cucharilla para apurar los restos. Desde que sacó la novela aquella dejó de hacer méritos, pero con su padre presionando... Servilletita para limpiarse la boca. Yo, explicó Lucía, que aún no había bebido ni comido, quiero apoyarle en sus sueños. Con la novela segunda me relajé, fallé, no le acompañé como con la primera. Yo veo que escribe: no aviso, abro la puerta con alguna excusa, y tiene el ordenador encendido, y lo teclea. Yo confío en Chus. Hija mía —sentenció la tía Isabel—, te quiero mucho pero tú eres tonta. Un vasito de agua, pidió a Marga. Eso, el punto uno. El punto dos: las Navidades. Sácame de esa casa, por favor. Mi hermano no quiere ver a mi sobrino y mi sobrino no para de perseguir a mi hermano. Mi hermano se esconde de mi sobrino, de tu tío, se ha peleado con los señores estos que se apuntaban a todos sus cursos, con el director nuevo de la fundación del Banco Moya. Contábamos con lo de todos

los años, calculó Lucía: Nochebuena y Nochevieja en casa de mis padres, Navidad y Año Nuevo con vosotros. A Isabel le pareció bien: las noches me las apaño yo, ceno pronto con lo que Encarni nos deje. ¿Y si al mediodía vamos a un restaurante los tres, como si fuera sábado? En los hoteles de la catedral tienen menús para estas cosas. Déjamelo a mí, yo los busco y los reservo y ya lo pagas tú. ¿No te vas a acabar la porra? Pues chica, qué desperdicio de merienda, ya lo quemarás con el baile. La tía Isabel se despidió con un beso en la mejilla, y dejó a Lucía mordisqueando la porra fría, apurando el chocolate que se solidificaba, contemplando el nombre de su marido como llamada entrante en el teléfono: no contestó.

Estás tontísimo, se había quejado Lucía, y Chus intuyó en ella cierto flirteo. Lucía le desmintió, he quedado con mi hermana para comprar los regalos, y no especificó con cuál, pero Chus achacó la omisión a su despiste: se había acostado pronto, en cuanto Bravo y la chica aquella le dejaron en el portal, y todo el alcohol de las horas previas le ayudó a cerrar los ojos y no abrirlos hasta casi el mediodía; no oyó a Lucía, tampoco a la chica organizando la casa y preparando la comida. Llamó a Bravo por teléfono, y su amigo le despachó en pocos minutos: aquí estoy con Josemari, inaugurando una mierda, la de anoche una histérica, en cuanto te diste la vuelta se puso a llorar y me piré, no tengo yo edad para numeritos. Con el portazo de Lucía decidió activarse. Saldría a dar una vuelta; probar suerte en casa de su padre, visitar a Manolo para conocer el fin de fiesta —y disculparse por la irrupción de Bravo—, subir donde Basilio a que especiara la crónica. Le impresionó la chispa con la que evocaba algo que había sucedido veinte, treinta, cuarenta años atrás: le asustó, también, que la lucidez de Basilio se explicara por el último brillo antes de apagarse. Ese itinerario lo recorría ya en su mente —se ataba los cordones— cuando sonó el teléfono fijo. ¡Jesús

de la Fuente!, escuchó al otro lado, y un vuelco al corazón: Benjamín. Benjamín no me odia, se tranquilizó Chus. Cuando Chus le anunció que fichaba por otra editorial con la segunda novela, Benjamín le abrazó: ley de vida, y aquella resignación pesó en la conciencia de Chus lo que tardó en salir de la oficina de Ediciones Escolano. Habían tratado poco desde entonces, una carta emocionante cuando Chus le remitió un ejemplar de *El sabio en el umbral* —salvo el título, y Benjamín se había ganado el derecho a la chanza, el resto no lo olvidaré nunca—, y la nada, Benjamín por no hurgar en la herida, Chus por evitarse la vergüenza. ¡Benjamín Escolano!, gritó Chus, e inauguró la cortesía: qué tal estás, qué buenísima la novela esta sobre los escultores oscenses politoxicómanos que triunfan en Nueva York que publicaste antes de verano —¿arriesgada, eh?, y el orgullo de Benjamín se extendió por los muebles del salón de Chus—, pero cuéntame. Benjamín resumió, por cortesía: mi mujer sigue en el ministerio, mi hija se casó con el novio que le conociste, Miguel se jubiló y ahora me ayuda un chico listísimo, Javier, ojalá le conozcas, a ver si le enseñamos el oficio. Los libros académicos me pagan las facturas, pero la colección literaria es lo que me alimenta; me suena, me suena, y Chus viajó en el tiempo a la tarde de su presentación, unas quince personas en el sótano de una librería cerca de la Puerta del Sol, Lucía en segunda fila —se mareó por el olor a huevo podrido—, un amigo de Benjamín que prometió una introducción somera se extendió durante cuarenta minutos. Yo te llamaba, zanjó el editor, para proponerte algo. No te voy a mentir: la persona que me confirmó ha cancelado esta mañana, porque le han dado fecha para una operación dos días antes. Una mesa redonda en el Círculo, en un ciclo sobre clásicos, un académico y un escritor: os toca Henry James. El jueves 11 de marzo. Te pagan el tren, la noche de hotel, ciento cincuenta euros.

¿Te apetece? Me encantará, Benjamín, y Chus se esforzó por disimular, por que Benjamín no percibiera que cerraba los ojos y el puño libre —no el del auricular— lo cerraba también, y estiraba su cuerpo hasta que por una ventana del piso se escapaba un brazo y por otra otro y por otra una pierna y la pierna restante y el cuerpo restante y la cabeza ya se escaparía; Chus se esforzó por disimular, y que Benjamín no percibiera que tocaba el cielo. Vernos otra vez, eso lo primero, y hablar sobre Henry James, que no lo negaremos: nadie mejor que yo. No sabes la alegría que me das, y esto lo dijo Benjamín, aunque podría habérselo asignado a Chus. Se despidieron, Chus agradecido, Benjamín prometiendo más detalles después de Reyes; dale un beso a Lucía de mi parte, y dile a tu padre que me tiene contento, que ni me manda ni me encarga nada ya.

Llamó a Raquel, que no le respondió. Lo intentó de nuevo. Tecleó un sms: muy wena noticia xra compartir contigo ok. No lo envió.

Llamó a Lucía, que no le respondió. Lo intentó de nuevo. Tampoco.

Llamó a Bravo, que no le respondió. No lo intentó de nuevo.

Las calles de la ciudad reclamaban la presencia de Jesús de la Fuente, novelista, y Jesús de la Fuente la ofrendó. Sintió que los viandantes distinguían en él la imagen viva del talento, y las mujeres y los hombres se arrodillaban a su paso, alzaban a Jesús de la Fuente y aguantaban su peso con sus manos, y todo sacrificio se justificaba por el honor de haber tocado a tan insigne gloria de las letras: una cadena humana transportando a Jesús de la Fuente para que no tocase el suelo, para que no ensuciara la claridad de sus ideas con las huellas ajenas en el suelo, los niños en los carritos de bebé elevando también sus brazos pequeñitos para unirse al homenaje. Y así Jesús de la Fuente avanzó a lomos de un transeúnte

renqueante, ARRE, ARRE, hacia Madrid y hacia el mes de marzo y hacia la mesa sobre Henry James.

Una cafetería llamada Churros Marga, le habían indicado; a la altura de Churros Marga, tuerce a la izquierda, y luego en la segunda esquina a la derecha, y luego en la tercera esquina a la izquierda, antes de la plaza donde la iglesia de San Cosme y San Damián. La casa de las ventanas llenas de macetas, el número 8: esa es. Guzmán Espinosa golpeó en la puerta con la aldaba, antes de distinguir el timbre. Angelines, nombró a la mujer que le recibía; por favor, Angelines, ¡cuánta belleza! Jesús, que nos conocemos, y con un gesto le invitó a dejar el abrigo en el perchero, el paraguas en el paragüero, el cartapacio en el taquillón. ¿Qué tal está tu hermana? Contando las horas para el nacimiento del niño Dios, y Angelines le reprochó: no hagas bromas con esas cosas, que además ella lo siente de verdad. Baja, gritó Angelines, que ha llegado Jesús. El catedrático en un saloncito, no el principal de la familia —una casa similar a la suya en disposición, manteniendo el patio, de construcción reciente—, ¿quieres café? El catedrático aceptó: solo, sin azúcar. ¿A estas horas? A este nada le quita el sueño, contestó a su mujer Luis Sánchez Rueda, atusándose la barba y estirándose el jersey. Mejor aquí que en la facultad, continuó su bienvenida, y Guzmán Espinosa asintió.

5
ENERO DE 2004

Una caja con el dibujo de un kiwi sobre otra con el dibujo de una naranja sobre otra con el dibujo de una mandarina: Sánchez Rueda pidió que las limpiaran, cortó el tablero largo, las encajó sobre una pila que ya había montado antes de las vacaciones de Navidad, y almacenó papeles —algún trabajo impreso, pruebas de imprenta, folios sucios—, y en la balda superior colocó varios libros que había recibido, pendientes de lectura. Rosa ignoraba su valía para la docencia —no despertaba los entusiasmos ni los odios de don Jesús, ni a la puerta de su despacho se agolpaban las estudiantes de primer ciclo, como con Conchi—, pero había que reconocerle el ingenio y la capacidad para resolver sus problemas sin molestar. Justo por eso le había pedido, calculó Rosa, que cuando se acercara al despacho procurase la ausencia de Guzmán Espinosa y de los suyos: él en alguna reunión, Raquel en clase, Jose quizá en la biblioteca.

—Yo le juro —insistió Rosa a Sánchez Rueda, Luis— que no le dije nada. Con este asunto estoy siendo muy discreta...

—Te creo, Rosa. Lo de que no has ido chismorreando por ahí. Pero Jesús se nos anticipó: intuyó el movimiento, e intentó neutralizarlo. O igual exagero... Tampoco importa tanto.

Para él sí, interrumpió Rosa: para don Jesús esto es su vida. Omitió que con el catedrático —con Guzmán Espinosa— en muchas ocasiones sentía como si leyera su mente, como si con sus decisiones se adelantase a lo que pensaba ella.

—¿Tú sabías lo de ese disparate? Que quería detener el proceso por la vía legal. —Rosa, cabeza a un lado, cabeza al otro: no—. Me explicó que un abogado conocido suyo, de sus acólitos en el seminario y los cursos del Ateneo, le había confirmado que no tenía sentido litigar con la Seguridad Social si la universidad no le apoyaba. Al pobre hombre lo puso a mirar no sé cuántos reglamentos laborales, documentos internos...

—Es Tomás, supongo. El abogado... Viene a todo siempre, y habla poco. Él con una profesora y otros dos, Alfonso y Federico. Faltaron los cuatro ya a la sesión de diciembre. No me explicó don Jesús, pero creo que se pelearon en el puente... Quizá tenga que ver con eso.

—Más enemigos: justo lo que necesita. Valera ya le explicó que la ley lo impide, y que ya ha apurado los cinco años de excepción. Yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer aquí, todas las clases, todos los artículos. Estamos bloqueando a la gente más joven. Jose, Carmen, Thomas, ¿qué tienen? ¿Cuarenta, casi?

—Eso le contó en su casa.

—Sí, lo que hablamos cuando te llamé: me insistió en vernos fuera de la facultad. Le dije que se acercara una tarde a tomar café, y me propuso el día siguiente, justo el último viernes antes de las vacaciones de Navidad. No contaba con este jaleo... Venía a pedirme que desde el departamento presionásemos de abajo arriba, por así decirlo: declaración general, luego movernos para conseguir otra de la facultad, y de ahí al rectorado. Insistía en que somos la mayoría, en que sí él lo consigue favorecerá a los demás, y bueno: yo en todos estos años no me he implicado en más tejemanejes de la cuenta, así que tengo una imagen limpia. Que me encargara de moverlo. A cambio, él se mantendría como director el tiempo suficiente para asegurar la plaza de Ruth.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que hablaría con mis familiares. Yo me cambiaba por él, Rosa... Me jubilo mañana y que se quede él con mis asignaturas y mis tesis. Pero comprendo que con Jesús entran en juego otros factores: sin esto —Rosa entendió: el despacho; una alegoría—, se morirá de pena.

—¿Qué van a hacer?

—Tendrías que haber venido a casa en Nochebuena para tomar acta, Rosa: el resto de la familia con el aperitivo en el comedor, y nosotros conspirando en el saloncito. Trini, Antonio, Sonia, Ruth. Eso sí tiene gracia, ¿no? Puedes moverte de acá para allá, deber a unos y que te deban otros, pero al final dependes de la mayoría: si no salen las cuentas... La cuestión: nosotros mantenemos el plan. A Trini le importaba menos, siempre y cuando lo de Ruth no se trastoque. Sonia insistía mucho en Jose, yo no sé si por simpatía o estrategia: en moverlo todo cuanto antes para convocarle la plaza. Y mi cuñado se manifestó por primera vez en décadas.

—¿Qué opina don Antonio?

—Que no existía salida más poética para Jesús que la del fracaso. Eso, justo: *poética*. Que lleva tantos años haciendo lo que le da la gana en el departamento, en la universidad, en la vida, que una derrota le permitiría conocer también cómo los demás reciben a la gente como él. Un discurso precioso, la verdad; como si lo trajera preparado de casa. Los cadáveres que Jesús ha ido dejando por el camino, muchos: los enumeró. Rafalito —venga, Sánchez Rueda, dale—. El pobre Jose, en cierto modo. Carmen, menos, pero también. Y mencionó a aquella chica, ¿recuerdas? Juli. Al poco de incorporarte tú. —Rosa, cabeza arriba, cabeza abajo: sí—. Un expediente brillante, trabajadora, tan simpática; si me cubrió a mí unas semanas, cuando me quitaron la vesícula, y los alumnos la

prefirieron a ella, estaban deseando que me extirparan el resto de los órganos. Pero Juli le desobedeció, se sintió traicionado... y garrote vil. Mira que intentamos rescatarla, hasta Conchi lo intentó, pero no hubo manera.

Julia Guerrero Sáez: claro que la recuerdo. Ella empezaba la carrera cuando me sucedió todo. Licenciada con Premio Extraordinario, transitado el camino que Guzmán Espinosa nos marcaba: ayudante en los congresos, asistente a seminarios y cursos, tesis sobre el asunto que él consideraba pendiente en los estudios románticos —la influencia de la realidad en la ficción en la obra de Mary Shelley—, comunicaciones en las jornadas que él dictase. Pero en una de ellas coincidió con una profesora de Durham, que le propuso solicitar una beca de un semestre para ampliar su investigación, y al regresar Juli pidió incorporarla como codirectora. Guzmán Espinosa lo aceptó: si ella lo había decidido así, que obrara en consecuencia. Julia depositó la tesis, obtuvo la calificación más baja que el departamento recordase —los miembros del tribunal se ensañaron con ella—, en los meses que siguieron el ambiente se adensó: los Sánchez Rueda —Luis y Trinidad, Antonio, Sonia y Juan Pedro becarios todavía— retiraron la palabra a Guzmán Espinosa, Ramírez Rejano le ofreció incorporarse a trabajar con ella, algún contrato como los que don Jesús conseguía para Raquel o Jose o Carmen, algo se les ocurriría. Julia se cansó, optó a alguna plaza en alguna universidad cercana que perdió siempre, terminó acogida por un conocido de la profesora de Durham, y no sé más: la imagino en un despacho entre muros gruesos de piedra, contemplando a alumnas y a vacas, pensando en *Frankenstein*.

—Esto Antonio no lo olvida. Lo de esta chica... Rafalito y ella, ¿no? Traumático. Por mucho colchón que comparta con Trini, Antonio no se despega de un sentido raro de la rectitud, de la coherencia, que a

nosotros no nos resulta tan necesario. Así que, entre unos y otros, mantenemos el plan. Forzar la convocatoria cuanto antes. Ahí vamos en bloque. Con Conchi habló mi hermana ya, la semana pasada. Está de acuerdo: plaza para Jose, y ella como directora de departamento. Nos pide más dinero para sus aquelarres, y que apoyemos el máster o el doctorado este con el que siempre da la tabarra. A cambio, votará lo de Ruth cuando toque. Nos parece un intercambio lógico. Conchi insiste en que tenemos que atar bien los requisitos de la plaza para evitar que se nos cuele un paracaidista, eso sí. ¿Te ves capaz de ocuparte de eso?

Por supuesto, habría contestado Rosa, pero se limitó a asentir. Igual que en otras ocasiones se sentaría con Jose, analizarían su perfil y especificaría las peculiaridades: suponía que las horas de docencia, los múltiples contratos, el bagaje diverso para impartir casi cualquier asignatura. Pero qué hacemos con don Jesús, respondió en su lugar.

—¿A qué te refieres, Rosa?

—A qué hacemos con él. Estamos cerrando un reparto sin tenerle en cuenta. Él se piensa que usted está organizando un movimiento a su favor, para apoyarle y convencer al resto, y pasa todo lo contrario: lo estamos dando por muerto.

—Es que lo está, Rosa. No muerto, pero sí herido, agonizante. ¿No ves los hilitos de sangre saliendo del despacho? ¿No oyes su esfuerzo al respirar? ¿Sacamos las metáforas a esta hora de la mañana? Nadie moverá un dedo por salvarle. ¿En el departamento? Raquel, como mucho, por lo que le debe. Jose tendrá la plaza: a estas alturas, después de todo, no creo que se vaya a hacer el héroe. A Conchi, Jesús la ha machacado durante años, en cuanto su padre se murió y él ascendió al trono. Y nosotros... Pues según el viento nos favorezca o no, y ahora por un motivo u otro hemos

decidido esto. —Pausa—. No te parece bien. —Pausa—. Crees que soy una mala persona. ¿No, Rosa? —Rosa, cabeza a un lado, cabeza al otro: no—. O crees que soy un mal profesor. —Rosa, cabeza al frente, mirada baja—. Yo sé cómo me llaman los alumnos: Sánchez Rueda Pinchada. Esperaba algo más de ingenio, porque uno tiene su corazoncito... Algo más divertido, aunque me hiriera. No tan gris. Pero mira, Rosa: esto lo hago porque me toca. Me enseñaron que tenía que estudiar, y trabajar luego, y casarme, y pagar la casa, y la vida de mi familia, mi mujer, los colegios de mis hijos, las extraescolares cuando tocó, el verano fuera. La nómina: qué te voy a contar. ¿Encima me gusta? Pues sí: qué suerte tengo con mi vida, mucho mejor que si hubiese nacido unos metros más allá o más acá, y con diez o doce años me hubieran sacado de la escuela, y con veinte a Alemania o a Suiza. Yo no tengo más ambición que la de cumplir como se espera de mí, que los alumnos aprendan lo que quieran y como puedan, que cuando se licencien les vaya lo mejor posible. Si un día me cruzo con alguno por la calle, prefiero que me recuerde como un vago o un mediocre a que me llame hijo de puta porque lo humillé en clase o lo destrocé en un examen. Trabajo como catedrático, pero no soy catedrático: soy Luis, me gusta sentarme en el sofá a ver la tele con mi mujer, jugar al ajedrez con mi nieto el mayor, intentar comprender a mi nieta la pequeña, asomarme al bar de la plaza a ver quién hay. No tengo más ambición que estar tranquilo, que nadie nos haga daño a los míos ni a mí, en la medida de lo posible no hacer daño a nadie. —Rosa, cabeza al frente, mirada al frente—. Jesús decidió todo lo contrario. Y como tal debe asumir que se gana unas veces, se pierde otras.

Aquí se interrumpió todo.

De: Ignacio Valera Velasco <humhisivv@uryc.com>
Para: Luis Sánchez Rueda <humfillsr@uryc.com>
Copia: Rosa Santiago Sanz <humpasrss@uryc.com>
Fecha: 25 ene 2004, 11:27
Asunto: Nueva estructura Filología Inglesa

Estimado Luis:

Fijo con estas líneas lo acordado ayer tarde con respecto al desbloqueo de la situación en vuestro departamento. En administración del decanato ya tienen listo el documento de conformidad (indoloro), para que con la firma de Jesús avancéis en la convocatoria de su plaza, sabiendo que las cosas de palacio van despacio.

Luis, confío en que Rosa se encargará de todo por vuestra parte. Rosa, si te sirve, me contaron en rectorado que Producción Agraria ha vivido una situación parecida con la jubilación de Moya Gálvez (sin resistencia por su parte). Tened por seguro que tendremos muy en cuenta vuestra voluntad de cooperar.

Atentamente,

Ignacio Valera Velasco
Decano de la Facultad de Humanidades

En el infierno existe un lugar, aventuró Chus, para aquella persona que un día sumó una nota a otra nota a otra nota, y optó por una guitarra y un bajo en lugar de un piano, y prefirió la alegría a la tristeza, y añadió la percusión, las maracas, y recurrió a los agudos, y conminó a quienes le escuchaban a organizarse por parejas, cadera, paso, cadera, paso. El infierno, tal como Chus lo concebía, lo habitaban el inventor de la música latina, el inventor de los bailes latinos —más, incluso—, los críticos y los periodistas que ignoraron su segunda novela, su padre y los novios de Raquel: los vivos y los muertos, los culpables y los inconscientes, ardiendo en el fuego eterno por sus malas acciones. La bachata, la cumbia, el merengue, la salsa: Lucía había desarrollado el sentido del latineo, distinguía los acordes en cualquier situación —un juicio, un bautizo o una comunión, un sueño de benzodiacepina— y sonreía, entrecerraba los ojos, meneaba los hombros, y con los hombros los brazos, y con los brazos el pecho, y si la música la hallaba sentada entonces se incorporaba, y movía las caderas, y un paso hacia delante y un paso hacia atrás, y dependiendo del estilo daba vueltas sobre sí misma, o se inventaba un compañero imaginario —el cuerpo de ella abrazando el aire—, y Lucía bailaba, bailaba, durante los tres o cuatro minutos que se alargara la canción. Despertaba reacciones variopintas: sus sobrinos y algunos de sus hermanos se morían de vergüenza, otros la jaleaban —¡qué ritmazo!—, sus padres aplaudían. Al observarla a ella, Chus salía de escena, y la observaba desde fuera, a la escena,

también: como si no conociera a Lucía, pues en el fondo no se trataba de la Lucía de su cortejo, noviazgo, matrimonio, aburrimiento. Esa Lucía prefería estudiar, BUP y COU, Derecho, oposiciones, leyes y decretos y edictos y resquicios por los que colarse; amaba la rutina y odiaba todo aquello que conllevara alejarse de las cuatro calles de su mundo, en general, y de la presencia de su madre, en particular.

Yo me cago en los muertos del tío ese, clamó Sergio, y el tío se llamaba Roman Jakobson, aclaró Estefanía; es que se me da fatal, se me da fatal, y las lágrimas le enmarcaban el rostro hasta la barbilla, en picado hacia la boca, y se le colaban por las fosas nasales, y las lágrimas se transformaban en moco, y si no sucedía así porque la biología plantease algún obstáculo, en todo caso Estefanía lo sentía así: Roman Jakobson, explicaba, es que no me entero, nomeenteeeerooooo. Pero vamos a ver, Sergio intentó tranquilizarla, más alterado que ella: te has leído el libro. Veinte veces, que me lo he comprado y todo para subrayarlo, y le he preguntado al profesor en tutoría, pero es que no me entero, no me entero. Sergio, no soy buena, esto no tiene sentido; Sergio la rodeó con el brazo, a un lado del sofá su madre —la chiquilla, lamentaba —, al otro su novia. Yo no soy buena. Que sí eres buena, consolaba él; que sí eres buena, consolaba la madre de Sergio. Estefanía había pensado en llamar a doña Mariángeles, pero temió recibir el mismo discurso de septiembre: la ambición exige sacrificios, no lo desperdicies, blablablá. Necesitaba indicaciones concretas: déjalo ya y trabaja este curso para no perder el tiempo, consulta en secretaría cómo cambiarte a Española o pregunta en Magisterio, que son tres años nada más. Y una vueltecita no os vais a dar, invitó la madre de Sergio, y Estefanía respondió que más tarde, que se quería terminar el libro otra vez, pero Sergio captó el mensaje y la animó: venga, un

paseo, y te recoges antes si quieres. Pero mírate en el baño, que el rímel se te ha corrido, y estás guapa, pero fea.

En eso consistía el amor. Chus lo había intentado: entregar lo que se recibía, y actuar en reciprocidad. Cada ofrenda de Lucía a la dedicación literaria de su marido merecía que Chus expiase sus pecados: cuando ella le había acompañado a una presentación o a una mesa redonda, a una inauguración, a un viaje para hablar sobre sus libros, él se comprometía a aguantar un rato más en las comidas familiares, en las celebraciones infantiles, a sorprenderla con entradas para una película que a ella le apetecía y que él consideraba indigna de sí. Intentaba disimular el fastidio, aunque no lo conseguía del todo; en Lucía resultaba mucho más natural, con un gozo franco, como si hubiese elegido sentarse hacia la mitad de la sala —ni en primera fila, para no apabullar a Chus, ni en la última, para que él no pensara que se distraía— y escuchar en bucle el mismo discurso sobre la misma novela. Felicitaba a los intervinientes, estrechaba sus manos —Lucía, la mujer de Jesús—, y en la cena callaba; solo si alguien se interesaba por ella, y le preguntaba si escribía, recurría a una broma ensayada con Chus: recursos legales. Si la Lucía de ahora —de ahora cuando sucede todo, y cuando lo cuento yo— no se parecía a la adolescente que Chus había conocido, tampoco es que Chus no se hubiera desviado de la senda correcta: cuando ella planteaba su futuro jurídico, él le respondía con su intención de estudiar la misma carrera de su padre, pero alejarse de él lo más posible. ¿Competiréis?, planteaba Lucía con dieciséis o diecisiete años, con veinte incluso, todavía. Le superaré, prometía Chus: se especializaría en aquellos escritores que su padre odiara, batiría su récord al conseguir la titularidad, primero, y la cátedra después. Y mientras escribiría, por entonces aún sus cuentos —a Lucía le había regalado algunos, también poemas—,

más tarde sus novelas, y obra tras obra colocaría el mismo nombre en la dedicatoria: Lucía. Con la publicación de la segunda novela, y el silencio, y con lo de Raquel —lo de Raquel, claro, que Lucía prefería ignorar—, Chus liberó a Lucía, y admitió que lo que ella le entregaba se transformase: ya no se trataría de su tiempo, sino de su dinero. A cambio, Chus —testigo de sus giros de peonza— le brindó las tardes de los sábados.

Más guapa así, Sergio a Estefanía: la cara limpia, agua y jabón, apenas el rímel que su suegra le había prestado para alegrarse un poco. Para qué te pintas tanto, le repetía Sergio, aunque Fani había previsto el reproche: bastante te diferencias de las demás como para insistir en señalarte. El curso pasado él se acercaba a su bloque al salir del taller, y ella bajaba, y caminaban hasta la plaza entre edificios, y se sentaban en un banco; hacia la hora de la cena ella subía, ya las tareas acabadas, los apuntes a limpio, y ayudaba a su madre, y los fines de semana dedicaba a Sergio las tardes del viernes y del sábado, parte de la madrugada. Desde que empezó el curso habían acordado no quedar a diario, en todo caso una charla por teléfono o algún paseo en moto desde la facultad cuando saliese tarde, y los fines de semana transformarlos en un rato para que ella regresase a una hora prudente; a Sergio le sonó a madre, hora prudente, y no comprendió que justo Estefanía se transformaba en una adulta. Cuando se despedían el viernes, el sábado, Sergio se unía a sus amigos, hasta agosto los de ella, también: los buscaba en la plaza de la iglesia, en el patio del instituto —saltaban la valla con las bolsas del botellón—, en el parking del hotel. Después del hotel, el mirador, el río, el resto de la ciudad, así cada noche de viernes y de sábado, justo aquello que Sergio percibía como un lugar seguro y que para Fani constituía una amenaza. Dar una vuelta, le tocaba ahora; peaje para qué, adónde la llevaba aquello, en moto con

Sergio hasta la otra punta del barrio, sentarse en un banco y esperar la noche pronto, dejarse tocar aquí y allá, responder ella. Se despidieron de la madre de Sergio, y en las escaleras él recibió un sms: estos se han juntado ya en el parking, mira qué horas, hoy empiezan fuertes, Tamara no creo que tarde porque está liándose otra vez con Adri, es tu amiga, tú sabrás, ya no habláis mucho, en ese punto del monólogo Estefanía ya calculaba el tiempo prudencial hasta anunciar que regresaba a casa, besar a Sergio, huir.

Vamos al hotel del mirador, indicó Lucía; pero no a la entrada principal, vamos a la trasera, la del aparcamiento. ¿Donde los bailes?, preguntó el taxista, y Lucía respondió que sí, con entusiasmo, pero Chus acercó su mano a la de su mujer, y la apretó —palma contra dorso— para que se callara. Todos los sábados llevo a gente, pero sobre todo la recojo: acabáis baldados. Lucía contestó que sí, aunque con prudencia, y Chus retiró su mano de la de su mujer; ella prefería dejar el coche en el garaje, porque su marido no conducía y ya una vez se hizo daño en un tobillo, y les tocó dejarlo allí, en la explanada, hasta que al día siguiente regresó con su hermano para moverlo. De todas formas está mejor el barrio, eh, advirtió el taxista, en los bloques de antes de la autovía yo no me arriesgo a entrar, pero en esta zona o la siguiente, la de la plaza de la iglesia, con el supermercado grande y los bares de alrededor, ya no se ve nada que no se vea en otro sitio. Lucía se animó: contó la transformación a la que había asistido de tarde de sábado en tarde de sábado, se interesó por otras zonas vetadas —el taxista mencionó un barrio completo al noreste, alguna parte aislada en el polígono del tanatorio—, le asombró que después de casi cuarenta años apenas hubiera escuchado aquellos nombres, ignoró la mano de Chus —palma contra dorso, palma contra rodilla, palma contra muslo —, los bufidos de Chus, la pierna de Chus zapateando la alfombrilla.

Así Chus marcaba un segundo y otro y otro, calculando el tiempo hasta que se detuvieran, Lucía abriera el bolso y sacara la cartera y de ella un billete de diez euros, agradeciera la cháchara con el cambio como propina, descendieran al infierno: pero ni concentrándose en el gesto, en la repetición, lograba aislarse de la estupidez de su mujer y de la estupidez del conductor, así que levantó su brazo izquierdo y con la palma —ya no contra dorso, no contra rodilla, etcétera— golpeó a Lucía en el antebrazo, el ruido de los tres dedos en choque con el brazalete de plata los calló. Ya está, zanjó Chus.

Por fortuna enfilaban la avenida del hotel, no la de la entrada principal, sino la del aparcamiento; el taxista subió el volumen de la música, hasta sofocar el ruido de los dedos de Chus contra el brazalete de Lucía, la pierna contra la alfombrilla, el de su voz: ya está. Igual que cada sábado, el taxi se detuvo ante la puerta de acceso —parking adentro, no lejos de los chavales del botellón—, Lucía pagó, cada uno salió por su puerta, el coche se alejó, Lucía permaneció frente a Chus, fija hacia Chus: no te puedes callar, reprochó él, que tienes que darle palique a cualquiera. Los pasmarotes, oyeron a cierta distancia, un coro que les juzgaba más que describir la escena: chavales de veinte años, más o menos, veinte menos que ellos, con sus litronas y sus botellas de ron y de refresco, sus bolsas de hielo y sus vasos de plástico, la ropa barata y ceñida, los piercings, inferiores y sin embargo en ese momento a varios metros de altura en lo moral, medio borrachos a esa hora de la tarde —del día— y mirándolos de arriba abajo, esos pijos ahí, pasmarotes. Chus lo oyó de nuevo, se giró para llamarles la atención, qué os importa, anda a lo vuestro, con suerte alguno sentiría la provocación y se acercaría a él, quizá le insultaría, quizá así Chus se desfogara un poco, una frase ingeniosa y denigrante que

colocara en su sitio a cada uno, por favor no un golpe, que todo quedara en la palabra, lo suficiente como para librarse aquella tarde y que Lucía le eximiera de regresar en muchos sábados. Chus se giró y se fijó en cada uno, la masa informe, todos iguales a todos, ellas iguales a todas, salvo una: a una la conocía. Se parecía a la chica que huyó aquella noche de diciembre; la que acompañaba a la estudiante con la que Bravo se había liado, y que salió corriendo sin despedirse. ¿Se trataba de ella? Demasiada casualidad, se extrañó Chus: una estudiante de su padre ahí, en el hotel del mirador, testigo de su pelea con Lucía, qué vergüenza. Algo similar pensó Fani al reconocer a Chus: qué vergüenza. Por lo de aquella noche, esa manera torpe de ralentizar la marcha, distanciarse del grupo, acercarse a las calles pequeñas, aprovechar que nadie se fijaba —Carlota apenas la había saludado desde entonces—, y por lo de aquella tarde, aquel tipo sin moverse frente a aquella mujer —¿su novia, su esposa?— en el aparcamiento del hotel, conteniendo la explosión, aquellas mujeres con faldas cortas y volantes bajo los abrigos, aquellos hombres que se cambiaban el jersey por una camiseta ceñida en los aseos, a sus amigos les gustaba ir porque disponían de espacio suficiente, nadie les molestaba ni les expulsaba, y se reían. Qué vergüenza aquel día, y qué vergüenza aquel tipo: que no me reconozca. ¿Ese tío se te ha quedado mirando? Pues yo qué sé, Fani a Sergio: si no le decís nada pasará de nosotros. Ese tío te conoce de algo, insistió Sergio, y Fani se revolvió: anda ya y no digas tonterías. Sergio se acercó a Estefanía, primero el brazo sobre los hombros, luego bajando hasta tomarla por la cintura y atraerla más hacia sí, al final la mano en la cadera, un cuerpo contra el otro, en la distancia su lenguaje para subrayar que Fani le pertenecía a él, que tomara conciencia aquel hombrecillo gordo medio calvo miserable que antes de la sesión de baile —

Corazón Latino— se peleaba con su acompañante en la puerta trasera del hotel, la del aparcamiento, para no molestar a los demás clientes, de otro taxi bajó otra pareja y ella la saludó a ella, se abrazaron —Estefanía percibió que la mujer del hombre de la discoteca mantenía el gesto algunos segundos más de los que la otra hubiese preferido—, los desconocidos y los pasmarotes entraron, el coro reanudó su actividad, beber, beber, hablar un poco, besarse, alguien sugirió oír algo de música.

Al menos sonaba tan alta, dentro, en la fiesta, que permitía a Chus alejarse de lo que había sucedido, a Lucía alejarse de lo que había sucedido, a ambos no pensar: a Lucía concentrarse en las horas por delante, bailando con sus compañeras, y a Chus concentrarse en las horas que quedaban, dos con suerte, tres si Lucía insistía en la compensación. En la sala Chus anunció me quedo aquí, cada sábado en el mismo taburete para apoyar medio cuerpo en la pared y aprovechar la luz de la barra, a veces leía o garrapateaba alguna idea en un cuaderno, bebía siempre, cerveza y quizá algún chupito, y Lucía le tomó de la mano —la misma del golpe— y le explicó que no, que luego, pero que el primero lo quería con él. Ya sabes que no, se quejó Chus, no me hagas esto, pero Lucía apretó la mano contra la suya —palma contra dorso—, tiró de él hacia la pista, en el centro —ya algunas parejas alrededor— le tomó la otra mano con su mano, frente a frente, y Lucía avanzó hacia él y se alejó sin soltarle, sonriente, y se movió a la derecha y a la izquierda, concentrada en la música, y Chus intentó un paso adelante cuando ella retrocedía, y al revés, y seguirla en los movimientos laterales, pero todo era cuerpo, él no conocía ese lenguaje: la música sonaba alta, demasiado, todo era música también, y Lucía con naturalidad imitaba la coreografía del resto de parejas, y él se quedaba atrás, torpe, el pie contra el pie,

trastabillándose, imposible el giro o el acercamiento, todo era vergüenza, yo me fijé en las lágrimas de ella en torno a los ojos, sin descender, y en las lágrimas parsimoniosas de él rostro abajo, yo pensé que lloraban de pena o de ridículo en el salón de bodas del hotel al otro lado del río, mientras arrancaba la bachata.

Feísima, concluyó Isabel Guzmán Espinosa desde el patio de butacas, examinando a la adolescente recién sentada al piano. Tremebunda. Un ser mitológico, el cuerpo de niña de trece años envuelto en tul celeste, la melena suelta de cabellos como alambres, la cabeza de yegua de la cuadra de su abuelo paterno: un rostro vertical, más tendente al suelo que al cielo, en el centro la nariz y alrededor la cara, el auditorio, la ciudad, el universo, bajo la nariz la mandíbula pesando más incluso que la frente ancha, aquella muchacha toda hueso; a Isabel le reconfortó no haber insistido cuando su sobrino se negaba a beber la leche del desayuno y la merienda, por si el exceso de calcio se manifestaba así, como en aquel rostro. Toda nariz, toda hueso, toda dientes la muchacha, Isabel ignoraba que el fotógrafo de la Primera Comunión le había ordenado que cerrase la boca para no estropear la imagen de grupo; quizá aquella humillación la conmoviera, quizá no se cebara en su perfil tan árido y se fijara en los ojos oscuros, tristes, que asomaban cuando se giraba para localizar a su familia entre el público. La tía Isabel la pensó Minotauro, Medusa, a aquella alumna de 2.º de Grado Medio de Piano.

Lo comentaba con orgullo al saludar a conocidos a la entrada, a la salida: que había asistido a la inauguración del conservatorio, acompañando a sus padres y su hermano, unos días antes de cumplir los dieciséis. El estudio del tío Alfredo proyectó la restauración del palacete, la conversión de sus estancias en aulas y

oficinas, en sala de conciertos; viajó desde Madrid para recibir los aplausos, ya sin la tía ni los primos, demasiado importantes como para mezclarse con gente como ellos, y alternó durante toda la jornada con las autoridades que presumirían de un apretón de manos con el arquitecto estrella. A la hora del café —un rato antes del gran concierto— se reunió en la cafetería del Hotel de la Plaza con su hermano, su cuñada, sus sobrinos, e Isabel evocaba la delicadeza del lino de las servilletas, la cautela con la que sujetaba la taza de porcelana carísima —los nervios de su madre ante la despreocupación de los Jesuses, soltándola sobre el platito de cualquier manera—, la sensación de que ellos disfrutaban de una vida cómoda, pero siempre existía alguien cerca en una situación mejor. El tío se excusó para reposar antes de su intervención, los Guzmán Espinosa se acercaron al Casino por entretenerse, después ocuparon sus asientos en la tercera fila: intervinieron el director del conservatorio, el tío Alfredo, el gobernador civil, el gobernador militar, el obispo. Alfredo Guzmán Moya se refirió a la utilidad de los edificios para contar la historia de quienes los habitaban —recibid cada elemento, cada ladrillo, cada viga, igual que una palabra—, y a su intención de respetar la historia de los antiguos dueños del palacete, los Hurtado Pavón; su hermano Jesús deducía que el tío Alfredo confió en la fama como salvoconducto para decir aquello ante aquel público, sobre esa familia que en la guerra lo perdió todo —sale caro jugar a la revolución, explicaba el catedrático sobre lord Byron—, pero el tío Alfredo se equivocó, y quienes antes del discurso competían por una palabra suya le ignoraron después, y hasta los ochenta, ya con la democracia, al tío Alfredo nadie lo mencionó de nuevo en la ciudad. Pues a mí no me da vergüenza el tío, reprochaba Isabel, todos en vuestras nubes y lo que él hace tiene una utilidad, un sentido; además, y esto no lo confesaba ni a su

hermano, es coherente, libre. Pero Isabel, y su hermano la bajaba a la tierra, es que lo que tú pienses no le importa a nadie, nadie te va a escuchar.

En la tarde de la muerte social de su tío Alfredo —allí, en la ciudad; su carrera la mantuvo en Madrid, y luego en la época en la que su hijo mayor se instaló en Múnich, y abrió un estudio— sonaron Debussy, Chopin, Albéniz; nadie había intervenido en la sala en cincuenta años, aún el mismo tapizado forrando los asientos, el terciopelo gastado, el esqueleto asomando en las butacas, la tela vieja impregnándose del polvo y la humedad, cuántos culos con sus circunstancias se habrán sentado aquí, y a Isabel la reflexión le alteró un poco el estómago, pero se le ocurrió que quizá aquel auditorio ejercía como metáfora de la ciudad, anclada en ese entonces, los años transcurriendo fuera, el siglo, el milenio, y la ciudad aislada, como encerrada en esas bolas de nieve que aíslan una casita con su árbol, y los copos mantienen la vida, el ritmo, el tiempo, inalterables. Se dejó de poesía: eso, para su hermano y su sobrino. Pese al orgullo por la obra de su tío, Isabel prefería los conciertos de la orquesta, en el teatro, o los ciclos de la fundación del Banco Moya, apestando a dinero; el conservatorio programaba algunos festivales propios, con intérpretes venidos a menos o en el camino de ir a más —según su presupuesto—, dedicaba cada tarde de miércoles a que los alumnos se entrenaran ante un público benigno, las madres y las abuelas, el resto de compañeros, un intérprete por especialidad, dos piezas por intérprete, en el caso más amable apenas media hora de tortura. Ahí aguardaba Isabel, hundida en el cojín, en el estruendo de la madera y los caramelitos.

Amaba la música, pero su presencia no obedecía a la pasión por Bach y Liszt, sino a aquella adolescente con cara de caballo: Victoria Valera Bravo, los apellidos de siempre en combinación distinta,

Isabel no se explicaba cómo la ciudad no la poblaban hombres y mujeres con sordera, labio leporino, dedos de más o de menos, de repente le admiró la capacidad del ser humano para sobreponerse a su propio desprecio a la genética, aprovechando que las luces enfocaban a la estudiante tocó distintas partes de su cuerpo para cerciorarse de que habían existido. Una profesora había acompañado, al piano, a una estudiante de canto: patinó en la agudeza de un aria —Mozart, *L'ho perduta, me meschina*— que exigía mesura, nada que la edad no matizase. Victoria intervino la siguiente. Como tantas de su edad, escogió el *Solfeggietto en do menor*, tan lucido para este tipo de exhibiciones, veloz y juguetón. A estas alturas, pensó Isabel, Victoria debería controlar los nervios, y con ellos el vuelo de las manos; sin embargo, hacinó unas notas con otras hasta emborronarlas, y se delató zurda porque las de la mano izquierda sonaban rudas, quebraban la fluidez, como si tropezara, tantos baches en apenas un minuto. Quienes asistían la escuchaban por primera vez ignoraban el fogonazo que Bach había previsto, y no detectaron los fallos de Victoria o se mostraron piadosos con su falta de madurez, de tranquilidad o de talento. Otra oportunidad, e Isabel consultó el programa, la fotocopia de un texto en Times New Roman: *Consolación n.º 3 en re bemol mayor*. Por qué te haces eso, reprochó a Victoria, y por qué nos haces esto, lamentó para sí. Lenta y hermosísima, de una melancolía envolvente, que termina calándote, más compleja que la de Bach —eso pensaba Isabel— porque exige madurez, coordinación. La chica suspiró, levantó los hombros rígidos —pobrecita, lamentó Isabel: el cuerpo la derrota—, no apartó la vista de las manos y el teclado —pobrecita: no tiene seguridad—, se colaba entre las armonías el choque de la suela del zapato contra el pedal, tensísima la pierna. El recorrido de Liszt, ese movimiento de la música hacia quien la escucha, sonaba aquí rígido,

mecánico, como si Victoria desdeñase el arte y resolviera una ecuación. Aplaudieron, pese a todo; en la segunda fila, para su tranquilidad, Isabel reconoció a la madre de la chica, a un niño que debía ser su hermano, al orgulloso abuelo, a la tía abuela Angelines y el tío abuelo Luis.

—Ay, Isabel. —La abrazó Angelines en el vestíbulo del conservatorio, la una remoloneando ante el tablón de anuncios para forzar el encuentro—. Qué alegría, corazón. Lo mucho que te quiero y lo poco que nos vemos.

—Esto ha sido tan bonito, tan bonito. —Cuando se separaron, Angelines prolongó el contacto con un beso al aire, de su boca a la mejilla de Isabel; no se acercó para recogerlo—. Cómo habría estado de contenta tu hermana. Es que miraba a la niña, y pensaba: el mismo perfil de Teresita, que Dios la tenga en su gloria, el mismo porte, esa elegancia que tenía Teresa ya en el colegio, una cosa natural.

—Su fiel reflejo. —Unas gotitas se acumularon en el lagrimal, sin caer—. ¿Y te ha gustado, Isabel? Fíjate que le dije ayer a Luis que tenía que haberte avisado, que tú entiendes de esto. Pero como era tan poquito, y son tan jóvenes...

—Una preciosidad. Me ha transportado.

—Se esfuerza, Victoria. —Luis Sánchez Rueda se unió a la conversación—. Otra cosa no.

—¿Y tú cómo estás, Isabel? Que es que nunca te llamo, estoy hecha un desastre...

—Como siempre, hija. En la casa y en mis cosas. Cargando con esta cruz de hermano que me ha dado la vida.

—Estuvo en casa estas Navidades. —Angelines se adelantó al carraspeo de su marido—. ¿Te contó?

—A mí no me cuenta nada. Me trata como si fuera tonta.

—No te lo tomes como algo personal —consoló Sánchez Rueda—. Suele actuar así con todo el mundo, y más ahora, que se aproxima el fin del mundo...

—¿Y qué quería, si se puede saber?

—Conspirar. Tendría que haberse formado como espía. Ya sabes, lo que a él le gusta: sentir que manda. Dejarlo todo a su gusto, aunque ya no esté...

—El que a mí me preocupa es mi sobrino.

—Pero qué me cuentas, Isabel. —Angelines se acercó a ella, la tomó de las manos—. Ha enfermado o qué.

—Están bien, él y Lucía... Escribe y escribe, todo el rato con el ordenador ese, pero el libro último... No le fue como quisiera. Le falta suerte.

—No debió marcharse de la universidad —zanjó Luis—. Podría haberlo combinado, tenemos muchos conocidos que lo hacen. Se había labrado un camino bastante razonable, con sus becas y sus méritos... Creo que publica de vez en cuando algún artículo, por no desconectar, pero en el departamento ya hay gente mejor situada que él, si quisiera reincorporarse. —Pausa—. ¿Quiere reincorporarse?

—Yo no sé. Él no lo dice, pero...

Los viejos trucos de Isabel, en realidad toda aquella tarde un viejo truco desde que habló con Lucía en Navidades, y se planteó cómo abordar a Sánchez Rueda sin incomodarle ni delatarse ante su hermano; identificó a la sobrina nieta de Angelines en las exhibiciones de los miércoles, supuso que no faltaría —desde la muerte de Teresa dos años antes, cáncer de huesos, Angelines había ocupado su lugar—, supuso también que Luis la acompañaría como siempre. Los viejos trucos: no mostrar sus cartas, no revelar sus intenciones ni sus capacidades, aflautar la voz, bajar los hombros. Se ganó a Sánchez Rueda.

—¿Tienes un ratito? Vamos a tomarnos algo. Tu tío Alfredo reformó el edificio, ¿no? —Isabel asintió—. Y está tal cual. —Tal cual, recalcó Angelines—. Cuando algo funciona, ¿para qué toquetearlo?

6

FEBRERO DE 2004

Muerte de un poeta

Jesús de la Fuente

La Tribuna Local, 4 de febrero de 2004

Muere un poeta: Basilio Velasco, conjugado en presente encendido mientras los versos con los que tanto amó refuljan en la palabra incandescente. No cumple los setenta y seis años que ya prendía, igual que no cumple el juramento de su vida entera: «Alza siempre en tu ambición / la copa para el poema / que nunca nadie brindó», su pensamiento iluminándonos hacia la ambición única de la escritura, la de la persecución infatigable del texto por venir, la de la vocación que encendió en quienes se calentaban en la llama de su consejo. Si escribes, desea escribir: así nos indicó, así lo aprendió para enseñárnoslo.

El centro del mundo lo ocupaba la biblioteca en la que habitaba Basilio Velasco, un apartamento sin vislumbre de suelos o paredes porque la literatura se imponía frente a la cotidianeidad, tal como sucedió en su vida: se divorció y no tuvo hijos, aunque lega una estela de discípulos de todas las edades y entusiasmos, bien en las tertulias de Manolo —donde ondea a media asta la bandera—, bien en las reuniones que acogía en su salón, en el que nunca faltaban vino y pan y queso con los que distraer el estómago mientras nos centrábamos en el alimento verdadero. Oh, la literatura: Basilio Velasco leyó todos los libros, los que poblaban su casa, más asidero y más abrigo que cualquier mueble o cualquier tela, si no todos los

que alguien alguna vez escribió o soñó. Había leído a todos los escritores, y sobre todos poseía un juicio con el que saciar la curiosidad de quien los desconocía, y a propósito del manuscrito ajeno recién terminado y recién leído entrecerraba los ojos, brindaba a la calma la respuesta, señalaba siempre el rumbo acertado por el que transitar, camino la lumbre del poeta.

No existió sobre el mundo, si aceptamos la posibilidad de un mundo fuera de su biblioteca, un hombre más inteligente y generoso que Basilio Velasco, tan divertido. Nos enseñó a leer y a escribir, a mirar y a escuchar, a beber y a enamorarnos tal como se debe, siempre desde el error y la fe. Quien escribía fogueaba su interés, más quien leía. Acodado sobre una pila de clásicos en la seo del librero —quién pronunciará la primera palabra, amigo nuestro, en la primera reunión en la que falte su cuerpo—, en la barra de una taberna cercana a la catedral, Basilio Velasco departía con mendigos y con príncipes, con genios e ignorantes. Escribió decenas de libros de poesía —mi favorito de los suyos, con Rilke: *Floreciendo el cuerpo*; el que mayores entusiasmos arrebató lejos de esta ciudad ingrata, *Una elegía del verano y otra del invierno*, finalista del Premio de la Crítica—, algunos ensayos también sobre el género carnífice, y recopiló sus artículos —muchos de ellos en estas páginas de *La Tribuna Local*— en volúmenes que permiten brujulear la historia de la literatura. Para la Imprenta Provincial capitaneó en la década pasada la colección Clásicos Vivos de Nuestra Tierra, en la que rescató la obra del poeta maldito Mariano Guzmán Moya, cuyos versos se engrandecían con su interpretación.

En una de nuestras últimas conversaciones, a Basilio Velasco le correspondía devolverme la respuesta, tal como obedece el tahúr las reglas de su juego: enmudeció durante tiempo largo, acaso consciente de que el respeto por las palabras nos dicta que no las

gastemos sin motivo, y entonces yo le pregunté si algo sucedía. El fuego, contestó: estaba viendo el fuego. Basilio Velasco se dirigía ya a su legado luminoso.

El taxista sintió abrirse una de las puertas traseras, la derecha, y un elemento impreciso que se precipitaba sobre los asientos, y anejo al elemento un cuerpo. No el elemento como apéndice, sino guía de la cabeza y el tronco y las extremidades. Una polla, distinguió el taxista: unos pocos centímetros de carne oscura, de carne oscura sobre sí, engurruñada dentro de los calzoncillos, dentro del pantalón, imponiéndose al hombre que la portaba, llenando con su presencia la parte de atrás del taxi. Chus cayó lateral, frenó el golpe con el brazo —el codo hundido en la tapicería— y rectificó la postura hasta sentarse, corrigiendo el ángulo hasta el respaldo, el cuerpo vertical y la polla horizontal, bien guardadita. Al taxista las carreras desde el tanatorio le rentaban por la distancia, desde las afueras hasta la ciudad, pero no en lo emocional. La voz que correspondía a Chus arrastró la primera sílaba de la primera palabra, bueeee-nas, y escupió la segunda: noch. Un borracho, sé que lamentó el taxista; no se trataba del primero que bebía de más en el velatorio, y por alguno había frenado en la carretera, para que vomitase en el arcén y no le manchase la tapicería. Bueeee-nas noch, saludó la polla por boca de Chus. También sé que el taxista lo ignoraba, pero Chus no había pronunciado la dirección de su piso. Al mismo Chus le sorprendió: no la calle y el bloque con Lucía —alguna madrugada había especificado piso y puerta: si quieres te arropo, se burlaron de él—, sino la calle y el bloque de Raquel.

¿Qué fuerza empujaba a la polla de Chus de la Fuente? ¿Por qué había rechazado la propuesta de Bravo, yo te dejo en casa y sigo para la mía, y había respondido voy para otra parte, su polla tomando el control de sus deseos, y tras una zancada y otra y otra se habían lanzado —polla, hombre— al interior del primer taxi de la parada del tanatorio, y en trance había recitado bueeee-nas noch, viavendalcalde casadosanss treintitrrrres? No ocurría a menudo que la polla de Chus de la Fuente se emancipara de su cuerpo: sonaría más propio de Bravo que de un hombre serio como él, escritor de prestigio, con una relación por décadas estable. Sin embargo aquella noche, tras velar a Basilio en el tanatorio, cuando la familia ordenó que se bajase la persiana de la sala en la que habían apartado el féretro —a un lado del cristal, Basilio muerto en su ataúd de roble; al otro, los Velasco Hurtado recibiendo el pésame— y comprendió que su amigo transitaría en soledad el primer día oscuro de la nada —esto lo añado yo, para solaz de mi maestro—, la polla de Chus decidió por Chus, cansado, demasiado triste, demasiados brindis con coñac por la memoria de Basilio, y la polla le ordenó que buscara a Raquel, Avenida Alcalde Casado Sanz, 33. Obró como en la adolescencia —hombre, polla—, mientras su padre revisaba en el despacho cualquier poema de cualquier poeta romántico para diseccionar con sus discípulos, y su tía escuchaba a Pergolesi —estoy barroca, se justificaba: estoy napolitana—, y él en su dormitorio se acordaba de alguna de las chicas del Casino o de alguna de las hermanas de sus amigos, más *Don Juan* que *Stabat Mater*, tal como Bravo le había enseñado: primero un rato la mano derecha bajo el peso del cuerpo, hasta que notes que la mano se duerme, y luego arriba y abajo, arriba y abajo, cada vez más rápido. Seguro que una de las noches la dedicó a Lucía, a quien ya había distinguido —ella le miró una vez, de camino al baño—, o a las primas y las amigas de

Lucía, que con los compromisos —cumpleaños, bautizos, bodas, comuniones— perderían atractivo y le avergonzarían del deseo adolescente. La polla se calmó después de las primeras citas con Lucía, y no se reactivó hasta la universidad, en la biblioteca, cuando salió disparada —y Chus tras ella: polla, hombre— hacia las estanterías con los manuales de Fonética en las que hurgaba Raquel.

Conforme el taxi dejaba atrás el polígono, las vallas en las que se anunciaban concesionarios, el horizonte de tela verde en el que termina la ciudad, y rodeaba las luces, los jardines y los bloques de pocas plantas, y sin abandonar la circunvalación se asomaba a otros horizontes verdes, rojos, grises, hasta el barrio en el que Raquel se había comprado el piso cuando logró la plaza de titular, tan cerca de la facultad como de sus padres, en ese trayecto la polla de Chus de la Fuente reflexionaba sobre lo que sucedía: el lunes por la mañana el librero llamó al portero automático de Basilio, por saludar, y Basilio no respondió, y el librero interpretó que aún dormiría, pero envió un sms a Chus para que se asegurase —sin noticias d basilio no llave maceta—, y conforme Chus se despertó se vistió con la ropa doblada del domingo —sin ducha, sin desayuno, los pantalones apestando a confitería—, se echó al bolsillo las llaves del piso de Basilio, caminó hasta allí y subió con parsimonia, casi una profecía. Encontró a Basilio en el sofá, el culo huesudo en el asiento, las piernas juntas, el resto del cuerpo sostenido en el sofá, como si alguien —un dios, un monstruo— se hubiese aburrido de él y lo lanzara contra los muebles del salón: amortizado. Muerto, claro. A Chus se le ocurrirían algunas metáforas inspiradas en la posición del cadáver de Basilio, pero en ese momento se limitó a decir joder, joder, y llamó a la policía primero, y después a Manolo, y por último al sobrino de Basilio, que le preguntó si se encargaba él y le prometió que avisaría al resto, y aparecieron una ambulancia y una patrulla de locales, y al

pésame de todos Chus respondió que no se trataba de su padre sino de su amigo, y para entonces el sobrino de Basilio ya firmaba documentos, gestionaba el tanatorio. La muerte, burocracia: lo apuntó Chus en un documento de texto, ideas.doc, en el que almacenaba ese tipo de chispazos. Para entonces había regresado a casa, había avisado a Lucía, se había duchado y había buscado el traje, se había negado a comer porque la tristeza le cerraba el estómago —así lo justificaría— y porque la camisa no le cerraba del todo —la realidad—, había llamado al periódico para comunicar la muerte de Basilio, y se había ofrecido a enviar la necrológica que redactó meses atrás. La releyó con orgullo. Eliminó una frase. Adjuntó el archivo. Pidió un taxi.

Puesto que la vida se organiza como un círculo, eterno retorno, pez que muerde su cola, aguas contra Heráclito, la polla de Chus de la Fuente y el mismo Chus de la Fuente se dirigían al piso en el que vivía Raquel Tapia Navarro: la polla no guardaría memoria del trayecto, dentro del pantalón, dentro del calzoncillo, pero sí de la extrañeza del propio Chus, dónde estoy, qué sucede. El taxista se detuvo ante el portal de Raquel, Chus pagó, la polla tiró de la manija, salieron ambos —polla, hombre— y respiraron hondo. Alguien había dejado abierto el portal. Se sabían las escaleritas hasta el ascensor, el ascensor con espacio para dos cuerpos y un carrito de la compra, la placa del Corazón de María en la puerta que Raquel heredó de los anteriores propietarios, y que no había retirado por superstición. Chus pulsó el timbre: la yema del índice en el pulsador, ring, nadie reaccionaba, riiiiing, riiiiing, riiiiing.

—QUE YA VOY —escucharon la polla de Chus y Chus, la voz gañendo desde el dormitorio, avanzando por el pasillo, cruzando el salón, al otro lado de la puerta, el peso del cuerpo en la madera, el iris enmarcado en la mirilla—. MIERDA.

Y apareció Raquel, el cristal sucio de las gafas, el pijama celeste de coralina, las zapatillas cerradas de paño, negro o azul marino, quizá heredadas de su padre o de algún exnovio:

—Chus. —La mano a la cabeza, la boca resoplando, el abrazo ofrecido—. Anda, ven. Lo siento mucho. —El abrazo—. Me lo dijo Rosa esta tarde en la facultad, que lo había oído en la radio. Lo siento un montón.

Las escaleritas hasta el ascensor, enumeró la polla: el ascensor, la puerta con la placa, el felpudo de fibra sintética imitando la forma de una cabañita —dónde te gustaría jubilarte, preguntaba siempre ella a Chus, esperando que él le devolviera el interés—, y Raquel, las gafas y el pijama, la mano izquierda de Chus en su espalda comprobando que Raquel no llevaba sujetador, la mano izquierda de Chus bajando por la espalda hasta el culo, ignorando las caderas, hacia las nalgas, la boca buscando el cuello de Raquel, la mano derecha desabrochándose el pantalón, sacándose la polla, tocándose la polla, insistiendo la mano en la polla, inmutable.

—Pero qué haces, Chus.

Adiós, polla de Chus de la Fuente: otro fracaso. Antes de que Raquel os negara habías asumido que no, que no había manera, que demasiado alcohol, que demasiadas emociones, que por qué te has empeñado —polla, hombre— en no acompañar a Bravo, subirte al taxi, acabar en Avenida Alcalde Casado Sanz, 33. Me despido de la polla y me centro en el hombre, y frente al hombre la mujer —compañera de clase, amante, competidora en el doctorado, examante, amor eterno: qué empeño en complicaros la vida— recomponiéndose la sudadera del pijama, y empujando al hombre desde el recibidor al salón, y ayudándole a sentarse.

—Estás muy borracho. ¿O muy cansado? O todo a la vez. Joder, Chus. Siempre haces lo mismo.

Qué es lo mismo, se plantearía la polla de Chus de la Fuente, esforzándose por identificar las acciones previas de su humano. No sucedió así.

—Nas vinido —reprochó Chus, los pantalones por los tobillos y el slip por las rodillas, la barriga tapándole la mitad del pubis y el resto todo vello, la polla como un globo que ha pinchado: prometo que no la mencionaré más.

—¿Adónde?

—Al tanat ooooorio.

—No sé yo si a Basilio le habría hecho mucha gracia verme ahí. ¿Qué dices? No te entiendo. No me entero, Chus, de lo que dices. —Traduzco: en los tanatorios no se despide a los muertos, se acompaña a los vivos—. ¿Quién había?

—El hermaaaaano, la cuñaaaaaada —esto sí—. Los sobriiiinos. Amigooos desta gente. Nnnnolo lbrrrrero y los de la tertuuuuuulia. Nita Sscedo. Toniomorán y el gordo... quevá sempre conél. Ha venido... Bravo... pero no con Josemari... con la rubiaaaaa...

—La de cultura, ¿no? —Chus asintió—. Me la presentó tu padre, para que me fuera conociendo. Y ella se ha ido y Bravo se ha quedado —asintió— y os habéis ido al bar. —Sí—. Porque tu mujer se ha ido cuando ha llegado Bravo. —También—. No me extraña.

Jesús Guzmán de la Fuente, menos pelo que aquel día de clase en el que algunos cuchicheaban al reconocerle en el listado de alumnos —el hijo del catedrático—, más barriga que en el viaje de fin de carrera, la piel secándose y enrojeciendo desde que abandonó la universidad y se centró en sus libros: el hombre que más se parecía al hombre que ella hubiera deseado, y sin embargo el hombre que más se alejaba de lo que ella merecía. Lo repetía su amiga Patri, su hija pequeña en el carrito, un cigarro tras otro tras otro mientras la mayor se tiraba de cabeza por el tobogán del parque infantil. Patri

resumía: menudo jeta. Dormido en el sofá de Raquel, en la noche del martes al miércoles, una menos cuarto de la madrugada, Chus. En junio habían coincidido en la presentación de un libro, un compañero de Española que le facilitaba trámites desde el Consejo de Facultad, y Raquel se unió a las cañas por estrechar lazos con gente de otros departamentos, también porque Chus se demoraba en la despedida. No se saludaron —el rencor de la última vez—, no se acercaron el uno al otro, y ella se marchó antes de que el grupo se moviera de la barra al salón. Regresó a casa, no recuerda cómo actuó —quizá llamara a Patri para resumir el encuentro, seguro que preparó algo ligero de cena, puede que encendiera el televisor para asegurarse el ruido de fondo mientras repasaba notas para un artículo—, poco después de las doce de la noche sonó el portero automático: Chus. Nada extraordinario: ella se enfadó pero abrió, él se le abalanzó encima sin apenas saludar —puede que dijera su nombre, más invocación que afirmación: Raquel—, besos, besos, más babas que saliva, más sofá que cama, Chus esforzándose y Raquel manteniendo la serenidad: no hay problema, no pasa nada, esperamos un rato. Lo que ocurrió yo no lo sé —no alcanzo a todo —, pero Chus y Raquel reanudaron la discusión que habían interrumpido meses antes, en una situación parecida: ella le exigió que decidiera dónde quería estar, él se revolvió porque se trataba de su vida y no tenía derecho a presionarlo, y ella le reprochó que no, que no se trataba de su vida, sino de su vida, de la suya de Raquel, de la vida también de su mujer; nunca Lucía, ella siempre lo evitaba. En el momento en el que lo que decides o lo que no decides afecta a otras personas, Chus, explicaba Raquel igual que había explicado en los bares, en el viaje a York, en la facultad, tantas otras veces en el salón de este mismo piso, en ese momento se trata también de esas personas. Yo no puedo plantearme tener algo serio con otra persona

si cada vez que te emborrachas o te pica la polla vienes aquí, sin importar la hora, o si estoy con alguien. Tengo que pensarlo, prometía Chus, se lo ordenaba, aunque todo continuase de la misma forma. Como todas las noches anteriores, Raquel le pidió que se marchara, le garantizó que mantendría la cordialidad si coincidían, incluso en algún tiempo quizá pudieran considerarse amigos, él le envió un correo electrónico aceptándolo, comprometiéndose a no intercambiar palabra; Chus quebró el pacto en otoño, sintió el desprecio de su padre y la pena por Basilio, se emborrachó con Bravo, se emborrachó mucho, ella no le dejó subir. Ahora Raquel contemplaba a Chus en su sofá, a toquecitos en la mejilla intentaba despertarlo, le subió los calzoncillos —él roncaba— y le guardó la polla, le subió los pantalones, se los abrochó —costaba que el botón acertara en el ojal—, dejó fuera la camisa, a toquecitos en la mejilla y en los hombros intentaba despertarlo, se separó para llamar a un taxi, colgó y se aseguró de que en los bolsillos —el abrigo, el pantalón— guardase Chus la cartera y las llaves y el teléfono, de que no olvidase nada que les comprometiese a un nuevo encuentro para devolver la cartera o las llaves o el teléfono, y tomó a Chus por la cintura, elevó el cuerpo, lo abrazó, como pudo alcanzó el ascensor primero, la puerta del bloque después, y esperó en pijama.

—Le lleva a la calle Fernando III, por favor. El número no lo sé, es el bloque entre el videoclub y la juguetería. Sí, justo esa. ¿Le da con diez euros? Le voy a pedir que le despierte, por favor. Espere que mire la dirección, mejor, que la tiene aquí en el carné. Saco la cartera y la miro. Fernando III, 7, 2.º A. ¿Puede llamar al portero usted, hasta que le abran? No se vaya a quedar en la calle. ¿Quince euros? Vale. Madre mía. Aquí tiene. Tranquilo, que no le va a vomitar. Está dormido, ¿no lo ve? Llevará hora y pico sin beber nada. Si le vomita, que le pague su mujer.

Había leído y había leído y había leído las dos traducciones que el catedrático les facilitó: la de Márquez en verso, la de Zapata en prosa. Había intentado esbozar una versión literal, propia, recurriendo al diccionario; Fernández Cortés le sugirió uno disponible para consulta en biblioteca, sin que ella se sintiese juzgada —sutil, sin invasiones—, cuando reconoció el que sacaba de la mochila. Tiene más nivel para universidad, le explicó el profesor; ahorra para comprártelo cuando puedas, porque lo necesitarás en estos cursos. Tapia Navarro citó un artículo —«artículo de Eliot»— que solo encontró en una edición en inglés, y Estefanía había procedido de la misma forma: traducir palabra a palabra, según le había enseñado doña Mariángeles, torpe pero suficiente. En la universidad, ante las clases y los exámenes, ante el seminario, en sus interacciones con los compañeros —intentaba apenas coincidir con ellos desde la noche del botellón—, se sentía así, no tan inteligente como la habían convencido en casa y en el instituto, de puntillas para forzar la altura mínima y que la autorizasen a sentarse en la mesa de los mayores. Sobre la mesa camilla había dispuesto Estefanía un montoncito con los folios de la traducción de Márquez, otro con los de la de Zapata, el texto de Byron que la administrativa les facilitó en la primera sesión del seminario, el juego de fotocopias que pagó para anotar unas cuestiones en un sitio y otras cuestiones en otro, la libreta grande que había terminado comprando en el bazar —dos por un euro— para dedicarla a aquel poema. Se esforzaba por recoger todo

lo que el catedrático había explicado en las tardes anteriores: como en el juego, unir con una línea un punto y otro punto, y con otra línea un punto y otro, y así lograr una forma semejante a una figura que reconociese. Al resto —los señores que faltaban desde diciembre, las otras estudiantes, los profesores, el de la carpeta: ese soy yo— no le costaba tanto. Pero se filtraba el ruido en lo que Estefanía pensaba, ella misma repitiéndose que no valía, que no valía tanto, que rebajase sus expectativas, que se limitara a las clases o ni siquiera eso, y se colaban las discusiones desde el televisor, su hermana tumbada en el sofá con el mando, de un canal a otro. Y las tareas, preguntó Estefanía; tengo pocas, le respondió Carolina, ya luego me sentaré a la mesa cuando tú acabes. Pero a mí me queda bastante, advirtió; por mí, hasta la cena, que estoy con una cosa pero luego me pondré con los exámenes, aquí cabemos las dos. En un rato, prometió Carolina, déjame descansar. Estefanía no insistió; a la edad de su hermana se encargaba de calentar lo que su madre hubiese dejado listo, recoger la mesa y limpiar los platos sucios, asegurarse de que Carolina y Alberto dedicasen un rato a estudiar, estudiar ella misma. Nadie le había enseñado el sacrificio, sino que lo había aprendido por sí misma: sus amigas de clase, Tamara, Rebeca, Shaila, habían preferido bajar a la plaza después de comer, y sentarse en un banco hasta que anocheciera, día tras día, curso a curso, mientras ella adquiría la disciplina de resumir la lección horas después de que se la explicaran, preparar esquemas, destacar lo importante con sus rotuladores, no apurar para los trabajos más extensos. Fani permitía que sus amigas copiasen sus tareas, incluso redacciones en las que le preguntaban por su fin de semana, y ella se refería a las horas de estudio; los profesores identificaban el original, la aprobaban a ella —le bajaron alguna nota por su generosidad—, suspendían a las otras.

De manera que en el fragmento se reunían Hassan, Leila —su recuerdo, su cadáver— y el infiel, el giaour: no en la misma escena pero sí en las mismas estrofas, con menciones que entran y se marchan. ¿Podría sugerir, quizá, que el poema se interpretaba así como un lugar? ¿Explicar al catedrático que el poema se transforma en el desfiladero en el que acechan al sultán, en el mar al que arrojan el fardo con el cuerpo de la mujer? ¿Resultarían del agrado de Guzmán Espinosa su agudeza, su ambición? Una idea, festejó ella; tengo que pensarla bien para no quedar de tonta. Al teléfono, cuando sonó, respondió Carolina; le decepcionó que no la llamase alguna amiga, sino Sergio. Para ti, con hastío a Estefanía, y Estefanía soltó el bolígrafo y el fluorescente rosa sobre el poema de Byron, arrastró la silla, se levantó, preguntó: ¿sí? Me aburro, lamentó Sergio al otro lado; no tenemos curro esta tarde y mi tío no me deja que me vaya. Bueno, es que estás trabajando, le consoló Fani; imagina que nada más irte entrara un cliente, alguna reparación, tendrás que estar disponible. ¿Cómo ha ido el día? Un peñazo, de nuevo Sergio, menuda mierda si esto es siempre así. Tal como había aprendido, Estefanía descartó la primera reacción, la segunda, respiró hondo: tú tranquilo, ya saldrá otra cosa que te guste más. ¿Y tú qué haces? Ya sabes que hoy no tenía clase de tarde y me he venido a comer a casa, a ver si podía estudiar tranquila. Caro está aquí en el sofá, y Alber se ha ido nada más terminamos. Y con mis cosas. Un silencio. Fani, ¿no me charlas? Es que estoy estudiando, Sergio, ¿me llamas luego? Luego más tarde o luego cuándo, quiso aclarar él. Pues luego para la cena, antes o después, te doy un toque como todas las noches. Vale, usted disculpe, y Estefanía no recibió la ironía sino la herida, no un corte leve sobre la piel, un rasguño, sino algo espectacular: un borbollón de sangre, carne levantada, el hueso asomando. Colgó para retomar el trayecto de los personajes donde

la esperaban: el camino estrechísimo de tierra del que apenas se movían varios de ellos —Hassan, su séquito—, qué significaría, preguntarlo supondría revelar su perspicacia o mostrar su ignorancia, de todas formas lo apuntó: el desfiladero, tal cual, y un signo de interrogación entre paréntesis.

Por fin Carolina se desperezó, reclamó a su hermana: hazme sitio. Estefi se planteó moverse a la cocina para ganar comodidad, pero recordó el frío de los azulejos y el brasero de la mesa camilla, así que bajó al suelo los montoncitos de fotocopias, y en orden los dispuso sobre las baldosas de terrazo: la traducción de Márquez, la traducción de Zapata, la fotocopia del original de Byron, en su mitad de cristal el otro juego, el cuaderno, el bolígrafo y los rotuladores. Su hermana se colocó frente a ella, en la mesa, un vistazo al libro de texto y otro a la pantalla del televisor y otro al cuaderno en el que resolvía fórmulas matemáticas, otro al otro cuaderno en el que se esforzaba por traducir frases sencillas del inglés —ya me las podrías hacer tú, reprochaba Caro—, otro en el que medía las sílabas de un verso. Dónde nos dijo Alber que iba, la interrumpió Estefanía; el poema —ya el final del fragmento de la última sesión del seminario — viró de una escena en la que la hostilidad del paisaje reflejaba el tormento de las almas de sus personajes, a una reflexión sobre la ternura de los corazones jóvenes, y Estefi se acordó. Pues estará con estos donde siempre, se molestó Caro por la evidencia; quiénes son estos, y dónde es donde siempre, se molestó Estefi por lo mismo. El teléfono de nuevo, y Estefanía deseó una equivocación, alguna amiga de su hermana —Carolina se le adelantó—, alguien vendiendo algo. Sergio, avisó Caro con fastidio: qué haces, gorda, y de fondo su tío y un cliente, de fondo un motor arrancando, de fondo los éxitos del pop español que sonaban en el taller. Estoy aquí, igual que antes, ¿qué haces tú? Aburrido, es que solo tenemos una moto, que

está Peri con ella. Si mi tío me deja salir antes, ¿bajas un rato? Pues no puedo, Sergio, tengo encima los exámenes, que ya sabes que estoy agobiada, y con el seminario ese no me aclaro tampoco, quería aprovechar la tarde libre de hoy. Vale, él con fastidio, y colgó Estefanía antes de que se extendiera. Carolina cerró el último de sus cuadernos, los dejó en el suelo para que su hermana recuperase la mesa, volvió de la silla al sofá. Estefanía se planteó si debía insistir a Carolina asignatura por asignatura, cómo lo llevas, te resulta difícil algo, necesitas ayuda, pero conforme se planteaba las preguntas las respondía ella misma, desde sí: lo llevo mal, todo me resulta difícil, para todo necesito ayuda. Su hermana saltó a otro programa de cotilleos, Estefanía oyó los gritos de un colaborador y los aplausos del público y las risas de Caro. Y Alber no debería estar ya aquí, insistió Estefanía, y a mí qué me cuentas, Carolina tirada en el sofá, incorporándose para responder al teléfono sonando. Por favor, que no sea Sergio, se le escapó a Estefanía, y Carolina rio: es para ti, le ofreció el auricular.

Nada, reconoció a Tamara, que estoy aquí en casa y he dicho, a ver cómo va a esta, por si quieres dar un paseo un rato o hablar. Aquí voy, Estefanía con fastidio; tengo los exámenes, un poco agobiada con todas las cosas en las que me he metido. Ya, pausa de Tamara, entiendo, pausa, tu nuevo mundo, pausa. Cómo vas tú, Fani cargando con el silencio de Tamara, y su amiga: bien, me aburro, está todo el mundo ocupado y nunca tiene tiempo. Para entonces Estefanía ya se había alejado: la voz de Tamara no al otro lado del teléfono, no a varias calles de distancia, sino en otra dimensión, entre ambas océanos y continentes, desfiladeros y asesinados y asesinos, épocas enteras, otro idioma, Estefanía calculando la hora, el tiempo hasta la cena, si la dejaban en paz y lograba concentrarse avanzaría un poco en el poema y retomaría los apuntes de

Lingüística General, Tamara mencionaba a Adri y el sábado pasado y el sábado siguiente, y Fani regresó a su ciudad, a su barrio, al salón del piso de sus padres, y detuvo el monólogo, mira, Tamara, es que tengo cosas que hacer. Cómo, Tamara intentó conectar lo que decía con lo que Fani le había dicho. Que tengo cosas que hacer, que llevo fatal varias asignaturas y me tengo que poner antes de que lleguen mis padres y se arme jaleo. Sin despedirse, Tamara colgó, y Estefanía oyó el pitido, y otra llamada: con quién hablabas, eras tú o tu hermana, Sergio desde el taller insistiendo en acercarse, subo cinco minutos o bajas tú al portal, Fani fijándose en el montoncito primero de fotocopias, en el segundo, en el tercero, en el cuarto, en su libreta, en los apuntes de una y otra asignatura que guardaba aún en la mochila, Fani percibió algo creciendo en la garganta, las amígdalas creciendo, cerrándose la tráquea, le costaba respirar, le costaba respirar, cuerpo abajo hasta el pecho, le costaba respirar, hablamos mañana, Sergio; el resto de palabras no lo distinguí.

En una hora y algo se sumarían a las voces del televisor las de su madre o su padre, el orden dependía del tráfico, y comenzaría el turno de cenas, la preparación de fiambreras para el día siguiente: lo que sus padres acarrearían al trabajo, lo que sus hermanos calentarían al regresar del instituto, quizá el bocadillo que ella llevaría a la facultad. Dónde está Alber, repitió Estefanía a su hermana; pues con estos, yo qué sé. Quiénes son estos, y Carolina: los amigos estos nuevos que se ha echado, no los del instituto; unos de los bloques. Los bloques marcaban el final de la ciudad, el principio de los problemas si te acercabas demasiado. Recogió los papeles del seminario —ya había desconectado— y de la mochila recuperó los apuntes de Lingüística General. De espaldas a la puerta del salón, a la puerta de entrada al piso, notó cómo alguien intentaba encajar la llave en la cerradura; no acertaba, el acero

contra la placa, Caro se quejó: quién coño será. Su hermana se incorporó, se asomó a la mirilla, abrió: ya está aquí el tonto del año. Estefanía adivinó a Alber por el gruñido, se encaró a su hermano, algo más alto ya que ella: los ojos enrojecidos, el olor fuerte a marihuana —el aliento, el pelo y la piel, la bomber—, la boca pastosa. Exigió: qué te has tomado. Porros y cerveza, explicó él, la voz lenta, los gestos lentos, a la vez el corazón desbocándosele, el esfuerzo por contener las arcadas. ¿Porros y cerveza nada más? Estefanía se esforzó en creerle, al menos por esa tarde, para evitarse los disgustos de después. Lávate los dientes, Alber, varias veces. ¿Tienes chicles de menta? Él negó, Caro se movió —mecánica, sin que se le entendiera preocupación o nerviosismo— del salón al dormitorio, Estefi la supuso rebuscando en su mochila del instituto, les ofreció varios de fresa: servirían. Tengo hambre, escucharon a su hermano. Te vas a duchar ahora mismo, Alber, y te vas a frotar hasta que te hagas daño. Me vas a dar la ropa y ya veré yo lo que hago con ella. Abre las ventanas, Caro, y a las protestas: si te resfrías, es por culpa de este imbécil. En media hora está aquí papá, y mamá no mucho más tarde. Te metes en la cama y ya digo yo que te has puesto malo y que tenías fiebre. Y cuando mamá entre a verte, y vea que estás normal, le dices que estás flojo. Tengo hambre, repitió Alberto. Si no atiendes, amenazó Caro con su voz de niña, te parto esta puta silla en la cabeza: Estefanía se fijó en su seriedad, también en los dientes mordiéndose los labios, le pidió: Caro, ve a la cocina y le preparas algo, pilla pan de molde y haces un sándwich del embutido que haya, ¿vale? Y cuando te lo comas te lavas los dientes otra vez, ordenó de nuevo a Alber. Yo ya sabía que eras tonto, le gritó Caro mientras su hermano se desvestía en el trayecto al baño, los zapatos, los calcetines, los vaqueros, los calzoncillos, la camiseta, la sudadera, pero no me podía imaginar

cuánto, las dos hermanas recogiéndolo todo, tendiéndolo en las cuerdas del balcón para que el olor se marchara antes de que llegasen los adultos. Y lo que sucedió luego sucedió así, tal como Estefanía había previsto: la ducha, la cena rápida, Caro recogiendo la ropa antes de tiempo para que no sospecharan nada, Alber en la cama, su madre ofreciéndole un ibuprofeno, su padre con una cerveza en el sofá, Caro y Estefi poniendo la mesa mientras su madre arreglaba la cena de ese día y las comidas del siguiente, las hermanas yéndose a dormir antes de lo acostumbrado, el ronquido de su hermano y el nerviosismo impidiéndoles el sueño, Caro bajando de la litera de arriba a la de Estefi, puedo dormir contigo, y al final, no sé si me está gustando ser mayor.

Estefanía Sánchez López, esta tarde la recordarás toda tu vida. Apenas se ha diferenciado de todas las tardes anteriores, las fotocopias y los rotuladores sobre la mesa camilla, el ruido del televisor y las conversaciones, madre de tus hermanos y de tu novio y de tu amiga, Alberto perdiéndose, Alberto perdido, tarde como todas las tardes de los siguientes cursos; pero algo para lo que no sabes el nombre, algo que todavía no percibes en lo que sientes, enraíza ya en ti. Dentro de diez o veinte años, cuando te despiertes lejos de la cama inferior de la litera, en una de matrimonio cuyo centro ocupas tú, en otra ciudad puede que de otro país, y desbloquees el móvil y repares en la fecha, quizá pienses: hace diez o veinte años —etcétera— de aquella tarde. Y sin embargo mientras todo eso ocurrió, mientras cambió tu mundo, alguien se sentaba en la mesa de una cafetería, pedía una infusión mientras esperaba a otro alguien, quizá una reunión de trabajo, una cita, el reencuentro de una amistad: puede que esa persona tardara o faltase, que la conversación decepcionase como para borrarla de la memoria, que ese instante no se recuerde como tú, Estefanía, recordarás esta

tarde diez o veinte años después. Alguien compraba algo en una tienda: una lechuga en el supermercado, una caja de pilas en un bazar. Alguien perdía el autobús. Alguien lograba sentarse durante todo el trayecto. Mucha gente nacía mientras; mucha gente lloraba a quien acababa de morir. Alguien bostezaba en el sofá de casa. Alguien posponía alguna tarea. Y mientras tanto tú, Estefanía, con lo que conocías derrumbándose, temiendo lo que deseabas, insignificante en el engranaje del mundo.

Tan alta la música, tan altas las conversaciones, y mudo el ruido de los brindis: un botellín chocaba con otro botellín, un vaso de chupito contra otro vaso de chupito, y tapaba un poema sobre el desamor, un cuento que transcurría allí mismo. Eso sucedía en el primer bar que visitaban Chus y Bravo: no solían mezclarse con las estudiantes tan pronto, pero Antonio Morand organizaba un recital con sus alumnos del taller de escritura, invitó a Chus —acaso la camaradería tras la muerte de Basilio—, Chus consideró que debía aceptar —no la pena, descartó—, Bravo le llamó para quedar esa noche, Chus le impuso a cambio el peaje de aquel rato. Qué espanto, Chus para sí observando a cuatro o cinco chicos y chicas en torno a una mesa abarrotada de ceniceros, tazas y teteras, vasos de caña, folios en los que una gotita diluía la tinta con la que habían señalado dónde elevar la intensidad o romper con la pausa. Cada jueves, La Tetería bloqueaba para los recitales un par de horas antes de la oferta de dos cervezas por el precio de una. Servían tartas caseras, exponían pintura aficionada y acogían noches de canción de autor; cerraron al otoño siguiente. Qué espanto, no ocultó Bravo su disgusto ante el poema sobre el desamor, el cuento que transcurría allí mismo, los jóvenes escritores del taller de Antonio Morand repasando sus textos antes de declamarlos, los chicos con granos y las chicas feas que leían o escuchaban, Morand evitó a Bravo con el desprecio de siempre —si coincidían en actos oficiales, en un café con Josemari— y advirtió a Chus: ojo al del pelo rizado y el

pendiente, que tiene hambre de literatura; pobre chico, añado, que alguien le prepare un guiso con extra de talento.

Para qué quedas con Bravo, le reprochaba Lucía; si ni siquiera te lo pasas bien con él, vuelves a casa enfadadísimo. De Bravo molestaba a Chus que exhibiese su ignorancia: que escogiese como anécdota para presentarse a los demás la noche en la que destrozó la cámara de vídeo que su madre le había regalado, cuando aspiraba a dirigir cine, por la seguridad de que le compraría otra igual al día siguiente; en la fiesta previa al inicio del rodaje, un decir, cervezas y cervezas en un bar no lejos de allí, los cuatro o cinco compañeros del taller de la Casa de la Juventud observando la cámara en el suelo, Bravo saltando entre carcajadas sobre los añicos, nadie se presentó a la cita de la mañana y su padre prohibió a su madre que gastase más dinero. Bravo se regodeaba en sus fracasos, en todos los proyectos que empezó y abandonó a la mitad, por aburrimiento o lucidez. Bravo le caía mal, sí; a Chus no le correspondía acodarse en la barra junto a él, sino ocupar un sitio cerca del escenario, en la mesita de Morand. Y sin embargo Chus respondía al teléfono cuando Bravo le llamaba, aceptaba la invitación a una caña si coincidían o se cruzaban por la calle. La chaqueta doblada con descuido sobre un taburete, el brazo izquierdo en la barra, el codo de la camisa manchándose con las migas de un poco de pan que les sirvieron con queso, y Bravo en el fondo el mismo chaval de quince o dieciséis, enfrentándose a un profesor porque consideraba que la razón recaía en él y no en el otro, anunciando que se comería el mundo mientras buscaba a algún cómplice para saltarse la próxima clase e irse a la plaza a fumar porros. Hoy Bravo —cuarenta en otoño— trabajaba como asesor de un concejal. Me gusta estar en la sombra, y justificaba así que nunca diera un paso, aunque quizá se tratase de que no valía para más. Salía de donde casi todos: un piso de muchas

habitaciones en el centro o una casa en alguna urbanización, un colegio en el que el árbol genealógico significaba una tarjeta de visita. Allí se conocieron Chus y él, en las orlas y en las fiestas. Una tarde, con las décadas, en la inauguración de una colectiva de pintores locales, compartiendo el aburrimiento con su jefe, Chus tocó su hombro. Retomaron el contacto.

El chico de una sola ceja finiquitó el cuento con desgana: les había costado el principio porque forzaba las sinalefas, al trabarse retrocedía al párrafo anterior y ensuciaba la trama, nadie comprendía qué impedía a su protagonista beber aquella copa de vino o interactuar con la chica bellísima, hubo un momento en el que él mismo desconectó y se limitó a enhebrar las palabras hasta el punto final. Estefanía se fijó en sus compañeras del seminario, y cuando el chico musitó gracias —gracias— aplaudió igual que ellas: le habían propuesto unirse al plan, una amiga recitaría unos poemas en La Tetería, le tocaba de las últimas por orden alfabético, acabaría no más tarde de las nueve. Estefanía calculó: de la facultad al bar, un refresco, del bar al autobús. No se comportaría como en la salida anterior, con Carlota y las otras de clase: obedecería al sentido común, no gastaría más de la cuenta, en cierto momento se despediría, así probaría algo nuevo y se acercaría a ellas, seguro que le enseñaban algo. Sandri y Cristina y Mamen, alumnas de tercero, enamoradas de Concepción Ramírez Rejano —vas a flipaarrrrrrr con sus clases—, no soportaban el poema de Byron ni entendían la fascinación de Guzmán Espinosa por aquella historia —es machista, según Sandri; y racista, según Cristina; y la violencia no se puede excusar ni idealizar, según Mamen—, pero cada tarde de jueves aprovechaban las horas entre la última clase y la salida nocturna para asegurarse algunas décimas más en la nota de junio. Yo no me voy a callar, proclamó Cristina mientras el chico abandonaba el

escenario, una tarima de dos palmos sobre la que habían dispuesto una banqueta, una mesa alta para los papeles y las bebidas, un pie de micro con el micro; pobre chaval, que tan malo no ha sido, la detuvo Sandri, y Cristina la calmó: no, no, me refiero al seminario, como el próximo mes se ponga con la misma mierda de siempre, algo voy a decir, si es que se está yendo ya la mitad de la gente. Estefanía salió de sí, se movió de la mesa al exterior, se asomó desde el callejón a través del ventanal: las cuatro en la mesita cerca de los aseos, escuchando poemas y cuentos, juzgándolos, charlando sobre literatura; sentía paz ante la imagen de ella misma rodeada de Sandri y Cristina y Mamen, en la punta de los dedos aquello en lo que quisiera convertirse. Subió la amiga de sus compañeras, me llamo Teresita du Rêve, si es que es una payasa, Teresa García Rodríguez, refunfuñó Mamen, cinco minutos de onomatopeyas para expresar su ira contra su exnovio, es más bajito que ella y le ha puesto los cuernos con una de su pueblo, informó Cristina, y concluyó: mejor esto a que se drogue. *Merci beaucoup*, se despidió Teresita, y sus amigas la jalearon, el resto de los asistentes golpeó una palma de la mano con la otra palma de la mano, la sucedió una chica con un vestido de encaje negro y la melena larguísima, cuyo primer poema se titulaba «Mi coño».

Esto se anima, reaccionó Bravo, y Chus le contuvo: acaba esta, despide Morand, me acerco a felicitarle y nos vamos a otro sitio, ¿te parece? Cenamos algo, pidió Chus, y empezamos la ruta. Bravo aceptó. Estás contento hoy, entre el asenso y el reproche, y procurando que su historia no se colara entre la de los alumnos de Morand le explicó que sí, que en dos semanas se iba a Madrid a aquella mesa a la que le habían invitado, que ya había acabado de preparar su intervención, y que había logrado cerrar algunas reuniones, algunos cafés; viajaría el jueves a media mañana,

dormiría allí, regresaría en el último tren del viernes, había reactivado la correspondencia con varios escritores a quienes había conocido tiempo atrás, Benjamín le llamaba cada dos o tres días. Bravo no se enteraba de mucho, pero se fijó en la gótica del escenario, en la chica de los ruiditos que abrazaba al amigo gordo de Morand, en el chaval anterior que no vocalizaba, en todos aquellos años no le había transmitido Chus tanta felicidad. ¿Y lo de Basilio, cómo lo llevas? Bravo se refería a la tristeza, a la ausencia, pero Chus no lo tradujo al sentimiento: el sobrino con el que mantenía contacto le había explicado que no dejó más herencia que sus libros y papeles, alguna obra de arte sin valor económico, y le había pedido que cribase; quizá les interesara una donación simbólica a la biblioteca municipal, para que establecieran un fondo con su nombre, o que el librero se encargara de colocar aquello de lo que se sacara algo, y los textos, que Chus decidiera por los textos, si algo merecía la pena y la diputación pagaría por un libro o dos, o si no añadirlo al fondo con su nombre, disponía de unos meses para inventariarlo todo, en verano aprovecharían para vaciar y reformar y en otoño decidirían si venderlo. Para entonces, Bravo ya se arrepentía de no haber esperado a Chus en otro sitio, o de haber escuchado a Josemari, que le necesitaba de chófer a partir del día siguiente, para la campaña, ya desde la pegada de carteles; Chus insistía en Madrid, Henry James, la mesa, las citas, la última oportunidad, la poeta gritaba MI COÑO SANGRA DE AMOR PROPIO, el público rompía en aplausos, Morand agradecía a todos el respeto y el compromiso con la literatura, los invitaba a encontrarse de nuevo el mes siguiente, solo poesía, prometió.

Hay un tío mirando aquí, Sandri en voz baja, uno de los dos puretas de la barra. Ella quedaba justo enfrente, Cristina se movió, Mamen daba la espalda, Estefanía fingió que se acercaba a ella para

susurrarle algo, y entonces les reconoció: el tipo con el que se había besado Carlota, y su amigo, el borracho de la plaza de la facultad, el de la fiesta de bailes latinos del hotel. No le extrañó: recordaba que, mientras el del traje ligaba con su compañera, el otro le había contado que escribía. La ajenidad la practicaba ella, que debería haber regresado a casa con el final del seminario, ayudar a su madre con la cena, entre el autobús y la cocina repasar alguna asignatura. Se arrepentía cuando Teresita du Rêve se sentó en el regazo de Mamen, se presentó a Estefanía —Teresita du Rêve, ofreció su mano para que la estrechara; ella se limitó a asentir—, apuró la cerveza de una de sus amigas y tomó un puñado de las gominolas que les habían servido con las consumiciones. Estefanía aprovechó que el grupo necesitaba un asiento, y las compañeras del seminario no la animaron a que se quedara; nos vemos por la facultad, y la dejaron que se marchase. Un último esfuerzo: acercarse a la barra, pagar el refresco, lograr que los viejos no la reconocieran. El borracho de la plaza monologaba, y Peter Pan se disponía a volar lejos; el baño, como mínimo. Estefanía llamó a la camarera desde el extremo contrario de la barra. Perdona, te debo una cocacola, y sobre la madera la cantidad exacta, contó las monedas y la tachó de su lista, Estefanía se giró para dar la espalda a Chus y Bravo, salir cuanto antes del local. Apenas se había maquillado, pensó Chus cuando entró en La Tetería en la tercera o cuarta lectura, la espalda contra el expositor de pasteles, y la reconoció sentada con las otras: no tanto como la noche del Debaser, y distinta a la tarde del hotel. Se le ocurrió un relato sobre ella: una muchacha que encierra a varias en sí, la estudiante universitaria, la chica de barrio que se emborracha con alcohol barato, una espía que huye de sus enemigos. Conforme lo pensaba, Chus ya se aburrió.

Hola, me saludó Estefanía al identificarme, yo de espaldas, ella aligerando el paso para situarse en paralelo a mí: ella hacia la parada del autobús, yo regresando a casa, me había entretenido distinguiendo qué pensaba uno y qué pensaba otro. Ha estado curioso lo de hoy, continuó al responderle yo, y asentí: es una oportunidad histórica, don Jesús ha consagrado su vida a este poema, el seminario es un regalo que nos brinda. Te llamas Rafael, ¿no?, insistió ella, y me desconcertó escuchar mi nombre de su voz, así, sin más tono que el de la voluntad de identificarme, nada de compasión ni lástima, sin el diminutivo. Sí. Tú te llamas Estefanía. Se quejó de que no terminaba de comprenderlo —*The Giaour*, escogí yo; ella, *El infiel*—, de identificar las voces, y que el catedrático le había sugerido que preparase una intervención sobre la identidad del vampiro, y que no sabía por dónde empezar. Yo iba a hacer la tesis sobre los vampiros, pero luego no pude, no sé por qué se lo conté; callé, tampoco se trataba de decirlo todo. Se giró hacia mí, y sonrió con pureza: pues un día que tengas un rato te busco por la facultad, y me das algún consejo. A lo lejos el autobús de la línea 5 se detenía en la parada —nos quedaba un paso de peatones, un trecho de árboles—, recogía a un par de estudiantes, se marchaba sin Estefanía; ninguno de los dos amagó la carrera, ella me consoló: con la hora que es, me quedan dos más. Si no te importa, le ofrecí, me siento contigo para que no esperes sola, y te cuento de los vampiros. ¿Ibas a hacer la tesis entonces? ¿Con quién? Es una larga

historia, desvié su atención; Sánchez Rueda, primero, y luego don Jesús me atrajo hacia él. No lees todavía bien en inglés, ¿no? Negó; yo lo sabía. Mira, de vampiros: el poema de Byron ya lo tienes. El cuento de Polidori, que Fernández Cortés ya lo habrá tocado en clase. A él le puedes preguntar, es una buena persona. Hay una novela corta que me encanta, *Carmilla*, de Sheridan Le Fanu. Es una vampiresa... Todo el ambiente crepuscular, la certeza de que algo termina, pero desconoces qué termina o cómo: a mí me gusta mucho. La traducción de Emilio Olcina Aya, que está en la biblioteca de la facultad. Todos los comentarios en los márgenes son míos, de cuando yo tenía pocos años más que tú ahora. Cuál es tu libro favorito de vampiros, me interrumpió ella. *Drácula*, de Bram Stoker, sin dudarlo: me extendí con pasión, nada que ver con la película, tienes que fijarte en los claroscuros de los personajes, en la fuerza de Mina, en su capacidad de resistencia, y en la estructura, cómo recurre a cartas y diarios, a grabaciones, a voces en las que quizá no debas confiar, y sin embargo te entregas a su hechizo, leer supone confiar. Llevas siempre esta carpeta, y la señaló Estefanía; te veo siempre con ella en la facultad, tu carpeta misteriosa. ¿Qué guardas en ella? La ignoré, me entretuve con mi discurso sobre *Drácula*, la fábula sobre el poder, al fin y al cabo el vampiro y su sed de sangre y su inmortalidad actúan como metáfora del deseo y la jerarquía y la ambición y la dominación, aunque mi cháchara no frenaba el pensamiento: la memoria doliéndome, lo que me sucedió, todo lo que me condujo a la situación en la que deambulo, la ternura que me despertaba lo que conocía sobre ella y que ella ignoraba, su pasado y su presente, el futuro con el que soñaba y el que la aguardaba y del que aún podría escapar. La escuché: mira, el 5, ahí ya en la parada de arriba. Y ofrecí: te la dejo, la carpeta, para que leas lo que hay, pero mañana devuélvemela sin falta, estaré

temprano en el banco de la escalera frente al departamento. Se la entregué sin temer su juicio; Estefanía se despidió de mí desde el interior del autobús, sentada en la última fila, junto a la ventana, movió su mano, y luego retiró las gomas, la abrió, de vuelta a casa empezó a saber lo que guardé durante tanto. Pensé que serviría.

LA CARPETA DEL NARRADOR

TODAVÍA FEBRERO DE 2004
TAMBIÉN OTOÑO DE 1988

INFORME DE URGENCIAS PSIQUIÁTRICAS

Hospital Provincial - Servicio de Psiquiatría
Fecha: 17/10/1988
Paciente: Rafael Navajas Valenzuela
Edad: 23 años

1. MOTIVO DE CONSULTA

El paciente ingresa en urgencias traído por agentes del Cuerpo Nacional de Policía y acompañado de su madre. Los agentes señalan intento de suicidio, y según testimonio de la madre en las últimas dos semanas comportamiento no habitual y desorganizado, así como discurso delirante y alucinaciones auditivas, con empeoramiento en las últimas setenta y dos horas.

2. ANTECEDENTES

- Psiquiátricos: sin diagnóstico ni ingresos previos. Sin tratamiento farmacológico ni seguimiento. La madre refiere

aislamiento social progresivo desde el mes de septiembre (ver anexo).
- Médicos: sin alergias medicamentosas conocidas ni medicación crónicas.
- Consumo de tóxicos: la madre niega consumo de alcohol, cannabis, cocaína u otros estimulantes.

3. ENFERMEDAD ACTUAL

La madre refiere que el paciente lleva aproximadamente dos semanas sin dormir ni apenas comer, aislado en su habitación, hablando con un interlocutor imaginario al que se refiere como don Jesús. Hoy ha dispuesto los muebles de su dormitorio de manera que impedía el acceso, alegando que esperaba una visita para zanjarlo todo, y necesitaba concentrarse. Una vecina del inmueble de enfrente ha avisado a la familia de que se hallaba desnudo, con medio cuerpo ya fuera del balcón, a punto de caer al vacío. Presenta discurso desorganizado.

4. EXPLORACIÓN PSICOPATOLÓGICA

- Aspecto: desaliño, mirada suspicaz.
- Actitud: agitación psicomotriz, hostilidad y desconfianza en la entrevista.
- Conciencia: alerta, orientado en persona, desorientado en espacio y tiempo.
- Atención y memoria: disminuidas.
- Psicomotricidad: agitación, inquietud motora.

- Lenguaje y discurso: taquipsiquia (pensamiento rápido), discurso desorganizado, incoherencia.
- Pensamiento (contenido y forma): delirio persecutorio y de perjuicio estructurado, ideas autorreferenciales, en fuga.
- Sensopercepción: alucinaciones auditivas complejas, voces tanto imperativas como de comentario.
- Afecto: ansioso, disfórico.
- Juicio de realidad: nulo.
- Conciencia de enfermedad: nula.

5. PRUEBAS COMPLEMENTARIAS

- Analítica de sangre y orina: parámetros dentro de la normalidad.
- Tóxicos en orina: negativo.
- ECG: ritmo sinusal, sin alteraciones agudas.

6. JUICIO CLÍNICO (DIAGNÓSTICO)

Brote psicótico agudo en paciente con posible esquizofrenia paranoide (F20.0). Derivo a observación y seguimiento para diagnóstico definitivo.

7. PLAN TERAPÉUTICO Y DESTINO

Dada la peligrosidad para sí mismo aunque no para terceros, la falta de conciencia de enfermedad y la necesidad de estabilización, se procede a:

- Ingreso involuntario en la Unidad de Hospitalización de Psiquiatría.
- Tratamiento farmacológico: haloperidol 5 mg IM (intramuscular) + lorazepam 2 mg IM ante agitación. Reinicio de antipsicótico atípico (risperidona 2 mg oral o acción prolongada ante mala adherencia). Contención mecánica si fuera necesario por agitación extrema.
- Seguimiento: reevaluación por psiquiatra de planta cada 24 h.

Dr. Casado Morand, Antonio
Servicio de Psiquiatría

ANEXO AL INFORME PSIQUIÁTRICO

Transcribo la grabación efectuada a doña Antonia Valenzuela Bueno, con autorización de dicha señora, como anexo para el informe psiquiátrico de su hijo Rafael Navajas Valenzuela, para que la información conste en el mismo de cara a futuras consultas por otros miembros del Servicio de Psiquiatría. Acude a mi consulta la mencionada señora Antonia Valenzuela Bueno, de cuarenta y nueve años de edad, madre del mencionado Rafael Navajas Valenzuela, de veintitrés, para quien he indicado la Unidad de Hospitalización de Psiquiatría. Rafael es el segundo de cuatro hermanos, todos varones. El padre se halla trabajando fuera de la ciudad. No existen en la familia paterna ni materna antecedentes de trastornos de ese tipo, al menos que ella conozca; tras el parto de su último hijo, la señora Antonia describe su situación como «melancólica», sin calificarla de depresión. No recibió tratamiento.

Sobre su hijo Rafael señala que ha sido siempre un muchacho sensible y solitario. Que desde el colegio se refugió en los libros, y que decidió estudiar Filología Inglesa por su facilidad para el idioma. En los primeros cursos de la facultad se acercó a un profesor (¿llamado Luis Sánchez Cuesta?), pero en el último curso empezó a mencionar con insistencia su relación con otro (Jesús Guzmán Espinosa), con el que finalmente decidió hacer su tesis. La señora Antonia señala que este profesor exigía de su hijo una disponibilidad

inusual para la relación entre un catedrático y un estudiante de licenciatura, que la señora Antonia insiste en asimilar con la de un amo y su siervo. Que su hijo ya en quinto curso de carrera trabajaba casi como asistente de este catedrático, pasando a diario horas en su despacho y llegando a realizar tareas organizativas de su archivo personal, acudiendo a su casa. Que durante los cursos de doctorado se amplió a labores de investigación para las actividades propias del profesor, algo que le ha confirmado la responsable de la biblioteca a preguntas suyas en los últimos días. Que esta dedicación, añadida a la lógica de un estudiante como su hijo, causó un daño grave en su ánimo.

Que la situación se torció cuando en septiembre se le comunicó que el departamento no apoyaría su solicitud de beca doctoral, puesto que ya habían seleccionado a los candidatos para las tres becas disponibles. Que su hijo Rafael explicó a este profesor que su familia no podía permitirse mantenerle para que hiciese la tesis sin apoyo económico, y que tendría que simultanearla con un trabajo o dejarla. Que el profesor no se esforzó por buscar una alternativa. Que Rafael explicó todo esto a la señora Antonia, y que ella le animó a hablar con el profesor o buscar a Sánchez Cuesta para pedirle ayuda, pero que desde entonces el profesor le evitaba tanto en la facultad como si Rafael le buscaba en su propio domicilio, y Sánchez Cuesta se negó. Que Rafael dejó de ir a la facultad, se encerró en casa y mantenía hábitos higiénicos por insistencia de su madre, pero se negaba a comer y apenas a beber. Que escuchaba a su hijo desde el otro lado de la puerta mantener conversaciones con don Jesús, verosímiles por el tono y el contenido y por el silencio que otorgaba para que el profesor interviniera, pero que en su casa solo hay un teléfono en la sala de estar. Que siente que ha perdido a su hijo,

pero que no ha sucedido ahora, sino en el momento en el que el profesor apareció en su vida.

DIARIO DEL NARRADOR

Varios momentos de 1988

Recuerdo que grité: ME LLAMO RAFAEL NAVAJAS VALENZUELA TENGO VEINTITRÉS AÑOS SOY DOCTORANDO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES EN EL DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA INGLESA ESTOY INICIANDO MI TESIS SOBRE LA REPRESENTACIÓN DEL VAMPIRO DESDE EL ROMANTICISMO A LA ÉPOCA VICTORIANA DIRIGIDA POR EL CATEDRÁTICO DON JESÚS GUZMÁN ESPINOSA. Miento: perdón. No lo recuerdo, sino que lo leí en uno de los informes de mi psiquiatra: gracias a que mi madre los conserva todos, no lejos de mi vista sino a mi alcance, por el alcance suyo, he reconstruido parte de mi historia en los meses previos a mi caída.

Aquello lo grité a los bomberos y a los policías que colocaron una escalera en la fachada del bloque, para trepar hasta el balcón e intentar rescatarme. Había atrancado la puerta de mi dormitorio, para detener así las intromisiones de mi madre en los últimos días: entraba sin avisar, sin llamar a la puerta, y me desconcentraba, me expulsaba de ese estado en el que sé que accedo a la conversación con don Jesús. Luego abrí la ventana, pues tenía por segura la visita del catedrático, y me senté a esperar; las horas transcurrían, y yo

solo ganaba en soledad, así que me asomé al balcón para distinguirle. Sentí más cerca que nunca las copas de los árboles. La vecina de enfrente se asustó, ANTONIA, ANTONIA, QUE SE TIRA, QUE SE TE TIRA EL NIÑO, y no sé cuánto transcurrió hasta que me alertaron las alarmas, aquellos hombres a mi alrededor, ESPERA, ESPERA, TRANQUILO, mi madre llorando abrazada a mi hermano el pequeño. Aseguran que intenté suicidarme, que bloqueé el acceso a la habitación para que ni mi madre ni mis hermanos lo impidieran, que deliraba en mi conversación con don Jesús. Pero cuento la verdad, toda, aunque duela cuando no coincide con aquello que entendemos posible, aunque exceda los límites a los que restringimos nuestro mundo.

Debería haber comenzado por el giaour, el vampiro que se enamora de Leila y para vengar su asesinato mata él mismo a Hassan, el criminal, y con las manos ensangrentadas y el corazón roto se refugia entre frailes que no le exigen un relato, porque saben que llegará: el poema de Byron que tanto obsesionaba a mi maestro. Habría seguido con «El vampiro», el relato de Polidori: su protagonista como alguien que se calma no con sangre sino con poder, que disfruta del proceso de la seducción y abandona a quien seduce cuando lo consigue, además del trasfondo biográfico, o autobiográfico, si el catedrático me lo hubiera permitido. Continuaría con *Carmilla*, por supuesto; Sheridan Le Fanu, y la vampiresa como elemento de redención, ese juego de apariencias, la invención dentro de la invención dentro de la invención. Si Guzmán Espinosa me lo hubiera permitido, el último aliento: «El parásito», de Arthur Conan Doyle, con sus equilibrios entre lo racional y lo sobrenatural, quizá justo lo que exacerba al catedrático: pensar más de la cuenta.

De todos los personajes sobre los que debería haber profundizado en los siguientes cursos, para mi investigación, y de los que ya conocía por mis lecturas previas, mi favorito: Renfield. En *Drácula*, por supuesto. Bram Stoker dibujó sus personajes para que te fascinasen el conde, su historia, su egoísmo, su vulnerabilidad, o la valentía de Mina, o la abnegación de Jonathan; la inteligencia y la heroicidad, según, de los médicos y los pretendientes, del grupo de los cazadores de vampiros. Pero quién simpatiza con Renfield, el servidor del conde, el delirante que se alimenta de insectos para sobrevivir, aquel que desde las sombras teje la red para atrapar a los más débiles; quién simpatiza con aquel que engaña a Jonathan, tan ingenuo, y lo condena a morir: solo aquel convencido de que las gestas importantes merecen sacrificios a su altura.

¿Cómo me traicionó Guzmán Espinosa? Se labró antes, por supuesto: quizá cuando todavía charlábamos sobre aquello en lo que me centraría en los meses siguientes, en los años siguientes; quizá lo supiera ya, y no me lo hubiera revelado. Pero el catedrático aprovechó una mañana en su despacho, mientras yo organizaba sus apuntes del seminario anterior y los contrastaba con los míos, e identificaba sobre qué temas desarrollaría propuestas de artículos para presentarlas en su nombre a alguna revista académica. Rafael, me explicó don Jesús: salen ahora la beca del ministerio, y la regional, y la propia, pero no tengo buenas noticias. Para la del ministerio apoyaremos a Tapia Navarro. La regional se la han adjudicado los de Lingüística, no sé para quién. Y a la propia va mi hijo. Lo siento mucho. No todos los cursos recibimos a tantos doctorandos de valía. Has tenido mala suerte. Aquella mañana escuché por última vez su voz dirigida a mí, un hombre que habla a

otro hombre, no frente a frente sino yo de espaldas, salvo en el resto de momentos en los que en mi mente irrumpían sus órdenes o sus deseos; desde entonces, en público, don Jesús no rechazó mi presencia, pero sí evitó hablarme, quizá porque no lo necesitara para comunicarse conmigo. Después de aquel anuncio, has tenido mala suerte, yo me centré en distinguir la caligrafía de don Jesús, qué opinaba sobre los poemas conversacionales de Coleridge, existen los interlocutores o se trata de monólogos forzados a la coincidencia, qué interpretaba yo, en qué publicación encajarían; don Jesús se disculpó, salió del despacho, no regresó más. Tampoco al día siguiente, ni al siguiente; Petra, la administrativa, me recomendó quedarme con mi madre, me aconsejó que descansara, y cuando acudí a la casa de Guzmán Espinosa doña Isabel me explicó que don Jesús no se encontraba bien, que no me atendería. Él te llamará, aseguró, y yo esperé.

Lo recuerdo porque algunas escenas regresan cuando no identifico ninguna voz, y les dejo espacio; también por mi madre y mis hermanos, cuyas respuestas me permiten construir mi memoria. Tras el encuentro con doña Isabel volví a casa, me encerré; cuando mi hermano el mayor salió para casarse, me quedé solo en la habitación que compartíamos. Con los días logré contar a mi madre lo que había sucedido. Me prometió que se esforzarían para ayudarme, quizá como consuelo, pero yo sabía que no se lo podían permitir. Tampoco se trataba de la propia beca, del importe y de las condiciones, sino que no tenerla me apartaba del sistema, me excluía de la rueda de méritos que luego me permitiría acceder a otros méritos, y a otros, y a otros, me lo dificultaría todo más. Al principio me tumbé en la cama, me limité a tumbarme en la cama,

jornada tras jornada tras jornada. Luego recuperé algunos libros. Avancé por las páginas de *Drácula*, hasta refugiarme en aquella escena en la que Renfield devora pájaros, sufre el juicio del doctor Seward, descubre otro lenguaje: como siervo de Drácula posee acceso a su mente, conversa con él sin necesidad de pronunciar una palabra, aunque los separen la tierra y el mar. Su maestro le ha brindado el poder de la omnisciencia. Cerré los ojos, y me forcé a escuchar: no conseguí nada. Cerré los ojos, y me forcé a escuchar: no conseguí nada. Cerré los ojos, y me forcé a escuchar: no conseguí nada. Cerré los ojos, y me forcé a escuchar: estoy aquí, la voz de don Jesús.

No guardo rencor al catedrático: entiendo su decisión como una prueba de fidelidad. Aunque prefiriese a otro que no le hubiese mostrado mi capacidad para la devoción, a otro menos culto y menos inteligente, reacio a las renuncias, don Jesús me tendía la mano. Escuché: ¿seguirás aquí, conmigo? Contesté: yo seguiré ahí, su alumno fiel.

Antes del día del balcón, y desde que me dieron el alta en el hospital, mi madre prepara una bandeja con comida que me trae a la habitación: siempre un cuenco de sopa o puré a la mitad, pan de miga densa, carne o pescado o verduras que corta con tijeras a bocados minúsculos, una pieza de fruta que también prepara. Evita los cuchillos.

La noche del balcón yo escuché la voz de don Jesús. Yo le había preguntado: qué debo hacer, qué será lo próximo, qué espera usted de mí. Él: iré.

Me aburrí en el hospital: otros acusados de intento de suicidio, un hombre que había agredido a su madre, otro que había agredido a su sobrina, locos atados a la cama, locos anulados por la medicación; yo mismo, horas y horas frente al ventanal protegido por una reja, al otro lado el secarral, la carretera, el secarral, el cielo, sin más fuerzas que desplomarme en la silla hasta la siguiente revisión o la siguiente entrevista con el psiquiatra o la siguiente toma de pastillas. Me prohibieron la lectura —ni libros ni revistas— para que no me cortase con el papel. Para entretenerme, cerraba los ojos y escuchaba a don Jesús; también a su hijo y a su nuera, a doña Isabel, a Raquel, a Petra, a algunos conocidos de los seminarios, desde gestos cotidianos —listas de la compra, peleas con maridos y mujeres— hasta cuestiones que me interpelaban: la tristeza de Petra por lo que había sucedido, los remordimientos de Raquel.

Dame tu mano, Señor, rogaba, extendiendo la mía hacia la suya, que ya amanece, y con el día se aviva en mí la angustia de lo que no lograré ser.

Cuando me recupere me gustaría escribir una historia sobre Renfield. O sobre alguien como Renfield: alguien que ha conocido la dulzura de la mansedumbre, que se ha abandonado a la devoción y ha cumplido los designios del otro no ya como parte del trato,

porque quizá no reciba nada a cambio, sino como parte de su propia identidad. Una historia en la que Renfield sobrevive a la ira de Drácula, al desprecio de los cazadores, y no agoniza en soledad tras cumplir el papel que Stoker le otorgó —el vehículo, la excusa—, sino que desarrolla una historia por sí mismo. Subestimamos a quienes consideramos locos, los escondemos para que no nos manchen. ¿No se trata de la víctima más indefensa, más trágica, y por tanto del mayor héroe?

7

MARZO DE 2004

En la carpeta guardaba los siguientes documentos: varias páginas del diario que escribí en 1988, cuando sufrí mi crisis; una fotocopia del primer informe psiquiátrico, que mi madre conserva, y el anexo que describe su versión acerca de lo que me ocurrió. Solía transportar en ella, también, los apuntes que tomaba en la biblioteca y en el seminario, y mis ideas en las horas de espera en la facultad. A Estefanía los manuscritos le costó entenderlos, supongo que por lo abigarrado de la letra. No me arrepentí de habérselos entregado. Desde entonces se sentaba junto a mí, me contaba lo que sentía, dejaba que la correspondiera. Me vio.

Lo escuché dentro y fuera de mi cabeza, Fernández Cortés la llamaba, Estefanía, y ella continuaba hacia la biblioteca, yo en el banco: el profesor bajaba las escaleras, la alumna las dejaba casi atrás, él necesitó comentar algo —quizá la oportunidad, tan solo—, ella ni le ignoró ni se detuvo, él insistió, su nombre, entonces Estefanía se giró, ay profesor perdón.

—Estefanía. —Se le acercó Fernández Cortés—. Muy buen trabajo del cuento de Poe. Ya viste la nota, pero felicidades: muy acertado el punto de vista, y la iniciativa de ampliar con tanta bibliografía... Marca la diferencia. ¿Cómo lo llevas?

—Ahí voy. Con mucho sacrificio... Todo lo de lengua se me ha puesto cuesta arriba.

—Lingüística General, ¿no?

—La peor. Y Lengua Inglesa I. El resto no demasiado bien.

—La mía no debería preocuparte. ¿Ibas a la biblioteca? —Sí—. Te acompaño. Voy al depósito, a cotejar unos artículos. —Y yo, murmuró ella—. Si presentas los trabajos, haces un examen digno... Me niego a que ya en primero arrastréis una de literatura.

De Fernández Cortés resaltaban su capacidad de esforzarse y su disposición para colaborar cuando se le necesitaba —servilismo, había criticado Ramírez Rejano—, también la amplitud de sus saberes: si a nadie le apetecía Introducción a las Literaturas en Inglés, por la torpeza de los estudiantes y la complejidad de resumir siglos y países en ocho meses, él la aceptaba; si alguien tomaba una

baja de semanas, si se ausentaba por un congreso, se ofrecía a cubrirle antes que cualquier becario. En la universidad había aprendido una lengua, sus rudimentos, periodos y nombres y títulos y sinopsis con las que improvisar una clase si alguien le telefoneaba a las ocho menos algo porque la fiebre no le bajaba, y faltaría a su clase; pero la mayor enseñanza desde los dieciocho años había consistido en su habilidad para camuflarse, que nadie supiera sobre él más de lo necesario. En aquel pasillo donde charlaba con Estefanía, observándoles yo —ella me había saludado, en su mente hola Rafalito, al enfilar el corredor—, la piel se igualaba con el color de la piedra, igual la tela del polo; en el aula emblanquecía como la pared, y la esclerótica se le transformaba en la polipiel que forraba las actas de jornadas. Le convenía esforzarse por no llamar la atención, porque ya se distinguía por sí mismo: por lo que conocían y por lo que no conocían, por la dirección familiar de la ficha de alumno, por sus apellidos, por sus rasgos. En la escuela había sufrido las burlas por escaquearse del fútbol en el recreo; en el instituto añadió su traslado a otra zona del barrio: nadie en el ministerio había previsto que un alumno de su colegio se matriculara en BUP, así que nadie había proyectado un instituto. La situación la había leído Fernández Cortés en algunos reportajes sobre ejemplos de superación: si quieres, puedes, proclamaban, pero en muchas ocasiones no podías aunque lo deseases. Su experiencia no difería de muchas de las que reseñaban, inteligente y trabajador, con notas excelentes —y más teniendo en cuenta, puntualizaba siempre su tutor, que todo juega en contra—, que merecía una oportunidad. Su padre se negó, porque ya tocaba llevar dinero a casa. El tutor insistió, se desplazó a los bloques con el director del colegio, habló con su padre en el salón de su casa: los hombres frente al hombre, rodeados por la madre, las hermanas y algún cuñado, los hermanos

y alguna cuñada, un sobrino llorando por hambre o desconcierto. Si la cuestión es que el chaval trabaje, asumió el director, ¿tú trabajarías? Jose Antonio lo aceptó, y trabajó los fines de semana, de viernes por la tarde a domingo por la noche, acompañando a su padre o a sus tíos, y en todas las vacaciones dobló turnos, y mantuvo la promesa durante la carrera, al salir de clase, los fines de semana, entregando todo el sueldo como castigo por su desobediencia. De algún periódico local le llamaron por alguna conmemoración, Día Internacional de Lo Que Fuera: lo rechazaba por no señalarse, por no sentirse modelo o excepción, sino anomalía.

El profesor se dejó caer sobre la puerta de la biblioteca, su peso venciendo al otro peso; la abrió, la sostuvo para Estefanía, saludó a Puri —me debes dos libros y te voy a multar, bandido, le reprendió al otro lado del cristal—, bajaron al depósito. Algunos compañeros elogiaban la arquitectura del edificio, sus detalles: el sonido de la lluvia, la proyección de la luz en el patio a determinada hora de determinada época del año. Él habría preferido no marcharse del campus de ciencias, donde habilitaron varias plantas para las Humanidades en su época de doctorando, mientras reformaban este: él lo padecía, antiguo, incómodo, recordaba la época en la que un esguince obligó a Trinidad Sánchez Rueda a instalarse en la cafetería, porque nadie arreglaba el ascensor. Para Fernández Cortés la practicidad ganaba a la idealización. Sin embargo, en el depósito de Filología, en las mesas amplias que compartían profesores y alumnos, él hallaba una magia esencial, casi doméstica.

—Vives al otro lado del río —Fernández Cortés, en voz baja—. Donde la iglesia. —Dijo que sí, Estefanía—. Yo soy de los bloques. No sé por qué hablo así —Fernández Cortés, el tono alto— si estamos solos.

Yo sí, Jose. No se trata de eso.

—Creo que estudié en tu colegio —continuó el profesor—, pero mucho antes, claro. Cuando era solo de niños y lo llevaban los curas, aunque teníamos profesores seglares.

—¿Cuando se llamaba Santo Tomás de Aquino? Ahí estudió mi padre. Pero lo sacaron antes del graduado. —Sí, entonces, le contestó él—. ¿Y el instituto dónde lo hiciste? Porque el mío es nuevo.

—Al otro lado. Fui al de las casitas del obispo, con su iglesia y su plaza. ¿Sabes esa broma? Que el arquitecto que proyectó el barrio extendió un folio sobre una mesa, y dibujó el trazado en un extremo, y con la tinta fresca lo dobló, y presionó para que el otro extremo se manchara, y se calcase. El pliegue sería la avenida que alarga el trayecto del puente, y a un lado y otro, a una cara y otra, las calles se dibujan igual, las plazas grandes en el mismo sitio, las dos iglesias. Me hacía gracia pensar que existía alguien como yo en los bloques de esa zona. Un chaval raro para los suyos, ¿no? Tenía mucho tiempo para pensar en estas tonterías: cuarenta minutos de ida, y cuarenta minutos de vuelta. ¿Qué estás buscando?

—Para el seminario —con fastidio—. Rafalito me ha preparado una lista de libros sobre vampiros. —Lo de siempre en Fernández Cortés al cruzarnos, en cuerpo o en palabra: compasión y distancia, prudencia, el riesgo de parecernos más que diferenciarnos—. Como hace meses pregunté lo del vampiro, y don Jesús me mandó que lo ampliase... Voy poco a poco. Tampoco leerlos enteros. Tengo mucha tarea.

Todo lo que conté, el plano secundario, la discreción, lo arrasó Fernández Cortés en un paseo hasta la biblioteca y una bajada al depósito. ¿Por qué exponerse ante una alumna? Había reconocido en la ficha de Estefanía el código postal de sus padres, el suyo hasta

los veintisiete años; le sorprendió encontrarla en el seminario de Guzmán Espinosa —nunca se inscribía nadie de primero—, y le enterneció que desplegase sus subrayadores de colores, que anotase hasta las intervenciones del resto de asistentes. Sintió intriga —no exagero— cuando el catedrático no la ridiculizó por aquellos rotuladores, por su forma de vestir, por las preguntas que mostraban más ganas de exponerse que duda verdadera. Fernández Cortés reconocía en la actitud de don Jesús —aquel interés falso, un muro de contención para el desprecio que sentía— la misma con la que el catedrático había recibido los errores de Raquel, los suyos propios, los de otros caídos en combate: Julia Guerrero Sáez, el núcleo duro del seminario, yo mismo. Su indulgencia la alimentaba nuestra pleitesía: cuanto más cedíamos, cuanto más nos arrastrábamos, más perdonaba nuestra ignorancia. Ante Estefanía, el camaleón mudó a la ingenuidad: el catedrático había identificado algo en ella, algo que él no lograba reconocer, pero que terminaría descubriendo. Estefanía jamás faltaba a clase, se sentaba en la cuarta o quinta fila para dejarse ver, entregaba todos los comentarios dentro de plazo, los presentaba con un mimo conmovedor: márgenes amplios, texto justificado. El contenido denotaba la voluntad de la inteligencia: estiraba una sola idea —sin brillantez, incluso extraída de un prólogo o un artículo— durante varios párrafos. Fernández Cortés la juzgaba no por lo que revelaban aquellos folios, sino por lo que prometían: heredaba —en cierto modo— la apuesta de su maestro por Estefanía.

—No te compliques mucho con lo del vampiro de Byron. Si lo disfrutas, genial. Pero calcula unos cinco minutos de intervención, no más, porque don Jesús lo planifica todo, y se trata de que hable él y el resto escuche. Pero has hecho bien en apuntarte. Es un tipo peculiar. Fíjate: todos estos años estudiando ese poema, y no ha

sido capaz de presentar una traducción, una edición... Supongo que aspira a la excelencia, o que tiene demasiados frentes abiertos. Es alguien complicado para la mayoría, pero a mí me ha enseñado mucho, y me ha ayudado también, a su manera.

Para entonces Estefanía ya había apartado el montón de libros, y se situaba frente a frente con el profesor. Fernández Cortés no calló. Monologaba: Estefanía como espejo.

—Es una putada tener según qué sueños en según qué sitios.

—¿A qué se refiere?

—Sueños, en fin: aspiraciones. Qué cursi. ¿Ambición? Yo no soñaba con esto: la facultad, los libros. Pero sí tenía muy claro que el mundo que yo conocía, el piso lleno de gente, mis hermanos casándose y teniendo hijos, no lo quería para mí. La suerte. Algo se me dio bien. Un tipo en el ministerio se inventó un programa para enseñar inglés en institutos de barrios de mierda, la mitad de mis compañeros ni siquiera hablaban bien el español, y yo me agarré a esas clases como me habría agarrado a matemáticas o a física y química si hubiese acertado con los números o las fórmulas. Es todo azar: puro azar. Ayudan el talento, la constancia, las renuncias, pero si ese funcionario no hubiese elegido mi instituto, yo no estaría aquí. Y si don Jesús no se hubiera fijado en mí, mi padre me habría sacado a hostias de aquí. Cuesta todo un poco más, o yo lo he vivido así: partía con una desventaja que nunca salvaré. Por eso... La suerte. Confía. Procura estar cuando suceda.

No te vayas a echar atrás, se había despedido Ramírez Rejano la semana anterior; no lo desaproveches, Jose. Habían coincidido en las escaleras, subiendo a los cubículos, y ella le había advertido que quería contarle algo, pero fuera. Fernández Cortés sabía de esa clave —fuera, lejos, mejor cuanto más— por el resto: le propondría algo tan delicado que nadie más debería enterarse. Nunca había sentido

demasiada curiosidad por Conchi, Guzmán Espinosa le había contagiado su desprecio, pero le halagaba que alguien —aunque se tratara de ella— contase con él. No vivían lejos el uno de la otra, y escogieron una cafetería a mitad de camino. Conchi pidió un té verde y desplegó casi todo sobre sí misma: su mujer —se casarían en cuanto aprobasen la ley—, su padre —la complejidad de heredar sus odios y sus gratitudes—, su madre —a base de ejercer de secretaria controlaba más que él de literatura romántica; desde luego, más que Jesús, y rio—, su ejército de miniconchis aleccionadas en las cumbres de la literatura estadounidense del siglo xx. Fernández Cortés sorbió su café con leche, un buche, otro, otro, mientras ella peroraba y él mantenía su silencio. Está todo habladísimo, le explicó Conchi, por fin. A mí estos chanchullos no me han gustado nunca, se disculpó antes de equivocarse, pero Sánchez Rueda me contó... Están calentitos en decanato y en el rectorado con la actitud de Jesús. Los Sánchez Rueda me proponen de directora de departamento. Se libera la plaza de Jesús, porque necesitamos cubrir su docencia. Te toca a ti, por supuesto. Esto es algo que tenemos todos claro, por justicia. Yo lo apoyo, y lo apoyan ellos en bloque. Entiendo que Raquel también. La idea es que la plaza que se convoque se adapte a tu currículum, como siempre, para evitarnos sustos. Nos vamos a encargar Rosa y yo. Todo lo que Jose Antonio Fernández Cortés suponía —le tocaba a él—, todo lo que esperaba —sueños, aspiraciones, ambición—, Concepción Ramírez Rejano lo transformaba en verbo, en palabra, un coro —personal docente e investigador, personal de administración y servicios, personal contratado no doctor, personal docente e investigador en formación, docentes contratados por proyecto— reconociendo su valía, su sacrificio, la moneda por el lado de la cara, alfombra roja para elevar a Fernández Cortés al estatus del sueldo

fijo. Ni se te ocurra decir nada a Jesús, pidió Conchi. Ni gratitudes ni deudas, Jose: es imprevisible y no sabemos qué se puede inventar para hacérnoslo todo más difícil. Pero ya nos lo merecíamos, ¿no? Tu plaza... A mí me van a apoyar el doctorado que llevo tiempo intentando sacar, el de literatura angloamericana... Ve pensándote una asignatura. James Baldwin, ¿leíste a James Baldwin? Te pegaría tanto. Y he pedido también el despacho de Guzmán Espinosa, se jactó Conchi mientras vaciaba la tetera en la taza, hasta la última gota.

—Voy a coger los libros que necesitaba, a ver si Puri me hace la vista gorda... Mucho ánimo con los vampiros, y no pierdas más tiempo de la cuenta. ¿Leíste el poema que os di en Navidades? Es uno de mis favoritos. Coméntamelo si te ha gustado. Y ven por el despacho, en fin, el despacho, cuando quieras.

Sí, lo había leído: Estefanía encontró el folio doblado en cuatro, entre los apuntes de la asignatura de Fernández Cortés, al rechazar la visita a sus tíos para ponerse al día con las lecturas. «Musée des Beaux-Arts», de W. H. Auden. No lo comprendió del todo. El principio, las dos primeras estrofas: el dolor, los viejos, los niños, la importancia que otorgamos a lo que ocurre a los demás. Y la tercera estrofa desgajada del resto, un poema con sentido propio sobre un cuadro de Brueghel, *Ícaro*. Un labrador y un pastor en primer plano, absortos en su tarea —su trabajo—, y a un lado barcos navegando, mientras de fondo el hombre que intenta volar se aleja tanto de la tierra y se acerca tanto al sol, tan fuera de su sitio, que las alas se derriten, y el cuerpo cae, e Ícaro muere.

No sonó el despertador porque se adelantó el teléfono: el fijo que Lucía había instalado en el dormitorio, para las urgencias. Nunca avisó nadie; sí, en cambio, Chus intentó dormir hasta tarde y lo espabiló una llamada inoportuna, hasta que Lucía sumó a sus costumbres la de desconectarlo antes de salir. Como aquella mañana Chus debía viajar a Madrid, Lucía quedó en que le avisaría por si fallaba la alarma, o él la apagaba por inercia, para evitar que perdiera el tren.

—¿Estás despierto?

Chus reconoció a su mujer.

—Me acabas de despertar tú. ¿Ya es la hora?

—Pon la tele.

El auricular en el oído, estirando el brazo para agarrar el mando del televisor. Apuntó al frente —persianas bajas, lamparita y plafón apagados—, pulsó el botón de encendido, acertó a la segunda. En la pantalla, el presentador del informativo enumeraba cifras provisionales de heridos y fallecidos, paradas de estaciones, presentaba a un testigo que entraba por teléfono, alternaban el estudio con una infografía de la red de cercanías.

—¿Qué está pasando?

—Un atentado en Atocha. Lo estamos oyendo por la radio.

—¿Qué hago?

—Tiene muy mala pinta esto, Chus.

—¿Me voy a la estación ya?

—No creo que estén saliendo trenes. No creo que vayan a salir trenes...

—Igual llamo a la estación de autobuses. Si lo cojo en un rato llego para después de comer. No creo que a Benjamín le importe.

—Chus, mira la tele... ¿Estás viendo?

Te llamo con lo que decida, explicó Chus a Lucía. Habían preparado una mochila: bastaba con dos mudas, una camisa que guardó en una bolsa de plástico, un neceser casi vacío salvo por el cepillo y la pasta de dientes, las notas impresas para su intervención, una libreta y un bolígrafo, un libro de Antonio Morand —*Unos recién llegados a estos pequeños placeres*— para comentárselo, y afianzar su sintonía. Podría ducharse rápido, que le informaran en la estación, si anulaban los trenes bajar hasta la de autobuses, comprar un billete para el primero hasta Madrid. Mientras decidía, del dormitorio —apagado el televisor— al salón —encendido el televisor—, la primera taza de café, el teléfono:

—Los trenes a Madrid —la voz de su mujer— los han cancelado todos. Billetes de autobús quedan, pero llegarías más tarde de las siete. ¿Has hablado con Benjamín? Espera hasta las nueve y algo, y llámale entonces. ¿No es más razonable quedarte en casa?

Sí, y Chus colgó. Se hundió en el sofá. Había engordado una tonelada en el trayecto del baño a la cocina y al salón, no le dañaría una segunda taza de café; no más que el sabotaje de Lucía. Mientras el presentador recuperaba cifras, nombres, la infografía con los recorridos, contactaba con testigos, Chus desgranaba los meses anteriores: la alegría por la invitación de Benjamín, la frustración del sustituto, el entusiasmo con el que releía a Henry James, preveía qué opinaría el académico, por qué flancos atacaría, cómo Benjamín le acompañaría hasta el hotel, has vuelto, Chus, has vuelto, y el destino le situaría aún no en el lugar que merecía, sí en el tramo del

camino del que la segunda novela le había desviado. Faltaba aún para las nueve, pero llamó a la oficina de Benjamín, nadie respondió, yo no sé conducir, Lucía no parece muy dispuesta, Raquel o Bravo, Raquel; las pantuflas de Chus dibujaban círculos en las baldosas. Rescató su móvil desde el bolsillo de la camisa del pijama; lo desbloqueó, contacto a contacto hasta localizar el de Raquel. Había obedecido: tras el incidente de la noche de la muerte de Basilio, no más llamadas ni mensajes, no más visitas de madrugada. Pero Raquel había comprado un Peugeot 205 a su amiga Patricia cuando necesitó otro más amplio, Raquel se mostraba generosa cuando alguien la necesitaba. Raquel, cógemelo, invocaba Chus: en ese momento, un alumno le reprochaba la calificación durísima de un trabajo. Se había presentado sin avisar, fuera del horario de tutoría, y Rosa no consiguió detenerlo; Raquel invitó al chico a sentarse y olvidó apagar el teléfono, NO COGER en la pantalla mientras el estudiante la rebatía, Raquel colgó. A los pocos segundos, el móvil vibró de nuevo, profesora, me salgo para que usted hable tranquila, pero Raquel lo apagó, y lo guardó en el bolso.

Cifras, declaraciones, infografías; más círculos en el suelo del salón, Lucía, Lucía detesta mis libros y me detesta a mí. Se acercó al mueble del teléfono fijo, empezó a teclear un número que confundía; lo comprobó en un pósit junto al aparato, que Lucía garrapateó cuando la ascendieron. Por favor, podría pasarme con el despacho de Lucía Casado Valera, o con Lucía directamente, le podría decir que ha llamado su marido, que estaré en casa o en el móvil, dio las gracias y se aseguró de que la llamada se hubiera interrumpido, maldijo la reunión con concejales de la Comarca Norte que impedía que su mujer hubiese propuesto algo cabal, realista. Quizá a esa hora, apenas las diez de la mañana, Benjamín: en su oficina encendió el flexo para iluminar su cuartito sin ventanas,

apuró una colilla con la que prendió el cigarro siguiente, le distrajo el timbre del teléfono cuando Chus le llamó, han anulado los trenes a Madrid. De Benjamín recibió un titubeo, normal, esto que ha pasado, qué tragedia, incomprensible, y Chus frenó el balbuceo: cómo estáis. Todos bien, que sepamos, retomó Benjamín: no conozco a nadie que haga ese trayecto, que yo sepa... Me he venido a la oficina, pero no me concentro. Al chico, Javier, le he avisado para que se quede en casa. Benjamín se resistía a más. Qué pasa con lo de la tarde, y el editor se sorprendió: cómo que qué pasa. No puedo llegar a Madrid, le explicó, te parece que lo intente como sea, no hay billetes de autobús pero estoy buscando que me lleven en coche. Aguardó la respuesta de Benjamín, una calada, no creo que sea buena idea, Chus, no enredes a nadie; nadie tiene la cabeza para literatura. Nadie, Chus sin atreverse a pronunciarlo, en cambio cómo es eso, lo cerramos hace meses, y aquí Benjamín le interrumpió, elevó el tono: tranquilo, quédate en casa, cuenta con que lo movemos de fecha, hoy no es el día. Chus esperó a que terminase. Llámame, Benjamín, con lo que sepas, que me pueda organizar. No recuerdo si alguien marcó el final de la conversación, adiós, seguimos en contacto; Benjamín soltó el auricular sobre la base del teléfono, el humo adentro, evocó su impresión primera de Chus, casi veinte años antes, cuando viajó a presentar un volumen sobre William Blake que él había editado y la universidad —Guzmán Espinosa mediante— había pagado, y en la cena le tocó no junto a Chus, sí cerca, y no se libró de escuchar sus intentos de agradar a unos, de impresionar a otros, y sin conocer su identidad, sin sospechar la relación que acabaría uniéndolos, juzgó: gilipollas.

Gilipollas, tumbado en el sofá: en el suelo la tercera taza de café, en el televisor el informativo con algunas comparecencias en directo, entrevistas en plató; un político se empeñaba en pisar a un experto,

un profesor de la Autónoma al que le costaba transmitir su erudición, Chus consolaba el fracaso de Jesús de la Fuente, escritor, con el fracaso de Jesús Guzmán de la Fuente, filólogo. El teléfono fijo. Al incorporarse, derramó la taza con el pie; Lucía se disculpó, y Chus lamentó que tendría que estar saliendo para la estación, eso es una mierda, una mancha de café extendida bajo el mueble. Lucía le tranquilizó: has hablado con Benjamín, y Chus le explicó, sí, quieren anular, tú me llevarías. Le propuso un fin de semana en Madrid, si a ella le concedían el viernes; no habrá problema para conseguir habitación. Vamos a intentarlo, al menos no pierdo lo que había cerrado para hoy y mañana, cenamos con Benjamín, me tomo un café con los otros escritores, vuelvo a estar. Uno de los muchos rasgos de Lucía que le sacaban de quicio: su capacidad para que la voz no se le agriara ni en las situaciones más incómodas. Amorosísima, Lucía: en la diputación lo anulan todo, por respeto, pero hagamos una cosa, saca la ropa de la mochila y luego la doblo yo, sal a dar un paseo, que Benjamín te diga cuando todo se tranquilice, aprovechamos un puente y nos acercamos a Madrid, retomas las citas. La mochila, en la mesa del comedor: ¿no viene hoy la chica? Le dije que no hacía falta. Voy a llamar a Bravo. Dulcísima, Lucía: no llames a Bravo. ¿Por qué? Santísima, Lucía: porque siempre te sale mal, acabas peor de lo que estabas, no te va a responder o no va a responder como tú quieres, y te vas a frustrar.

Chus respiró hondo: siempre boicoteándome. Hierros, trenes descarrilados, un boquete que ha quebrado un vagón, objetos de las víctimas sobre los raíles. Un chorro de café y otro de leche y otro de coñac; se tendió en el sofá, silenció el televisor, en la pantalla el accidente, los expertos en plató, el accidente, Chus los ignoraba, un sorbo a su taza, y entre las llamadas recientes la que seleccionó. Chusito, saludó Bravo al cuarto tono, menuda puta mierda. Le

costaría mantener el ritmo durante la campaña, había advertido; me toca de chófer. Me ha pillado en casa, le explicó su amigo, pero a las nueve me tocaba recoger a Josemari, teníamos una reunión en un pueblo, una hora de coche. ¿Se ha anulado todo? Hoy sí, continuó Bravo, y supongo que mañana también, estamos a verlas venir, Josemari ha llamado a su suegro por si está hablando con Madrid, se ha encerrado con otros concejales para no meter la pata, y yo me he bajado al bar, hasta que me necesite. Te necesito yo, rogó Chus; por todas las noches de niñaterío. Qué dices. Llévame a Madrid, te acuerdas de la mesa redonda, la mesa redonda sobre Henry James. No existe desde Navidades, se quejó Bravo, nada aparte de la mesa del Henry James de los cojones, pero cómo nos vamos a ir a Madrid hoy, ¿no estás viendo la tele? Los trenes, joder, retorcidos, hay gente todavía ahí. Por todas las noches que hemos vivido, Bravo, colega, y por las que nos quedan, y con su insistencia Chus logró el prodigio: que Bravo madurase. Quédate en casa, tío; ponte a leer, escríbete algo, haz lo que hagáis los escritores, pero no se te ocurra moverte, te llamo en un rato, y a su amigo lo sustituyó un pitido.

Despertó a Chus el zarandeo, las suelas de los zapatos pegándosele a Lucía en el charco ya seco de café, él preguntó: nos vamos.

—A ninguna parte. Me la llamado Benjamín al despacho. Preguntando en información para conseguir el número, de centralita en centralita. Que estabas empeñado en viajar, que se había preocupado por ti. ¿Qué pasa, Chus?

Chus, mudo, señaló el televisor, mudo.

—¿Tú estás viendo eso? ¿No lo ves? Iban a trabajar, a clase... No se me van de la cabeza, no se me va todo lo que he oído por la radio, esto de la tele. ¿De verdad te importa la mesa redonda? ¿Henry James? ¿Tus libros? ¿Crees que a alguien le interesa algo

distinto a todo esto? ¿Quién eres, Chus? Un poco de corazón, por favor... ¿No lo necesitas para escribir eso que escribes?

Lucía intentó moverse, quizá retroceder, localizar el mando para recuperar el sonido, pero se había adherido al suelo sucio. La lástima por el huerfanito del Casino, el desprecio por el adulto que recobraba la horizontalidad en el sofá.

—Voy a limpiar esto. Si quieres dormir, vete a la cama.

En realidad:

—Eres un monstruo.

Ciudad, derrámate: las pequeñas casas antiguas y las antiguas casas grandes, las casas viejas como el dinero viejo, casas sobre casas sobre casas desde la fortaleza hasta la sierpe del río, hasta la tierra junto a la sierpe del río, y en ellas brillando las luces de la noche, y de ellas el runruneo de la madera que cruje y del rasguido en la piedra. Fani sabía que a Sergio le gustaba aparcar la moto en el mirador, sentarse en el poyo con una cerveza y una bolsa de patatas fritas, dejar que el tiempo se gastase; pero no que Sergio —rodeándola con el brazo, la mano acariciando la espalda desde el cuello a la cintura— no pensaba en ella, o en ese momento con ella, sino en sí mismo: en un momento futuro de él con ella, de los dos. Sergio sabía que a Fani le gustaba acompañarle al mirador, o al menos que cuando él lo proponía ella no se negaba, y sabía también que abrazándola intentaba retener su cuerpo, mientras ella se trasladaba ante sí: a las pequeñas casas antiguas y a las pequeñas casas grandes, al edificio de la facultad y al de la biblioteca, a las cafeterías en las que todo costaba un poco más caro, a la ciudad magnética de la que no formaba parte, pero que tanto le atraía. Frente a la caída barrios nuevos, edificios de ladrillo y de metal, el río entretanto; detrás el bloque de los padres de Fani y el bloque de la madre de Sergio, quizá también el bloque en el que comprarían un piso cuando Fani terminase la carrera, y aprobase la oposición a profesora de instituto, y se casaran. Sergio cerraba los ojos, miraba ya no enfrente sino adentro justo eso: un salto al tiempo próximo,

Fani estudiando y él trabajando en lo que saliera, como ahora, y también el cuerpo de Sergio contra el cuerpo de Fani en la cama del dormitorio que compartirían, y un hijo con la nariz gruesa de él y una hija con las orejas grandes de ella, idas y venidas, casi siempre buenos tiempos, los dos subiendo al mirador por última vez, él quisiera morir antes que Fani para evitar la ausencia.

Pero nada de eso sucederá, Sergio. Ahora me dirijo a ti. Fani romperá contigo en pocos meses. Marzo, abril, mayo, junio: ya se lo plantea, y con delicadeza busca cómo aminorar el daño. Tus amigos te advertirán de que Fani te rechaza, en cierto modo, no con esas palabras pero sí con esa intención, y tú les responderás que ella está ocupada, debe estudiar mucho, es inteligente y quiere un buen futuro. Una tarde de verano, en la plaza, ella se sentará junto a ti en el banco de siempre, y tomará tu mano: Sergio, Fani respirará hondo, tengo que hablar contigo. Te explicará que nota cada vez más que pertenecéis a mundos diferentes. Que ella te entorpece, aunque tú —Sergio— te sentirás la rémora. Rogarás algo de tiempo para aclararos, haz tu vida estas vacaciones, disfruta por tu cuenta, pero ella se negará: no, no lo fuerces, ha estado bien, han sido años bonitos, pero te mereces a alguien que te quiera y que quiera una vida contigo. Ya. Fani se levantará porque no quiere una vida contigo, caminará hacia la esquina de la plaza porque no quiere, desaparecerá entre los coches porque jamás os volveréis a ver. Sabrás que se ha alejado también de sus amigas, que frecuenta a otras personas de la universidad, más tarde que estudiará un curso en otra ciudad de España, luego en otro país. Alguien te lo comentará, y tú preguntarás también: mientras tanto saldrás por la noche, mucho, mucho más que antes, beberás más alcohol, te drogarás un poco —nada preocupante: el eme de los sábados—, te acostarás con unas y con otras, quedarás un día suelto o unos

meses apenas. Te gustarán mucho varias chicas; tú también gustarás mucho a algunas. Las querrás incluso más de lo que quisiste a Fani: vivir el momento; lo escucharás en un programa de la tele, y te sonará bien.

Durante años, mucho tiempo después, cuando Fani ya no viva en el barrio y sus hermanos ya no vivan en el barrio y sus padres ya no vivan en el barrio, evitarás todavía las calles que rodeaban el bloque de la familia Sánchez López, la plaza en la que Fani te dejó. Con veintiséis, echando una mano en el bar del tío de tu prima Eva, conocerás a una vecina que los domingos almuerza allí con su familia: Rocío. Pronto se quedará embarazada, y os casaréis antes de que nazca Raúl; tres años después, Irene. Vasectomía para evitar un bebé más al que no podríais mantener; también para ahorrarte disgustos, para esquivar un niño con tus genes en el pueblo donde celebrasteis la despedida de soltero de tu colega David, otro atendiendo a los transportistas en un hostal de la frontera con Francia, algo por el estilo. Trabajarás mucho, todo lo que puedas: aquí y allá, sobre todo recogiendo y entregando mercancía —mensajero, repartidor—, también de camarero en tu ciudad y en la costa. Durante varias épocas simultanearás varios empleos, según lo que los niños necesiten, según si Rocío está en el paro. Algunas noches, exhausto frente al televisor, el aliento de Rocío al otro lado del sofá, la respiración de los niños desde su habitación —la puerta abierta—, los gritos de la gente en la pantalla amontonándose, te preguntarás por la vida imposible: quizá también agotado, saltando de canal en canal porque nada te convence, pero en el dormitorio pequeño Raúl con tu nariz gruesa e Irene con las orejas grandes de su madre, y en la mesa del salón Fani corrigiendo unos exámenes de Inglés, lamentando que los chicos transcriben lo que oyen, literal. Sin embargo, habrá un momento en el que respires: morirá la

abuela de Rocío, ella heredará el piso —no del todo: su hermana le cederá su parte a cambio de un alquiler simbólico— y os trasladaréis allí, los cuatro. Habrás cumplido entonces treinta y nueve años. Trabajarás desde la primavera anterior en una empresa de transportes: confiarán en ti, te asignarán cargas importantes y rutas internacionales. A Rocío, dependienta en tiendas de ropa —cada vez peores y cada vez en peores condiciones—, conforme pasa el tiempo y ella envejezca y engorde, le aterrará que te duermas mientras conduces, o que le ocurra a otro en sentido contrario, pero a cambio pagan bien: cobrarás más dinero que nunca.

Una vida tranquila, feliz dentro de un orden. Raúl estudiará una ingeniería e Irene no logrará centrarse: surgirán problemas con los que no contabais. Noches fuera de casa, días fuera de casa, Rocío pidiendo ayuda en la comisaría, sola, porque a ti te tocaba descargar en Bélgica. Tu madre enfermará, y hasta que muera vivirá con vosotros, aprovechando la cama vacía de Raúl. Enlazar ambas experiencias dañará la relación con Rocío; si conocieses para qué sirven las metáforas, quizá te referirías a vuestro matrimonio como un objeto que se utiliza pese al esmalte descascarillado o las grietas en la superficie: aún cumple su función. Nunca os separaréis, pero cuando Irene se independice ocuparás su dormitorio. Tendréis un nieto de Raúl, que vivirá en otra ciudad, y dos nietos de Irene, que vivirán a dos calles de la vuestra. Algunas noches, solo en la cama pequeña, regresará la vida imposible: regresarán la camarera de la venta de Zaragoza, en la que cenabas yendo o viniendo de la ruta, y también la chica con la que salías cuando conociste a Rocío y a la que no trataste demasiado bien, y la compañera de trabajo de tu amigo Josemi que insistía pese a saberte casado, y la rubia de la discoteca de Málaga para la que bastó una noche. Y regresará Fani, y regresarán las noches en las que os acercabais con la moto al

mirador, y bebíais cervezas mirando la otra parte de la ciudad, el río actuando de frontera, y tú soñabas con estrechar entre tus brazos a un hijo con tu nariz gruesa y una hija con sus orejas grandes, y ella pensaba solo en marcharse de allí, ni siquiera a la ciudad enfrente de las pequeñas casas antiguas y las pequeñas casas grandes, sino lejos, más lejos.

Un día perderás tu reloj favorito, el que te regaló tu familia —lo pagó Raúl— cuando te jubilaste. Desharás tus pasos de casa al bar, por si te lo quitaste al lavarte las manos después de ir al servicio, y lo olvidaste allí, pero allí nadie sabrá nada, y luego del bar a la ferretería, donde compraste unos repuestos para arreglar la persiana de tu cuarto, pero el chaval ni siquiera recordará si lo llevabas puesto, y luego de la ferretería a casa, dónde lo habré dejado, lamentarás con Rocío. Otro día confundirás el camino de vuelta a casa desde el centro de salud, y te agotarás de no encontrar tu propio piso, y te sentarás a descansar en una plaza del barrio que evitabas desde hacía cincuenta y cinco años. En ese banco, el mismo en el que charlaste con Fani por última vez, porque te dejaba, porque te merecías a alguien que te quisiera bien y que quisiera una vida contigo, te darás cuenta de que has perdido la memoria. Un instante de lucidez, reconocerás el lugar y reconocerás tu dolor y nombrarás lo que sucede, olerás a mierda porque te has cagado encima, y a continuación de nuevo la niebla, la niebla, la niebla, el desconcierto, una chica se acercará y preguntará ESTÁ USTED BIEN ESTÁ USTED BIEN SEÑOR, porque no guardará lógica que alguien repose en ese banco una tarde de julio, y como te mantendrás en silencio —qué responderle— buscará en tus bolsillos hasta localizar la cartera, y consultará la dirección de tu documento de identidad, y su madre y ella te acompañarán hasta que Rocío abra la puerta, y primero se fije en tu pantalón manchado de heces y de orín, y luego

se eche a llorar en los brazos de las desconocidas. No lo sabrás, porque no podrás recordarlo, pero durante seis años y medio Rocío e Irene cuidarán de ti como se cuida de un niño desmañado; celebrarán tu infantilización, que al menos no te muestres violento. Olvidarás tu nombre, el de Rocío, el de Raúl e Irene, el de tus yernos y el de tus nietos —Jonas, Mateo, Alexander, Sergio, Carlitos—, el de tus vecinos y el de tus amigos. Olvidarás cómo se llama a ese aparato que muestra a otras personas, pero frente al que durante horas te entretendrás, hasta el momento en que te den de comer o que te bañen o te vayas a dormir. El domingo anterior a tu cumpleaños —ochenta—, Rocío llamará a tu puerta para el cambio de pañal y hallará duro tu cuerpo blando, frío tu cuerpo frío. Morirás —Sergio— mientras duermes.

Pero nada de eso ha sucedido aún. En esta historia tienes dieciocho años.

Sergio tenía dieciocho años. No conocía a nadie más inteligente que su novia: Estefanía Sánchez López, desde el colegio la más lista de la clase, nadie multiplicaba de memoria como ella, el curso pasado explicó las generaciones del 98 y del 27 a sus compañeras porque el profesor no alcanzó ese bloque del temario, Sergio no sabía aún por qué se fijó en alguien como él. Pensaba en la vida juntos: Fani aprobando la oposición y Sergio sobreviviendo como pudiera, quizá el tío de su prima Eva le ayudase, quizá un piso en el barrio, ojalá que dos niños —chico y chica— por lo menos. Le preocupaba su madre, el futuro de su madre; le preocupaba también, un poco, él. Ciudad, derrámate: lo susurraba Sergio, más cerca del deseo que de la persuasión; apenas le escuchó Fani, guarecida en su cuerpo, la cabeza reposando en el arco suavísimo del cuello al hombro, y desde luego no le escuchó la pareja mimética a unos metros, en el extremo del mirador otro chico y otra chica,

otra moto, latas de cerveza —algunas vacías, estrujadas; otras, llenas—, una bolsa de pipas y un montón de cáscaras vacías en torno a ellos, casi un parapeto de basura para aislarse del mundo. Y como el propio Sergio no comprendía el impulso de la orden, ciudad, derrámate, de qué forma esas palabras se encendían en su cabeza y le bajaban a la boca, por eso no lo repitió, y se limitó a atraer el cuerpo de Fani contra el suyo, la mano de él en la cadera de ella, ven aquí, guapa, y ella se revolvió y justificó su actitud por algo así como la hora, o el frío, o el hambre, y Sergio se fijó en el mundo al otro lado del río, en las pequeñas casas antiguas y las antiguas casas grandes, silencioso.

Fani romperá contigo en pocos meses, Sergio, pero ya desapareces de esta historia: no te necesitamos.

La presidencia la ocupaba el catedrático: Raquel a su izquierda, Jose a su derecha. Junto a Raquel, dos de las estudiantes de tercero: Sandri, Mamen. Junto a Jose, Estefanía, y junto a ella la tercera estudiante de tercero: Cristina. Yo me senté a varios asientos de Mamen, en la esquina, y Rosa anunció que esperaría en su mesa, que la avisáramos si surgía algo importante. Desde la primera sesión del seminario habíamos perdido a quienes asistieron por compromiso con Guzmán Espinosa, en el infausto curso de su jubilación, y en noviembre al chico de treinta y pocos —sobre él lo ignoré todo—, y en diciembre al abogado Tomás, a Alfonso y Federico, a la profesora de instituto. Don Jesús no varió el esquema de los jueves anteriores, en este curso y los de antes: buenas tardes, recitaré en inglés el fragmento sobre el que trabajaremos hoy, y se deleitaba con los vaivenes del idioma, se le había enganchado en el premolar una metáfora. Raquel y Jose hojeaban a ratos la fotocopia del texto original, ojeaban a ratos al catedrático, a ratos el uno a la otra, viceversa; las estudiantes con el índice de la izquierda se guiaban por el ritmo del inglés, con el índice de la derecha su traducción al español. El catedrático alcanzó el verso 831, *«And lures to leap into the wave»*, quién rompe el hielo.

—Profesor —aquí, Cristina—. Disculpe, pero hay algo que no comprendo.

—Tantas cosas, Blanco Serrano, que escapan por el horizonte de nuestra cognición... ¿De qué se trata?

—Es algo general, más bien. Tengo algunos problemas con el poema. —Algunos problemas con el poema, repitieron para sí el catedrático, Raquel, Jose, sin interrumpir a Cristina—. El planteamiento... Ya desde el título. *Giaour*. *The Giaour*, *El infiel*. ¿No? Es despectivo hacia el personaje, por su religión: un cristiano en tierras de musulmanes. —Raquel miró a Jose, Jose miró a Raquel, Raquel pensó hostia, Jose pensó madre mía, Cristina prosiguió—. Y luego está el trato hacia Leila, que en ningún momento tiene voz: sabemos que es propiedad de Hassan, que conoce al giaour y surge algún tipo de relación amorosa o sexual —Sandri asintió ante la diferenciación—, poco más. No conocemos su historia, sus sentimientos, sus deseos. Se trata de un personaje-objeto, Byron la deshumaniza. —Yo miré a Raquel, miré a Jose, miré al catedrático: miraban todos a los folios, a Cristina, al resto de alumnas, el mobiliario, los montones de libros para repartir entre despachos y cubículos, los carteles de jornadas pasadas, cualquier punto preferible al catedrático—. Al margen de que se la encierre —se la priva de libertad, se unió Mamen—, y que cuando logra decidir por sí misma, contra Hassan, él la castiga con la muerte. De la peor forma: te tiran en un fardo al mar. Lo he mirado en internet, que era una costumbre de la época. El infiel logra la redención final, a Hassan se le dulcifica con todos esos pasajes de la infancia... Pero Leila es la mentirosa, la traidora, la culpable. No se le da un respiro en todo el poema. Es la víctima pero se la responsabiliza de la situación.

—Y luego está toda la romantización de la violencia —enfatizó Mamen.

—Sí. La violencia como hecho estético —Sandri, ahora—. La relación de Hassan y Leila no es amorosa, sino de poder. En la relación entre Leila y el infiel...

Sandri no continuó, bien porque no dispusiera de argumentos, bien porque presintió la intervención del catedrático. Un segundo, dos segundos, tres, cuatro, cinco. Silencio. Ninguna de las alumnas añadió nada. Guzmán Espinosa se estiró el puño izquierdo de la camisa, el puño derecho, tomó aire. Comenzó.

—Díganme, ¿qué saben ustedes sobre lord Byron? —callaron, las tres; Estefanía se había limitado a escuchar—. ¿Nada? ¿Ni un detalle?

—Nació en 1789 —1788, corrigió Mamen a Sandri—, en Londres. Murió en 1824 en una ciudad griega. —Mesolongi, Mamen otra vez —. Era de familia noble. Aunque se arruinó. —¿Se arruinó?, preguntó Cristina—. Escribió poemas como *Don Juan*. Viajó por toda Europa, sobre todo por los países mediterráneos. —El catedrático sonrió—. No tuvo relaciones amables con las mujeres —ni con los hombres, Jose para sí—, incluida su hermanastra. Luchó por la independencia de Grecia contra los otomanos. —Por eso un poco este poema, el infiel sería uno de los suyos, especificó Mamen.

—De acuerdo. Una introducción muy básica, decepcionante para su nivel de tercero de licenciatura, pero suficiente para ampliar desde ahí. Mucho que matizar, desde luego... A mí me interesa la obra: ya se lo he explicado en clase, en este seminario, que un buen texto se impone frente a cualquier otra consideración. En un restaurante no me importa que quien me sirva el plato o lo cocine salude a sus vecinos, recoja chapapote o se manifieste contra un asunto u otro: perdonen lo grueso de la comparación. El contexto ayuda: no entenderíamos igual algunos matices de este poema de haberlo escrito, a saber, su íntimo enemigo Shelley. Tienen razón en que el posicionamiento político de Byron, su implicación en la causa griega, nos interesa para comprender su trato piadoso hacia el giaour. Pero retomo lo que ustedes me comentan. Byron estigmatiza

al giaour por su religión, y también a Hassan por la suya: un estereotipo. A Leila la reduce al cliché, ¿cómo han dicho? —La deshumaniza, recuperó Cristina—. Un instrumento del poema. Igual que cualquier otro recurso o personaje, todo sea dicho: el desfiladero, el de los pájaros, el de las joyas... Y romantiza la violencia, la justifica, presenta el asesinato como un... ¿un hecho estético? —Las estudiantes asintieron—. Asumo que ya se han sometido al método de Ramírez Rejano. Nos referimos a un escritor que vivió dos siglos atrás, y a un poema que compuso en 1812, 1813. Blanco Serrano, Domínguez Valera, García Pérez, hasta donde alcanza mi conocimiento, ustedes se han matriculado en Filología Inglesa. ¿Me equivoco? No Filosofía, no Derecho: Filología Inglesa. Deben acostumbrarse a los rudimentos de la lengua, y acompasarse con el latido de la literatura. Las cuestiones morales, éticas, no encajan en nuestra disciplina.

—Pero la profesora Ramírez Rejano...

—¿Dónde estaba Conchita hace doscientos años? ¿Dónde estaban ustedes? No existían ustedes, no existía yo, no existía ninguna de las personas que pueblan esta santa facultad, salvo que atendamos a quienes defienden que en el Departamento de Latín campan a sus anchas los fantasmas, que yo lo creo, pero en sentido figurado. En todo caso: doscientos años. ¿Sobre qué nos habla este poema? El amor y el desamor, el deseo, el engaño, la fe en una religión y la fe en la persona a la que hemos escogido. El amor lo sienten ustedes ahora, lo sintieron sus padres y sus abuelos, así hasta los doscientos años atrás de Byron, los cuatrocientos de Shakespeare, retrocedamos hasta las cuevas en las que alguien se mancha dos dedos con sangre o con heces o con hojas machacadas y dibuja una forma que representa un corazón. Ustedes han escogido leer un poema del pasado con la mirada del presente. De acuerdo.

Matricúlense en Sociología, que en la privada necesitan ingresos. Pero un filólogo debe leer un poema del pasado con la mirada del pasado, es decir, del presente en el que se escribió: no adaptarlo a nuestra experiencia o nuestros criterios, sino adaptarnos a la actitud de quien afrontó su escritura. Lo contrario es propaganda, presentismo e ignorancia. Y ahora, si lo consideran oportuno, regresemos a la literatura. El fragmento de hoy retoma la ambición del que analizamos la sesión anterior: prosigue el hálito narrativo que nos transmite la ejecución del sultán por parte del infiel, en venganza por el asesinato de Leila, y se dividiría en cuatro tramos. Ese final del crimen, el conocimiento de la muerte del sultán por parte de su madre, la maldición de la madre al infiel, el regreso a otro hilo de subtrama, el de la confesión en el monasterio. Quién rompe el hielo.

Raquel miró a Jose. Jose miró a Raquel. Sandri, Cristina, Mamen: se miraron entre sí. Estefanía me miró, aunque yo no la correspondiese, centrado en distinguir qué pensaban los demás. De la sesión de abril se ausentarían otras tres personas.

8

ABRIL DE 2004

Lunes Santo

El orden lo decidió al principio: cuatro cajas en la habitación que tocase revisar, y sobre la mesa cuatro folios y un bolígrafo. Chus tomaba un libro del suelo, de debajo del sofá, de la estantería, y lo examinaba: según la autoría y el estado decidía si se lo quedaba él, si lo incluía en la posible donación para la biblioteca municipal —la placa de cerámica con la efigie del viejo Basilio—, si el librero se sacaría unos euros. Según lo que considerase, Chus lo depositaba en una u otra caja, y lo apuntaba en uno u otro folio para aclarar el reparto; conforme una caja se llenaba, la cerraba con cinta americana, la enumeraba —CHUS 1, MANOLO 1, BIBLIO 1— y empezaba otro folio para la siguiente, la arrinconaba para no tropezarse con ella. En la cuarta caja, Chus apartaba documentos: hojeaba los libros para asegurarse de que no donaba a la biblioteca una carta de amor, de que Manolo no vendía un poema inédito. Basilio utilizaba como puntos de lectura los tickets del supermercado, los folletos de publicidad, alguna postal que recibía: un poeta argentino con el que mantuvo correspondencia, algunas que enviaban sus sobrinos en sus vacaciones infantiles. Todas las apartó: unas por valor literario —quizá de ese intercambio una publicación—, otras por el sentimental, aunque no descartaba que aquellas fotografías de Matalascañas y Benidorm las arrojara a la basura el adulto en el que se había convertido el niño que las echó

al buzón. Chus valoraba, eso sí, el respeto del sobrino de Basilio: otro habría contratado a una empresa para que vaciase el piso mientras velaban el cadáver, admiró Bravo, y a cobrar, y sin embargo había respetado el duelo de Chus, le había confiado la labor de albacea, le garantizó unos meses para afrontar el trabajo con seriedad. Desde lo de Madrid, desde el viaje fallido a Madrid, y la pelea con Lucía, y el fin de semana de Lucía en casa de sus padres, y el intento de reconciliarse con Lucía —esa visita en la que nadie le dirigió la palabra, salvo la sobrina pequeña de Lucía, que le preguntó: qué hacen los fracasados, por qué eres un fracasado, qué has estudiado para eso—, y las llamadas a Benjamín que Benjamín al principio atendía —dos o tres a diario, la semana siguiente— y que luego optó por ignorar, hasta que le envió un mensaje de correo electrónico rogando algo de paciencia; desde entonces, Chus se encerraba en el despacho mientras Lucía dormía en la cama de matrimonio, dormía a veces él mismo en la silla de oficina, entre la salida al trabajo de Lucía y la llegada de la chica se duchaba, buscaba una cafetería para desayunar, completaba su trayecto hasta el piso de Basilio. Terminaba de dormir allí donde había muerto su maestro; bajaba a saludar a Manolo, se apañaba algo rápido de comer, y dedicaba la tarde a clasificar libros y documentos, hasta que enganchaba con alguna tertulia donde Manolo, alguna inauguración o alguna lectura, alguna salida con Bravo, y regresaba al piso con Lucía ya en el dormitorio. Pero casi vives donde Basilio, reprochó Bravo, ¿y si el sobrino se molesta?

Martes Santo

Isabel se quejó del trabajo que supondría la mudanza: cuarenta años de basura de la facultad a la casa, tú me dirás dónde vamos a meter todo esto. Jesús interpretó que su hermana se lamentaba, no tanto una pregunta; como ella no siguió, él completó la queja: y yo qué sé. Pues son tus cosas, reprochó Isabel, que yo con mi cuarto me apaño y no ocupo más. Habrá que mirar libro por libro, aquí, papel por papel, por si se prescinde de algo, y mirar también allí, para tirar o donar antes de malgastar el tiempo o el dinero. Una opción, continuó Isabel, los dos hermanos de pie ante la escalera de la casa, en la planta baja, es contratar un servicio de mudanzas: que empaqueten, lo traigan, y lo coloquen donde consideremos, si logramos hueco en algún cuarto. Encarni me comentó que su hijo tiene un amigo con una empresa de esto. ¿Tenemos dinero, Jesús? Supongo que sí. Porque tú no tienes coche, yo no tengo coche, tu nuera tiene coche pero tú huyes de ella y de tu hijo, ya no te queda nadie que te solucione esto. Sabes que me incomodan estos términos, lamentó Jesús, e Isabel replicó: tenemos dinero, entonces. Pero no me obligues a vivir entre cajas, Jesús, te tienes que comprometer a dedicar un rato cada día aquí, otro cada día en el despacho, ¿quieres que me ponga yo contigo? Jesús la rechazó: subió él al despacho de la planta superior, tras él ella a su dormitorio, desde abajo la misma espalda encorvada, los mismos pasos breves escalón a escalón, todavía Isabel insistiendo en que tenían que hablar de lo del niño, que tocaba mover ficha por el niño. El catedrático cerró la puerta, abrió la ventana, por el pasillo avanzaban las notas de una sinfonía que no reconoció; salvo cuando la facultad cerraba, los fines de semana y los festivos, durante las vacaciones, procuraba alejarse de su hermana y de Encarni, de los fantasmas de Piluca, de sus padres, de los padres de sus padres, una leyenda asegura que... Empezaré por la mesa, se ordenó don

Jesús a sí mismo: un volumen de comunicaciones en un congreso sobre Samuel Johnson que no desecharía, por respeto al colega que lo editó, y una traducción algo torpe de *The Seasons* de James Thomson, no la conservaría, tampoco merecía el triturado. ¿A la biblioteca de la facultad? En otro momento, desde luego, pero ahora se negaba a cederles más de lo necesario. ¿A la municipal? La última reunión que solicitó, cuando ya se cuchicheaba sobre su jubilación, el director se la negó y le sugirió que contactase con él quien le sustituyera. Samuel Johnson, *The Seasons*, una revista de estudios ingleses que acogía otro artículo sobre Byron en Italia: estoy organizando mi propio funeral, y la situación se reveló ante Jesús Guzmán Espinosa; este despacho ha cobrado la forma de mi tumba. No se trata de vivir aquí hasta que muera, sino de que en el momento en el que cruce el umbral, y me siente en esta silla como me siento en la de la universidad, habré muerto. Se echó a llorar. Se echó a llorar como nunca en sus casi setenta años; ni en el cachetazo del médico en el culo, ni en la pelea en el colegio en la que no golpeó tan fuerte como el chico que le provocaba —¡YA LO DICE MI PADRE, QUE A LOS GUZMÁN OS GUSTA MUCHO APARENTAR! —, ni en la muerte de su padre ni en la muerte de su madre, ni en la enfermedad de Piluca, ni en la muerte de Piluca, ni en el momento en el que el doctor aprovechó que salía al pasillo, y le anunció que se trataba de días, una semana como mucho, y al regresar a casa tras el alta, para que se despidiese del niño antes de morirse, se fijó en su hijo Jesús, tan gordo y tan feo, bobito, lleno de mocos y de lágrimas, y pensó: qué hago yo con esto. Ninguna de esas tragedias soliviantaron a Jesús Guzmán Espinosa como para llorar así, un desgarro, un desgarro puro desde la garganta.

Miércoles Santo

Lucía le avisó el domingo: el miércoles cuando salga del trabajo vendré a casa, recogeré la maleta y me iré a la playa con mis padres hasta el domingo por la tarde; estaré aquí para la cena. Detalló cada movimiento para que Chus obrase en consecuencia: que no apareciera hasta que se marchase, que se encerrara en el despacho un rato antes de su vuelta. Y en algún momento, añadió, tendremos que hablar. Chus se relajó: había fingido ante Bravo, algo chulesco, pero temía que el sobrino de Basilio distinguiera la luz encendida del apartamento alguna noche en la que había remoloneado entre libros viejos, mirando la tele, bebiéndose unas latas, o que subiera a asegurarse de que todo marchaba bien —pronto recibiría la primera factura *post mortem* de la luz— y lo encontrara roncando cubierto por los inéditos del viejo. De la tarde del miércoles a la del domingo: cuatro días para recuperar el control de su casa, alejarse de tentaciones, centrarse en escribir. Apenas le quedaba una bala: la última, la que heriría a los demás o la que acabaría con él mismo. Yo no te voy a llamar, le prometió Bravo el mediodía del lunes, cuando le avisó porque le sobraba media hora no lejos del piso de Basilio; me voy con Josemari y su mujer y otros amigos al campo. ¿Al campo? Al campo, y Bravo se aguantó la risa: el suegro de Josemari suena para ministro. Chus gastó la mañana del miércoles en el último vistazo a los libros del salón: tres cajas para él, once para la donación, el doble para que Manolo las transformase en vino para las tertulias; no se le ocurría un tributo más honorable a la biblioteca de su amigo. Quedaba una habitación con el doble de volúmenes, la que le había servido como almacén, y en la que guardaba también los cuadernos y los manuscritos, las cartas, tiradas completas —o casi— de sus propias obras. Los libros de la cocina: en lugar de

paquetes de legumbres o platos para recibir, papel y más papel. Y el dormitorio: la ropa de Basilio, sus objetos más íntimos, algún secreto. ¿Cómo lo escribiría Chus? ¿Interesaría a alguien el proceso? ¿Encajaría de alguna forma en la novela con la que se peleaba? Quizá en un rato, y Chus calculó el tiempo para que Lucía comiese algo ligero, lavase los platos y se cambiase y llamase un taxi a casa de sus padres, entonces teclearía frente al ordenador un capítulo breve pero demorado, con prosa magra. Me echaré la siesta antes, y Chus se despertó ya con la noche.

Jueves Santo

Mejor no, Estefanía a su padre cuando le ofreció que lo acompañara, una visita rápida a los tíos y los primos; ya había escuchado negarse a Alberto, que había quedado para dar una vuelta, y a Carolina, en casa de una amiga hasta la hora de comer. Venid a las dos, dos y media como tarde; que me junte con vosotros, vamos a aprovechar. De haber dispuesto de dos días libres, más el fin de semana, Estefi se habría quedado en la cama hasta tarde, de la cama al sofá, ya se colaban los rayos del sol por el salón; no comprendía que su padre desperdiciara aquella mañana sin trabajar. De las vacaciones, Estefanía detestaba el ruido: en la universidad, en los barrios del centro cuando se entretenía paseando, la gente hablaba diferente, igual de firme pero suave, sin los gritos de su familia y sus vecinos. En los días en los que su familia llenaba la casa, Estefanía probaba a estudiar en el dormitorio, sentada en el suelo, sobre un cojín, y la media hora primera se le escapaba acostumbrándose a la película que entretuviera a su padre en el salón, las peleas de sus hermanos, la música de su madre en

la cocina; cuando todo el ruido se amalgamaba en uno solo, en ese trance Estefanía se lograba concentrar, insistir en sus subrayados y sus resúmenes, los esquemas ya no le bastaban. Con sus padres fuera, con sus hermanos fuera, dispondría de unas horas de calma. Calculó los peligros: Sergio no la molestaría, quizá Tamara la llamase. Con suerte, a esa hora dormiría aún —saldría hasta la madrugada— o se habría enredado con alguien. Marcó el teléfono de la casa de Tamara, y la madre respondió: ha salido con gente, pensaba que ibas con ellos, iban al mirador. Estefanía lamentó su mala suerte, era por charlar un rato, por la tarde no podré, y la madre: qué lástima, yo se lo digo. Colgó tranquila: había esquivado otro lamento de Tamara reprochándole que ya no compartían nada, que ya no la entendía, que se sentía inferior porque Fani se sentía superior. Ocupó la mesa camilla con sus apuntes de Lengua Inglesa I y distinguió allá fuera un pajarillo, el golpe de un balón, el chirriar del fluorescente sobre el papel barato.

Viernes Santo

¿Qué hora es? Chus separó la noche del día por la oscuridad de fuera, pero le costaba precisar si todavía viernes, si ya sábado. Desde que se quedó solo en el piso había perdido el control de sus horarios: escribía hasta agotarse, dormía para reponer fuerzas, despertaba a las pocas horas, escribía más, mientras tanto se alimentaba como podía, bebía café, cerveza; el domingo no podía olvidarse de bajar la basura para eliminar pruebas. Le gustaba aquello: el ritmo, por una parte, y por otra lo que obtenía de su esfuerzo, hacia dónde dirigía al personaje, cómo sonaban las palabras. El miércoles salió del apartamento de Basilio tan tarde que

debió buscar alternativas para regresar a casa: el centro repleto de cabecitas de turistas y cabecitas de turistas que torpedeaban su rumbo de escritor ansioso. Se planteó retroceder hasta casa de su padre, por saludar a su tía, pero la idea de enfrentarse a Jesús Guzmán Espinosa le incomodaba: había insistido en que ella le contara lo de la mesa de Madrid, para que su padre valorase que todavía alguien, en algún lugar, se acordaba de él, pero no soportaría las bromas con las que su padre le habría recibido. La llamaría por teléfono, en algún momento: desde que todo se enturbió con Lucía habían renunciado a la comida de los sábados, también. Se fijó en el reloj de la mesita de noche: las doce, casi. Regresó al despacho.

Mariano Guzmán Moya había nacido tres años después que su hermano Alfredo, arquitecto a quien se debía la nueva sede —vieja ya— del ayuntamiento, y el edificio del colegio de abogados, y la reforma del instituto provincial y del conservatorio, y seis más tarde que su hermano Jesús, historiador, cronista oficial de la ciudad, que se casó con la madre de Jesús e Isabel Guzmán Espinosa para engendrarlos. Mariano murió pronto, muy joven: a los cuarenta y siete, de cirrosis. Cuando se le mencionaba, cuando algún compañero de la facultad se dirigía a Jesús Guzmán Espinosa preguntando qué había sucedido con los originales y con la biblioteca del poeta maldito, si se conservaba algún inédito —uno de Española, pesadísimo, mediando por un predoctoral que se aburrió —, el catedrático zanjaba la conversación con algún menosprecio a su tío, como escritor o como borracho. Jesús Guzmán Espinosa había negado a Jesús Guzmán de la Fuente cualquier anécdota compartida con el tío Mariano. Después de todo, representaba todo lo que el sobrino Jesús, futuro heredero del apellido y los escombros, intentaba evitar: alguien que había desobedecido los mandatos familiares, que había elegido el camino equivocado, que se había obcecado en algo inútil para lo que tampoco exhibía un talento que justificase su obstinación. El insulto con el que el catedrático se relamía —intenso, demorado— antes de escupirlo: mediocre. Quizá Jesús Guzmán Pascual hubiese presionado a su hijo para que se marchase a estudiar en la universidad, fuera, como sus hermanos,

en vez de aprender por su cuenta en las tabernas; quizá hubiese intentado encauzarle, vistos sus gustos, hacia la crítica de arte, o la dirección del museo, algo que le entretuviera sin manchar el linaje, a la altura de quienes le precedieron. Chus lo desconocía porque su padre nunca se lo había contado —como si le hubiese contado algo, alguna vez—, y porque la tía Isabel lo empañaba todo de compasión y de ternura: pobrecito, y gimoteaba, aunque el adjetivo solía utilizarlo para todo aquel con el que se cruzaba, pobrecito el tío Mariano todo el rato con la botella, pobrecita mi Conso que me crio con tanto amor y ya no la vi nunca, pobrecitos mis padres que se murieron tan pronto, pobrecito el pobre de la puerta de la iglesia y pobrecito el pobre de la puerta del supermercado, puesto que la vida no libra a nadie —así se justificaba la tía Isabel— de un dolor íntimo, secreto. Ella sí había compartido con Chus algún recuerdo: nuestra madre nos alejaba de él no para protegernos, porque era siempre cariñoso, muy simpático, sino para evitar que viésemos que era posible otra forma de vivir; como si nos fuese a contagiar la libertad, y la tía Isabel había dejado esa idea flotando en torno a ella, y se habría cruzado de brazos, o habría suspirado, cualquiera de los gestos con los que se restaba hondura. La última Navidad en la que su tío Alfredo los visitó con su esposa y con sus hijos, y se empeñó en convocarlos a todos a la mesa, en honor a la memoria de sus padres, y los primos de Madrid se echaron a llorar al aparecer el tío Mariano, porque lo confundieron con un mendigo. Una mañana de primavera en la que la tía Isabel acompañó a Conso al mercado, y se cruzaron con el tío, y las entretuvo en una plaza hasta que cuadró los versos para regalar un poema a su sobrina. Y el poema decía así, anunció la tía Isabel a Chus, con la pompa que el tío le habría adjudicado: «Mi sobrina Isabelita / lo hace todo del revés: / el daño nada lo evita, / va pensando con los pies». Pobrecito, añadió ella el

estrambote: es que el hombre no tenía conocimiento ninguno, decirle eso a una niña, que tendría yo seis o siete años. Ese fue su problema: eso, y tener la vida resuelta. Porque otro se habría tenido que levantar con el alba, pero el tío Mariano juntaba un poco de dinero de su padre, el que le mandaba el tío Alfredo, los primos Moya echándole una mano, y al alba lo que hacía era acostarse, el suspiro de la tía Isabel, los brazos cruzados ante el pecho.

—En el dormitorio de Basilio, ahí los guardaba —anunció Chus a Bravo—. En la típica cómoda para la ropa interior, ya sabes: tenía un cajón para los calzoncillos y los calcetines, y el resto lleno de libros y cuadernos. Los que más le importaban, una mezcla curiosa: Rilke, Valéry, Eliot, Cernuda, de repente un montón de mi tío abuelo que nunca me enseñó, o yo no los recuerdo.

—¿Qué vas a hacer con ellos? ¿Estos son para ti?

—¿Los de ese mueble? Me los voy a quedar. No sé si mi padre los conservará... También los otros. Están llenos de comentarios de Basilio, con sus notas de lectura... No quisiera perderlos. Igual saco algo de aquí y lo transcribo todo poco a poco, aunque sea para clasificarlo, o para un libro con sus lecturas, no lo sé.

—¿Había algo interesante? En los libros de tu tío abuelo.

—Un par de cosas que no me sonaban de nada, y mira que no lo he leído tanto, pero sí lo que había escrito Basilio sobre él, lo que me había insistido... Un panfletillo, nada, veinte páginas... Un relato estirado, la separata de una revista que montaron aquí en los años cuarenta. Se titula *Verano del invierno*. Y cuenta el mes de agosto del 36, él supongo que con veintidós años, sin nada más relevante que unos pocos titulares de periódico, el regreso abrupto de las vacaciones, algunos días de cautela con las persianas bajadas. Yo entiendo que transcurre entre el golpe y la entrada de los militares. Esperaba que pasara algo, pero no pasa nada.

—Y el invierno es la guerra. —A la pregunta de Bravo, Chus chasqueó la lengua contra el paladar—. Oye, muy agudo Mariano —como si nada, precisó Chus—. Bueno, en tu familia y en la mía fue igual, ¿no? Unas semanas de nervios, y hasta hoy. Josemari está metiéndose mucho en esto, memoria histórica... No es que le interese, pero después del fiasco de su suegro se está intentando mover. Van a cambiar mucho las cosas, y van a intentar aprovecharlo. El otro día me leía una intervención, Josemari. —A Chus le extrañó—. Una intervención, sí: consiguió que le invitaran a unas jornadas de una asociación, y no deja de ser un concejal, y el yerno del alcalde, así que lo colocaron en la mesa de apertura. Josemari decía que la Historia, y hacía hincapié en la mayúscula, se mide en tiempos diferentes. Para unos, cronológico: te despiertas, pasa lo que tenga que pasar, te acuestas, te despiertas, pasa lo que tenga que pasar, y así un día tras otro tras otro. Y para los demás, tiempo atmosférico: sin casi preverlo llueve, truena, se encadenan las sequías, tienes que resistirlo como puedas. Me dejó pensando. Un poco grueso pero no está mal del todo, ¿no? —Chus, un trago largo de cerveza para bajar el pincho de tortilla, alzó el pulgar—. Me sorprendió Josemari. Está hecho un estadista.

La rutina de Bravo se había retesado desde las elecciones: nada prosperó según sus cálculos, desde la victoria —mejor— hasta el descarte del suegro de Josemari —peor—; ni un ministerio ni una secretaría de Estado, y con su permanencia en el ayuntamiento la de Josemari en su despachito, Bravo acompañándolo de café en café, de acto público en acto público. Fantaseó Bravo, tal como fantaseaba Josemari en los trayectos en coche, con una reacción en cadena que los habría aupado, quizá Josemari en el equipo de su suegro, y él con ellos, o quizá Josemari ocupando su lugar en la alcaldía, y él fichando a un asistente para sí. Pero nada había

ocurrido, Bravo y Chus picaban unas raciones en el mismo bar de tantas noches, en doce horas le tocaría controlar la sonrisa de Josemari en la rueda de prensa, sujetando el póster de una carrera popular. Eso sí: tenemos que darnos prisa, advirtió Josemari, porque todo va a cambiar mucho, rápido, y hay que anticiparse. En las jornadas de la Asociación de Memoria Histórica, Bravo se comportó como el alumno impecable del que siempre se burló: segunda fila, libretita en la que apuntaba nombres, referencias, fechas, un dolor nuevo al sujetar el bolígrafo durante una sesión larga, y tener que utilizarlo. Acompañó a Josemari en las siguientes intervenciones, pidió un taxi que lo devolviese al ayuntamiento, se quedó Bravo fijándose en aquellos que recibían saludos efusivos —abrazos, lágrimas, palmadas en la espalda— y en quienes atendían a una fila de gente tras sus intervenciones. Regresó el jueves, tras asegurarse de que Josemari sobreviviría sin él, y el viernes por la mañana: tercera, cuarta, quinta fila, sin llamar la atención conforme los demás se retiraban. El fin de semana procuró descansar, quedar con unos o con otros, pero nadie le contestó —cumpleaños infantiles, almuerzos familiares—, se abrió una lata de cerveza, otra, otra, abrió un bote de espárragos blancos, una barqueta de lonchas de jamón serrano, se sentó a la mesa del comedor —apartó varias camisas sucias, algún pantalón— y empezó a repasar sus impresiones. Nombres, referencias, fechas, su caligrafía estirándose hasta que una palabra sola ocupaba una línea entera, exhausta, qué significa esto, a qué me refiero, qué quise decir. La cerveza y el café, una bolsa de patatas fritas, galletas, un sándwich de queso y jamón york, aquellos a quienes Josemari debía invitar a un desayuno o una comida, las reuniones a las que asistir para que notasen su presencia y su buena predisposición, poco a poco rogar un turno de palabra, explicar algo, preguntar mucho, que sintieran que alguien

les escuchaba. El lunes se reencontraron, Josemari y él, y Bravo le explicó su plan, sin apabullarle: este y este y este son los que más nos importan, señaló, los que más saben o a los que siguen más; los que tienen más poder, o cierto poder sobre el resto. Después este otro, este otro. En dos semanas organizan una sesión interna, para la asociación, pero se quedaron tan contentos que no creo que rechacen que vayas, aunque sea al final para tomarte un café. Pero hay que ir con cuidado, advirtió Josemari; llevan tanto tiempo sin que les hagan caso, que si de un día para otro aparezco allí a todas horas, les sujeto las pancartas, qué sé yo, van a desconfiar. Y eso no es bueno, interrumpió Bravo. Y eso no es bueno, un eco en Josemari. Hay que ser un poquito más sutil.

—No estaba mal, el relatito —Chus, de lado a lado de la boca el pollo picado de la albóndiga, el diente de ajo picado con basteza, un velo de cebolla y zanahoria y azafrán envolviéndole la lengua—. Pero lo que más me impresionó fueron las hojas con los comentarios de lectura de Basilio. Sin fechar, por desgracia, así que no sé cuándo... Algunas escenas las matizaba con las historias que había escuchado de sus amigos mayores, como si la historia del tío Mariano la continuase, en cierto modo. Comparaba una descripción con un pasaje de Proust, otra con un poema del propio Mariano... Lo había leído todo, Basilio, y lo recordaba todo. Habría sido un profesor magnífico, si se hubiera puesto a ello, si hubiese movido algún hilo, mira mi padre. Y sentí algo tristísimo, pero a la vez muy emocionante, muy bonito, qué adjetivo tan gastado. El relato de mi tío abuelo, ¿cuántas personas lo han leído? Escribía y escribía, este hombre. ¿Para quién o para qué? ¿Quiénes sabían de este cuento? Los amigos que se lo publicaron, Basilio, yo. ¿Tiene sentido? Igual piensas que no —Chus recogió el gesto de Bravo: no—, y yo en algún momento me lo planteo, también. Pero repasando las notas de

Basilio, esas hojitas en las que desarrolla su propia versión, o en las que enlaza unos pasajes con otros de otros autores o de otros poemas, entiendes que sí. Una sola persona lo justifica todo.

9

MAYO DE 2004

Cuando los jueves Bravo le salía al paso, y Chus aceptaba porque cualquier escenario le apetecía más que regresar a casa, Chus guardaba silencio ante la degradación de su colega, sus visitas al baño, los billetes en la barra de la discoteca —qué haces aquí, se reprochaba a sí mismo las primeras noches, esto no quedó atrás— para pagar los chupitos y las copas de él y de su amigo y de la chica que tocase y de las amigas de la chica que tocase. Callaba, igual que cuando le explicó qué pretendían Josemari y él para ascender —situarnos, insistía Bravo en forzar el eufemismo—, igual que ante todo lo que le despertaba rechazo o conflicto: a Chus le gustaba la tranquilidad, aunque le obligara a tragar saliva y desviar la mirada. Pero esa noche se trataba de él. Ya está bien por hoy, y Chus pidió la cuenta al camarero. Desconcertó a Bravo: ¿ya acabamos la noche? Ya acabamos la noche, y Chus entregó veinte euros, quédate con el cambio, y dejó a Bravo con el resto del plato.

Sentado en la cama en la que durmió Basilio desde que un juez ratificó el divorcio, décadas de muelles imponiéndose al fieltro y el tejido, en torno a la estructura de la cama varias pilas con los libros que su maestro guardaba en el dormitorio —para Chus, para la biblioteca, para que el librero compensase su generosidad—, sobre la colcha los documentos que iba rescatando —folios con comentarios de lectura, algunos poemas, recibos del supermercado, citas de especialistas médicos—, en ese entorno Chus se planteó aprovecharlo, que el disgusto sirviera para algo más que una

invitación que no pretendía; le he pagado la cena a Bravo, se arrepintió. Había retomado la escritura después de Navidad: con la llamada de Benjamín para la mesa de Madrid se había acostumbrado a leer, reflexionar, preparar su intervención, de vez en cuando seleccionar uno de los archivos —un documento por escena— y releer, modificar una expresión, dulcificar una cacofonía, levantar incluso un episodio nuevo. Con su propuesta, Benjamín le había tendido la mano para corregir su error —demasiado ambicioso, demasiado ambicioso antes de tiempo—, le había señalado el camino para incorporarse de nuevo al reino del que le habían expulsado. Pues salvo la lujuria —también, un poco—, Chus había incurrido en todos los pecados capitales, y una fuerza le había castigado con su tránsito por el desierto, el fiel amigo que en el pasado le brindó su confianza perdonaba su deslealtad, la rapidez con la que corrió de su sello modesto a los brazos del capital, en cuanto se vendieron unos pocos ejemplares y asomaron las reseñas. En aquellas noches Chus releía a Henry James, recreaba sus intervenciones lucidísimas, visualizaba a su contertulio —ignoraba quién: no le importaba— rendido ante su ingenio, al moderador arrojando al fuego de la estulticia su guioncito, al público aplaudiendo con fervor, agotando los ejemplares en la mesita a la puerta de la sala. Estrecharía las manos de aquellos a quienes conocía por los libros o los suplementos, en la cena brindaría con ellos, de igual a igual, participando en la misma conversación, una idea a la misma altura de la otra: atrás quedaría la decadencia de la tertulia de Manolo, con aquellos amigos a los que quería, pero que le servían poco más que para no aburrirse, o de los recitales de los alumnos de Morand, que a cada poema malo y a cada cuento malo y a cada arenga de su profesor hundían más y más a Chus. El futuro le despertaba las ganas de escribir: conseguía un párrafo a veces,

otro párrafo otra, mucho más de lo que había avanzado en los últimos años. Hasta que ocurrió lo que ocurrió —le costaba nombrarlo—, y se canceló el viaje, y con el viaje la actividad, y Benjamín dejó de responder a sus llamadas y a sus mensajes de correo electrónico, y su presencia incomodaba tanto a Lucía —no al revés, más bien la propia presencia de Chus, su existencia, le dolía a él mismo— que evitaban coincidir.

No podemos seguir así, oyó la voz de Lucía; Chus cerró el solitario —a punto de ganar— para prestarle atención. Había calculado mal: los fines de semana ella variaba sus planes, quedaba con su familia y sus amigas, también con la tía Isabel —inventaba excusas que justificasen la ausencia del sobrino—, alargaba la tarde del sábado en el baile. Aquel domingo, sin embargo, entre la comida con sus padres y el café con quien tocara, Lucía pasó por casa para lo que fuese. No podemos seguir así, Chus, hay que hacer algo. No contestó. ¿Estás despierto, me oyes? Dijo que sí, pero no abrió la puerta. Va para dos meses, y esto no es cómodo para ninguno de los dos. Nos podemos organizar para convivir y yo me puedo ir de puente o de fin de semana, y tú encerrarte donde Basilio, pero no tiene sentido que alarguemos esto. Chus se había levantado de la silla, apoyaba el cuerpo en la puerta, la oreja en la madera: Lucía se acercaba a la habitación, cada fonema vibrando en el aglomerado, orrrrrgannnizzzzarrrrrr pppppparrrra ccccconnnvivvvvirrrr. Tú qué sugieres, planteó Chus. Qué quieres hacer con tu vida. Lo planteó Lucía, así: qué quieres hacer con tu vida. Hablé con tu tía Isabel, escuchó Chus, y cualquier otra respuesta le habría transmitido mayor calma. ¿No te planteas volver a la universidad? Podrías escribir mientras, los libros que quisieras. Pero la plaza de tu padre queda libre, y parece... Él no estaba muy por la labor, iba a ser para ese chico que lleva tanto tiempo esperando, pero tu tía... Tu tía lo ha

hablado con él, como ha podido, y con Sánchez Rueda. Ya sabes que la mujer y ella se conocen. Habría... habría alguna posibilidad. ¿Por qué no lo piensas? Una plaza enseñando literatura, lo que más amas: aunque no sea el periodo que estudiaste. Ocupar tu tiempo, ganar tu dinero. Seguro que te inspiraría. Y cuando esté todo encauzado, tratamos lo que tengamos que tratar.

La habitación de Lucía: él mencionaba aquel cuarto con esas palabras, la habitación de Lucía, desde que ella misma dejó de referirse a él como la habitación de los niños, consciente del paso del tiempo, o la habitación del niño, la imposibilidad. Se sabía de memoria el cuerpo de Lucía, Chus, al principio imaginándolo bajo el uniforme o los vestidos de los fines de semana en el Casino, más tarde recompuesto en sus primeras citas —si tocaba un poco por encima de la falda, sabía ya de sus muslos, de su pecho, sumaba un elemento y otro y otro—, por último completo, desnuda una tarde en la que su tía había salido a misa y su padre regresaría por la noche de sus conferencias: ahí unió Chus todas las piezas. Había cambiado con los años, desde la adolescencia hasta casi los cuarenta, algo más ancha, pero no demasiado; sustituyó el deporte por el baile, se preocupó siempre de su alimentación, prefería caminar al taxi o el coche. Qué hermosa Lucía, de la misma belleza serena y canónica que el resto de las chicas de su colegio o del Casino —primas lejanas todas entre sí—, y qué aburrida también. El sexo siempre les había costado, incluso al descubrirlo. No se trataba de pudor —les ganaba la curiosidad—, sino de asuntos que a Chus le costaba hasta pensar, y que por eso desconozco. En su primera novela incluyó una escena en la que el protagonista recordaba una de las primeras ocasiones en las que se había acostado con su novia del instituto: describía a la chica inmóvil, cerrando los ojos y apretando los labios, sin que él preguntara. En la segunda, un amigo —un secundario— contaba que

su novia se quejaba del dolor con una interjección que había aprendido a separar del deseo, la marca para detenerse y separarse. Durante la licenciatura, cuando Raquel empezó a aparecer y a desaparecer, y Chus con ella, Lucía y Chus se alejaron; tras la boda se acercaron de nuevo, lo justo para intentar que ella se quedase embarazada, hasta que asumieron que no sucedería. Cuando la televisión emitía reportajes sobre niñas chinas y niños rusos, Lucía seleccionaba cualquier otro canal. A Chus no le ilusionaba convertirse en padre, y él mismo no detectó que el carácter de Lucía variara más allá de un chasco, un regalo del amigo invisible escogido con desgana, una salida arruinada por la lluvia. Chus había olvidado la última vez en que Lucía y él habían tenido sexo, aunque ella siguiera desnudándose ante él con naturalidad, para cambiarse de ropa, y él evitara el gesto para ahorrarse la vergüenza. Ella nunca le buscó, él tampoco a ella: Chus pensó en alguna infidelidad, relaciones con compañeros de trabajo o de baile, no la habría censurado porque para él Raquel estaba y no estaba, cuando ella quería y él quería, cuando ella quería aunque él prefiriese que no, también al revés. El equilibrio: Lucía y él lo mantenían. El respeto, también: Lucía llamaba a la puerta del despacho si Chus decidía cerrarla, esperaba a que él le concediera el permiso para abrirla, jamás entraba en su ausencia; quería confiar, no identificaba a Lucía —tan discreta, tan gris— con alguien que fisgonea en los cajones y las libretas. Chus actuaba así, y desde que aceptaron que no la ocuparían camitas ni cunitas ni alfombritas de juegos, la habitación se la quedó Lucía: dos armarios más —ropa, zapatos—, una bicicleta estática que prefería mover al salón, frente al televisor, y estanterías en las que no colocó libros ni portarretratos, sino cajas cerradas. El contenido lo ignoraba Chus, pero de Lucía no esperaba nada que le interesase.

Distinguió un ejemplar de su primera novela sobre una caja abierta. El lomo fino por el papel tan barato, el título con tipografía generosa —*De sus labios*— y su nombre con tipografía pacata —Jesús de la Fuente—, el logotipo de la editorial de Benjamín añadiendo «Literaria» para separar la colección de los libros académicos, el detalle del retrato de Henry James por Jacques-Émile Blanche que habían escogido para la cubierta, la mano izquierda del escritor en su costado, sujetando la cadena del reloj de bolsillo. Sintió nostalgia, Chus: el hambre de la escritura, robando concentración a la tesis y disponibilidad a Lucía y a Raquel, la ilusión con la que había enviado su novela a unos y a otros, la decepción de los rechazos, la resignación con la que aceptó la propuesta de Benjamín y más tarde el gozo, viajar a Madrid para encerrarse en el despacho a buscar una cubierta, recibir los ejemplares, la presentación en su ciudad, al mes y algo la llamada de Benjamín: no sé qué está pasando, Chus, ¡el boca a oreja!, pero hay un goteo de ejemplares vendiéndose, uno aquí y otro allá. Tomó en sus manos el ejemplar, nuevo, y le estremeció el gesto de Lucía: esto eres, le recordaba su mujer allá donde se hubiera marchado, la pastelería en la que solía merendar con sus amigas, la sala de cine en la que pediría a sus sobrinos que no pateasen el respaldo, Lucía invitándole a no renunciar a su identidad. Desplegó las solapas: un ejemplar, y otro, y otro, todos nuevos, un ejemplar, y otro, y otro, treinta fuera de la caja, en los créditos de cada uno el indicativo de la primera edición —octubre de 1995—, ni rastro en el exterior de que la hubieran enviado, sin el albarán que expedía la secretaria de Benjamín, en el panel de la caja el logotipo de la fábrica de envases del polígono, como si la hubiesen comprado en la papelería cercana. Chus repitió la operación con la otra caja, en el suelo, entreabierta también: desplegó la solapas, ejemplares hasta treinta, otra vez, de

la primera edición, sin albarán. Otra caja en el suelo, esta cerrada: arrancó con rabia la cinta adhesiva, con rabia las solapas, treinta ejemplares, primera edición, sin albarán. Le costó bajar una de las cajas de la estantería, tan pesada: en el interior menos libros, porque los guardaban en sobres; todos dirigidos a Lucía Casado Varela, a su despacho en la diputación, en un paquete un ejemplar con la factura de una librería de Madrid, en otro dos ejemplares con la factura de una librería de Bilbao, en otro un ejemplar enviado desde Salamanca, otro desde Granada, así hasta veinte. Chus repitió el proceso caja a caja, la bajaba de la estantería al suelo, la abría, tomaba un sobre y se fijaba en el remite: librerías de todo el país atendiendo al pedido de Lucía, un ejemplar o dos o tres de la primera edición de *De sus labios*, postales, marcapáginas, facturas y recibos, notas que deseaban una feliz lectura, Chus devolvía los volúmenes al sobre, perdió la cuenta a la décima caja. Se negó a abrir el resto, consciente de lo que encontraría. Por sus cálculos, acaso quinientos o seiscientos ejemplares de su primera novela, los que despertaron el entusiasmo de Benjamín y la curiosidad de los críticos, aquellos dos veranos en los que Lucía sugirió unas vacaciones más modestas porque varias amigas se casaban y merecían regalos generosos, Chus tomó en sus manos un ejemplar de su primera novela, rodeado de cajas vacías y cajas llenas y paquetes, y le estremeció el gesto de Lucía: esto eres, le recordaba su mujer.

A qué templo se dirige hoy tu fervor, preguntó don Jesús, y de la boca del catedrático a la mejilla de su hermana una esferita de ternera y zanahoria y guisante y miga de pan y saliva; Isabel la contempló salir de entre los labios, la cabeza de ella inclinada para escucharlo mejor, primero, girándose para evitar que impactase con su rostro. Contra ahí disparó: justo donde Isabel estudió que se localizaba el músculo risorio. Tomó la servilleta del regazo, y fingió limpiarse la comisura; captó la bolita y al retirarla la aplastó contra la tela. Qué asco, Isabel para sí. En treinta y cinco años apenas habían comido o cenado juntos más que en las fechas señaladas —el cumpleaños de Chus, Navidades— por guardar las formas. Isabel lo prefería así: Encarni preparaba la comida según sus indicaciones, dejaba lista la cena para que bastase un golpe de calor, raciones suficientes desde el viernes hasta el lunes. Cuando el niño vivía con ellos, Isabel esperaba a que regresara de las clases para comer el uno frente a la otra. Ya entonces su hermano prefería algún restaurante cerca de la facultad; le interesaba más la compañía de otro profesor, de un técnico de alguna administración, cualquiera al otro lado de la mesa en lugar de su hijo y su hermana. Por las noches, para cuando Jesús regresaba de la calle, de alguna de sus clases o seminarios o tertulias o cenas para generar contactos o asentarlos, Isabel ya dormía —respiraba fuerte— con la digestión hecha.

Voy a San Marcelino, contestó ella, fastidiada. Cada cual con lo suyo, asumió el catedrático incluso sin pisar la facultad, en su adolescencia aún, cuando su hermana se despedía a media tarde para acudir a la iglesia con tiempo suficiente. A qué extrarradio confiarás tu suerte, y Jesús golpeó con la yema del índice en el borde de su vaso casi vacío, pam, pam, con firmeza suficiente como para que Isabel —añojo estofado con menestra— se sintiese aludida. Lejos, antes de los polígonos, y ella tomó la botella, un par de dedos más de vino para su hermano; yo creo que nunca habrás estado allí. ¿Donde las casas aquellas del obispo para los pobres? Al lado contrario, corrigió Isabel, pero han pasado cincuenta años ya. Que Dios te proteja, ironizó Jesús. Yo voy con cuidado, del autobús a la parroquia y de la parroquia al autobús, respondió Isabel, y para sí: menudo imbécil. Su hermano rechazó la naranja que le ofreció Isabel —mejor: no le apetecía pelarla—, engulló un yogur de pie, cinco cucharadas frente a la nevera cerrada, y desapareció. Ella recogió la cocina, limpió los platos y los vasos y los cubiertos, se apresuró para sentarse ante el televisor el rato que durase la novela, y al terminar subió a la habitación; encendió la radio para no dormir sola sus quince minutos de siesta. Reconoció la pieza que sonaba. A veces, cuando no lograba el sueño, apartaba la preocupación recreando qué imaginarían del futuro aquellos hombres: los compositores que figuraban en el tríptico que le entregaban un jueves al mes en los conciertos de la orquesta, las biografías que glosaban en los programas que más le entretenían. Quienes cada día se tumbaban después de comer sobre la colcha, junto a ella, quienes amainaban su furia o la encendían, ¿proyectaban con las paredes forradas de terciopelo, alturas de cuatro pisos, molduras de yeso policromado sucias del humo de otros tiempos más libres, auditorios con una pieza de joyería lucida en cada una de sus

cientos de butacas? ¿O en algún palacio centroeuropeo alguien bosquejaba una línea de melodía y conectaba con Isabel Guzmán Espinosa, trescientos años después, su pelo cardado y sus cuadritos de pierrots sobre el sifonier? ¿Esa sinfonía, señor inmortal de la peluca blanca, la compusiste para ella?

Media hora, tres cuartos de hora entre el paseo a la parada de autobús, y el trayecto en autobús: solía emplear ese tiempo para desplazarse hasta cualquiera de las iglesias en los barrios. Isabel concebía como barrio todo punto geográfico que le exigiera más de quince minutos de paseo. Si aumentaba la distancia, si le tocaba una parroquia más al norte o más al sur —las del oeste se las había prohibido—, si debía caminar hasta las marquesinas de los grandes almacenes en lugar de las de la plaza, sumaba diez minutos, quince; no le importaba anticiparse, y esperar en su destino. De misa diaria, Isabel; ya lo sabéis, ya lo he contado, desde su adolescencia en soledad o acompañada por su madre, y luego en la vida con su hermano y con su niño Jesusito mi príncipe, al principio por las mañanas para evitar la soledad a su sobrino, por las tardes al fin cuando él creció. Casi siempre en el templo a dos calles de casa, salir y torcer y torcer y torcer y arrodillarse; hubo un momento en el que la idea le cambió, y se iniciaron las que Chus llamó —con más desprecio que ironía— Las increíbles aventuras de Isabelita Guzmán: su tía cruzando la ciudad, del centro a los barrios de las afueras, en busca de santos y santas y vírgenes y cristos. Isabel sonreía al escucharlo, pero no le encontraba la gracia ni el sentido, como a tantas otras cuestiones.

Limpiada la encimera y barrido el suelo de la cocina, llorada la serie y reposada la siesta, Isabel Guzmán Espinosa se lavó los dientes, se palpó la tela de la blusa y estrechó la medalla contra la piel tirante sobre el esternón, tomó su bolso con lo imprescindible —

sacó del monedero la tarjeta del banco, la sanitaria, el documento de identidad; lo guardó con algo de suelto y el bono del autobús, también un paquete de pañuelos y una bolsita de caramelos de menta—, cerró el portón de la casa y echó la llave. Miró a un lado y a otro, tiró para sí en un acto reflejo, asegurándose de que la puerta encajase; salió de su calle pequeña a la calle grande que desembocaba en la plaza, y la cruzó, y buscó la parada del autobús que la conduciría a la parroquia de San Marcelino. Esperaban un par de mujeres, quizá no para su mismo recorrido, sino para otro de los de los barrios hacia el este; lo comprobó cuando se detuvo el vehículo, y abrió la puerta de entrada, y accedió una de ellas y otra no, y después Isabel, y dos chicas con el pantalón de tiro bajo y el ombligo al aire y en el ombligo un pendiente cada una —una bola verde flúor, una mariposa de acero quirúrgico—, y tras ellas un hombre con una camisa de manga corta, de tela finísima por los lavados, y una bolsa con paquetes de arroz y macarrones. El itinerario ya lo conocía: calle cuesta abajo, derecha, calle larga hasta el río, izquierda hacia los barrios nuevos, atrás las casas de los amigos de sus padres, ante ella los bloques de protección oficial y las promociones urbanísticas con garaje subterráneo, izquierda hacia la avenida del antiguo matadero, en la rotonda del cementerio a la derecha, y el bolso contra el estómago, una calle interminable con un tramo en el que los bloques recibían con las puertas arrancadas, la ropa tendida, las sillas de playa en lugar de los bancos, izquierda, ahora las casitas bajas donde reubicaron a los pobres cuando Franco —los hijos las han reformado, incluso tiraron algunas para levantar otra planta—, derecha, el asfaltado a parches, San Marcelino.

Tras bajarse del autobús en la parada del lateral de la iglesia, Isabel caminó unos metros hasta la plaza. Como cada día desde hacía treinta y cinco años, pasó de largo. Escogió un banco vacío de

la plaza: miraban a las fachadas, una farmacia y una mercería y un supermercado y la asociación de vecinos y un teatro que ha leído que cerró. Isabel se sentó —la cadera en el respaldo, la espalda contra el reposabrazos— girada hacia la parroquia. Se llevó a la boca un caramelito de menta, cruzó los dedos de las manos y las manos las estrechó la una con la otra, sobre el regazo, y esperó la llamada de Dios: como cada día, no escuchó nada. Cuando se abrió la puerta y distinguió al primer feligrés, y al segundo, y al tercero —menos conforme pasaba el tiempo, más viejos, como ella—, se incorporó y deshizo su trayecto hasta la parada de autobús; esa línea moría y nacía en el mismo lugar, aunque Isabel Guzmán Espinosa prefiriese la literalidad al símbolo. Aguardó la llegada del vehículo, subió la primera y escogió el asiento junto a la ventanilla, en la segunda fila del fondo. El regreso al centro se demoraba, porque la vuelta no discurría junto al río, sino en el interior de la ciudad: más barrios nuevos, más edificios ocultando otros, avenidas en obras, bajada en los grandes almacenes. Había anochecido cuando Isabel cruzaba el bulevar hacia su casa. Empujó el portón —dos vueltas de llave: su hermano no había regresado aún—, devolvió los documentos a su monedero y dejó el bolso sobre el mueblecito, para la salida del día siguiente. Sin demasiada hambre, partió algo de pan y algo de queso, tomó una manzana y un vaso de agua, lo colocó todo en una bandeja y subió las escaleras hasta su dormitorio. Cenaría en su habitación. Tras la puerta se oyeron la cerámica y el vidrio y el acero ligeros contra el plástico, el plástico contra la madera, el *Concierto para piano n.º 2* de Rajmáninov.

En los barrios resultaba fácil: allí nadie la reconocería, allí no coincidiría en el autobús con la madre de un amigo de infancia de su sobrino, con el hijo de un compañero de su hermano, con nadie que la tocara —hombro, antebrazo— y preguntase su nombre, con

desconcierto. Si el clima lo permitía, Isabel se sentaba a esperar. Casi todas las iglesias que se habían levantado en las últimas décadas, conforme se levantaban alrededor la paja, el barro, se abrían a una plaza; y en todas las plazas se sembraban árboles, bancos, el busto del obispo, en torno a ellas más casas, los colegios, una cafetería que por la tarde permitía entretenerse con una infusión o un refresco cuando tocaba demasiado frío o demasiado calor. Hubo un momento en el que se aburrió de rondar el mismo paisaje, o en el que se aburrió de esperar, y probó con las advocaciones: triduos y novenas en honor al titular de cada parroquia, por las que empezó a recorrer la ciudad buscando la ayuda del protector de turno; santorales, ofrendas o la excusa de un templo lo suficientemente lejano como para exigirle un desplazamiento largo, con el sacrificio —un transbordo— que eso conllevaba. Los barrios del norte, del sur, del este; los del oeste no. Las tardes en las iglesias del centro, sin embargo, Isabel corría el riesgo de toparse con su hermano camino de alguna reunión, o con su sobrino camino de alguna actividad, o con algún conocido que se lo comentara; ya alguna vez Lucía la descubrió refugiada en una confitería, los nudillos en el cristal grueso de la ventana, la sonrisa de quien no sabe que molesta, tía Isabeeeeeeeel. A partir de entonces, siempre que se movía por el centro, Isabel tomaba la precaución de escoger una mesa alejada de la ventana y sentarse de espaldas a la puerta, de cara a la pared.

¿Por qué no quedarse en casa? Salvo que su hermano Jesús hubiese olvidado algo y regresara, salvo que su sobrino necesitase ir al baño o encerrarse consigo mismo, estaría sola. ¿Alguien le habría pedido explicaciones? Su hermano intentaba ridiculizarla, como si la fe en el espíritu de Isabel valiera menos que la fe en la literatura de Jesús. Pocas cosas tan tristes, se decía ella, que un tonto actuando como si fuera listo; eso que pensaba no lo compartía con nadie,

porque tampoco tenía con quién, y le bastaba con saberlo ella. Aunque Chus le prestaba cierta atención —su desapego lo compensaba Lucía—, y la visitaba algún día entre semana, y almorzaban juntos cada sábado, nunca abordaban ningún tema que no se relacionase con las angustias profesionales de su sobrino, con la ambición de escribir o con la desesperación de no escribir, con esa agenda de sillas plegables en salones de actos y cañas de después que no se alejaba tanto de la de su padre. Desde pequeño, Chus se había mostrado incapaz de comprender la realidad si no se la inventaba. El intercambio con Encarni se limitaba a lo profesional, la casa limpia y el frigorífico lleno, y el contacto con sus amigas —¿sus amigas?— lo perdió. El trato con las madres de los compañeros de Chus —recuperaba el nombre con la época— no rebasó la cordialidad. Vivía sola, en esencia.

No sabría fijar el inicio de su crisis de fe. ¿Cuando murió su cuñada, en los primeros días con Chus llamando a su madre y rechazando a los demás? ¿Quizá más tarde, conforme su sobrino crecía, intentando conducirlo hacia la persona que debería ser, y fracasando? ¿O antes, en alguna mañana al despertar en su celda y preguntarse qué ocurría fuera, o incluso en alguna mañana en su dormitorio de adolescente o niña, al preguntarse qué ocurría dentro? Isabel asistió a misa cada día, o al menos lo intentó: hasta la comunión de Chus entraba en la iglesia y repetía las indicaciones del sacerdote, se incorporaba cuando la liturgia lo imponía, ofrecía su mano a la mano de quien se sentara en la fila anterior y en la fila posterior, pero una vez su sobrino comulgó y se desentendió de las misas del domingo —no recordaba Isabel otra ocasión en la que el padre hubiese apoyado tanto al hijo—, Isabel no le obligó a acompañarla. Desde ese momento conservó su rutina, pero sin traspasar la puerta. Quizá las dudas hubieran surgido antes, me

planteo. Qué buscaba Isabel ingresando en un convento, la movían la fe o la soledad, la incomprensión de lo que la rodeaba, o todo lo contrario: el entendimiento preciso de la situación a la que la conducían. O las preguntas brotaron con ingenuidad, contemplando el mundo del que había huido: el aislamiento de su hermano, la enfermedad de su cuñada, la orfandad de su sobrino, cómo exigir bondad y resistencia a quienes golpea la crueldad, cómo prescindir de la rabia que mereces. Lo planteó a su confesor en aquel tiempo, cuando se paralizaba frente a la iglesia, incapaz de entrar, sin motivos para entrar. Él la había llamado por teléfono, estás bien, Isabel, hace mucho que no te vemos con nosotros, y ella titubeó, tengo mucho que hacer, muchas cosas con la casa y con el niño, hasta que le explicó: y tengo dudas, muchas dudas. Isabel le explicó justo todo lo que he escrito. Recibió ánimos: sé fuerte, Él te llamará. Isabel confió. Desde entonces, treinta años ya, se sentaba cada día en el banco frente a la iglesia, se sentaba en una mesa del bar junto a la iglesia, se concentraba en recibir la llamada de Dios, y a cambio obtenía nada.

Aquella excursión al campo que su hermana y ella habían preparado con mimo, los bocadillos de pechuga empanada, uno con muchas lonchas de jamón y tomate restregado para su marido, botellas de agua fría y latas de cerveza, los dos coches —cada uno con su matrimonio y su par de hijos— alejándose de la ciudad, dejando atrás el barrio periférico, la urbanización de casas bajas con piscinas elevadas, la cárcel, una extensión de tierra seca en la que nadie había construido todavía, aparcaron junto a varios coches, caminaron hasta unos árboles que marcaban la orilla del río; se sentaron allí. Extendieron una sábana vieja para no mancharse, su cuñado entonó una canción antigua, entonces oyeron a su sobrino gargajeando: se le escapaban dos lágrimas, empezó a costarle respirar, la hija de Rosa señaló uno de los bocadillos, el niño —demasiado pequeño— había tomado el de jamón, había tragado sin apenas masticarlo, la veta de grasa atascada en la garganta; el padre con la mano contra la espalda del niño, el esfuerzo del niño —sonaba la aspereza— para sacarse la comida, la madre gritando y llorando, la hermana y los hijos de Rosa llorando también, el marido de Rosa tomando al niño por la cabeza, abriéndole la boca, una pinza de pulgar e índice dentro de la boca, hacia la garganta, anunció tengo el principio, el niño se arqueó por una náusea, el marido de Rosa hurgó hasta alcanzar la mitad de la veta, tiró, vomitó su sobrino, el marido de Rosa exhibió ante los demás el

tocino, la sangre, su cara y su camiseta de Toldos Martínez cubiertas de pota, el niño exhausto, tragando aire por fin.

No entendí la lógica de Rosa, todo en lo que pensaba golpeando la puerta del cubículo de Fernández Cortés, consultando su horario de clases, recorriendo los pasillos de las aulas pequeñas por si se lo cruzaba, bajando las escaleras desde el departamento a la planta de entrada —ahí nos miramos—, recorriendo los pasillos hasta la cafetería, la biblioteca, asomándose al cuchitril de Puri, hoy no ha venido, le digo que te busque, de vuelta al departamento, la planta de los pies contra la base de la silla de oficina, inquieta. No la entendí hasta identificar que trataba de calmarse evocando el peor momento de su vida: aquella mañana en la que su sobrino casi murió ahogado. Todo lo que Rosa presentía, todo lo que sucedió después, lo amainaba —siempre hay algo peor— su sobrino a los cuatro años reponiéndose junto a un tramo profundo en el que el río se estrecha, y se convierte en arroyo, más humilde, más débil también, Rosa trayéndolo con la mirada fija en el cielo, una nube con forma de bocadillo de jamón envuelto en papel de plata, Rosa lo evitaba cuando escuchó:

—Me ha dicho Puri que suba, que me buscabas.

Jose Antonio, y le pidió ven conmigo, y Fernández Cortés caminó tras Rosa hasta el Departamento de Español, saludaron a la administrativa, le tendió a Rosa unas llaves, Rosa abrió la sala de reuniones: melliza de la suya, su Siglo de Oro donde su literatura isabelina, Cervantes y Lope y Quevedo porque el director de departamento se había especializado en conceptismo; el profesor se entretuvo comparando dónde un mueble de ellos, dónde otro, mientras Rosa le encerraba.

—La plaza no es para ti, Jose Antonio. Se la dan al hijo de Guzmán Espinosa. Yo había estado preparándolo todo con Conchi, y

esta mañana al poco de llegar me ha traído otro perfil nuevo, con otros méritos distintos, que no coincidían con los tuyos. Le he preguntado y me ha dicho que había novedades, pero que no podía contarme más. Que revisase si estaba todo correcto para presentarlo, porque lo tenéis que aprobar en el consejo de departamento. Yo me puse tan nerviosa, tan nerviosa... No entendía nada. Es tan injusto... Revisé los méritos y me fijé en que eliminaban docencia, se centraban en la literatura victoriana y el modernismo, valoraban las actividades y las publicaciones fuera de la universidad... Tapia Navarro se acercó porque me notó, bueno, se me salía del pecho el corazón. De lejos vio los papeles. Nos encerramos en su cubículo, los leyó y me dijo que esa plaza estaba hecha para el hijo del catedrático, que apestaba. Lo siento mucho, Jose. Yo... yo te quería avisar.

Fernández Cortés, por dentro: esas jornadas sobre Espronceda coincidieron con unas nuestras sobre Shakespeare, se nos adelantaron al solicitar el aula magna, Guzmán Espinosa amenazó a su homólogo de Española con bloquearle la financiación del ayuntamiento, Sánchez Rueda le tranquilizó porque a nadie en Inglaterra le importaría lo más mínimo qué aportarían desde una facultad de provincias en una ciudad que en nuestro país costaba situar en el mapa, y sin embargo resultaba de mayor pertinencia cuanto se opinase en el mismo lugar, a hora aproximada, sobre un poeta en quien por otra parte ecos tan fuertes de Byron resonaban; el catedrático desplazó su ira hacia su compañero.

—¿Qué ha dicho Raquel?

—No está metida. Estaba... estaba destrozada. Ha llorado muchísimo. Repetía: qué pesadilla, qué pesadilla. No sabía que te tuviera tanto cariño.

—Muchas gracias, Rosa. —Pausa—. Gracias de corazón. —Más larga—. ¿Me dejas solo? —Más larga todavía—. ¿Te importa? —Rosa: por supuesto, yo me voy a casa, estaba haciendo tiempo por si te veía, llámame si necesitas algo, mi teléfono lo tienes—. Gracias, Rosa.

La administrativa, su pensamiento, se desvaneció.

Rosa cerró la puerta y Fernández Cortés intuyó el ritual, y yo con él: Rosa devolviendo las llaves a su colega, se ha quedado dentro, cierra tú, sus pasos hacia el departamento para recuperar su bolso, el profesor calculó lo que tardaría en marcharse del edificio. Para distraerse, para no pensar en lo que acababan de contarle, tomó algunos de los libros desperdigados en la mesa de la sala de reuniones de Española: los acabarían de recibir, un anuario de estudios dieciochescos, las comunicaciones de unas jornadas sobre el amanecer de la autoría en la literatura medieval hispánica, tan irrelevantes como todos aquellos artículos y todas aquellas conferencias y todas aquellas reseñas que jalonaban su currículo y en las que había invertido la mitad de su vida. «El arte nuevo de hacer teatro en *La comedia nueva o El café*, de Leandro Fernández de Moratín», «Decir *yo* en los *Milagros de Nuestra Señora* o la autoría vocacional de Gonzalo de Berceo», «A Fallen Angel from Hell: The Influence of Byronic Antiheroes in John William Polidori's *The Vampire*», «Saying What Should Not Be Said: Translation, Adaptation and Rewriting in the Spanish Translations of Lord Byron's *The Giaour*», cínicos creyentes en que sus reflexiones no servirían para más que el engorde de su ego. Pensando en su ego, en la utilidad y la inutilidad de todas las decisiones que había tomado desde que aprobó el acceso a la universidad y le animaron a matricularse en Filología Inglesa, pensando en las épocas en las que había simultaneado la carrera con todo tipo de trabajos, la carrera

con todo tipo de becas y todo tipo de trabajos, el doctorado, los contratos basura, las sobras que recogía cuando Jesús Guzmán Espinosa apartaba la bandeja, los favores al resto del departamento, pensando en eso Fernández Cortés abandonó la sala de reuniones, la administrativa ya se había marchado, se dirigió al Departamento de Filología Inglesa, abrió sin llamar la puerta del despacho del catedrático.

Hijo de puta, gritó: me lo acaba de contar Rosa, lo que me quieres hacer, hijo de la gran puta. El catedrático ignoró a su discípulo, actuó como si nada sucediera, la mirada en los folios, la mano derecha entre el libro abierto que consultaba de vez en cuando, para pasar las páginas, y la estilográfica con la que tomaba notas. Me tocaba a mí, insistió Fernández Cortés, cuántos años llevo tragando mierda en este departamento, con más méritos que nadie. Antes de entrar conviene llamar a la puerta, advirtió Guzmán Espinosa, parsimonioso; nunca sabes quién aguarda o qué te aguarda. Me tocaba a mí, se me acaba el contrato el curso que viene y me mandas al paro, esto es lo que me vas a hacer. La universidad, la vida, lo mismo en nuestra situación, no funcionan así —parada lacónica—, en unas ocasiones se impone la razón, y el catedrático prosiguió sin distraerse del libro y el cuaderno, y en otras debemos esperar a momentos más favorables, puesto que ninguna gesta heroica se ha logrado sin sacrificios. Sin sacrificios, recogió Fernández Cortés. ¿Crees que no me he sacrificado suficientemente todo este tiempo? Mírame a la cara por lo menos, ¿no? ¿No merezco que me mires a la cara? Mírame a la cara y explícame que después de todos estos años humillándome, aprovechándote de mí, tratándome como a tu esclavo, me vas a tirar a la basura para colocar a tu hijo. Guzmán Espinosa no contestó. Explícame que todos estos años a tu servicio no van a recibir una recompensa, y en

cambio sí los desprecios de tu hijo, su ignorancia. Guzmán Espinosa se limitó a contestar sí, eso es lo que ocurrirá, mientras avanzaba a la siguiente página. Jose Antonio Fernández Cortés tomó la grapadora metálica de la mesa de trabajo, y golpeó con ella la cabeza de don Jesús: uno, dos, tres contra la dureza del cráneo, los huesos rotos abriéndole paso hasta el cerebro, notó Fernández Cortés las salpicaduras de sangre, de sudor y de saliva, de una materia blanca viscosa, blandísima, que habría confundido con pasta cocida durante más tiempo que el indicado en el envase, notó las manchas en el polo de algodón, a motitas en la cara y el cuello y los antebrazos, insistió hasta que el catedrático dejó de moverse, vísceras y carne y líquido desperdigados por el despacho más grande del departamento. Fernández Cortés se fijó en la cabeza reventada de su maestro, y se consoló pensando en que ni en sus últimas palabras había recurrido a la verdad.

¿Pero qué has hecho, Jose Antonio? Acabas de matar a un hombre. Has asesinado al catedrático que distinguió en ti el fuego de la sabiduría, que te escogió entre decenas de alumnos de 3.º de Filología Inglesa para someterte a sus caprichos cuando yo enloquecí —no más que tú ahora— y dejé de servirle; en tu charla con Rosa te quedaba algo de futuro, unos años de paro, quizá la posibilidad de dedicarte a producir más artículos, más capítulos de obras colectivas, alguna traducción, ¡algún ensayo largo!, colaborar con el departamento mientras Sánchez Rueda se jubilaba, liberaba su sitio para ti. Pero nadie apoyará a alguien que golpea a otro académico con una grapadora hasta la muerte: alguien te delatará, alguien se fijará en tu polo turquesa teñido de cadáver, en tu piel oscura más oscura todavía. Jose Antonio: los de 5.º del curso pasado te nombraron padrino de su promoción, te regalaron una camiseta de las que vendieron para pagarse el viaje de fin de carrera, te

emocionó recibirla pero la guardaste en tu cajonera. Fernández Cortés pareció escucharme, quizá después de todo aquella conexión funcionara en unas y otras direcciones: con la tela del polo se envolvió la mano para abrir la puerta, cauteloso, se aseguró de que nadie deambulaba por la zona de trabajo de Rosa, en unas pocas zancadas la cruzó hasta su cubículo, la mano derecha bajo la tela, la izquierda sosteniendo la grapadora. Qué he hecho, incrédulo: me he jodido la vida. Localizó la camiseta —CLASS OF 2003 ON OUR WAY TO MALTA!—, y la guardó en su mochila; con ella al hombro salió de su cubículo, se dirigió con la misma rapidez al aseo del departamento: se quitó el polo, intentó lavarse el torso y los brazos y el cuello y el rostro y el cabello con el agua de la pila y el jabón líquido que Trinidad Sánchez Rueda se empeñaba en comprar, porque olía a rosas, frotó la mezclilla contra los restos del cerebro de Guzmán Espinosa, con papel higiénico secó las partes limpias y húmedas. Se miró al espejo: ningún rastro del crimen. Vistió la camiseta de sus alumnos, aprovechó la bolsa de una panadería en la que se la habían entregado para esconder la grapadora y el polo, y fingiendo tranquilidad, fingiendo toda la tranquilidad posible en su situación, abandonó el departamento.

Cómo actuar: no tengo escapatoria, sabrán que he sido yo. De cuánto tiempo dispongo hasta que alguien lo eche en falta, hasta que su hermana devuelva su cena al frigorífico, hasta que un alumno busque los mismos consejos que yo. Fernández Cortés descartó entregarse a la policía, y se planteó: si ya me he condenado, vagaré purgando mis pecados por las carreteras secundarias de la vida. Volvería a casa, prepararía el equipaje, sacaría todo el dinero posible en el cajero de la esquina y huiría en coche hasta que la sensatez lo permitiera.

—Fernández Cortés —asintió Guzmán Espinosa subiendo las escaleras al departamento, mientras Jose Antonio las bajaba, y sonrió, o al revés quizá.

¿Qué sucedía?

—Profesor —una respuesta mecánica, interiorizada al escuchar sus apellidos en la voz del catedrático.

Fernández Cortés se detuvo. El catedrático no, hasta el rellano en el que solía recuperar el aliento para continuar con el último tramo, resguardado de quienes desde abajo —desde el banco en el que solía yo pasar las horas— asistieran a su cansancio, el cuerpo demasiado grande, en apariencia demasiado frágil, renqueando en el último escalón.

—Me lo han contado. Me han contado lo que va a pasar.

—Te lo han contado... Ya. ¿Albergabas otras expectativas, quizá?

—Esa plaza era mía, profesor. Esa plaza... He hecho todo lo que había que hacer, todo lo que me pedías: alumno colaborador, beca del Ateneo, ayuda predoctoral y doctoral y posdoctoral, premios a mis méritos, con Rosa y con doña Isabel he hecho de secretario, incluso al ver que llevaba años sin publicar nada nuevo aproveché notas de los seminarios para generar artículos, los presenté en su nombre. He cumplido con mi parte. ¿Y ahora?

—Ahora toca esperar. La paciencia se considera una virtud en la religión, y por lo tanto también en la filología, el credo que profesamos. ¿O no te ha salvado la filología? ¿No te ha salvado la filología de la vida de tus padres, de tus hermanos? Sin la filología, ¿cuántos hijos te llamarían ahora, boqueando? Todos muertos de hambre, igual que tú mismo cuando yo te...

Guzmán Espinosa encontró la pared contra su espalda, las manos de Fernández Cortés en su cuello, un par de centímetros de distancia entre el suelo y la planta de los pies: tanta fiereza había despertado

en su discípulo que lo había empujado —lo apartó de la vista general, al mismo tiempo—, lo había arrastrado muro arriba, lo justo para que el catedrático moviera las piernas con torpeza, forzando el equilibrio; Jose Antonio cerraba las manos en torno al cuello, la punta de los dedos de la izquierda tocando la punta de los dedos de la derecha, como si el pescuezo del catedrático reaccionara estirándose, jibarizado. Fernández Cortés presionaba, presionaba, sus pupilas clavadas en las de Guzmán Espinosa, una sonrisa cortés, don Jesús incapaz de emitir cualquier palabra —un discursito ahora, venga, se regodeó Jose Antonio— o sonido que alertase de lo que ocurría, sentía la tráquea aplastándosele, él en su interior y Fernández Cortés en su voluntad, logró quebrarla y ya el catedrático encadenó varias convulsiones, suspiró, Jose Antonio lo dejó caer —sí que se escuchó el golpe—, completó el tramo que faltaba hasta el departamento: recorrería todo el piso superior, bajaría por la escalera de la fotocopiadora, saldría de la facultad por el lado contrario al de su casa.

Retomó sus planes justo en la pausa que le marcó la aparición de Guzmán Espinosa, resucitado. ¿Qué había sucedido? Atrás el departamento con el cadáver primero en el despacho, atrás el rellano con el cadáver segundo. En la mochila transportaba la grapadora y el polo ensangrentados, se había lavado en el aseo con el jabón que le gustaba a Trinidad, ahora le quemaban las manos —le temblaban— por la fuerza para estrangular al catedrático. ¿Había matado a Guzmán Espinosa? ¿La primera vez, la segunda, ambas? ¿Se trataba de una alucinación? Asomarme al pensamiento de Fernández Cortés, ¿implicaba también su realidad? Quizá no debería huir, se planteó dejando atrás el edificio: tampoco la comisaría, mejor el hospital, mejor urgencias; les explicaré qué ha ocurrido, para que me examine un psiquiatra. Sus pasos le guiaban hasta la

plaza de la facultad, la entrada contraria, para retomar desde allí el camino a casa, desde allí las calles en torno a la catedral, dejando atrás la catedral, hacia la plaza donde se celebraban las manifestaciones.

—Fernández Cortés —saludó el catedrático, su codo en la barra, un café y un pincho de tortilla—, le noto algo agitado.

En una de las tabernas no lejos de la facultad, muy cerca de la casa a la que tantas veces había acudido Fernández Cortés con la excusa de ayudar, clasificar libros, transcribir cuanto el catedrático dictara, en la barra de uno de esos bares, el catedrático disfrutaba de un almuerzo frugal y tardío, de una merienda gulosa, la manita libre de cubierto saludando a su discípulo: Jose Antonio no entendió su cráneo intacto, su cuello gordo. Se fijó en el tenedor. ¿Bastaría el tenedor? El tenedor en la cabeza, en los globos oculares, en la piel dura que protege las venas, con la saña de la grapadora, con la saña de sus huesos quebrándole los huesos, Fernández Cortés no se sintió con fuerzas para un tercer intento, levantó su mano para corresponder, se echó a llorar a la vuelta de la esquina.

10

JUNIO DE 2004

REUNIÓN DEL CONSEJO DEL DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA INGLESA

Día: 7 de junio de 2004

Hora: 18.30 h (1.ª convocatoria), 18.45 h (2.ª, en caso de ausencia de quórum)

Lugar: sala de reuniones del departamento

• *ASISTENTES*

Personal Docente e Investigador (8)

Cabrera Velasco, Antonio (catedrático) (P)

Cabrera Sánchez, Sonia (P)

Guzmán Espinosa, Jesús (catedrático, director) (P)

Ramírez Rejano, Concepción (P)

Rubio Rubio, Juan Pedro (P)

Sánchez Rueda, Luis (catedrático) (P)

Sánchez Rueda, Trinidad (catedrático) (P)

Tapia Navarro, Raquel (secretaria) (P)

Personal de Administración y Servicios (1)

Santiago Sanz, Rosa (P)

Personal contratado no doctor (1)

Rodríguez Thomas, Fernando (A)

Personal Docente e Investigador en Formación (4)

Belmonte de los Ríos, Miguel (E)

Bejarano Jover, Esteban (E)

Martínez Rodríguez, Manuel (E)

Rey Sánchez, Ruth (P)

Doctores contratados por proyecto (2)

Arroyo Valle, Carmen (P)

Fernández Cortés, Jose Antonio (P)

Presente: (P)

Ausente: (A)

Excusa asistencia: (E)

• *Acta del consejo del Departamento de Filología Inglesa 07/06/2004*

Orden del día

1. Lectura y aprobación del acta de la reunión ordinaria previa.
2. Congreso anual del departamento: temática 2004/2005.
3. Aprobación de convocatoria de plaza vacante.
4. Ruegos y preguntas.

• 1. LECTURA Y APROBACIÓN DEL ACTA DE LA REUNIÓN ORDINARIA PREVIA

Don Jesús Guzmán Espinosa da la bienvenida a los integrantes del consejo, en su calidad de director del Departamento de Filología Inglesa. Escribo esto primero de memoria porque no estaba

tomando notas todavía. Me acuerdo de que dijo que sería su penúltima reunión del departamento antes de la jubilación o la última, y que se despediría en la siguiente. Luego hizo alguna broma de las suyas y ya nadie se rio.

Todo lo que viene a continuación es lo que yo he intentado apuntar según pasaba. Pero tan rápido que hay cosas que no he visto bien que no he oído bien o que no entiendo mi letra y he tenido que suponer lo que se dijo por lo que recuerdo.

Toma la palabra Jose Antonio Fernández Cortés y pide que el acta no resuma las decisiones del consejo, sino que se transcriba cada una de las intervenciones de la reunión. Recibe el apoyo en su petición de don Antonio Cabrera Velasco y Juan Pedro Rubio Rubio. Rosa Santiago Sanz (yo) indica que no es posible apuntar tal cual se diga todo lo que se diga, y que aun así procurará que el acta sea lo más fiel posible a los asuntos que se traten, como ha venido haciendo en los cursos anteriores.

Se recuerda (yo) que el quórum necesario para constituir el Consejo de Departamento es de mayoría absoluta en primera convocatoria, es decir, de 9 personas, incluyendo la presencia del director y la secretaria. Da comienzo la reunión puesto que lo hemos alcanzado (somos 12).

Se aprueba por asentimiento el acta anterior rechazando que se organice de nuevo la carga lectiva de enseñanza de inglés como segunda lengua en el resto de licenciaturas, que tanto este curso como el próximo soportan por completo los becarios (PDIF). Concepción Ramírez Rejano recuerda que es algo que tiene que

revisarse porque las cosas han cambiado desde entonces en el departamento.

• 2. CONGRESO ANUAL DEL DEPARTAMENTO: TEMÁTICA 2004/2005

Concepción Ramírez Rejano toma la palabra para anunciar que la temática del congreso anual del departamento para el próximo curso se ha modificado. Aunque don Jesús Guzmán Espinosa y los profesores Jose Antonio Fernández Cortés y Raquel Tapia Navarro estaban trabajando en un congreso sobre la elaboración ficcional de la autobiografía en la literatura romántica inglesa, la jubilación de don Jesús y los próximos cambios en el departamento ha obligado a replantearlo. Como la financiación de instituciones ya se había conseguido, Concepción está trabajando con don Jesús para coordinarse con ellas. También ha contactado con personas expertas (me pide que lo escriba así) que vendrán para hablar sobre feminismo y conciencia racial en la literatura estadounidense desde el medio siglo hasta nuestros días, que es el nuevo tema. Jose le pregunta a Concepción que esto desde cuándo lo sabe, que por qué no ha tenido la decencia de decírselo a él en persona. Don Jesús Guzmán Espinosa le corta porque entiende que nos dirigimos ya al corazón de las tinieblas.

• 3. APROBACIÓN DE CONVOCATORIA DE PLAZA VACANTE

Don Jesús recuerda el proceso para la convocatoria de la plaza que queda vacante con su jubilación. Que por lo general se enquista en el ministerio pero hemos intentado acelerar todo lo posible los trámites por parte del departamento y la universidad. Que hoy

aprobaremos la solicitud de la plaza según el perfil que Concepción ha definido y que Rosa (yo) ha revisado ya. Concepción ha preparado también el informe para que el Consejo de Gobierno de la universidad lo apruebe y lo tramite gracias a la diligencia del decano. Que es el tío de su mujer, dice Jose. Que es el tío de la mujer de tu hijo, Jesús, dice Jose. Don Jesús retoma. Como sabemos todos, en cuanto el Consejo lo apruebe se publicará en el boletín oficial, y se abrirá el plazo de presentación de candidaturas. Menos mal que tu hijo se acreditó antes de jugar a los escritores, dice Jose. Don Jesús retoma. El resto ya no está en nuestras manos. Pero lo habéis atado todo bien, no, dice Jose. Trinidad Sánchez Rueda: Rosa, no es necesario que lo apuntes todo. Juan Pedro Rubio Rubio: y por qué no va a apuntarlo todo, es que tienes miedo. Jose: estarás contenta, Conchi, cómo me has estado engañando en estos meses.

Pide la palabra don Antonio Cabrera Velasco. Trinidad Sánchez Rueda: pero qué haces Antonio cállate cállate. Don Antonio explica que lo que le gusta es estar en clase con sus alumnos, explicarles la materia y sentir que sirve para algo. Que los tejemanejes no le interesan y que por eso nunca viene a los consejos. Pero que se ha enterado de lo que se iba a hacer hoy y no quería dejar solo a Jose Antonio Fernández Cortés. Que Jose ha demostrado todos estos años su valía. Que él mismo fue su profesor y que admira su inteligencia y su capacidad de superación. Que los alumnos reciben de él una buena base no solo en literatura, sino para organizarse y trabajar con el rigor que exige la universidad. Que Jose siempre ha ayudado a todos los compañeros que necesitaban que se les cubriera. Que todo este sacrificio no se puede pagar así. Y que habla de Jose pero se refiere a tanta otra gente a la que se ha maltratado desde este departamento, que Julia Guerrero Sáez y Rafael Navajas

Valenzuela deben pesar toda la vida en las conciencias de quienes toleramos que se actuase así con ellos, que cuando ve a gente pasar por delante de Rafalito sin mirarle se le parte el corazón.

Don Luis Sánchez Rueda dice que gracias y don Jesús Guzmán Espinosa le pregunta si ha terminado ya su discurso para la gala de misses, que se le ha olvidado pedir el final de todas las guerras. Don Antonio le contesta que tiene tanto derecho a expresar su opinión como él, y que no sabe en qué momento todos consideraron que el departamento le pertenecía. Que de hecho ellos son mayoría y no lo han utilizado nunca contra nadie. Sonia Cabrera Sánchez dice: ya está papá por favor. Don Antonio retoma: nadie está limpio porque de una u otra forma nos hemos aprovechado todos de esta dinámica, o hemos callado ante las injusticias, así que somos cómplices. Que en este tiempo nadie se ha enfrentado a Jesús por miedo a que les quitaran una ayuda para sus proyectos o a que les bloquearan las solicitudes de becas de los doctorandos, por vivir más tranquilos, porque mientras ellos no se metieran en sus chanchullos él no se metía en los de ellos, pero que ahora no es más que un pobre hombre aterrorizado por un mundo que está cambiando y que no entiende. Que habrá colocado a su hijo, pero que los afectos se ganan y los enemigos se heredan.

Un silencio.

Juan Pedro Rubio Rubio quiere saber si está prevista la renovación del contrato de Jose Antonio Fernández Cortés, que acaba el curso próximo. Que es un supuesto proyecto de investigación que vino arreglado por Guzmán Espinosa. Y que es un poco extraño hablar de Jose como si no estuviese estando sentado allí mismo. Que a él no

le afecta porque es del área de Lingüística, pero qué va a pasar con sus asignaturas, si las va a dar el hijo de don Jesús, que es quien ha entendido que va a ganar la plaza. Que cómo se sabe que va a ganar la plaza, además, porque Jose es una máquina de sacar artículos en publicaciones indexadas y el hijo de don Jesús dejó de hacer méritos cuando empezó a jugar a los escritores. Jose le explica: Conchi ha propuesto baremar igual sus columnitas en prensa que los artículos en una publicación científica. Juan Pedro responde: los cojones, pero estáis locos, eso os lo tumba cualquier juez al que reclamen, una cosa es acotar el perfil y otra esta. Juan Pedro insiste: Conchi, pero tú has mirado bien eso, en qué lío os vais a meter, yo no voy a votar a favor, Rosa, apunta ahí que estoy en contra del proceso. Don Jesús le interrumpe: con respecto al contrato de Jose, lamentablemente el presidente de la fundación del Banco Moya se jubiló a comienzos de año, y su sustituto no me ha recibido para renovar el proyecto. Confío en mi sucesora en la dirección del departamento, Concepción Ramírez Rejano, para que encauce esta cuestión. Juan Pedro pregunta: pero esto cuándo se ha votado, lo de Conchi directora, si a principios de curso estabais todos boicoteándola. [Aquí empezaron a hablar muy rápido y varios al mismo tiempo.] Don Sánchez Rueda: esto es en la próxima. Juan Pedro: no llegáis ni a mafia, sois como los trileros del cubilete que se ponen en el puente para engañar a los turistas. Don Jesús: un respeto a la institución. Jose: el que tú no tienes, que no has hecho otra cosa que servirte de ella para inventarte que tienes un vida. Trinidad: vamos a votar ya, Sonia, ve cortando los papelitos. Raquel: yo no tengo ningún problema en votar a mano alzada, que se sepa qué decide cada uno. Trinidad: aquí votamos siempre en secreto. Conchi: siempre en secreto, y con las notas que está tomando Rosa ya veré yo qué se hace.

La convocatoria de plaza queda aprobada por mayoría. Votos en contra de don Antonio Cabrera Velasco, Jose Antonio Fernández Cortés, Juan Pedro Rubio Rubio y Raquel Tapia Navarro. De 12 asistentes, 7 que sí, 4 que no. Rosa Santiago Sanz (yo) no vota porque no es nadie.•

• 4. RUEGOS Y PREGUNTAS

Nadie tiene nada que añadir.

La reunión se da por finalizada a las 19.50 h.

Para que así conste,

Rosa Santiago Sanz

Había perdido de vista a Estefanía: conforme los otros —Rosa, Raquel, Jose— se alejaban del catedrático y se me anieblaban, sentía sus pensamientos ensancharse en mi cabeza; mientras yo intentaba dormir me espabilaba su miedo a suspender Lingüística General o Lengua Inglesa I, en el camino a la facultad —yo paseando desde la casa de mi madre, ella en el autobús, agarrada al pasamanos, su cuerpo rebotando contra el de la bedel del centro de especialidades, contra el del albañil que levantaba un edificio cerca de la antigua estación— me acompañaba su lástima por Sergio, las dudas sobre si merecía la pena o no insistir en la carrera. En secretaría le habían explicado cómo trasladar su matrícula a Filología Española, cuando tomase la decisión; me había comentado su miedo alguna vez, sentada junto a mí en el banco del pasillo o animándome a salir un rato al patio, con los meses del sol, Estefanía confesaba: en el instituto me acostumbré a la cabeza del ratón y aquí soy la cola del león, y yo callé porque cualquier reacción la habría dañado más. Las últimas visitas al catedrático habían decepcionado a Estefanía, frustrado él mismo con el rendimiento de la alumna —Sánchez López, no conviene jactarnos ante los demás de nuestra inteligencia, sobre todo si se sitúa al nivel que pretendemos, le advirtió Guzmán Espinosa, y Estefanía dudaba entre la advertencia o la confirmación—, abstraído con la burocracia de su jubilación. Si al principio del curso él la animaba a presentarse en el despacho sin una cita previa, y la interpelaba en las clases a las que

Estefanía asistía como oyente —no tardó en limitarse a ir, atender y centrarse en lo pendiente de otras asignaturas—, y recibía con indulgencia sus intervenciones en el seminario, con el tiempo y el conocimiento se había desengañado: aquella chica no merecía tanta atención. Como alguna otra vez —con Julia Guerrero Sáez, conmigo —, Jesús Guzmán Espinosa no había acertado en su juicio; se había dejado llevar por aquella ficha de alumno, por la ambición derrumbada ante el primer obstáculo, la buena salvaje con sus camisetas de licra y sus zarcillos de plástico y el índice envuelto en un clínex para hurgarse la nariz durante el frío. Le honran la persistencia y la curiosidad, pero no basta. Con sacrificio, con horas de estudio y biblioteca, quizá Sánchez López se asemejara a lo que don Jesús entrevió: alguien que en algún momento entre septiembre y octubre se presentase ante sus alumnos, decenas abarrotando el aula, para cambiar sus vidas. Quizá Byron o Keats, si ella hubiese merecido su guía; los lakistas, qué remedio. Esa labor a él ya no le correspondía: podría haberla encaminado en ese curso, el último de él, el primero de ella, incluso haberla tutorizado desde casa, una manera de entretenerse y no desconectar de la universidad; pero no lo valía. Intentó convencer a Tapia Navarro, que tampoco reconoció mérito en ella, y a Fernández Cortés, que pensó que sí, más por emoción que por razón. Yo había perdido de vista a Estefanía, y para cuando la recuperé se había marchado de la facultad, cruzaba a su margen del río, se bajaba del autobús y subía las escaleras de su bloque, gritaba holaaaaa a quien la esperase: no sus padres, no su hermano Alber; estoy aquí, saludó Carolina, el ruido del agua contra el fregadero, el poliéster del estropajo contra los restos de la salsa de la carne, en la mesita de la cocina un salvamantel de plástico que aún no había recogido, una tajada de melón con un mordisco nada más. Te lo vas a acabar, preguntó Estefanía, y antes de que su

hermana respondiera que no, que había salido malo, Estefanía se llenó la boca con el sabor del pepino; acabó la tajada aun así, por no tirarla, a bocados grandes para tardar menos.

Ayúdame con esto, le pidió Carolina desde el salón. ¿Me puedes oír lo que tengo para el examen de pasado mañana? Es de Ciencias Naturales, y Carolina ofreció el libro de texto abierto por la página que tocaba, y su resumen para estudiarlo: a Estefanía le conmovió —quizá exagero, conmovido yo mismo: ternura, orgullo— el orden con el que su hermana había dispuesto los puntos fundamentales de la lección, subrayados con colores tal como ella le había enseñado. Esto es lo de la cadena alimenticia, inició Carolina; la cadena trófica, corrigió su hermana. Sí, la cadena trófica. Como no me enteraba muy bien, lo que he hecho ha sido escribirlo con mis palabras y aprendérmelo desde ahí, que es lo que tú me dijiste que hiciera cuando me costase algo. Ahora sí, ahora la palabra encajó con lo que sucedía: a Estefanía le conmovió, cuéntame, invitó a su hermana. Pues la cadena trófica. Como una cadena con sus eslabones, continuó Carolina, y cada eslabón logrando su energía porque se alimenta del eslabón anterior. En la cadena están primero los consumidores primarios. Por ejemplo, en las plantas que tiene Mercedes la vecina en el descansillo: si no las revisa habrá pulgones chupando la salvia, milpiés comiéndose las hojas muertas y la madera que se le pudra al tronco. A los pulgones y a los milpiés se los comen, porque esto es una cadena, pero también hay un orden. Hay una jerarquía, interrumpió Estefanía; te lo apunto aquí —se incorporó, tomó un bolígrafo del estuche que Carolina había dejado sobre la mesa camilla, sentada anotó en un margen del resumen, en mayúsculas: JERARQUÍA—, usa esa palabra porque vas a quedar mejor, la jerarquía es la forma más seria de llamar a ese orden, como que hay elementos unos por debajo y otros por encima, y

conforme subes en esa cadena hay más elementos con más poder, y más elementos que tienen que obedecer más, ¿lo entiendes? Creo que sí, de nuevo Carolina: esto es una cadena, pero también hay una jerarquía. A los pulgones y a los milpiés se los comen. Se los comen quiénes, completó Estefanía su silencio, qué bichos salen a veces de las macetas de Mercedes. Las mariquitas, recordó Carolina. Esos son los consumidores secundarios, que se alimentan del primer eslabón de la cadena. Y luego están los que se alimentan de esos mismos, de los secundarios, que son la mayoría. Son los animales que cazan, las aves de presa... Carolina no recordaba más. ¿Me lo sé? Más o menos, animó Estefanía, lo explicas muy bien porque lo has entendido, pero afina un poquito, ¿te parece? Mete más animales en cada eslabón, diferentes, que te vienen en el libro. Se me pasa que nosotros estamos encima de todo, recordó Carolina mientras su hermana ocupaba la mesa con sus propios apuntes y apagaba el televisor, cada una a un lado del salón con su propia tarea. La voz de Carolina, repitiendo lo que pretendía memorizar, despojando de lógica a una cadena en la que cada palabra ocupaba un eslabón, se colaba en la memoria propia que construía su hermana: hay un ácaro que parasita a las abejas, un ácaro carnívoro, no me acuerdo del nombre, el ácaro está arriba y las abejas abajo, tan minúsculas las abejas, tan insignificantes, un golpe y acabamos con ellas cuando nos molestan, zas, Estefanía imaginó un puño cerrándose para golpear el aire, y del aire a la mesa, el puño arriba y la abeja abajo, sintió un orgullo nuevo al observarse a sí misma en su hermana, Estefanía Sánchez López salió de esta historia hacia la suya.

De: Rosa Santiago Sanz <humpasrss@uryc.com>
Para: Concepción Ramírez Rejano <humfilcrr@uryc.com>, Ignacio Valera Velasco <humhisivv@uryc.com>
Fecha: 15 jun 2004, 17:13
Asunto: Despacho grande

Doña Concepción, don Ignacio:

La hermana de don Jesús se está encargando de vaciar su despacho, y vendrán de una empresa para trasladar las cajas a su casa. Esperemos que las aguas vuelvan a su cauce.

Atentamente,

Rosa

Érase una vez dos niños que crecieron juntos. El niño nació antes de una guerra, y la niña justo cuando terminó. Tan viejo era su padre, tan viejo como el mundo, que al contemplar la belleza de la mujer con la que se había desposado, en la noche misma de bodas se arrojó sobre ella para sembrar el primer hijo que les nacería, y años más tarde repetiría su impulso para legar otra hija al apellido. Tan feos el niño y la niña, feos como su padre, feos como el padre de su padre, sin un rasgo de la ternura de la madre, sus ojos como el cielo del verano, su melena del color del abedul; por lo menos eran listos, cada uno en lo suyo, el niño en los estudios, un amante de la poesía, y la niña con sus pianitos y sus misas. No tienes ningún respeto por los muertos, reprochó Isabel Guzmán Espinosa, ni tampoco por los vivos; su hermano Jesús intentó reírse, pero no surgió la carcajada y tampoco encontró sentido al fingimiento. ¿No quieres que siga contándote el cuento, hermanita? Jesús, es que el final ya me lo sé: al niño se le complica la vida y la niña se la soluciona, porque es lo que le toca, aunque esté ya un poquito hasta las narices de él. Esto hay que solucionarlo cuanto antes... Te lo vengo diciendo desde hace meses, a mí no me apetece vivir entre cajas, y no te has esforzado lo suficiente por hacer espacio en los despachos. ¿Me oyes? ¿No me oyes ya?

Jesús Guzmán Espinosa no escuchaba, no escuchaba ya: no escuchaba a su hermana —de nunca—, no escuchaba a los conocidos a quienes había despreciado en los nueve meses

anteriores, por mucho que le hubieran acompañado a lo largo de décadas, no escuchaba al jefe de recursos humanos de la universidad ni al responsable de los servicios jurídicos de la universidad ni al director territorial de la Seguridad Social que aceptó una reunión por su trayectoria y su insistencia y que a todas sus dudas respondió no, no, no, no, lamento no poder ayudarle, ha sido un placer, cierre al salir. La jubilación le brotaba como una verruga, ese lunar que se insinúa y crece hasta la forma y el relieve, y que debía extirparse para prevenir una desgracia. Nadie comprendía su reticencia a disfrutar de tiempo libre para invertir según se le antojara —leer y escribir, ya sin las exigencias académicas—, ni su rechazo a mantener algún vínculo con la universidad, como catedrático emérito o invitado a actividades puntuales. Si no me quieren, no me quieren, se justificó: cuando mi carrera brinda sus frutos más sabrosos, ahí me desechan. Su reticencia obedecía a otros motivos. El catedrático jubilado, don Jesús, se fijaba en su hermana: sentado en el despacho de su casa, admiraba la coreografía de Isabel, de una habitación a otra gritando el título de un libro, para saber si le interesaba o lo guardaba en una caja, y ya lo evaluaría, de una habitación a otra mostrando la cubierta por si la memoria de su hermano se activaba, y reconocía el contenido. Ah, sí, solía reaccionar, guárdalo: admirado compañero, admiradísimo, e Isabel refunfuñaba, así no acabaremos nunca.

Que te ayude Encarni, ordenó don Jesús, e Isabel se quejó, también podrías hacer tú algo, mirar libros de las cajas y descartar alguno, no todo se puede guardar, esta casa no es tan grande como crees, ya para sí: la han limado los errores de unos y de otros, a cada cual más torpe pero también más pagado de sí mismo, hasta reducirla a la osamenta. Rezongaba la hermana contra el hermano, por qué no tirar las fotocopias del poema que analizó en el seminario

de 1997, si el original ya lo conserva, cuando sintió la llave en la cerradura de la puerta de la casa. Lo percibió, así, como si al contactar el metal con el metal se estremecieran los cimientos, y un temblor suficiente recorriera las paredes, el techo sobre ella, el suelo bajo ella. La voz de su sobrino, Encarni, saludó, y Encarni con fastidio, pero no me digas que vienes a comer, a ver si puedo echar un puñado más de algo, y su sobrino, ya se verá. Isabel recibió al mismo tiempo la voz de Jesús, el que faltaba, y la voz de Chus, tía, ¿estás? Arriba, donde tu padre, animó ella a su sobrino, y se situó en el escalón superior para recibirlo al final del esfuerzo. Qué bien que has venido, abrazó a Chus, y le acarició la mejilla, e Isabel comprendió que no la buscaba a ella sino a quien aguardaba a varias habitaciones.

—Padre.

—Hijo.

—¿Cómo está?

—Indemne.

—Llevo mucho tiempo intentando hablar con usted. Meses... Intentando coincidir. Desde lo de verano. Saber, charlar. Ayudar en lo posible.

—Y lo imposible. Te llegarían los rumores de mi caducidad: de catedrático egregio a este despojo. Tu tía desmanteló el despacho... Me planteé donar parte de mis libros a la biblioteca de la facultad, pero nada merece quien todo lo desprecia. Lo guardaremos todo aquí, en casa. En nuestra casa. El legado de los Guzmán —grandilocuente—, un nuevo capítulo. Tu tía Isabel anda ya tramando su venganza por haber ocupado dos habitaciones más.

—Sabe siempre dónde estoy, padre. Me habría gustado acompañarle de alguna forma en este proceso. Encontrar soluciones... Sé que no ha sido fácil.

—No funciona así, Jesús.

—¿A qué te refieres?

—No funciona así, te digo. Nosotros... Nosotros no mantenemos esa relación. Yo... Yo no soy una madre que pasee a su retoño de la escuela al parque de juegos, y del parque de juegos a la bañerita. La paternidad consiste en brindar herramientas, Jesús: saberes para la vida práctica. En el Casino, ¿lo recuerdas? Te llevaba conmigo. Te presentaba a otros hombres, y a sus hijos. Con este debes hablar, con este otro no te convendría tanto. A qué apellido acercarse. Reconocer desde el exterior el valor de una casa, y el valor de su dueño. El arte del desayuno, de la invitación a una comida, de la barra improvisada. Y reconocer el peso que acarreamos: Guzmán. Nada fácil en esta ciudad.

—Habría echado de menos un poco de cariño. En todos estos años. Y en este último, también. No ha sido fácil para mí.

—El cariño... ¿Un besito en la frente? Lo he leído, en la novela primera; con la segunda no logré superar la masa de descripciones de zapatos de tacón. De eso se encargaba tu tía, Jesús... y me consta que con entrega absoluta, con devoción, como si hubiese cambiado un dios por otro. Yo me encargaba de proveer. Esta casa. Estos libros. El dinero para tu educación, decidieras lo que decidieras, incluso si optabas por amagar mi camino para torturarme. El colegio más prestigioso de la ciudad. Los veranos en Reino Unido e Irlanda. Al menos elegiste para la tesis a aquel pobre diablo, el paracaidista; siempre pensé que te acercarías a Sánchez Rueda. ¿Qué te movió a esto, Jesús? ¿Quisiste imitarme, y te arrepentiste a mitad de trayecto? ¿Matar al padre? Yo estoy siempre contigo, Jesús. En cada decisión que tomes estoy yo, y estoy en cada duda que tú albergues. La forma en la que has llamado a la puerta: yo también cerraba el puño así, yo también avisaba de la

misma forma, tres golpes con la intensidad creciendo, y luego empujar sin esperar a que respondan. Cada gesto tuyo que consideres innato, me lo debes. Cómo fuerzas la mirada, por la estupefacción o el rechazo: en unos años, pocos, esta marca —y señaló su entrecejo— también la tendrás tú. Está en ti porque yo, lo que yo soy, está siempre contigo, por mucho que hayas intentado arrancarme. Borraste de tus libritos mi apellido; escondiste tu apellido porque lo heredaste, porque me pertenece igual que perteneció a mi padre, al padre de mi padre. Lo ocultaste porque pensabas que te valías por ti mismo. Ningún pecado mayor que el de la falta de memoria. La vanidad y el egoísmo. Considerar que lo que obtenemos depende de nosotros mismos, tocados por la varita de la magia.

—Vengo de presentar la documentación para la plaza.

—Me ha costado mucho lograrla para ti. Me he arrastrado ante quienes se regodearon en mi vergüenza, como si se cobraran una deuda antigua. Los Sánchez Rueda... Conchi... Y he traicionado a quien lo merecía más que tú, y a quien durante años, muchos, me ha mostrado más respeto que mi propio hijo. Terminaría ocurriendo: asumirías que lo otro no tenía sentido salvo como pasatiempo, los fines de semana, en vacaciones. Podría haber sucedido cuando convocamos la plaza para Raquel, pero mi presencia... Lo habría enturbiado todo. Y quizá merecías probar más, probar un poco más, el fracaso: para que lo asumieras, y entendieras qué lugar te corresponde, qué responsabilidad.

—Intento ser un buen hombre, padre. El mejor posible, dadas las circunstancias. Valerme por mí mismo, ser feliz. No dañar a los demás.

—Loables deseos, entrañables resultados. Nadie cuestionará que te desvinculases de la academia, que tu currículo no alcance la

excelencia de los rechazados. Conchita se esforzó por diseñar la convocatoria a tu medida. Votaron en contra, ¿te lo han dicho? Antonio, el de los Sánchez Rueda, que supongo que dormirá en el suelo desde entonces, y Juan Pedro, y Raquel, y Jose, por supuesto. Pero saldrá sin problemas, como salen todos siempre. No porque a nadie le interese tu opinión sobre Henry James, sino porque eres mi hijo. Aún me queda influencia en este departamento. El presupuesto del congreso anual, para las tonterías de Conchita... Conchita en mi puesto, alguien indigno del legado de su padre. La sangre se debilita generación a generación. Hubo un tiempo en el que me preocupó que no lograrais tener hijos, pero me acabó tranquilizando: qué habría nacido de ti. Ganarás la plaza, Jesús. Y cuando en el despacho que te cederá Conchita te reciba la placa con tu nombre completo, y leas JESÚS GUZMÁN DE LA FUENTE, y cuando subas a la tarima de tu primera clase y alguien distinga tu nombre en la programación y te relacione conmigo, en ese momento, tú te convertirás en todo aquello de lo que has huido y en todo aquello que has odiado. Te convertirás en mí, igual que yo me convertí en mi padre, igual que él se convirtió en el suyo, y así hasta que uno de nuestros antepasados compró este solar, y levantó esta casa, y quizá realices ese proyecto absurdo de quebrar nuestra saga, quizá malvendas lo que quede, pero mientras yo viva todo esto resistirá.

—Lucía me ha dejado.

—Lucía te ha dejado. —Chus asintió—. Con un acto final estrepitoso, he sabido, también, impropio de una mujer sin genio como ella. Quién sabe si lo acumulaba para la pirueta... También sé que te has mudado ya al apartamento de Basilio. —Sí—. Muy generoso el sobrino, desde luego: como su padre, todo un benefactor. Me lo contó tu tía: lo deja caer, pensando que me importa. No sé si me importa, pero me interesa. Saber de ti.

Comprobar que todo sucede tal como barrunto. Esta no es tu casa, porque me pertenece, pero puedes sentirla como tuya: la heredarás, al fin y al cabo, cuando muera. Entiendo que no se trata del lugar más cómodo para un divorciado de cuarenta años, pero si te arreglas con tu tía podríais hacer sitio, y recuperar tu habitación de adolescente. No me mires así, Jesús. Buscabas esto. La misma reprimenda de los quince, cuando te comportabas mal. Anda, que Encarni prepare algo también para ti. Come con nosotros. Ayuda a tu tía con las cajas. No vuelvas a hacer nada por ti mismo sin que lo apruebe yo.

Y de esta manera se restauró el orden natural en el hogar de los Guzmán Espinosa.

DÉCIMA Y ÚLTIMA SESIÓN DEL SEMINARIO DEL CATEDRÁTICO DON JESÚS GUZMÁN ESPINOSA

24 DE JUNIO DE 2004

Empecemos, y Jesús Guzmán Espinosa se dirigió a la sala vacía, su voz de cuarenta y pico años de docencia rebotando en la sala vacía, *em* hacia el póster de unas gloriosas jornadas sobre Byron en las que reunió a sus colegas más brillantes, *pe* desestabilizando una torre de ejemplares del último tratado de Sánchez Rueda —Trinidad — sobre fonética de la lengua inglesa, *ce* posándose con suavidad en la cajonera que Rosa utilizaba como alivio para los documentos importantes, *mos* de asiento en asiento. Nadie en el de la izquierda del profesor, nadie a su derecha, la administrativa se había ausentado aquella tarde, ya en la sesión de mayo Estefanía intentó compartir sus ideas sobre la función de cada personaje, qué papel cumplía Leila y qué papel Hassan y cuál para el giaour, responder a la pregunta —entonces, ¿quién es el vampiro?—, la agotó que el catedrático saltase de un verso a otro, ignorándola, palabras y palabras y palabras para disimular la ausencia de sus discípulos, no habíamos asistido más que ella y yo. Desde la primera sesión del seminario había perdido el catedrático a las autoridades, a los alumnos viejos que se inscribían en todos sus cursos, a las alumnas de licenciatura que prefirieron ir a septiembre o suspender y aguardar al curso próximo, con otro profesor, a Raquel y a Jose, por último a Estefanía y a mí. Esta cosecha la he sembrado, la deshonra de mayo, y en junio, en la sesión que cerraba el seminario, el broche a su carrera en la universidad, el día en el que cumplía los setenta, Jesús Guzmán Espinosa acudió a la facultad para entregar la última

gota de su sabiduría, y en la sala de reuniones del departamento no le esperaba nadie dispuesto a aprender lo que enseñara. No le esperaba nadie, constató para sí; empecemos, anunció. Impostó: el fragmento de cierre del poema. Otro —Sánchez Rueda, su némesis, o cualquiera de los maestrillos pusilánimes con los que había coincidido en todas esas décadas, en todos esos claustros y pasillos — se habría desanimado ante su soledad, contado los segundos —uno, ddos, trres— hasta una cortesía razonable, recogido las notas que Rosa transcribía a ordenador con letra grande, según sus necesidades y deseo. Pero no: se llamaba Jesús Guzmán Espinosa, catedrático de literatura inglesa, experto en Romanticismo, en lord Byron y en su poema *The Giaour*, el desdén de sus colegas al preguntar por qué había aceptado trabajar sobre ese texto, su estupefacción al descubrir que se trataba de una elección propia. Todo posee un valor, se justificaba el catedrático; y me libraré de la competencia si me ocupo de lo que no interesa a casi nadie. Empecemos, anunció. El fragmento de cierre del poema: frente a las críticas de T. S. Eliot, que arremetía contra la incoherencia en la estructura de *The Giaour*, contra su oscuridad por torpeza más que por altura, ese tramo último discurría de manera lineal, explicó don Jesús a nadie; abarcaba la confesión del giaour al monje sobre su crimen y los motivos de su crimen, no una justificación por la conciencia del daño causado, sino una forma de explicar que nuestras acciones propician alegrías y tristezas. Alegrías y tristezas, se detuvo ahí Jesús Guzmán Espinosa; por un momento se acordó del diario de Byron, de esa entrada en la que evoca a sus padres cuando se fija en las uñas y el cabello de los cadáveres en las tumbas abiertas, y el catedrático pensó en su padre y en su madre, en cómo habría crecido la melena de Piluca en aquellos treinta y cinco años, más viejo él ya que todos ellos, hermano de su padre,

padre de su madre, abuelo de su esposa, con qué facilidad se acostumbra uno a vivir entre fantasmas. Alegrías y tristezas. Se presenta este poema, *The Giaour*, como un falso monólogo, puesto que la voz que transcribe la percibimos diferente de la voz que narra o de las voces que narran, diferente a su vez de las voces de los personajes, Leila, Hassan, el giaour, esa voz que transcribe omite en este fragmento las réplicas del monje, que sin duda matizan lo que el infiel transmite. El monje actúa igual que un omnisciente: cada historia precisa de alguien que lo conozca todo, un pequeño dios para manejar aquello que unos revelarán y aquello que otros deben mantener en el silencio. Puesto que los pecadores se confiesan con él, monje, diosecillo, puesto que buscan la expiación, él lo conoce todo. No ha gozado de la vida por sí mismo, consagrado a la oración en su monasterio, sino que ha sabido de ella a través de los demás, las alegrías y las tristezas, las pasiones, los dolores, incluso el tedio o la nada: ha vivido gracias a la palabra de los otros. El poema, todo el poema, todo el poema que hemos estudiado durante este curso, apura esa sustancia: la transgresión, la conciencia de que lo que se desea exige un sacrificio, aunque lo que se obtenga se esfume y permanezca la culpa. Reparemos en un verso concreto, *«all my sins and half my woe»*. En apariencia irrelevante para lo que sucede, poco más que un remanso que encamina la confesión. *«Woe»* remite a la aflicción, a la pena, a la vez a un infortunio, una desventura... Justo aquello por lo que se lamenta el giaour. Pero *«sins»* alude a los pecados, no se desgaja de la connotación religiosa que nos conecta con el monje, quien escucha, y con el monasterio en el que se desarrolla el fragmento, pero también con la respiración espiritual de todo el texto: hablamos del amor, sí, del amor erótico, del amor pasional, y nos elevamos a un deseo alzado más allá del cuerpo, una ambición, el poder. El verso, ese: todos mis

pecados y la mitad de mi dolor. Cuando asesinan a Leila, el giaour se arroja a una vida de tinieblas, en la que la luz mínima se apaga con el recuerdo de la mujer a la que se amó. Ahí su penitencia. Ese verso: ese verso encierra el castigo. El castigo. Implica un mal infligido, consciente o no; alguien a quien se daña, alguien que lo padece. También alguien que asiste, que mira y que tolera, que calla, o alguien que sabe después; alguien que juzga. Los dioses y los monstruos. La distancia entre unos y otros, la posibilidad de encarnarlos ambos en uno mismo. Los pecados que se conocen, porque se enumeran, porque se confiesan, y el dolor que se ignora, porque se encarna en uno, porque es uno con quien lo padece. Aquí se detuvo Guzmán Espinosa. Si alguien hubiese atendido a su lección, asistiría a un silencio inquebrantable, un hombre frente al papel que había representado para el resto, un hombre asentando en sí la idea que pensó que los demás exigirían; puesto que nadie acudió a la última sesión del seminario, don Jesús Guzmán Espinosa —catedrático de literatura inglesa, experto en poesía romántica, galones que ya a nadie concernían— se mantuvo en ese pensamiento el rato que consideró oportuno, el que necesitó para integrarlo con la vida que desconocía, y que le aterraba: el castigo, los dioses y los monstruos, los pecados y el dolor, ese rato en esa sala vacía se prolongó unos minutos, hasta que la facultad cerrara, el resto de la eternidad.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, Araceli y José Luis, por si así compensara las ausencias. A Maria Cardona, mi agente, y a Jesús Rocamora, mi editor, que me ayudaron a recuperar la confianza; también a Madeline Jones y Simon Lörsch, con quienes ya camino. Al equipo de Seix Barral por su cuidado. El manuscrito creció con la amistad y las lecturas de Elisa Alaya, María Martínez Bautista, Susana Rodríguez, Emilio Ruiz Mateo, María Sánchez y Juan Vilá. Gracias también a María Somoza, y a las profesionales del Hospital Gómez Ulla. A Piet Joostens y el equipo de Passa Porta, en cuya residencia se asentó la penúltima versión. Mi deuda con Jerome J. McGann, por su edición de la *Selected Poetry* de lord Byron en Oxford University Press que me descubrió *The Giaour*, y con José Arnaldo Márquez y Martín Zapata, heroicos traductores del poema en el siglo XIX. Esta es una obra de imaginación: el azar explica cualquier parecido con la realidad.

Carabanchel, 26 de junio de 2026

Todos mis pecados y la mitad de mi dolor
Elena Medel

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Allan Bealy

© Elena Medel, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-322-5131-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta